

# Déjate llevar

Parte 1

Fátima Corral



Círculo Rojo  
EDITORIAL

# Déjate llevar



FÁTIMA CORRAL



Primera edición: junio 2020

ISBN: 978-84-1363-178-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Fátima Corral

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

*A Ainara y Adrián que tanto me dais día a día. Vosotros, que me habéis enseñado lo que es el amor puro e incondicional. No entiendo mi mundo sin que aparezcáis en él.*

*«Entonces, mis manos buscan hundirse en tu pelo, acariciar lentamente la profundidad de tu pelo mientras nos besamos como si tuviéramos la boca llena de flores o de peces, de movimientos vivos, de fragancia oscura. Y si nos mordemos el dolor es dulce, y si nos ahogamos en un breve y terrible absorber simultáneo del aliento, esa instantánea muerte es bella. Y hay una sola saliva y un solo sabor a fruta madura, y yo te siento temblar contra mí como una luna en el agua».*

RAYUELA, JULIO CORTÁZAR

# 1

Hacía dos días que le había mandado un mensaje que aún no había contestado. En esas cuarenta y ocho horas había escrutado la pantalla del móvil cada cinco minutos. Intenté realizar actividades que no me recordaran a él, que me entretuvieran el tiempo suficiente como para no mirar el móvil en, al menos, dos horas. Me dolía la cabeza y pensaba que me estaba volviendo loca como un adolescente buscando una contestación que tardaba demasiado en llegar.

Tenía ya veintiocho años y volver a comportarme como si tuviera dieciséis me amargaba demasiado. Sí que era cierto que no me caracterizaba por ser lo madura que se espera a esta edad, pero los palos que me había llevado en el plano sentimental a lo largo de los últimos doce años, en lugar de hacerme aprender como si de una terapia de choque se tratara, me habían mantenido en una línea plana de escaso aprendizaje. Habían creado en mí unos miedos y unas inseguridades que no me dejaban pensar con claridad, y mucho menos estudiar el porqué y el para qué de las situaciones que se daban en mi vida. Por lo que intentar tomar una decisión pensando en las consecuencias era algo impensable, siempre me ponía en lo peor o me dejaba llevar por las decisiones nefastas que había tomado un destino con el que yo no había hablado.

Por otra parte, me había acomodado egoístamente a que Héctor fuera recogiendo mis pedazos cada vez que yo metía la pata o cuando mi comportamiento poco maduro me daba un nuevo palo personal. Él siempre estaba ahí para levantarme, para soplarme en las heridas y bañarlas en alcohol o rodearlas de besos de amistad.

No paraba de darle vueltas al mensaje y de mirar una y otra vez si lo había leído, y sí, lo había leído. Y no, no había contestado. Volví a leerlo: «Lo de anoche fue increíble. Y lo de antes de anoche. Y lo de la semana pasada... Te invito a terminar el fin de semana en mi casa».

No veía ningún problema en mis palabras. Habíamos vuelto a caer en la tentación de besarnos tan solo dos meses antes, cuando él volvió de Málaga. Y, una vez más, nos habíamos rendido a algo más que besos pasando las noches en vela. No habíamos llegado a hablar de noviazgo, pero los dos teníamos claro que ya se podía confirmar algo serio entre nosotros. Por lo que su silencio me descolocaba. Mi única esperanza era que no se volviera a repetir lo de la otra vez.

Llamé a Héctor para quedar a tomar algo y despejarme.

Un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro tonos... Nada.

Esperé unas horas, ya anochecía y seguía sin noticias de ninguno de los dos, y eso sí que resultaba extraño. Héctor me devolvería la llamada en cuanto la viera, como de costumbre. Decidí hablar con Ana, le mandé un mensaje: «Hola loca, ¿qué haces?». «Ver la tele ¿tú?», contestó. «Dándole vueltas a un asunto... Hace horas que llamé a Héctor y no me devuelve la llamada y luego está el tema...», dejé caer. Ana sabría intuir a qué me refería sin que yo lo hubiera

insinuado. «¿Qué tema?». No la contesté para dejarla pensar, así me sentiría tranquila en no haber sido yo quien hubiera roto el pacto secreto. «Sara... ¿Sergio?». Seguí sin contestar. «No me jodas, Sara. ¿No tuviste suficiente?». «Lo sé, pero no pude hacer nada, no pudimos hacer nada. Por favor no digas nada, Héctor sigue sin saberlo», contesté con el estómago encogido. «Héctor no es tonto, Sara. La otra vez coló, y no estoy segura de si realmente se tragó que estabas destrozadita por un chico de internet a los dos días de irse su hermano», «¿Desde cuándo?», dijo Ana. «Desde que llegó». «Mierda, Sara. Héctor lo sabe», confirmó poniéndome el corazón a mil. La llamé.

—¿Cómo que Héctor lo sabe?

—Lleva días diciendo que sospecha que su hermano está con alguna, que ha estado durmiendo fuera y llegando tarde. Además, Sergio debe de estar evitándole.

Mi corazón empezó a funcionar a golpe de taquicardia y mi miedo salió a flote. Si Héctor se había enterado nos iba a odiar a los dos. No me había llamado y eso confirmaba lo que Ana decía.

—Ana... no he podido controlarlo, joder...

—Pues haberlo dicho desde el principio. Que manía con llevarlo todo en secreto. La otra vez os duró más tiempo porque él iba y venía. Esta vez... ¿Habéis estado todos los días juntos?

—Casi —me eché las manos a la cara intentando pensar—. Ana, no tengo noticias de Sergio desde hace días y Héctor... ahora que lo pienso hace bastante que no sé de Héctor. Y me voy a volver loca, ¿qué he hecho mal?

—Joder, Sara, todo, todo está mal. Te lo dije la otra vez, Héctor no va a entender nunca que estés con Sergio, pero si lo llevas en secreto y se entera de alguna forma que no sea por ti, aún será peor. Si le hubieras dicho lo que sientes por su hermano quién sabe, Héctor te quiere, puede que se hubiera cabreado, pero lo hubiera terminado comprendiendo.

—¿Qué hago?

—Llama a Sergio. ¿Has probado a llamarle a él?

La colgué. No, no había pensado en llamarlo.

Un tono, dos tonos, tres tonos. ¿Tampoco él me lo iba a coger?

—Sara, voy camino de tu casa —dijo Sergio con la voz encogida.

Me colgó.

Me fui al baño rápidamente, me eché agua fría en la cara y me recogí el pelo con la goma. Algo pasaba para que Sergio viniera a casa sin avisar. Sonó el timbre. Se me anudaron los nervios en la garganta. Abrí la puerta.

Sergio entró con impetuosidad y me besó con fuerza. Como si fuera el último beso que nos íbamos a dar.

—¿Qué pasa? —le pregunté agarrándolo por el cuello mientras nuestras frentes permanecían juntas.

—Me voy a Málaga —negué con la cabeza, otra vez no—. Mi hermano lo sabe, nos oyó el otro día, llegó antes a casa y nos escuchó.

Me separé y me eché las manos a la boca. Qué vergüenza. Sergio me agarró por los brazos.

—Me ha prohibido verte. Me voy antes de que esto empeore. Está hecho una furia. No te contesté porque basé mis esfuerzos en hacerle comprender.

—¿Qué le has dicho? No me ha cogido el teléfono.

—Normal, está cabreadísimo contigo. Le he dicho que quiero estar contigo, que no puedo estar a tu lado sin rozarte, besarte o demostrarte cuánto te deseo —dijo acariciándome la mejilla—, pero no quiere escucharme. Le he dicho que no es la primera vez...

—¿Y qué ha dicho a eso?

—Que se lo imaginaba y que me alejara de ti de una vez, que te había hecho daño una vez y no va a permitir que vuelva a pasar. Pero esta vez no te voy a hacer daño, quiero estar contigo, para siempre.

Mis dedos se entrelazaron con su pelo y nuestras bocas se juntaron consolándonos. ¿Lo creía? Sí, esta vez sí, o no. Estaba entre sus brazos y eso era lo que me importaba en ese momento. Eso y cómo no romper mi amistad con Héctor.

—Esto es una despedida, Sara —me dijo mirándome a los ojos—. Me tengo que ir ya —su móvil vibró y lo ignoró.

Asentí. No tenía otra opción que aceptarlo.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —pregunté ansiosa.

—No lo sé. Voy a estar un tiempo sin venir, al menos hasta que se calmen las aguas.

Eso no sonaba bien.

Volvió a besarme. Un beso que duró minutos, los dos sabíamos lo que eso significaba.

Abrió la puerta. Se despidió y se fue.

Sonó mi móvil y lo cogí con un nudo en el pecho.

—¿Está ahí contigo?

La voz de Héctor sonaba grave y distante.

—No. Se ha ido.

—Mejor.

—Héctor...

—¿Qué, Sara? ¿QUÉ?

Me paralicé. Era la primera vez que Héctor me gritaba y su distancia me daba pavor. Las lágrimas empezaron a salir sin control. Algo me decía que en ese momento estaba perdiendo a mi amor y a mi mejor amigo en el mismo momento.

Colgué de forma instintiva y llamé a Ana.

—Ana... todo se desmorona. Sergio se va y Héctor me odia. He vuelto a fastidiarlo todo, no sé hacer nada bien...

Ana resopló al otro lado del teléfono.

—Déjame hablar con Héctor a ver qué puedo hacer. Es tarde, tómate una tila y échate en la cama. La noche va a ser larga si consigo calmarlo.

Hice lo que me dijo como si de una orden se tratara. Me fui a la cama con el móvil en una mano y el teléfono de casa en otra. Ninguno sonaba.

A las tres de la mañana sonó el telefonillo de casa. Me levanté deprisa y corrí hacia él.

—¿Sí?

—Abre —seco, conciso y directo.

Dejé la puerta de casa abierta y vi que llegaba un mensaje de Ana: «Héctor va para allá. Está algo más tranquilo». A buenas horas me llegaba el aviso.

Esperé de pie en la puerta. Oí el ascensor y mi pulso se aceleró.

Entró, cerró la puerta despacio y fue directo al salón.

—Héctor, son las tres de la madrugada...

—No voy a gritar —me cortó hablando bajito—. Fue él el que te dejó hecha polvo hace dos años, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—Quería oírtelo decir a ti. Y... por lo que veo, no has aprendido nada —se sentó en el sofá y se echó las manos a la cabeza—. Es que no te acuerdas de que te avisé de esto.



—¿Que me avisaste de qué?

—De que te haría daño... Hace años, cuando te rondaba, te previne.

—Hace años fue hace ¿qué? ¿Once años? Esto no es lo mismo, ya somos mayorcitos para saber lo que hacemos.

—Por eso vuelves a caer en la misma piedra, porque como la primera brecha no era lo suficientemente grande, ahora la quieres hacer sangrar más. ¿Cuántos puntos habrá que darte ahora, Sara?

—Ahora no tiene por qué haber puntos.

—Claro, porque va a ir todo como la seda —dijo con ironía—. Tú, aquí; él, allí. Va a salir perfecto —hizo una pausa demasiado larga—. ¿Sabías que tenía pensado irse a Málaga la semana que viene? ¿Te lo había dicho? Por tu cara intuyo que no.

No, no me lo había dicho y eso me hizo retroceder en el tiempo a aquel momento en el que, sin avisar, se fue a Málaga y yo me enteré por Héctor cuando comentó que su hermano se había ido dos días antes. Una lágrima rodó por mi mejilla.

Héctor se levantó y me la limpió con el dedo gordo.

—No entiendo qué ves en él. Ana me lo ha intentado explicar, lo que aún me ha cabreado más. ¿Por qué Ana lo sabe desde el principio y yo no? Pensé que yo era tu mejor amigo, que entre nosotros no había secretos.

—Ana no lo sabe desde el principio. Se enteró de la otra vez cuando ya llevábamos un tiempo juntos y de esta se ha enterado hoy, aunque lo intuía. Y es obvio por qué no te lo dijimos a ti —dije señalándole con la mano.

—¿Te lo dijimos? Como una parejita, que bonito... ¿Tienes idea de lo difícil que fue tragarme tu mentira intentando auto convencerme de que no estabas con mi hermano y que había sido otro, del que ninguno sabíamos nada, pero que te había marcado demasiado como para estar destrozada durante meses? Eres mi mejor amiga, Sara, mi Sara. Siempre te he sido leal. ¿Tienes idea de cómo me sentí el viernes cuando llegué a casa y os oí en la habitación? ¿Sabes lo que es oír a mi mejor amiga gemir en la habitación de mi hermano? Me hirvió tanto la sangre que estuve a punto de entrar y separaros a la fuerza.

Su cara estaba colorada y su gesto desprendía furia, furia contenida. Me quedé quieta, sin moverme, sin decir nada, sin pestañear y casi sin respirar. Intentaba comprenderlo, pero me resultaba demasiado difícil ponerme en su lugar cuando veía que mi mundo se desmoronaba, y a eso había que sumarle que mi mejor amigo me había oído follar con su hermano y me moría de vergüenza.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora, Sara?

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo?

—Irte haciendo a la idea de que te tienes que olvidar de él.

—No. Ni quiero ni puedo —dije dándome con la mano en el pecho.

—No me puedes decir que te has enamorado...

—Es que esto no viene de hace dos meses o de hace dos años, Héctor. Esto viene de lejos, hace años que se cuajan miradas, indirectas, conversaciones, flirteos... Esto es el resultado de todo eso. Y me temo que tu prohibición ha ayudado a que esto fluyera. Quizá si nadie nos hubiera prohibido nada, ninguno de los dos habríamos tenido tanto interés.

Aquello debió de ser como un puñal directo a su corazón porque se levantó con un gesto lleno de rabia. Soltó un gruñido y se volvió a sentar. Metió la cabeza entre sus manos. Me sentí rendida

por el cansancio y me senté. Me quedé callada observando a Héctor y su desesperación. Los minutos fueron pasando.

—¿Qué piensas?

—Nada —contesté sin dejar de mirarlo.

Sus ojos se cruzaron con los míos. No supe adivinar de qué estaban cargados ¿miedo? ¿Rencor? ¿Angustia?

—Sara, un amigo es con el que se piensa en voz alta...

—Te aseguro que no estoy pensando en nada, no puedo pensar ahora mismo.

Nos quedamos en silencio unos minutos.

—¿Por qué me mentiste? —dijo con pena.

—¿La otra vez? —asintió—. Porque decidimos llevarlo en secreto. Nos habíamos prometido que ninguno diría nada, sobre todo por no hacerte daño a ti, o eso alegó Sergio.

El silencio volvió a instalarse por unos minutos.

—¿Cuándo empezó?

—Héctor, no creo que sea necesario...

—¿Fue la noche que desapareció? —me miró intrigado.

—Sí. No desapareció. Una cosa llevó a la otra, ya veníamos tonteando desde hacía años, pero aquella noche surgió todo —dije resignada.

—Hasta ir a más... —asintió—. Esa misma noche llegasteis a más, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, por eso «desapareció» —hice un gesto de comillas con los dedos—. La cosa empezó dentro y salimos a la calle, se nos estaba yendo un poco de las manos. No queríamos que nadie nos pillara —me tapé la cara—, así que aprovechamos que tú te habías ido con una para que no llamara tanto la atención que nosotros no estábamos. Nos fuimos a un hotel —no dijo nada esperando a que terminara de relatarle todo—. Aquello se quedó así por un tiempo, pero cada vez que salíamos de fiesta necesitábamos estar juntos. Si no nos veíamos, no había problema, más allá del tonto por mensajes. Pero cuando estábamos juntos, necesitábamos... bueno ya sabes... —hice una pausa, tenía la boca seca, pero no era el momento de ir a por agua a la cocina—. Luego empezamos a quedar más a menudo, aquí y en tu casa.

—¿En mi casa? No me digas que el día que fuiste a recoger unas fotos...

—Sí. No fui a recoger ninguna foto —lo miré con pena—. Yo estaba muy pillada por él, creí que había algo entre nosotros, lo creí realmente. Era la primera vez, después de años y años, que me sentí querida, amada y deseada de esa forma.

—Pero...

—Se fue a Málaga. Decidió irse de la noche a la mañana. Y ahí me quedé yo. Me enteré por ti dos días después.

Se me encogió el corazón al recordarlo. Recordé el momento en que Héctor me decía que su hermano se quedaría en Málaga por una temporada sin yo haber tenido noticias de ello. Recordé como tuve que salir corriendo a un baño a llorar mientras llamaba a Sergio sin recibir contestación. Recordé como tuve que inventarme que llevaba un mes con un chico por internet por el que me había colgado como una loca y que me había dejado repentinamente, y poner como excusa que no les había dicho nada a ninguno por vergüenza, «porque los novios no se encuentran por internet». Ana y Helena no se lo creyeron, tardaron en preguntarme el motivo, aunque ya lo habían imaginado.

—No decidió irse de la noche a la mañana, como ahora... ¿Erais novios?

No me miraba, estaba cabizbajo.

—Nunca hablamos de eso. Ya sabes que yo no puedo hablar de eso y él no ha insistido nunca en ese tema.

Nos quedamos callados durante mucho tiempo y empecé a darle vueltas a por qué Sergio insistía en que Héctor no se enterara de nada. Y por qué Héctor no paraba de repetirme que su hermano ya había planeado volver a Málaga.

—¿Por qué te molesta tanto que estemos juntos? ¿Por qué te iba a hacer daño a ti lo nuestro? Se le descompuso la cara, cogió aire y suspiró.

—Porque no quiero que te hagan daño, no quiero verte sufrir como hace años. Y sé que mi hermano te hará sufrir, de hecho, ya lo hizo y lo sigue haciendo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? No sabes lo que siento, ni lo que él siente. ¿Le has preguntado? ¿Me has preguntado?

—Vale, ¿qué sientes? —me miraba fijamente con tristeza.

—Pues... es difícil decírtelo.

—¿Por qué es difícil decírmelo, Sara? Nunca has tenido problema en decirme lo que sentías por otros.

—Ya... pero ahora se trata de tu hermano... —hice una pausa que no cortó. Cogí aire y lo solté todo de corrido—: estoy enganchada a él, necesito tocarlo, besarlo... me gusta el troteo adolescente que tenemos. Me muero por ver un mensaje suyo cada noche y cada mañana. Me derrito con lo que me dice. Y bueno no te voy a hablar del tema cama...

Alzó la mano pidiéndome que me callara.

—No hablas de amor en ningún momento...

—La otra vez sí podía hablar de amor, pero se acabó todo de forma tan abrupta, que ahora no me atrevo a planteármelo.

—Plantéatelo...

—Son las cuatro de la mañana... no...

—Plantéatelo —me cortó.

Me quedé en silencio pensativa. ¿Era amor? Si pensaba en lo básico como las mariposas en el estómago cuando sabía que iba a verlo, sí, allí estaban. Pensaba en él cada segundo de mi vida y sonreía cuando lo hacía. Cerraba los ojos y recordaba momentos juntos. Me sentía cómoda con él, en confianza y podía asegurar que me sentía en la posición de ofrecer y exigir fidelidad y lealtad. Lo deseaba y me excitaba. Él sabía cómo hacerme sentir en una nube. A eso había que sumarle los años de amistad que hacían las veces de pilares de nuestra relación. Y en el plano más serio, ¿me veía o imaginaba con él dentro de unos años? Por supuesto que había fantaseado con eso, incluso con llegar a vivir juntos. Y ahora tocaba contestar la pregunta más difícil ¿qué sentiría si lo nuestro se acabara?

Suspiré.

—Sí... —dije arrastrando la i.

—Ante eso no puedo decirte nada más. ¿Decides tirarte de lleno? —asentí y me cayó una lágrima—. Ya estás llorando y aún no te ha dejado —inspiró fuerte—. Dame un tiempo, Sara. Necesito pensar...

—¿Me das un abrazo?

Me miró con los ojos brillantes. Suspiró y se acercó a mí.

—Te quiero demasiado —su abrazo me reconfortaba—. Son más de las cuatro, ya ha debido de llegar, ¿no te ha avisado?

Temí que a partir de ese momento solo fueran a salir pullas de la boca de Héctor.

—No, no me ha dicho nada.

—Ya...

—Quédate a dormir, es tarde.

—No, Sara.

Se fue hacia la puerta, oí como la abría, salía y la cerraba. Me tumbé en el sofá mirando al techo intentando pensar algo. En ese momento lo veía todo muy negro. Mi amistad con Héctor pendía de un hilo, por mi culpa. Y Sergio estaba a seiscientos kilómetros, por mi culpa. Cogí el móvil y escribí a Sergio: «Hola cari. ¿Has llegado?». «Hola mi amor. Acabo de llegar. ¿Qué haces despierta tan tarde? Ya te estoy echando de menos. Quiero que sepas que quiero estar contigo y que no te voy a dejar. Que te necesito en mi vida», contestó dos minutos después.

Las mariposas despertaron y una sonrisa se dibujó en mi cara. Cerré los ojos y recordé nuestro último beso.

Contesté a su mensaje: «Acaba de irse tu hermano. Yo también te echo de menos. Por favor, vuelve pronto, no estés lejos mucho tiempo». La respuesta fue inmediata: «¿Tengo que estar celoso?». «Nooo. ¡Por favor! Ana ha conseguido calmarlo, no sé qué le habrá dicho, ni me importa, y ha venido a hablar conmigo», contesté rápido. «Bueno Sara, que un hombre salga de tu casa pasadas las cuatro de la mañana, por mucho que sea mi hermano, no suena bien». Aquel mensaje no me gustó nada, estaba enfadado. «Sabes de sobra que no te engañaría con nadie, solo quiero estar contigo, Sergio», le dije. «Vale. Mañana hablamos. Descansa, nena».

## 2

Al día siguiente no hablamos, ni a los dos días, ni en toda la semana. Lo llamé varias veces, pero no me cogió el teléfono. Le mandé mensajes todos los días, como si no hubiera pasado nada, muy parecidos a los que nos habíamos mandado durante los dos últimos meses, pero tampoco los contestaba.

Empecé a ponerme en lo peor. No quería saber nada de mí. Mierda, ya estaba pensando como una niña de dieciséis años. Y a Héctor no me atrevía a llamarlo, en primer lugar, porque me había pedido tiempo y, en segundo, porque tendría que decirle que su hermano no daba señales de vida y me lo reprocharía con un «Te lo dije» que me escocería en el alma.

A Ana tampoco quise agobiarla con mis paranoias, ya había hecho bastante aquella noche, aquella y mil más. Si algo me había demostrado Ana en nuestros quince años de amistad era eso, que como amiga era la mejor.

Un día Ana y Helena aparecieron en mi casa. «Comando salvación», lo llamaron.

—¿Sigues sin tener noticias de él? ¿Cuántos días han pasado? —preguntó Helena.

—Ninguna. Siete días. No sé, tengo la sensación de que se repite lo de la última vez, solo que peor, porque esta vez habíamos avanzado como pareja y pensé que realmente había algo sólido.

—Pero no te estás siete días sin hablar con tu pareja sólida, Sara —dijo Ana.

—Ya lo sé. Prefiero no pensar. Tengo la esperanza de que en algún momento me llame, me escriba y me dé una explicación, o que aparezca por esa puerta y me coma a besos.

—Mi consejo: olvídate, olvídale. No puedes estar esperándole. Sal, conoce a chicos y tíratelos, como estabas haciendo hasta que volvió. Así de simple, sin dar explicaciones, sin remordimientos, sin compromisos, y quién sabe, a lo mejor de alguno de esos encuentros sale el hombre que te mereces.

—Ana, de esas noches no salen los hombres que nos merecemos. De esos «no compromisos» solo salen listas de nombres con un número de teléfono con los que, en la mayoría de las ocasiones, ni siquiera se repite.

Helena rio a la vez que asentía.

—¿Por qué es tan complicado con Sergio? ¿Por qué cuando estamos cerca lo nuestro funciona y en cuanto hay un poco de espacio todo se congela en el tiempo?

—No, guapa, él se congela en el tiempo. Tú estás más caliente que una perra en celo.

—Ana, que delicadas eres, no crees que no es el momento de ese comentario... —le recriminó Helena.

—¿Y tú? ¿No te apetecía ir hoy con los pijos? —pregunté a Helena para intentar dejar de pensar en Sergio.

—¡Qué va! Si iba a ir con David a Madrid, habían reservado en un restaurante con estrella Michelin, pero uno se ha puesto malo y han anulado la reserva. Así que me he quedado sin cena de estrella Michelin y sin ir a Madrid. Habíamos pensado en quedarnos a dormir en algún hotel del centro tras la cena —dijo vergonzosa.

—¿Y por qué no os habéis ido a cenar vosotros y al hotel del centro? —pregunté.

—Porque al anularlo, David ha quedado con Héctor, Raúl y Nacho para jugar a la consola, como si fueran unos niños. ¿Cuándo se les pasa el vicio por las maquinitas? Me veo con hijos e imagino al padre con un mando y al bebé con otro.

Las tres reímos a carcajadas.

—Luego decís que la inmadura soy yo...

—Unos crían la fama... Sara... y otros cardan la lana —dijo Ana con maldad.

Puse los ojos en blanco. Pero tenía razón.

—Tampoco sé nada de Héctor desde hace siete días.

Las dos se miraron y bajaron la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunté resignada.

—Lo que pasa es que necesita tiempo. Oírte en la habitación de al lado no fue plato de buen gusto para él. Y está enfadado contigo por no haber confiado en él desde el principio, fuera cual fuera su posición ante la relación —matizó Ana.

—¿No puede comprender que era una decisión nuestra en la que él ni entraba ni salía?

—Ya se lo hemos dicho todos, pero no quiere dar su brazo a torcer —hizo una pausa—. Dale tiempo, no tardará en echarse de menos, sois uña y carne.

Resoplé y eché la cabeza para atrás. Lo necesitaba ahora, consolándome, como siempre, sacándome de mi amargura y dando luz a mis pensamientos y a mis paranoias.

En ese momento llegó un mensaje al móvil.

—Es Sergio —dijo Ana al ver el nombre en la pantalla.

Mi corazón empezó a bombear más rápido.

—Léelo —le dije.

—¡Qué dices! Léelo tú. Llevas una semana esperando.

Cogí aire tres veces antes de leerlo. Había varios mensajes.

«Mi amor, siento no haberte contestado antes, necesitaba pensar. No sé cómo gestionar esto con mi hermano y estoy agobiado», «Te echo de menos», «Daría lo que fuera por tenerte ahora a mi lado y besarte».

Leí los mensajes en alto.

—Ohhh —dijeron las dos al unísono.

Siguieron llegando los mensajes.

«Pero eso va a ser difícil estando a seiscientos kilómetros de distancia», «No voy a volver en una larga temporada y no quiero que te sientas atada a mí».

Abrí los ojos como platos y volví a leerlos. Helena y Ana permanecieron en silencio. Me estaba dejando... me estaba dejando a distancia y por mensajes... Se me encogió el corazón y se me llenaron los ojos de lágrimas.

«Por eso quiero pedirte que no pienses en mí como pareja. Nunca hablamos del tema y fue lo mejor que pudimos hacer». «Sigue con tu vida y si aparece alguien no me tengas en cuenta, sigue adelante», «Yo no te voy a olvidar y siempre que vaya te llamaré. Si el destino te ha puesto en

manos de otro hombre me mantendré al margen, juro que respetaré tu decisión. Si no es así volveré a hacerte mía como si fuera la primera vez y nos olvidaremos del tiempo y de la distancia».

Ana se acercó para abrazarme. Las lágrimas caían sin control. Helena se secaba las lágrimas discretamente.

«Te quiero. Eso no lo olvides nunca».

Me dejé recoger por Ana y rompí a llorar como una niña. Otra vez. Otra vez sufriendo por el mismo. No, no había aprendido y, por lo que me imaginaba, no aprendería nunca.

—¿No vas a contestarle? —preguntó Helena con un nudo en la garganta. Negué con la cabeza—. Es tan bonito lo que te dice.

—Helena, que la está dejando, y por mensajes... Aunque el cabrón es romántico hasta para eso...

—¿Y qué le digo? Que no estoy de acuerdo con lo que dice, que le esperaré, que no quiero que otro hombre me tenga en sus manos si no son las tuyas... solo me queda aceptar lo que me dice. Está seguro de ello, si no me habría llamado.

Helena me quitó el móvil de las manos.

—Puede que no lo tenga tan seguro y por eso no te ha llamado. A lo mejor le duele dejarte. Una persona no tarda tantos días en dar señales de vida para ahora decirte esto.

Empezó a teclear en el móvil y al cabo de un rato lo soltó.

—Ya está. Le he puesto lo que has dicho.

—¿¿Qué?! —gritamos Ana y yo al unísono.

—Sí, que no estás de acuerdo con esa decisión, que no ha contado contigo para tomarla. Que las únicas manos que quieres que te toquen son las tuyas. Y que no olvidarás ninguno de los momentos vividos con él, nunca.

—Joder... Helena ¿has pensado lo que has hecho o ha sido un acto reflejo? —le preguntó Ana.

—Ha sido un acto reflejo, pero había que hacerlo. Si no le contestaba o tardaba días en hacerlo no tendría sentido nada de lo que dijera. Estoy segura de que él está llorando y por eso no la ha llamado.

—¿Tienes helado? —me preguntó Ana.

Negué con la cabeza.

—Voy a por helado, id preparando una película que nos garantice lagrimones —dijo Helena cogiendo el bolso.

Ana me abrazó y me acunó supliendo el papel que solía realizar Héctor. Vi como Ana se pasaba el dorso de la mano por su cara y se le humedecía. Sorbió muy flojito, pero supe que estaba llorando.

### 3

Las semanas pasaban. Héctor volvió, poco a poco, a los quince días de la ruptura. Primero un mensaje: «Hola, pequeña. ¿Cómo estás?». Tardé en contestar. No sabía cómo decirle que estaba destrozada por su silencio y que mi corazón estaba hecho cachitos, como él me había advertido. «Sentada viendo la televisión. Modo maruja: ON», y esa era mi mejor baza en esos momentos, la ironía, el humor absurdo. A los dos días me llamó.

—Dime que las marujas del siglo XXI quedan con sus amigos para beber cervezas sin control —dijo tímido.

—Lo único que te puedo confirmar es que esta maruja sí. ¿A qué hora me voy a rendir a ese maravilloso brebaje alemán?

—Yo lo prefiero belga, pero hoy te dejo elegir a ti, te lo debo. ¿A las ocho?

—A las ocho.

—Te veo luego, pequeña.

Oírlo fue reconfortante. Sonreí tímidamente.

A las ocho me esperaba en el portal. Bajé quince minutos tarde, para variar. Nada más vernos nos dimos un abrazo cariñoso, cálido y necesario. Estuvimos varios minutos abrazados. Aquel fue nuestro perdón mutuo. No hizo falta decirnos más.

—Ana me ha puesto al día, no hace falta que me cuentes nada. No voy a dejarte sola, ¿vale? He tardado en llegar, pero ya estoy aquí —me dijo una vez sentado en una silla alta del bar.

Asentí y sonreí.

—Te he echado de menos.

—Lo sé, pequeña.

Me cogió la mano, la acarició y besó.

No hablamos de él, no hablamos de su hermano, no hablamos de mí. Arreglamos el mundo, hicimos planes de futuro y brindamos por nosotros con cada botellín que pasaba por nuestras manos.

Eran las cuatro de la mañana cuando volvimos a casa.

—No estás en condiciones para conducir, quédate a dormir.

—Vale, pero tengo tanta hambre que me comería un buey, ¿qué me ofreces?

Reí intentando recordar lo que tenía en la nevera.

—Así, comida rápida hay poca, helado que nos sobró el otro día a las plañideras oficiales del reino. De cocinar lo que quieras, hay pizza de atún.

—No hay más que hablar, pizza y helado.



Durmió en el sofá con un par de mantas encima. Cuando desperté lo encontré tumbado en mi cama, encima del nórdico con las dos mantas que tenía cuando lo dejé en el sofá. Me reí por la escena. Cerré los ojos y volví a dormir invitada por la tranquilidad que me aportaba.

Al día siguiente quedamos con el resto para cenar y salir. Nacho, que compartía gustos conmigo, exigió que cenáramos en el McDonald's. Héctor y yo llegamos juntos y todos aplaudieron nuestra reconciliación.

—Te ha costado ¿eh, Héctor?

—Cosas de familia... a cabezotas no nos gana nadie.

—Pero si eres adoptado... eso no lo has heredado de tus padres —dijo Nacho.

—Lo dice por su hermano, imbécil —le dijo Raúl, pero Nacho puso cara de póker—. Lo de insistir con Sara...

Nacho se encogió de hombros y pidió un menú y tres hamburguesas de un euro solo para él.

—Pídeme un Happy Meal, cielo —le dijo Helena a David.

Todos la miramos y nos reímos.

—Ya resulta raro ver a un grupo de casi treintañeros cenando un sábado en un lugar como este, pero que te pidas un menú infantil nos cataloga como el grupo de los raritos a distancia —le dijo Ana.

—¿Qué? No me apetece comerme una hamburguesa de las grandes.

—Uy sí, enormes, no te caben en la boca —todos reímos, incluida Helena—. Esto se merece una foto que David debería mandar a los pijos. Queremos saber su opinión.

David puso los ojos en blanco.

—Si los conocieras no hablarías así de ellos.

—Pues que se pasen por aquí —dije señalando el restaurante con las manos—. Serán bienvenidos, el problema es que no creo que estemos a su nivel. Aquí no hace falta reservar con meses de antelación y tenemos la mala costumbre de comer con las manos.

—Vale —dijo levantando las manos pidiendo paz—, en ese tema no puedo hacer otra cosa más que darte la razón.

Aquella noche salimos por el centro de la ciudad. Bailamos y bebimos, y seguimos bailando. Nacho no tardó en desaparecer con una chica. No volvimos a verlo esa noche. Rara era la noche que no acababa con alguna mujer. Nacho era moreno, guapo, musculoso, pero sin estar hinchado. Tenía unos ojos negros que hechizaban, los labios carnosos. Vestía siempre a la moda de una manera muy atractiva. Y, para rematar, tenía don de palabra y humor, por lo que muchas chicas se volvían locas por él. Ana también tuvo algo con él cuando tenían dieciséis años. Nadie supo lo que pasó, pero no volvieron a estar juntos.

Aquella noche se acercaron dos chicos a hablar conmigo. Uno de ellos era un antiguo rollo pasajero. Pero esa vez no me iba a ir con ninguno. No me sentía lo suficientemente libre de Sergio como para estar con otros. Además, acababa de recuperar a mi mejor amigo y el desayuno de ese domingo se lo debía a él.

## 4

Las cosas fueron volviendo a su cauce dos meses después de los mensajes. No había vuelto a saber de Sergio, pero el resto de mi mundo estaba como lo había dejado antes del verano. Con el trabajo, salir a correr todas las mañanas y la vuelta a la rutina de los horarios, las quedadas, los pequeños viajes y los días que decidíamos salir, la herida que Sergio había dejado abierta se fue cerrando, aunque no del todo.

Para el puente de diciembre habíamos preparado un viaje de grupo al extranjero como solíamos hacer cada dos años. Esa vez el destino sería Lisboa. Alquilamos un apartamento para los ocho. Ana y Rubén en una habitación, Helena y David en otra, Nacho y Raúl en otra y Héctor y yo juntos, pero dejando una cama libre preparada por si Raúl se tenía que mudar a media noche con nosotros.

El avión llegó a las siete y media de la mañana porque habíamos comprado el billete con la tarifa más barata. Puesto que el vuelo era corto opté por tomarme una valeriana en lugar de un lorazepam, por lo que nada más llegar, para espabilarme, exigí un café administrado en vena. Todos llegamos medio dormidos porque, en un arranque de valentía, habíamos quedado la noche anterior para ultimar los preparativos del viaje con unas cervezas de por medio. El resultado fue llegar a casa a las dos de la mañana cuando a las cinco teníamos que estar en Barajas, lo que suponía salir de Guadalajara a las cuatro y cuarto como muy tarde. En total dormí una hora, una simple hora, me caracterizaba por llegar siempre tarde, pero ese día no me lo podía permitir o todos perderían el avión por mi culpa.

Salimos de la terminal buscando un autobús que nos llevara al apartamento. Tras más de media hora buscando, cogimos dos taxis.

—Anoche quedamos para ultimar este tipo de cosas ¿no? —dijo Raúl con los ojos entornados.

—Anoche quedamos —sentenció.

Intentamos dormir un poco en el taxi, pero el conductor no se caracterizaba por ser delicado y poco agresivo en su conducción, y nuestros cuerpos iban de lado a lado, ventanilla contra ventanilla. Incluso hubo un momento en el que temimos por nuestra vida, Raúl me agarró del brazo y Héctor me apretó el muslo.

Cuando llegamos al apartamento fuimos directamente a la cama, nos tumbamos encima sin retirar las colchas. Helena se encargó de poner la calefacción y de dejar café hecho para cuando resucitáramos.

A las tres de la tarde nos levantamos con hambre y sin nada en la nevera. Bebimos del café que había preparado Helena, pero sin leche porque no habíamos hecho compra. Los planes para sobrevivir esa tarde eran claros, ir a comer y después hacer compra básica.

Aquella noche fuimos al Campo de las Naciones buscando un restaurante con buenas críticas en internet. Cuando entramos nos vimos rodeados de peceras con centollos. Nacho se frotaba las manos. Pedimos mariscada para ocho.

La camarera realizó varios viajes para ir dejando las fuentes en la mesa.

Nacho se levantó y volvió con la última fuente.

—Chicos, me han recomendado un sitio para salir esta noche. Está por el centro, me ha dado las indicaciones, pero no me he enterado muy bien. Me ha dado su número, así que, si no lo encontramos, la llamo —guiñó un ojo.

—Lo tuyo es de libro... —rio Rubén chocándole la mano.

Tres horas después deambulábamos por el centro de Lisboa, y digo deambulábamos porque el cansancio de haber dormido tan poco y a deshoras empezaba a hacer acto de presencia.

—¿Quién tiene llaves del apartamento? —preguntó Helena.

—Héctor, Nacho y yo —dijo Ana.

—Perfecto, yo no tardaré en irme, me duelen las piernas —dijo Helena apoyándose en David.

—Voy a llamar a esta chica —Nacho cogió el teléfono y esperó—. Hola morena —dijo arrastrando la a—, estamos cerca de una heladería, sí, esa —al otro lado del teléfono la camarera le daba indicaciones—. Vale, pues allí te espero, porque la noche no será igual si no te tengo cerca.

Todos pusimos los ojos en blanco y nos reímos.

—Será zalamero... ¿Pero eso sigue funcionando? Conmigo no, desde luego —dije riendo.

Entramos en un pub poco iluminado y con gente demasiado borracha. Nos acercamos a la barra a pedir.

—No tienen mojitos —dijo Helena con pena.

—A mí pídemme una cerveza —dije—. ¿Por qué la música es igual en todos los países? Salimos de España escuchando reguetón y aquí tenemos lo mismo.

—Con la ventaja de que nos sabemos la letra mejor que ellos —dijo Héctor invitándome a bailar.

Tras varias horas bailando, Helena y David se fueron al apartamento. Ana se acercó a mí.

—Hay un morenazo que no te quita ojo.

—¿Dónde?

—Detrás de mí, a tu izquierda, alto, moreno y con camisa blanca. No seas cantosa.

Fui todo lo cantosa que pude y más, miré donde me indicaba y vi como el morenazo que ella había descrito me miraba fijamente. Hizo un brindis al aire con su copa y le contesté con mi cerveza y media sonrisa. Lo siguiente fue una caidita de ojos, una sonrisa completa y el desvío de la mirada. Si no tardaba mucho en venir significaba que la técnica había funcionado.

—Localizado. Tocado y hundido —dije cuando vi que se acercaba.

Ana me miró de forma cómplice y asintió con la cabeza.

El chico se colocó a mi lado. Era alto y fuerte, se notaba que frecuentaba el gimnasio. Llevaba unos pantalones negros ajustados y una camisa blanca, también ajustada. Tenía los ojos verdes y el pelo no muy corto y negro, peinado con algo de gomina. Se pasó la mano por el pelo de forma sensual. Era de esos que iba presumiendo de pelazo. Sonreí.

—Ciao, bella —dijo interesante—, sono Andrea.

Sonreí con picardía, italiano...

—Sono Sara, piaciuta.

—¿Sabes italiano? Me gusta. ¿De dónde eres?

Toda la conversación versó en italiano, él estaba encantado y a mí no me importaba.

—Lo suficiente para poder comunicarme contigo. Soy de España.

Me sonrió y chocó su copa con mi botellín. Me miró de arriba abajo y puso morritos. Reí. Iba a ser fácil.

Mantuvimos una conversación divertida sobre los tópicos de nuestros países. Tenía la voz grave y su risa era bonita. Tenía cierto aire de chulería italiana y eso me gustaba, para un rato estaba bien.

Sonó la canción del verano en España que, por su reacción, debió de serla también en Italia.

—¿Bailamos?

Me acerqué bien a él, lo miré con picardía y jugué con los botones de su camisa entre mis dedos. Me sacaba una cabeza y eso me gustaba mucho.

—Se me ocurren otras formas de bailar.

—Directa... me gusta...

Levanté levemente una ceja y le dediqué una sonrisa seductora.

Su mano derecha pasó por detrás de mi cuello mientras la otra se colocaba a la altura de mi cadera. Inclino la cabeza a la vez que yo la levantaba. Sus labios chocaron con los míos y su lengua atravesó mi boca con ansias. Cerró los ojos, yo no. Un sabor dulce a ron y Coca-Cola inundó mi boca al instante. El deseo sexual empezó a expandirse por mi cuerpo y no veía el momento de irnos de allí.

—Mi hotel está a dos calles de aquí —dijo mientras me besaba el cuello.

—Vamos, entonces.

Me cogió de la mano y tiró de mí con suavidad. Ana, que estuvo pendiente, se me acercó.

—¿Estás segura?

—Llevo el spray por si acaso.

Nunca se sabía bien con quién te ibas a la cama, por lo que hacía años que había preparado un mejunje parecido al spray de pimienta que siempre llevaba en el bolso. En caso de resultar peligroso, el spray me aportaría el tiempo suficiente para poder salir corriendo y hacer alguna llamada.

—Estate localizable en todo momento —asentí—. Disfruta.

—Esa es mi intención.

Como sucede en las películas entramos al ascensor besándonos con deseo. Sacó la tarjeta de la habitación sin separar sus labios de los míos. Nada más entrar me desnudó y yo le fui desabrochando los botones de la camisa con rapidez, la dejé caer al suelo mientras pasaba mis manos por su torso perfectamente depilado y duro, muy trabajado. Desbroché su pantalón y él se terminó de quitar toda la ropa. Su gran erección quedó al descubierto. Ese chico tenía todo lo que los cánones de belleza marcaban, estaba de diez. Yo hice lo mismo con mi ropa. Se acercó a la maleta y sacó varios preservativos. Le quité uno de las manos para ponérselo. Me arrodillé e introduje su sexo en mi boca. Durante un rato jugué con mi lengua, con mi boca, dentro, fuera. El gemía y jadeaba pero sin llegar al éxtasis. Supuse que el alcohol era lo que conseguía que durara tanto. Me levanté y fue él quien se agachó para introducir su lengua en mi entrepierna con veteranía. A mí el alcohol no me afectó tanto y no tardé en llegar al orgasmo entre gemidos con mis manos perdidas en su pelo del que tiraba levemente haciéndole gemir a él. Cuando se levantó su altura me excitó. Cogió otro preservativo, se lo puso, se acercó a mí con una mirada lasciva. Me levantó y me puso a horcajadas, anudé mis pies a su espalda y con un golpe maestro entró en mí haciéndome gritar de dolor y placer al mismo tiempo. Era grande, más grande de lo

que estaba acostumbrada y la primera embestida la sentí con unos pinchazos, que, tras varias acometidas, se convirtieron en un intenso placer. Me apoyó contra la pared y sus movimientos se aceleraron. Empezó a decirme bonitas palabras en italiano al oído que me hacían estremecer. Apoyó una mano en la pared y me sujetó con la otra, jadeó fuerte y cuando vio que yo llegaba al orgasmo, él explotó con un fuerte gemido y un gruñido entre dientes.

Apoyó exhausto su cabeza en mi hombro y besó lentamente mi cuello.

—Eres una diosa.

Cerré los ojos y me dejé llevar hasta la cama. Me quedé allí tumbada. Andrea escribió a alguien desde el móvil y se fue a la ducha. Respeté ese momento íntimo mientras hacía un barrido por la habitación. Allí había otra maleta, seguramente de algún amigo al que acababa de escribir pidiéndole que no pasara esa noche por la habitación.

Nunca me quedaba a dormir con el susodicho después de una noche loca. Siempre volvía a mi casa o al lugar donde estaban mis amigos. Pero en aquella ocasión no me atrevía a bajar a las desiertas calles de Lisboa en plena madrugada y buscar un taxi que me llevara al apartamento.

Cuando salió de la ducha con la toalla enrollada a la cintura se acercó y me besó. Ahora sabía a menta. Entré en el baño y me di una ducha rápida. Salí con la toalla rodeándome el cuerpo. Me miró pícaro y me lanzó una camiseta de algodón que olía a él, perfume caro. Tiré la toalla al suelo con descaro y me recreé en ponerme la camiseta. Recogí mi tanga del suelo y me lo puse. Me tumbé en la cama y él me rodeó con su fuerte brazo hundiendo su nariz en mi pelo.

—Descansa, mi diosa morena.

## 5

Nos levantamos a las once. Su móvil sonó y lo cogió sin mirar la pantalla.

—Hola —dijo incorporándose súbitamente—. Sí, bien, nos acostamos tarde.

Me miró y me indicó que guardara silencio. Genial, tenía novia. Me levanté para cambiarme.

—Estoy cansado. Luego, cuando haya comido algo, te llamo y hablamos —hizo una pausa larga—. Y yo a ti —colgó.

Se acercó a mí sentándose en el borde de la cama.

—Lo siento.

—No tienes nada que sentir, es tu decisión. Yo no tengo ningún compromiso.

—¿Quedaremos esta noche?

—No lo creo, he venido de vacaciones con mis amigos...

—¿No te gustó lo de anoche?

—¿Eres de los que necesitan valoración?

—No, pero no quieres volver a verme... Para mí fue fantástico.

Me acerqué a él, lo empujé para que quedara tumbado en la cama. Estaba expectante. Me subí a horcajadas encima de él. Me moví rápido hasta alcanzar un preservativo que había encima de la mesilla y casi sin darnos cuenta volvíamos a disfrutar del sexo sin compromiso.

Buscamos un bar donde nos pusieran un café con algo de comer. Compartimos una napolitana de chocolate.

—Normalmente, a estas horas, estoy a punto de empezar a comer.

—Entonces en vez de llamarlo desayuno llamémoslo vermú dulce —sonreí.

Me miró con su sonrisa de anuncio, su pelo peinado y esos ojos verdes.

«Da señales de vida, por favor», escribió Ana. La contesté enseguida: «Estoy viva, sana y salva. Estamos desayunando en una de las calles del centro, ¿qué planes tenéis?». «En quince minutos estamos allí para recogerte. ¿Quieres que te lleve ropa más cómoda?», escribió. Me imaginé que esa idea había sido de Helena. Le contesté: «Sí, por favor. Unos vaqueros, una camiseta de manga larga y el jersey azul marino. Ah, y unas bragas...». Contestó con un emoticono.

—Mis amigos vendrán a buscarme en un cuarto de hora.

—Entonces aprovechemos el tiempo que nos queda.

Pasó su mano por detrás de mi cabeza dejando su pulgar en mi oreja. Me acercó a él y me besó, un beso de despedida.

—Ha sido una suerte encontrarte y un placer, un auténtico placer pasar las últimas horas contigo.

—No creo en la suerte —sonreí—. Ha sido una gran noche.

Pasé mi mano por su cuerpo abrigado con un jersey de lana fina de color beige. Me cogió la mano y jugó a entrelazar sus dedos con los míos durante un rato sin quitarme los ojos de encima. Por primera vez en las últimas horas, me sentía intimidada y violentada. Me miraba de una forma tan tierna que me asustaba.

Héctor escribió preguntando el sitio exacto en el que nos encontrábamos. Tras decirle el nombre del bar y pagar, salimos a la calle. Los vi a lo lejos. Andrea me abrazó y me besó por última vez.

—Te deseo lo mejor.

—Ha sido bonito.

Se dio la vuelta y se fue. Cuando se cruzó con mi grupo de amigos todos se giraron para mirarlo de arriba abajo. Me reí, menudo patio de vecinas. Ana me dio una mochila con mi ropa dentro, entré al baño del bar y me cambié. Al salir vi que Héctor sonreía contento buscando que le contara algo de aquella noche. Entendí que él había dado por hecho que me había olvidado de su hermano, pero ni mucho más lejos de la realidad.

—Tienes un cutis muy resplandeciente —me dijo Nacho pellizcándome la mejilla.

—¿Y tú? No noto que tu cutis esté muy... ¿no te gustó lo de anoche?

—¿Te lo preguntó? —dijo sorprendido. Nacho y yo teníamos un código con el que nos entendíamos con pocas palabras. Asentí y rio a carcajadas—. Qué imbécil.

—Un imbécil que se ha llevado uno de regalo como contestación —sonreí.

Nacho se paró y me miró fijamente.

—Eres yo, pero en femenino...

—Cada día estoy más segura de eso.

Pasó un brazo por mis hombros y me arrimó a él.

—Tú y yo podemos hacer grandes cosas juntos. Hay mucho mundo por conquistar —dijo extendiendo el brazo trazando un semicírculo.

—¿Tipo *Los Vengadores*?

—Ese nombre ya está cogido, algo así como los conquistadores.

—Ese no tiene tirón.

—¿Los folladores?

—Ese es vulgar...

—Tú déjame darle vueltas a esto —dijo dándose con el dedo índice en la frente.

—¿Un italiano para comer? —preguntó de pronto David.

—Sara ya se ha cenado y desayunado a uno hoy...

Le di un manotazo a Nacho en el pecho y me solté de su brazo. Todos me miraron con los ojos como platos mientras Ana carcajeaba.

—Eres lo peor. Dimíto de tu comando.

David miró con el ceño fruncido a Nacho.

—En este mismo —señaló un restaurante que teníamos a la derecha.

Nacho se encogió de hombros y me volvió a abrazar a modo de disculpa.

Al día siguiente visitamos el Palacio de Belem y la desembocadura del río Tajo. La vena reivindicativa territorial de Ana salió con toda su furia.

—Ya podían coger de aquí el agua y no de nuestros pantanos, que los están secando. ¡Nos están expoliando! Malditos políticos que gobiernan por el dinero.

—Ana, relaja que estamos en otro país, los portugueses no tienen nada que ver en esto.

—Que no hay agua en Murcia, no hay agua en Murcia... —remedó—. Pero si hay más agua en sus pantanos que en los nuestros. A ver si se atasca el trasvase con el lodo, porque no les queda otra cosa que llevarse más que lodo.

Todo pusimos los ojos en blanco. Rubén la abrazó y besó para calmarla. En ocasiones, Ana estaba mejor callada.

El avión de regreso, dos días después, salió con dos horas de retraso por un frente frío en España acompañado de tormentas y ventiscas. Todos coincidimos en que había sido uno de los mejores viajes que habíamos hecho lleno de tranquilidad, diversión, amistad y, algunos, sexo.



---

<sup>1</sup> Lee, S. y Kirby, J. (1963): *Los Vengadores*. Nueva York. Estados Unidos. Marvel Comics.

## 6

Las Navidades pasaron sin mayores contratiempos. Algunos conseguimos juntarnos en Noche Vieja para celebrar el tradicional vermú de medio día y enlazarlo con la cena y la fiesta de después. Helena y David cenaban en Madrid y saldrían con los pijos por la noche. Y Héctor estaba en Málaga con la familia y no llegaría a Guadalajara hasta después de Reyes.

A su vuelta quedamos a cenar en mi casa y ver un par de películas. Tras ponernos al día me atreví a preguntarle por Sergio.

—Bien.

—¿No me vas a contar nada?

Habíamos mantenido contacto por Facebook, pero meramente cordial, un «Hola, ¿qué tal?», «Yo bien, y ¿tú?», «Feliz Navidad», «Feliz Año» y poco más.

—No hay nada que contar. No he hablado mucho con él y, las pocas palabras que hemos cruzado, no tenían nada que ver contigo —lo dijo sin mirarme.

Me entristecí. Entendía que no quisieran hablar de mí, pero ¿ni siquiera me habían nombrado? ¿Ni uno ni otro?

Enero pasó con mucha carga de trabajo debido a las nuevas empresas que se animaban a publicar esperanzados por el crecimiento económico que se daba en el sector. Muchas habían esperado a analizar los resultados de las empresas competidoras para lanzar sus publicaciones sin soportar demasiados riesgos. Aquel mes tuve que trabajar más horas de las habituales porque, además, los textos que nos llegaban estaban llenos de errores. Eso solo podía significar dos cosas, una que reflejaba la premura por publicar y la otra el bajo nivel de los redactores, resultado de la nueva «moda», por utilizar un eufemismo, de contratar becarios a bajo precio y sin ningún tipo de experiencia. Mi madre habría afirmado que eran los resultados de un sistema educativo que hacía aguas desde hacía décadas, debido a la falta de consensos y acuerdos entre partidos políticos que se empeñaban en cambiar las leyes de educación con cada legislatura.

Llegó el mes de los enamorados y de los cumpleaños de Héctor y Sergio. Una vez más, y como era tradición, Héctor empezó a prepararlo con más de quince días de antelación. Esa vez cenaríamos fuera y terminaríamos de fiesta en un local que habían contratado. Había calculado que seríamos unos treinta invitados entre amigos, compañeros de trabajo, amigos de Sergio y las novias de estos. Sergio subiría dos días antes de su cumpleaños.

—Siempre falla gente, pero me da que este año seremos más porque algunos del trabajo vendrán con amigos.

—Será grandiosa —dijo Ana entusiasmada—. ¿Y dónde se supone que vamos a cenar treinta personas sin que parezca una boda?

—Ya he hablado con un amigo del equipo de dardos, su tío tiene un bar en el que entraremos todos sin problema, además nos hará descuento.

—Normal, va a hacer el agosto a vuestra costa.

—Ana, ¿cómo van las guirnaldas para este año? —pregunté con maldad.

—Pues había pensado en comprar fieltro de color verde, porque podíamos ambientarla con un color concreto —le dijo a Héctor—, como tenéis los ojos verdes... Bueno, el plan es crear formas, las que más os gusten, y recortarlas en fieltro, colgarlas y demás. También había pensado en hacer juegos, de esa forma cada trocito de fieltro, uno por cada invitado, llevaría pegado una especie de prueba...

Héctor la miraba con sorpresa y estupefacción, más de lo segundo que de lo primero. Yo reí a carcajadas.

—Ana, tienes complejo de *party planner*, es su fiesta no la tuya...

—No, no, me parece bien... —dijo Héctor—, mientras yo no tenga que hacer nada...

Cuatro días antes del cumpleaños de Sergio recibí dos llamadas tuyas que no pude contestar. Una me pilló en la ducha y la otra hablando por teléfono con mi madre. No me atreví a devolverlas y esperé a que volviera a llamar.

«Hola, loca», leí en la pantalla. Abrí la aplicación y llegaron más mensajes: «En dos días estoy allí. Si sacas un rato y estás libre ¿nos vemos?». Escribí rápido: «Estoy libre». «Si quieres quedamos en otro sitio que no sea Guadalajara, ¿reservo un hotel?», contestó. No respondí a su pregunta, ¿quería verlo? Estaba claro. Volvió a escribir: «El que calla otorga, así que cita confirmada jajajaja». «¿Hora y lugar?», pregunté, pero no contestó al momento.

Habíamos quedado directamente en Madrid para evitar que alguien que nos conociera pudiera vernos juntos. Esto sí que lo íbamos a llevar en el más absoluto secreto. No sabía cómo reaccionaríamos al vernos, de lo que estaba segura era de que los dos buscábamos lo mismo. Seguramente se quedaría en un encuentro esporádico porque tras su cumpleaños volvería a Málaga. Una vez más mi mente volaba demasiado lejos y se creaba falsas esperanzas

El Retiro haría las veces de Celestina. Llegué antes de la hora acordada por nervios y por disfrutar de mi querido Madrid. Me senté en los escalones del lago. Hacía frío. Me parapeté debajo de la bufanda y encogí mi cuerpo para conservar el calor. El sol se escondía tímido en el horizonte, quedaban pocos minutos para que la noche cerrada extendiera su manto.

A mi lado una pareja se tomaba fotos con poses diferentes en las que sus labios siempre se andaban buscando. Calculé que tendrían mi edad, pero se comportaban como unos auténticos adolescentes. «Para el amor no hay edad», pensé, «ni para disfrutarlo, vivirlo o saborearlo». Suspiré. Cerré los ojos. Me planteé cómo saludar a Sergio cuando lo viera. Debía decidir si darle dos besos o morder sus labios. Para qué retrasar lo nuestro con dos besos si ambos sabíamos cómo acabaríamos esa noche. Como la cobarde que era, decidí esperar a que él diera el primer paso.

Llevaba horas con un nudo en el estómago y con el corazón sin una palpitación rítmica. Hacía seis meses que él había tomado una decisión por los dos que yo había respetado y asimilado para no sufrir más de lo necesario. Otros habían pasado por mi cama con los que había intentado borrar

el recuerdo de Sergio de mi piel. Ese día, posiblemente de una forma muy insensata, volvería a grabarlo.

El calor de un cuerpo se extendió por mi lado izquierdo. Noté su cercanía y el olor de su perfume. Mi corazón empezó a bombear con fuerza.

—Discúlpeme, señorita. Tengo una cita con una mujer preciosa, guapa, atractiva e inteligente. No sé si la habrá visto...

—No lo sé, no me he fijado —dije sin girarme.

—En ese caso tendré que resignarme a pensar que me ha dejado plantado.

—Esas cosas pasan, no se preocupe demasiado.

Rio.

—Me llamo Sergio.

Me tendió la mano y por el rabillo del ojo vi cómo giraba su cabeza hacia mí. Miré su mano descubierta. Me quité el guante de la mano derecha y estreché la suya. No me soltó. Rio y, con un movimiento muy lento, se llevó mi mano a la boca y la besó. Entonces lo miré. Sus ojos verdes brillaban alegres.

—Mmmm, he echado de menos tu olor, tu piel... a ti...

No pude decir nada, solo repetí en mi mente sus palabras por el tiempo que duró el silencio que se instaló entre nosotros.

—Tus ojos me hablan a voces —dijo sonriendo.

Sonreí.

Acercó su mano a mi cara, me bajó la bufanda y pasó sus dedos por mis labios. Lo siguiente que recuerdo es derretirme en su boca.

—¿Cómo vamos a hacer el sábado delante de todos?

—Tendremos que evitarnos —dijo paseando sus dedos por mi pecho.

—¿Y cómo haremos eso? —dije entre risas.

Me parecía tan imposible que me resultaba cómico.

—Primero nos damos dos besos, me felicitas en persona, ya sabes, que nos vean todos.

—No te miro a los ojos —lo interrumpí.

—No me mires a los ojos, yo sí lo haré —mi corazón se aceleró—. Después te vas cerca de mi hermano como si estuvieras despechada, y del resto me encargo yo.

—Un poco despechada sí que estoy. Han sido meses sin saber de ti.

—Pero ha merecido la pena ¿no?

Pasó su brazo por mi espalda desnuda y me arrimó a su cuerpo.

—Como siempre.

Me mordió la barbilla con suavidad y me hizo cosquillas entre las costillas. Me retorcí entre risas y gritos bajo las blancas sábanas de hotel.

## 7

Helena, Raúl y yo nos juntamos, antes del cumpleaños, en casa de Ana y Rubén para ayudar, obligados, a recortar fieltro y pegar pruebas que Rubén había sacado de internet, seguramente obligado también. David llegaría tarde porque estaba en Madrid. Nacho iría directamente a la cena que, sin saber muy bien cómo, tenía la habilidad de escaquearse de las ocurrencias de Ana.

Antes de pasar por el bar fuimos a buscar a Héctor y a Sergio. Héctor se sentó a mi lado en el coche de Ana y Sergio subió al de Helena. Primera prueba, superada.

En el bar habían preparado dos mesas largas de quince comensales cada una. Como si se hubiera tratado de una boda, los homenajeados llegaron tarde, por lo que todos los invitados ya estaban dentro del bar esperando. Ana obligó a Héctor y a Sergio a sentarse en el medio de una de ellas, me senté a la derecha de Héctor y Sergio a su izquierda, de modo que no nos veríamos en toda la cena, así sería más fácil evitarnos. Ana se sentó enfrente y a su alrededor todos los demás.

La cena resultó amena y divertida. Antes de la tarta, Ana empezó a sacar las pruebas. Algunos se negaban a realizarlas, sobre todo las chicas, puesto que en algunas se pedía dar un beso a un comensal con unas características concretas o salir a la calle a buscar objetos. Nacho se ofreció a llevar a cabo las pruebas de esas invitadas, todos conocíamos cuál era su objetivo. Dos compañeras de Héctor cayeron en sus artimañas casi sin darse cuenta.

—Hoy triunfo, Sara. Búscate uno, tenemos que ir a la par, si no, nuestro comando estará cojo.

—Ya te dije que desertaba de tu comando, búscate a otra que cubra mi puesto.

Ana se arrancó a contar una anécdota del pasado en la que Héctor casi sale ardiendo en una barbacoa por culpa de Sergio. Este no le había avisado de que el carbón ya llevaba combustible, Héctor, al echar más, se tuvo que enfrentar a una llamarada que salió con fuerza quemándole parte del pelo. En aquel momento todos nos asustamos, pero ahora nos reíamos al recordar las caras de pavor que pusimos.

«Me encanta tu risa», tapé la pantalla del móvil para que Héctor no la viera. «Riamos juntos, entonces», contesté.

Al rato llegó otro mensaje: «Voy al baño a reírme un rato». Sonreí. Ana me miraba de reojo negando con la cabeza. Lo sensato hubiera sido no contestar, pero lo hice: «espérame, no rías solo». Sergio se levantó y se dirigió a los servicios que estaban, para variar, al fondo a la derecha. Unos segundos después, sin llamar la atención, me levanté y seguí el mismo camino.

Abrí la puerta que daba acceso a los baños. Él me esperaba apoyado en la pared. Me cogió de la mano y me pegó a su cuerpo.

—No deberíamos estar haciendo esto, puede entrar cualquiera, puede entrar tu hermano cuando vea que hemos desaparecido los dos a la vez.

—Entonces será rápido.

Me besó. Me besó durante uno o dos minutos, no pude calcularlo porque perdí la noción del tiempo. Cuando la puerta se abrió nuestro beso se cortó violentamente. Sergio miró hacia la puerta y yo giré la cabeza al lado contrario, no había tiempo para mover el cuerpo.

—¡Uuuhhh!

Respiré aliviada al escuchar a Nacho. Lo miré suplicante.

—Yo no he visto nada —levantó las manos y se metió en el baño de hombres.

—Deberíamos salir...

—Salgo yo primero.

Me acarició la mejilla y salió. Suspiré. Qué difícil iba a resultar lo que quedaba de cena y de noche.

Volví a la mesa y me senté en mi sitio. Sergio estaba en la barra hablando con el camarero.

—¿Todo bien? —preguntó Héctor.

—Perfectamente —sonreí.

—Pensé que te iba a afectar más estar cerca de mi hermano.

—No, está superado —mentí como una bellaca.

La fiesta siguió en el local que habían alquilado donde un amigo de Sergio hizo las veces de DJ. La bebida se acabó sobre las tres de la mañana y muchos decidieron seguir la fiesta en las discotecas. Sergio y yo tuvimos dificultades por no cruzar nuestras miradas o rozarnos cuando bailábamos. Le pillé mirándome en varias ocasiones y observé como Héctor no le quitaba ojo. Por otra parte, este se había asegurado de tenerme cerca, en definitiva, de tenerme controlada.

«¿Huimos a mi casa?», le escribí en un momento de desesperación. «Está lejos, tardaríamos en llegar y se notaría nuestra ausencia», contestó.

Se me ocurrió una idea.

—Nacho... lo que has visto antes...

—No he visto nada.

—Sí, sí has visto —hice una pausa—. Necesitamos un lugar, vivo lejos, no se puede notar...

Se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves de su casa.

—Hay preservativos en el cajón de la mesilla, de las dos mesillas. ¿Cómo vas a hacer para que no se note?

—Me cubres tú... invéntate algo.

Sonreí, le di un beso en la mejilla, me di la vuelta y me fui dejándolo con la boca abierta.

«Todo listo. Cerca y rápido». «En cinco minutos te espero en la esquina», me escribió. Vi que salía del local sin llamar la atención. En ese momento Héctor dijo de irnos a otro local y pensé en escabullirme en el camino. Cogimos los abrigos y salimos a la calle.

—¿Mi hermano? —dijo controlando que yo estaba cerca.

—Se habrá ido con el otro grupo —dijo David.

Levanté los hombros y Héctor asintió. Echamos a andar y Nacho se puso a mi lado.

—Yo te cubro... —me dijo en susurros—. Oye, voy a pasar por casa a cambiarme la chaqueta que se me ha caído un cubata encima y así no puedo ligar —dijo casi gritando.

—¿Te acompaño? Para que no vuelvas solo luego y alguna te viole —dije con ironía.

—Vale. Luego nos decís dónde estáis.

El resto asintió, nos dimos la vuelta y fuimos dirección de su casa.

—Gracias, Nacho, gracias.

—Me debes un revolcón, así que ya me estás buscando alguna —rio.

Cuando perdimos de vista al grupo, Nacho se desvió por otra calle y yo fui en busca de Sergio que me esperaba en el siguiente cruce.

Entrelazó sus dedos con los míos y me besó tímido. Caminamos abrazados hasta la casa de Nacho que estaba cerca.

No teníamos mucho tiempo si no queríamos llamar la atención. No hizo falta planteárnoslo porque no pasamos de la entrada. Violentamente le quité la ropa y lo empujé contra la pared. Después me desnudé yo, saqué un preservativo de mi bolso y se lo puse. Él me dio la vuelta y me empujó contra la pared. Jugó con sus dedos en mi entrepierna y después me penetró con fuerza.

Fue rápido, fuerte e intenso.

Cuando bajamos Nacho estaba esperando en la calle. Lo miré sorprendida.

—Iba a resultar muy cantoso que llegara sin ti. Podemos decir que nos hemos encontrado con alguna ex mía para justificar el tiempo que hemos tardado.

—Yo me adelanto, ya me inventaré algo si me pregunta.

Sergio me miró con cariño y me guiñó un ojo antes de irse.

—Ay que joderse, la forma que tienes de complicarte la vida...

—Ya... Podría controlarme, pero, para ser sincera, no quiero.

—Como se entere Héctor va a arder Troya.

—Pues no lo entiendo, no entiendo por qué él tiene que decidir con quién tengo que estar o a quién me tiro, yo o su hermano.

—No es tan difícil de entender, pero no voy a ser yo quien te lo explique.

Los dos nos perdimos en nuestros pensamientos. El silencio se hizo violento al cabo de unos minutos.

Al llegar, Héctor se acercó a mí y me dio un beso en el pelo. No preguntó, por lo que supuse que no había sospechado nada.

—¿No tienes nada que contarme? —me preguntó Ana discretamente.

—Nada.

—Nacho no tenía la cazadora manchada. Pero si no quieres contármelo... ¿me lo puedo imaginar, al menos?

—Puedes.

## 8

Los meses fueron pasando y el contacto con Sergio volvía a ser nulo. Subió un par de veces en AVE a Madrid sin que su familia se enterara. Pasábamos el fin de semana en el hotel que él reservaba. Salíamos a comer y cenar fuera, asistíamos a obras de teatro e íbamos al cine. Paseábamos por El Retiro cogidos de la mano como si lo nuestro fuera eterno, como si lo nuestro fuera un infinito congelado en cuarenta y ocho horas finitas. No nos planteábamos el pasado ni el futuro, solo vivíamos el presente sin hablar de las heridas que cada uno pudiera tener. Él se las curaba con agua de mar, yo me las curaba con lágrimas silenciosas y como tiritas usaba a otros hombres que no sabían cuál era el objetivo de mi encuentro con ellos.

Muchas veces me llegué a plantear qué buscaba una persona en una noche de sexo con un desconocido. Algunos tenían pareja y, probablemente, buscaban llenar ese hueco que dejaban sus novias o novios. Otros no tenían compromisos, como Nacho, disfrutaban del placer de dos adultos sin tener que dar explicaciones y, si en uno de sus ligues se daba la oportunidad, mantener una relación algo más duradera. Y otros, como yo, que cargados de problemas, ansiedad, estrés, o con una mochila llena de recuerdos que pesaba demasiado, o unas heridas que no habían cicatrizado y sangraban por mucho tiempo que llevaran grabadas en el alma, buscaban liberar la conciencia, la culpa y el corazón de lo que hasta allí se arrastraba.

Nunca le hablé de los otros. Él tampoco nombró a ninguna y eso era lo que conseguía que fuéramos una pareja detenida en un tiempo irreal mientras pasaban los minutos.

No vino a la celebración de mi cumpleaños. Esperó un fin de semana. Me regaló dos noches de hotel, y de él, en Toledo. Como mi cumpleaños ya se había celebrado y habíamos salido todos bastante perjudicados en cuanto a la resaca, nadie reparó en que en el siguiente fin de semana no propusiera quedar ni para ir al cine.

El hotel estaba a las afueras. Todos los días recorrimos la ciudad varias veces. Me contó que se había apuntado a un curso de creación de guiones de cine y, como excusa, aprovechamos a ver todas las películas que pudimos en los ratos que sacábamos entre los paseos, el sexo y las caricias. Sentados a la orilla del Tajo llegamos a escribir un guion. Ficcionalamos nuestra historia sin crear un final. Fue bonito recordar los años de tonteo insignificante que se convirtieron en algo más sin darnos cuenta. Nos reímos al rehacer el momento en el que desaparecimos y lo curioso que nos resultó que todos se acordaran de su desaparición y nadie reparara en la mía. Todos habían supuesto que Sergio estaba celoso de su hermano, cuando en realidad estaba deseando que saliera de escena para poder tener libertad de movimientos conmigo. Recordamos aquella primera vez en la que reinaba la vergüenza, la inseguridad y el no querer fallar en algo que llevaba años



cocinándose a fuego muy lento. La torpeza al quitarnos la ropa y las primeras caricias que nos ruborizaron. El largo tiempo que nos dedicamos a disfrutarlos, a saborearnos con las miradas inseparables, temiendo dar un paso en falso, como si en ese momento perdiéramos la virginidad, cuando los dos cargábamos con años de experiencia a nuestras espaldas.

Eso sucedió solo la primera vez. Aquel fin de semana no planificado nos dio la oportunidad de aprendernos todos los mapas de ruta de ambos. Desde ese día se instaló en nuestros cuerpos la necesidad de saciar un hambre nueva que aparecía cada vez que estábamos cerca.

Ese domingo me dejó en la puerta de casa. Habíamos traspasado todos los límites arriesgándonos a encontrar a algún conocido cerca, a que reconocieran el coche o a que lo vieran en Guadalajara cuando en realidad debería estar en Málaga.

Los siguientes días a nuestros encuentros siempre eran difíciles. No nos comunicábamos con mensajes ni con llamadas durante días, como si fuera una especie de ritual de sanación, de limpieza física y mental. Después, hablábamos como si entre nosotros nunca hubiera pasado nada, esperando siempre la siguiente oportunidad en la que nuestros cuerpos volvieran a atraerse sin remedio.

Pasó mayo sin vernos y mis minutos de soledad siempre me llevaban a esos momentos en los que habíamos estado juntos. Él había subido en varias ocasiones y quizá ese era el momento en que yo diera el paso. Tal vez él esperara a que yo moviera ficha. El 31 de mayo se acercaba y ese día, aunque trabajaba para una empresa madrileña, siempre lo pedía libre por si los del grupo organizaban algún viaje. Ese puente era la apertura de temporada de vacaciones para muchos.

Aquel año no habían comentado realizar viaje alguno. Esperé unos días más por si salía algo de última hora. Si eso no sucedía, yo tendría planes mejores. Planes secretos.

## 9

No sabía si había hecho bien en llamarlo, a lo mejor no me había dado una respuesta negativa para no desilusionarme. Aunque se le notaba nervioso, parecía contento con mi visita. Podría haber bajado directamente sin llamarlo y así sorprenderlo. Por otro lado, y pensándolo bien, me podría haber encontrado con algo que no me hubiera gustado, o que él hubiera preferido no verme y entonces mi gozo y mis ilusiones habrían caído en un pozo con mucha profundidad.

Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Cogí la maleta y la abrí más nerviosa que nunca. Estaba poniendo todos mis sentimientos en ese viaje. Busqué en el armario cuatro cosas, las doblé y las metí en la maleta. Fui al baño a preparar el neceser, de camino, para apaciguar mis miedos, pensé «llevas mucho tiempo deseando verlo, ya has dado el paso y no hay tiempo para arrepentirse». Saqué las cosas de la maleta y abrí el armario de nuevo. Esa ocasión merecía algo más que cuatro trapos mal escogidos. Estuve más de una hora buscando las prendas perfectas.

Le había dicho que comería de camino, pero no tenía pizca de hambre, las mariposas de mi estómago lo ocupaban todo.

Ya era la una, tenía la maleta, el bolso, el dinero, el carné, las llaves... Repasé la lista dos o tres veces más. Bajé al coche y me puse camino de Málaga.

Esa sensación de soledad cuando se conduce sin acompañantes era muy desagradable, un sudor frío recorría mi cuerpo cuando pensaba y analizaba la situación. La radio estaba encendida, las canciones se repetían, los programas se expandían como una plaga de emisora en emisora.

Paré en una gasolinera a mitad de camino, necesitaba estirar un poco las piernas porque me estaba empezando a notar algo cansada. Aún quedaban trescientos kilómetros para llegar a Málaga y el viaje me estaba resultando larguísimo.

Parecía que todos los que habíamos decidido disfrutar de ese puente nos habíamos puesto de acuerdo para descansar a la vez en el mismo lugar.

Entré y busqué un sitio apartado. Dejé el pañuelo del cuello en la mesa intentando guardar el sitio y fui a coger la comida. Era tipo buffet, cada uno con su bandejita, y un auténtico caos. Los clientes se chocaban entre sí, muchos no sabían por dónde pasar y la impaciencia de algunos cabreaba a otros. Como espectadora fui adentrándome en la escena omitiendo los chillidos, el revuelo, el:

—¿Qué prefieres tú, pollo o merluza, tú coges una cosa, yo otra y compartimos?

—Juan, ¿y la cartera? Que nos toca pagar.

—¡En el coche! ¡Joder!

—Este hombre es que no hace una a derechas, la cartera, solo tenía que coger la cartera y ni eso. Hijo, deja pasar a la gente que hasta que no vuelva tu padre no podemos pagar.

Entre acto y acto se me escapaba alguna sonrisa que me veía obligada a disimular, al menos la escena entretenía la espera y la elección de plato. Regresé a mi sitio con un primer y un segundo, que por suerte estaba intacto, y seguí contemplando mientras comía el ir y venir de gente hambrienta, cansada, cabreada, contenta, escandalosa... Todo ese tipo de gente que se puede juntar en un restaurante de carretera.

# 10

Había sido un puente estupendo. Sol, playa, brisa marina y amor, mucho amor. Ya estaba echando de menos sus brazos rodeándome o sus labios acariciándome, pero tocaba volver a la realidad, estar en carretera más de cinco horas y llegar a casa para pegarme un bofetón con la soledad de mi piso.

Sonó el teléfono cuando estaba a mitad de camino.

—¿Sí?

—Hola pequeña, ¿qué tal? —contestó Héctor.

—Bien, en el coche de vuelta a casa.

—¿Te pillo bien?

—Sí, llevo el manos libres, sin problemas. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Te vas a quedar muerta. Resulta que mi hermano viene en dos semanas. Y no sabes lo mejor, ¡viene acompañado!

Se me congeló el corazón esperando lo peor.

—¿Acompañado? ¿Por quién?

Me había dejado paralizada. Iba a ir a Guadalajara, primera información. Acompañado, ¿de quién?

—¿Sube con algún amigo?

—¡Qué amigo ni qué leches! Que sube con novia.

No. ¿Qué novia? ¿De qué hablaba? Por Dios, si había estado todo el puente con él y su única compañía era yo. Y sus promesas, su actitud, sus besos... eran solo para mí.

—Me escribió hace unas horas y me mandó su foto, me dijo que se la enseñara a mis padres para ir allanando el terreno, ya sabes, así es más fácil porque ya le hago el trabajo sucio. Es mona, morena, de su estatura, parece simpática por la foto, aunque no te puedo decir mucho más, no sé inventarme la vida de la gente con una sola foto.

Entré en la vía de servicio, me estaba descomponiendo. No podía seguir conduciendo, me estaba poniendo en peligro. No era capaz de digerir lo que me estaba contando Héctor.

—Sara. ¡Sara! ¿Me oyes?

—Sí, sí, te oigo, es que he tenido que parar el coche. ¿Y no ha dicho nada más? ¿Cuánto tiempo lleva con ella? ¿De dónde es? ¿Nada?

Qué otra cosa iba a decirle: «Pues mira me estas dejando helada porque eso no puede ser posible, he pasado cuatro días estupendos con tu hermano en vuestra casa de la playa. Hemos hablado, bebido, disfrutado, bajado a dar paseos por la playa y hemos hecho el amor, sí el amor, no sexo por sexo, había sentimientos». O al menos eso había creído yo, o había querido creer.

—No, la verdad es que no me ha dicho nada más. Pero supongo que algún tiempo llevará con ella si la va a traer a casa para presentarla a mis padres.

—Ya...

El corazón me latía a mil y me estaba empezando a faltar la respiración. No me podía creer lo que estaba oyendo.

—Bueno, ¿vendrás a casa el día que venga? Yo te invito a la presentación —rio con ganas.

—Bueno, no sé. Tenía pensado ir a Madrid a hacer unos recados y a quedar con unas amigas del trabajo por esas fechas.

Mentira, qué amigas del trabajo. ¿Ir a Madrid? No tenía nada programado, aunque para huir no era mala opción. ¿Cómo iba a estar yo en la presentación oficial de una novia que ni sabía que tenía y mucho menos intuía? Necesitaba hablar con él urgentemente. Tenía que ser un error, una broma de mal gusto. Claro que la broma era para mí, porque qué broma de mal gusto iba a ser para su familia. Ninguna.

—Anda, anda, no pongas excusas. Hace mil que no lo ves, ¿no tienes ganas? —no supe determinar si aquella pregunta la había pronunciado con alguna intención oculta—. Podemos ir a La Pasta a comer, como hacíamos antes. Lo convenceré de hacer una comida de amigos después de que se la presente a mis padres. Estará bien, aunque venga acompañado. Podemos hacerle el tercer grado a la pretendiente —decía en plan jocosos.

Realmente, para él, parecía divertida la situación.

—Bueno, miraré si puedo aplazar lo de Madrid, ya te digo que no sé ni siquiera si es ese fin de semana. ¿En quince días has dicho?

No, no, y no. No iba a ir a comer con ellos. Si era verdad ¿cómo iba a mirarlo a la cara? ¿Cómo disimular que estaba loquita por sus huesos? ¿Cómo disimular que cuando me miraba se me aceleraba el corazón y si me tocaba me derretía?

—Venga, vale. Yo te voy avisando la semana de antes para que intentes cambiarlo.

—Vale, pero no te prometo nada.

—Vale, pequeña. Un besazo. Te veo pronto.

—Ciao.

Aire, necesitaba aire. Tenía que llamarlo y preguntarle directamente. No podía ser verdad.

Tras tres intentos no cogía el teléfono. En el WhatsApp ponía que estaba en línea, lo que significaba que no me quería coger la llamada y eso era aún peor, porque confirmaba todo lo que me había contado su hermano y para colmo borraba por completo lo que habíamos vivido esos últimos días.

No sabía qué hacer, el corazón me iba a mil, tenía la cabeza abotargada con mil ideas y ninguna buena. No conseguía explicar cómo podía haber obviado que tuviera pareja. Necesitaba una tila o, directamente, un lorazepam. Opté por la tila en una gasolinera que había en la vía de servicio donde había parado.

Mientras esperaba a que se enfriara un poco para poder beberla pensé en volverlo a llamar por última vez. Si no cogía el teléfono no volvería a llamarlo, a no ser que él se comunicara conmigo en algún momento o en un tiempo razonable. Y volví a intentarlo no estando muy segura de la auto promesa que me acababa de hacer.

—¿Sí? —contestó de una manera fría y distante, como si ni siquiera supiera quién lo llamaba.

—Hola.

—Hola. ¿Ya has llegado?

—No. Estoy en un restaurante de carretera. No podía seguir conduciendo.

—¿Se te ha averiado el coche? ¿Has llamado al seguro?

Parecía haber tanta distancia de repente...

—No. He hablado con tu hermano.

—Ah. ¿Por algo en especial?

Ahora o nunca.

—Es posible. Al parecer subes en quince días a Guadalajara. Y al parecer no vas a subir solo —lancé la información esperando con curiosidad su contestación.

—Es cierto, subiré en quince días.

—Ya, y no lo harás solo —insistí—. No me habías dicho nada sobre esto. ¿Hay algo que deba saber?

—Que debas saber no. Que podrías saber sí. Subiré a Guadalajara con Fani, mi novia —dijo fría y tajantemente.

¿Cómo podía ser tan frío? No sabía qué decir, realmente era cierto, tenía novia, no me lo había dicho después de cuatro días juntos, cuatro días perfectos en los que no me había dicho nada. ¿Por qué? ¿Me quería utilizar? ¿Para qué, para desfogarse un rato? ¿No tenía novia para eso? ¿Quería que me hiciera ilusiones y luego partirme el corazón a cachitos? ¿Venganza? ¿Venganza por qué?

—Y ¿tenías pensado decírmelo algún día? ¿En algún momento? ¿Tal vez alguno de los cuatro últimos días que hemos pasado juntos pegados todos los minutos que contiene el día?

Fui alzando la voz y no sabía si realmente era por histérica o por enamorada despechada pidiendo explicaciones. ¿Por qué me había hecho ilusiones?

—Estos cuatro días han sido geniales, únicos, especiales, pero ya está. En ningún momento te he dicho que fuera a ir a más —hizo una larga pausa—. Que si tenía pensado decírtelo, bueno, ya lo sabes.

—Claro, y eso que te has ahorrado. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué? La que se ha hecho falsas ilusiones o esperanzas has sido tú.

—Ah, he sido yo. Lo de estos días ha sido solo sexo, nada más, ¿no? No ha habido cariño, ni amor. A lo mejor es que yo noto cosas en ti que no son reales. A lo mejor tengo demasiada imaginación cuando paseando por la playa me decías que ojalá se parara el tiempo y me pudieras besar a todas horas, que me pudieras acariciar bajo la luz de la luna todos los días, que junto a mi tenías paz y sentías que podías conseguir cosas fantásticas. ¿Eso me lo he imaginado yo? A lo mejor lo he soñado todo y ni si quiera he estado contigo estos días.

Me estaba hirviendo la sangre y solo tenía ganas de gritar, de gritarle, de gritarle a la cara y exigirle que me dijera la verdad.

—Nada de eso es mentira. Pero ya. Sabes de sobra que lo nuestro es imposible. Estamos a seiscientos kilómetros de distancia y no sabríamos llevarlo. Solo hay que ver lo que está pasando ahora.

—No, perdona, lo que está pasando ahora es que te estoy pidiendo explicaciones de por qué me has ocultado información. Le has puesto los cuernos a tu novia, de la que no he tenido noticia hasta hoy, conmigo. ¿Me tengo que sentir orgullosa por eso acaso? ¿Por qué lo nuestro no funcionaría? Eso lo has decidido tú, no has contado conmigo. Tampoco había firmado un compromiso, pero quién sabe si con el tiempo y con la distancia se podría haber conseguido algo bonito.

Las lágrimas amontonadas en mis ojos decidieron salir todas a la vez. Acababa de verbalizar lo que pensaba y ahora me sentía vulnerable e infantil.

—Lo de ponerle los cuernos a mi novia es problema mío, además, lo nuestro nadie lo sabe y nadie debería saberlo nunca. El resto, tú solita te lo has montado en tu cabeza. Como bien dices no

habíamos firmado nada, ni siquiera habíamos hablado del tema.

Desde luego no parecía el mismo hombre con el que había estado ni hacía veinticuatro horas.

—Muy bien. Hasta siempre —colgué y lloré.

Lloré como hacía tiempo no lloraba. Una vez más había pecado de fantasiosa, de adolescente. Necesitaba hablarlo con alguien, pero y con quién. Solo tenía en mente a Ana y a Héctor. La segunda opción estaba descartada. Ya lo había dejado bien claro, nadie lo debería saber y entendí que ese «nadie» era su hermano. Ana, por el día que era, estaría ocupada con los suegros y no habría forma de hablar con ella. Me terminé la tila y volví a ponerme en carretera. La jarra de agua fría que me acaba de caer me estaba destemplando el cuerpo. Quedaba algo más de dos horas de viaje, no tenía otra opción que concentrarme en la carretera. Al cabo de un rato tuve que apagar la radio, solo ponían canciones de amor y desamor. Qué casual. ¿Era siempre así o solo sucedía eso cuando uno llevaba el corazón y las ilusiones hechas añicos?

A la mañana siguiente la realidad me explotó en la cara. El correo estaba lleno de trabajo, de trabajo para ayer. Eso les encantaba a los jefes, mandar cosas con muchísima urgencia. Lo peor era que yo no estaba lo suficientemente lúcida para ponerme a redactar o corregir documentos. Bueno, al menos me vendría bien para no pensar, así me concentraba en algo. Preferí empezar por lo que más prisa corría y menos esfuerzo mental requiriera, no había descansado bien, tan solo había conseguido dormir tres horas y mi cerebro no estaba a pleno rendimiento.

# 11

Casi sin darme cuenta había pasado la semana. Había quedado con Ana para comer. Le dejé elegir a ella el sitio, la última vez habíamos comido en el Foster convencida por mí, tenía mono de *bacon cheese fries*. En ese momento solo necesitaba desahogarme, así que, ya que tenía que tragarse mi telenovela personal, al menos que comiera a gusto. A las dos menos diez me mandaba un mensaje avisándome de que ya estaba abajo. Quise matarla cuando aparcó en frente de La Pasta. ¿En serio? ¿No hay más restaurantes en esta ciudad? Es pequeña, pero no tanto.

—Vaya cara. Con lo que te gusta este sitio cualquiera diría que te da asco.

—Después de lo que te voy a contar lo entenderás todo. De hecho, más te vale entenderlo.

Le mostré una sonrisa cómplice y contestó frunciendo el ceño. No sabía por qué, pero me olía que ya se imaginaba por dónde iban los tiros.

—No puede ser. Bueno, lo primero no te perdono que omitieras que te ibas a Málaga. Lo segundo, pedazo de cabrón, con perdón, pero es que lo es, o al menos se ha comportado como tal —estaba realmente indignada.

—Sí y no. Es cierto que no habíamos pactado nada. Es cierto que yo me hice ilusiones. Es cierto que soñé más allá de lo que debería haberlo hecho. Tendría que haber vivido el momento, haberlo saboreado y haberlo dejado ahí. Pero no, tuve que ir más allá, pensar en posibilidades truncadas de antemano.

—Sí, claro, encima hazte la víctima. ¿Pero estás tonta? Es normal que después de pasar ese súper fin de semana tan apasionado, bonito y amoroso, te hicieras ilusiones. Tampoco él te dijo lo contrario, no zanjó la historia, la dejó con un final abierto que, evidentemente, tú rellenaste.

Y tenía toda la razón. Ana siempre daba luz a mis pensamientos oscuros.

—Además, te podía haber dicho al menos que tenía novia. Así tú podrías haber decidido si seguir o dejarlo en una simple visita a un amigo. Él no te dijo nada y de ese modo sabía que no le darías calabazas, se aseguraba de que perderías el culo por él.

—Bueno, tampoco es eso. No perdí el culo.

—No, claro que no. Por eso te hiciste seiscientos kilómetros de ida y otros tantos de vuelta, y manteniendo todo en un secreto sepulcral. Que hubiera subido él si tantas ganas tenía de verte.

—Vale, tienes razón —omití que ya había subido en varias ocasiones—. Aunque fui yo quien le llamó, te recuerdo. Y ahora ¿qué? A Héctor no se lo puedo decir, y eso me mata. En una semana viene con la susodicha y este está empeñado en que vengamos a comer aquí, «nuestro» restaurante. Gracias por traerme —dije con ironía—. ¿Cómo me libro de venir?



—Pues simplemente di que no. Si quieres dile que estoy en el hospital, ya nos inventaremos el motivo.

—¡No! No puedo mentir así a Héctor. Una mentira piadosa sí, pero eso es muy fuerte, nos podemos meter en un berenjenal del que nos va a costar salir, y seguramente con secuelas.

—Ah, no, maja. En el berenjenal te metes tú, yo solo te sirvo como bastón para la mentira, pero el resto te lo solucionas tú —dijo entre carcajadas.

Sabía de sobra que no me dejaría sola en eso.

—El problema es que sí quiero venir, Ana. Quiero verlo.

Ana abrió los ojos de par en par.

—¿Tienes ganas de verlo después de lo que te ha hecho?

No podía quitarse la cara de asombro.

—Bueno es que tampoco es para tanto, ¿no? —sí, sí lo era, ¿por qué me estaba auto engañando?

—. Además, imagínate qué cara va a poner cuando me vea aparecer. A mí me ha invitado su hermano, ¿no?

—¿Te imaginas que la otra os pilla, o mejor, te pilla alguna mirada? —dijo a carcajadas—. Ya tiene movida con la novia. Algunas veces pienso que eres una masoca.

Bebió del café que estaba ardiendo y se quemó, sacó la lengua y sacudió las manos a modo de abanico para aliviar la quemazón. Siempre sabía sacar momentos cómicos en situaciones así.

—Tú verás. Piensa que luego vas a estar rota y no sería la primera vez...

—A lo mejor confirmo lo cabrón que es y me desengaño.

—Sí, claro, como las miles de mujeres que han visto a sus maridos cabrones con la amante en su cama, y oye, que ninguna ha intentado dejarles sin blanca en el juicio porque todas se han desengañado y han descubierto un mundo nuevo.

Las dos reímos con ganas. Necesitaba eso.

## 12

La semana pasó volando y Héctor no paraba de mandarme mensajes. No sabía cómo librarme de la comida, o mejor, no quería saber cómo hacerlo, porque en el fondo deseaba ir, quería verlo. También me interesaba conocer a la novia e intentar explicarme muchas preguntas que me había estado haciendo. ¿Qué tiene? ¿Cómo es? ¿Por qué ella sí? Y casi la más importante ¿Cómo reaccionaría al verme? ¿Y yo al verlo y tocarlo, al darle dos besos? ¿Habría tensión? ¿Tensión sexual? Lo que estaba claro es que era una auténtica encerrona, estaba muy segura de que Héctor no le había dicho nada a su hermano de que yo iba a ir a comer con ellos. A la comida asistiríamos Héctor y yo, él y la novia, y dos amigos de ellos de la infancia que ahora no vivían en Guadalajara.

Sonó el telefonillo de casa. Ya era la una y media y aún no sabía que ponerme. Al menos ya estaba maquillada, un maquillaje suave y simple, que no destacara.

—¿Sí?

—Sara, soy yo. ¿Estás lista?

—No, sube.

Dejé la puerta de casa abierta y me fui volando a la habitación. Bien, las opciones eran o pantalón y blusa en plan elegante y mostrar percha, o el vestido rojo ajustado con taconazo, elegante pero seductor. Una opción marcaba distancia y lejanía y la otra provocación.

La puerta se cerró e intuí que ya había subido Héctor.

—Ya me imaginaba que no estarías lista —gritó desde el salón—. ¿Te queda mucho? ¿Quieres que te haga yo el peinado? —carcajeó.

—¡No! Solo me queda ponerme la ropa, no tardo nada, de verdad.

—Uhhh, quieres que te suba la cremallera o que te la baje —gritó con descaro.

—Pero qué morro tienes.

Pero ahí estaba la respuesta. Eso era una señal. Así que vestido rojo y taconazo. Un poco incómoda la vestimenta, pero con una intención muy clara.

—Ya estoy lista. ¿Ves como no iba a tardar tanto? Eres un impaciente —dije entrando en el salón.

—Uoh, pero que pivonazo. Estás realmente... realmente...

—Realmente ¿qué? ¿Me cambio?

Me estaba comiendo con los ojos. Genial, efecto deseado, pero con su hermano no con él.

—No, no te cambies que si no llegamos tarde. Estás explosiva. Porque sé que no me quieres si no ya sería tu chico.

—Pero si tú ya eres mi chico favorito. Espera que cojo el móvil y nos vamos.

Un mensaje de Ana en el móvil decía: «Tranquila, respira. Controla las pulsaciones. No provoques demasiado, tienes que salir viva de allí y no sabemos cómo se comportará la novia. Para cualquier cosa llámame». Me estaba empezando a poner nerviosa, llevaba todo el día pensando en él y me había olvidado de que venía con la novia.

Aparcó justo en la puerta del restaurante. Sus amigos de León ya habían llegado, hacía mucho tiempo que no los veía. Uno de ellos, Carlos, había adelgazado considerablemente, y, además, estaba muy guapo. Nos saludamos con dos besos y nos pusimos al día. Carlos se había quedado en paro y había decidido prepararse las oposiciones a Policía Nacional, así que empezó por bajar peso y ponerse en forma para, algún día, superar las pruebas físicas. Se había apuntado a una academia y se lo estaba tomando muy en serio. En tres meses estaba convocada la parte de las pruebas físicas y se le veía francamente seguro. Félix, por el contrario, seguía con la misma vida desde hacía cinco años. Seguía trabajando en la consultora informática, y sin novia, aunque aseguraba que de vez en cuando iba probando las mieles de Castilla.

—¿Qué pasa chaval? Ya era hora de vernos los caretos, que a este paso se te va a poner gesto de señorito andaluz —gritó Félix mirando detrás de mí.

Me giré poco a poco, o al menos así me lo pareció a mí, como si el tiempo se ralentizará. Nuestros ojos se cruzaron. Se me encogió el estómago y se me aceleró el pulso. Noté una chispa de luz en sus ojos y un mohín. Apartó la mirada, miró a su novia y volvió a mirarme. Estaba totalmente descolocado. Eso me confirmó que no esperaba verme allí. Miré a la novia, era guapa, morena, no muy delgada, era atractiva y parecía simpática por la forma en que estaba auto presentándose a los demás. Volví a mirarlo y le pillé haciéndome un escáner completo. Objetivo conseguido. Se le veía nervioso. Saludó a todos dándoles la mano, a mí me dio dos besos. Dos besos que fueron pausados, lentos, recreándose en el contacto de nuestra piel. Se me puso el pelo de punta y noté que me flojeaban las piernas. Me arrepentía de estar allí, me arrepentía mucho.

—Sara, Fani. Fani, Sara. Sara es una amiga de hace tiempo —le explicó guardando la compostura—. Bueno, vamos para dentro.

Empezaba a sentirme incómoda, no pintaba nada en aquella comida. Héctor me miró fijamente con el ceño fruncido. ¿Se habría dado cuenta de algo? Tampoco había que ser muy avisado para saber que ahí había pasado algo. Y la novia, ¿se habría dado cuenta?

Nos sentamos y pedimos lo de siempre. Héctor pidió una pizza caprichosa. Félix y Carlos pidieron la pizza cubana, con trocitos de piña. Yo me decanté por la pizza gansa que llevaba huevo y estaba riquísima. Sergio pidió tortellini a los cuatro quesos y Fani unos spaghetti Dama y Vagabundo. Demasiado cursi a mi parecer. Héctor me dio con el pie, por lo que entendí que compartíamos parecer.

Y ahí estaba yo, con mi vestido rojo comiendo pizza y guarreando con las manos, muy fino. La comida pasó entre risas recordando situaciones y anécdotas que en muchos casos ponían en ridículo a Sergio. Era la ceremonia de bienvenida a la novia, «¿sabías esto de tu novio? Pues ahora lo sabes, ¿y esto otro?, ¿y esto otro?». Sergio no sabía dónde meterse y la novia se reía, no supe si por quedar bien o porque realmente le resultaban graciosas las anécdotas.

—¿Os acordáis del cumpleaños de hace casi tres años? Héctor iba como una cuba y se puso a ligar con una chica. La chica era compañera de clase de Sergio. Héctor se lio con ella y cuando Sergio lo vio, desapareció, no volvimos a saber de él hasta dos días después. Estabas colado por aquella chica, ¿eh? ¿Dónde te metiste? Nunca nos lo has dicho, tal vez quieras confesarte hoy... —Félix se reía y daba con el codo a Carlos para buscar un cómplice.

Sergio me miró aterrorizado, no era el momento. Sergio, aquel día, había aprovechado que su

hermano se iba con una chica para desaparecer conmigo todo el fin de semana. Nuestro primer día juntos.

—Yo voy al baño. De tanta risa ya no aguanto más y se me ha olvidado poner la tena lady.

Solo quería huir de ese momento mientras todos se reían por la tena lady. Era un chiste muy recurrente y sin gracia alguna. El lambrusco debía de estar empezando a hacer efecto en los demás.

Me miré al espejo y me pregunté «¿Qué haces aquí? ¿Qué pretendías? Nada de alargar la sobremesa, dices que has quedado y te vas». Se abrió la puerta y apareció Sergio. Me sorprendí y di un grito ahogado.

—Shhh. No grites.

—Pero si no he gritado —dije indignada.

—Pues parecía que lo ibas a hacer —se acercó y me acarició la mejilla—. Estás guapísima —hizo una pausa—, y sexy —dijo acercándose hasta tener su cuerpo totalmente pegado con el mío.

Me cogió de la barbilla y empezó a besarme.

—No —le dije apartándolo—. Ya me lo dejaste claro hace quince días por teléfono. Además, tienes novia, y te recuerdo que está ahí fuera con gente que no conoce de nada.

—Vienes aquí calentando —dijo mirando el vestido—, y ahora me dices que no. ¿Cuál era tu intención si no? ¿Qué querías o pretendías viniendo hoy?

—Uno, me visto como me da la gana, no vengo calentando, te calientas solo. Y dos, no he pretendido nada. Tu hermano me invitó y, créeme, que ha sido lo bastante insistente como para no poder negarme.

—¿Tú no querías algo conmigo?

—Sí, claro que sí, pero no así. Tienes pareja, información que me has ocultado. Y ya me dejaste bien claro que lo nuestro, por la distancia, era imposible. Yo estoy sufriendo, ¿sabes? Lo estoy pasando mal. Y no voy a estar en este estado cada vez que te dé el venazo de aparecer en mi vida y ponérmela patas arriba —me sentí aliviada tras soltarle eso.

—Tú sabes, tan bien como yo, que cuando estamos cerca necesitamos estar juntos. Y que la distancia nos hace daño.

Estaba casi suplicando una caricia, pero no le iba a dar ni un abrazo.

—Mira Sergio, ahora me voy a ir a la mesa, porque además puede resultar llamativo que estemos aquí los dos a la vez. La última vez que estuvimos juntos en un baño acabamos en una cama y es lo último que deseo ahora. Además, creo que tu hermano se huele algo. Vamos a terminar la comida tranquilamente y, después, cada uno nos iremos por donde hemos venido. Si no podemos estar juntos, estaremos separados. Es una pena, pero es lo que tú has querido, lo que tú has decidido por los dos sin contar conmigo.

Le di un beso en los labios y volví a la mesa. Solo tenía ganas de llorar. Acababa de tomar una decisión con la cabeza y no con el corazón. Me encontraba en lucha interior. Pero en ese momento no podía ponerme a llorar, sería demasiado llamativo, además se estropearía el poco maquillaje que llevaba, suficiente para que cualquiera, un poco detallista, se diera cuenta. Una lágrima rebelde salió sin permiso y me la sequé con el dorso de la mano. Me paré, me estiré, cogí aire y me dije: «vamos allá».

—¿Todo bien? —me preguntó Héctor por lo bajo.

—Sí. Todo bien.

Estaba claro que se había dado cuenta. Me tocaría dar explicaciones.

Sergio volvió a la mesa segundos después. Me miró con frialdad y eso me hizo aún más daño.

No tenía que haber venido. Necesitaba llorar. Héctor me puso la mano en el muslo y presionó, a modo de apoyo. Mi hombro para llorar, el que tantas veces ha hecho esa función, justo cuando menos debería jugar ese papel, ahí estaba una vez más.

Pedimos los postres y empezó a cuajarse una ligera tensión en la mesa. Las risas cesaron y las anécdotas ya no resultaban tan divertidas. La mitad de los que allí estábamos teníamos otras cosas en la cabeza, cada uno las nuestras, pero más importantes que lo que estaba sucediendo en esa comida.

Cuando terminamos me apresuré en decir que me tenía que ir, que había quedado. Sergio y la novia se iban a visitar la ciudad y al día siguiente irían a ver Madrid. Félix y Carlos se fueron a otro bar a tomar cervezas y a jugar a los dardos. Héctor insistió en acompañarme, con la excusa de que me había traído en coche, me iba a llevar al lugar donde supuestamente había quedado. Bien sabía él que no había quedado con nadie. Nos subimos en el coche en silencio.

—Vamos a mi casa —dijo a los pocos minutos.

—Me lo había imaginado por el camino que habías tomado.

Entramos, su madre estaba en el salón viendo una película típica de sobremesa, de esas que hablan de secuestros, asesinatos o infidelidades con asesinatos. Hacía tiempo que no la veía y me alegró realmente hablar un ratito con ella y ponerme al día. La pregunté por su nueva nuera.

—Hija, parece maja.

No la vi muy convencida. Aunque hubiera sido al contrario, era una mujer tan respetuosa que no habría hablado mal de nadie.

Subimos a la habitación de Héctor. Puso la tele como ruido de fondo y nos tiramos en la cama a modo de sofá.

—Sé que te puede resultar raro, pero ¿me dejarías un pantalón de chándal o algo? Estoy un poco cansada del vestido y resulta un tanto incómodo.

—Sí, claro. Buscaré uno pequeño para que no parezcas un payaso.

Estaba muy serio.

—Qué más da, si solo me vas a ver tú.

—Por eso mismo, no me gustan mucho los payasos, a ver si voy a tener que echarte de aquí —sonrió de una manera muy forzada.

Me puse el pantalón debajo del vestido. Eso era otra cosa, qué comodidad. Volví a tirarme a la cama, me hundí entre los cojines y me abracé a uno de ellos a la espera del interrogatorio.

—Y bien, ¿me vas a contar qué cojones pasa entre mi hermano y tú? —exigió cabreado.

—Ha pasado. Ya no pasa, ni va a pasar. No te cabrees, por favor.

—Pero cómo no me voy a cabrear. Entre vosotros hay algo, no solo no me decís nada, sino que me entero porque entre vosotros hay una tensión bestial que se ve a la legua. Y me extraña que Fani no haya notado nada. Sara... pensé que ya se había acabado todo. Pensé que lo habías superado y que habías avanzado en este tema o, al menos, eso me dijiste.

—Héctor, no acabó como te dije, no lo dejé, ni me dejé, ni llegamos a ningún acuerdo. En los últimos meses ha venido varias veces y nos escapábamos a Madrid. Hablábamos mucho por mensajes y, bueno, la distancia se hacía más corta y era todo más llevadero. De repente todo se acabó. Dejamos de comunicarnos y dejó de venir. Me supongo que ya estaría conociendo a la novia —intenté deshacer el nudo que tenía en la garganta tragando saliva—. Hace unos días, y no sé por qué, lo llamé, le dije que quería bajar a Málaga en el puente y pasar unos días con él. No se lo pensó y me dijo que sí enseguida. Pasamos unos días estupendos, maravillosos. Y yo, tonta de

mí, me hice ilusiones y volví con mil planes en la cabeza y enamorada —hice una larga pausa, no podía seguir hablando.

Héctor se dio cuenta y me acercó una botella de agua que tenía en el escritorio.

—Entonces llamaste tú.

Empecé a llorar. Ya no podía hablar más. Se había roto el dique, empezaron a salir todas las lágrimas que me había guardado esos quince días.

Me abrazó y me dio un beso en la cabeza. No dijo nada hasta pasado un rato.

—Y ¿no te imaginabas que esto podía pasar? Parece mentira que no le conozcas.

—Al principio sí, por eso me andaba con pies de plomo. Pero luego me dejé llevar —seguí llorando sin poder parar.

—Y ahora sufres por un capricho de mi hermano. Desde luego no ha podido hacer las cosas peor —su voz era grave y profunda, pero a la vez se le notaba aliviado—. Y hoy, ¿qué ha pasado en el baño? Porque habéis estado juntos en el baño, ¿no? —preguntó avergonzado.

—Bueno pues he hecho algo de lo que me siento orgullosa, pero por lo que sé que también lo voy a pasar mal. Lo he cortado todo de raíz. Ya, se acabó. Ni visitas, ni mensajes, ni miradas, ni encuentros fortuitos, ni nada. Muy a mi pesar. Pero no puedo estar sufriendo después de vernos cada vez. Además, él tiene a la novia, yo no tengo nada y no puedo estar dependiendo de él.

La razón se había impuesto, ya no lloraba y me sentía fuerte para seguir. ¿Eso contaba para madurar?

Héctor me dio un abrazo fuerte y largo, de esos que duran más de seis segundos. Después pusimos música y nos quedamos en silencio, cada uno sumergido en sus pensamientos.

Al rato llamaron a la puerta y Fani asomó la cabeza.

—Héctor, quería hablar contigo —entonces se dio cuenta de que estaba allí—. Uy, perdona, no sabía que estabas acompañado.

—No te preocupes, ya me iba.

Me quité los pantalones de chándal sin siquiera mover el vestido.

—¿Te acerco?

—No, prefiero ir andando, si me pudieras dejar unas zapatillas que no me queden enormes, mejor, porque ir ahora hasta a casa en tacones...

Le puse cara de súplica y se rio.

—Sí, voy a ver qué tiene mi madre, porque mis zapatillas te iban a hacer juego con el pantalón de payaso —rio a carcajadas.

Y ahí nos quedamos las dos. Vaya situación.

—¿Ya habéis visto la ciudad? Es pequeña, pero no se tarda tan poco en ver.

—No. Solo hemos bajado al Palacio del Infantado y subiendo por la calle mayor hemos visto el palacio ese que es un instituto. Y ya nos hemos venido andando hasta aquí.

—Sí, el Liceo Caracense. Os quedan más cosas por ver.

Héctor entró para cortar esa ridícula conversación y aliviar un poco la tensión. En las manos llevaba unas zapatillas blancas sencillas. Así no llamaría mucho la atención por la calle.

—Esto es lo mejor que he conseguido encontrar en el zapatero de mi madre. Es un 37, pero te hace el apaño.

—Ah, ¿que te sabes su número de pie? —preguntó sorprendida Fani.

—Son muchos años de amistad. Se podría decir que lo sabemos todo el uno del otro, o casi todo.

Me miró con un claro reproche.

Abajo me encontré con Sergio que hablaba con su madre. Estaba de espaldas y no me vio bajar.

—¿Ya te vas, hija? No tardes tanto en volver la próxima vez.

Su madre se levantó para darme un beso. Sergio se dio la vuelta y me vio, le noté un destello en los ojos, menos mal que su madre no lo vio porque seguro que habría sospechado algo.

—Sí, no te preocupes, tengo que volver pronto porque me llevo puestas tus zapatillas. Es la prenda que he de pagar —sonreí.

Le devolví el beso. Lo miré por última vez en mucho tiempo. Nos dijimos muchas cosas en esa última mirada. Los dos sabíamos que todo había cambiado. Me fui.

# 13

Las semanas y los meses fueron pasando con una lentitud que se atragantaba. Las primeras semanas fueron difíciles. Me sumí en una negatividad que perduraba sin atisbo de luz. Había recibido, como un navajazo en el corazón, la confirmación de que lo poco o mucho que tenía con Sergio, se acababa. Ya no podía pensar que cualquier día me llamaría para vernos o que me lo cruzaría inesperadamente en casa de Héctor. Me había encargado de obligar a Héctor a informarme de todos y cada uno de los pasos que Sergio fuera a dar en mi entorno. No había opción de pensar en él con una ilusión de futuro. Se había acabado. Se había acabado de verdad. Y aquello me atormentaba porque era una situación que no sabía llevar. Una vez más, Héctor estaba ahí para ayudarme en ese proceso. Ese verano bajó a Málaga solo la semana de ferias, el resto de las vacaciones las disfruté, por decirlo de alguna manera, conmigo en Guadalajara.

Ana y Rubén se fueron de vacaciones a Grecia con la consecuente envidia que todos les tuvimos. El resto viajó por España durante unos períodos cortos de tiempo porque la economía no permitía más gastos.

Realicé algunos viajes al pueblo, que me sirvieron de desconexión. Me dediqué a leer y pasear en la más absoluta soledad, pero soledad real, sin móvil, sin acompañamiento y sin pensamientos. Toda mi energía se centraba en no pensar en nada. No pensar en Sergio. No pensar en cómo nos conocimos. No pensar en cómo empezaron nuestros troteos. No pensar en aquella primera mirada que dio el pistoletazo de salida. No pensar en el morbo que nos provocaba nuestra secreta atracción. No pensar en nuestro primer contacto físico. No pensar en nuestro primer encuentro sexual. No pensar en todos y cada uno de los mensajes que nos habíamos mandado. No pensar en la ilusión que teníamos. No pensar en el último viaje. No pensar en esa luna que nos envolvía, que envolvía mis ilusiones, pero solo las mías, al parecer. No pensar en aquel último beso y aquella última mirada. No pensar.

¿Y lo conseguí? Algunas veces sí y otras no. Había tardes que conseguía abstraerme a la orilla del río dejándome llevar por el susurro de sus aguas bajando, respirando solo naturaleza. No cerraba los ojos para que ningún olor o sonido me hicieran viajar por mi mente hasta llegar a recuerdos que no quería recordar.

Las fiestas de Guadalajara, en septiembre, fueron el momento de reencuentro del grupo entero. Héctor, Raúl y Nacho se habían apuntado a peña, a una de las peñas con más solera de la ciudad, y el resto haríamos las veces de gorriones ataviados con una camiseta blanca, unos pantalones vaqueros y un pañuelo junto a su fajín morado, color representativo de la ciudad. Para soportar el frío nos cargábamos de camisetas de manga larga, polares y sudaderas. Ya venía siendo tradición



llevar, al menos, cuatro capas en la parte superior del cuerpo. Teníamos una regla para ir cubriéndonos poco a poco y poder soportar el frío que se metía hasta los huesos a las ocho de la mañana. Después terminábamos calentándonos sobre las nueve con un Cola Cao y un buen pincho de tortilla en algún bar cercano a la plaza de toros. Años y años de tradición.

—Tienes que empezar el curso con nuevos propósitos. Olvídate ya de él y permítete el lujo de pensar en otros. Una mancha de mora con otra se quita, ¿no?

Me recomendó Ana aquel domingo fin de fiestas mientras engullía tortilla de patata poco cuajada.

—Lo sé, y lo llevo intentando todo el verano, pero no es tan fácil. Me había hecho demasiadas ilusiones y, en eso, también él tiene razón, me las hice yo solita —hice una pausa mientras removía el Cola Cao—. Lo único que he decidido es no poner más tiritas ni comer más moras.

—Pero, Sara, es una buena forma de olvidarlo.

—No, es una buena forma de enmascararlo, pero no de olvidarlo. Reniego de los hombres. No quiero saber nada de ellos.

—¡Oye! —gritó Héctor.

—Ya sabes a lo que me refiero, no te des por aludido. Está decidido, nada de hombres, ni para una noche. No dan más que problemas y quebraderos de cabeza. Se acabó. Seré una solterona. La tía solterona de vuestros hijos —dije señalando a las dos parejas del grupo.

—Exagerada... eso lo dices ahora que estás afectada, pero en unos meses volverás a las andadas, aunque sea sin compromiso —puntualizó Helena.

—No. En serio, no, no quiero. Me voy a dedicar a mí misma. Mi tiempo, mi vida, mis amigos... yo. Paso de otros. ¿Para qué voy a pensar en otros? Para volverme a ilusionar y que todo se vaya al traste... Para empezar con alguno y yo lo fastidie... O para que él salga huyendo, como ya es costumbre... Se acabó. Me acerco a la treintena y esto se me queda lejano en el tiempo.

—Siempre te puedes pasar a la otra acera —dijo Raúl.

—Es una opción que me había llegado a plantear, pero no me siento atraída ni un poquito por las mujeres, así que también queda descartado.

Los meses siguieron pasando. La primera decisión importante que tomé, al menos para mí, fue borrar sus fotos del ordenador. Eso lo hice en septiembre. Y, como si de capítulos de una serie se tratara, cada mes fui deshaciéndome de algo. Lo siguiente fueron los mensajes de las redes sociales, todo borrado. Y, por último, los mensajes y las fotos que tenía en el móvil. En diciembre ya no quedaba nada. Y cuando digo que no quedaba nada, es que no quedaba nada. Al principio, cuando pensaba en él su imagen aparecía en mi mente como si lo tuviera delante. Según fui desprendiéndome de todo lo que me recordaba a él, mi memoria también empezó a dejar huecos blancos en la parte que había reservada para él. De modo que pensaba en él y recordaba lo que bien podría haberse asemejado a un ente. No recordaba su cara, no había nitidez. Ni siquiera era capaz de reproducir nuestras conversaciones, y nuestros momentos juntos estaban difuminados. Cuando pensaba en él sentía estar en un sueño en el que sabes quién es el protagonista, pero no le ves la cara.

Mi corazón había dejado de alterarse, mi estómago ya no sentía nada, ni nervios ni vuelcos cuando decía su nombre en voz alta o le buscaba en la agenda del móvil para ver su nombre escrito, un tanto masoquista, sí, lo sé. Un día, en plenas Navidades, me obligué a recordar aquellos bonitos momentos por Madrid para cerciorarme de que ya no dolía. Y, efectivamente, ya no dolía. Y llamé a Héctor, que estaba en Málaga, cerca, muy cerca de Sergio.

—¡Lo conseguí! —grité según descolgó el teléfono.

—¿Te tocó la lotería y has sido capaz de cobrarla?

Un silencio tenso me dio el tiempo suficiente de certificar que todos esos meses de trabajo mental, físico y sentimental no habían sido en vano.

—Hola Sergio. Feliz Navidad. Pensé que Héctor cogería su móvil.

Nada. No sentí ninguna alteración en el pulso, ni en mi cuerpo, ni se me heló la sangre, ni mi mente se volvió loca... nada. Y sonreí, sonreí tanto que él debió de notarlo.

—Sí, él es el que suele coger las llamadas que recibe en su móvil —dijo con jocosidad—, pero le ha tocado bajar la basura, se ha dejado aquí el teléfono y al ver que eras tú, me pareció interesante responder a tu llamada —hizo una pausa que no rompí—. Feliz Navidad Sara. Se te ve contenta, me alegro —su tono de voz cambió tornándose algo más serio.

—Gracias. ¿Qué tal todo?

—Bien, no me quejo, y ahora con mi madre aquí, menos. Como echo de menos su comida, estoy tratando de convencerla para que te deje algún táper en el congelador para, por lo menos, un mes, pero se resiste... Tendré que darle algo a cambio.

—Cómetela a besos, seguro que eso funciona —sonreí imaginando la escena.

—Eso ya lo he intentado y no ha funcionado...

—¿Mi móvil? —oí gritar a Héctor a lo lejos.

—Creo que me tengo que ir despidiendo —rio—. Ha sido un placer volver a oír tu voz.

—Igualmente.

—Toma, es Sara —le oí decir.

—¿Cómo que es Sara?

—Pues que te ha llamado Sara y está al otro lado de la línea —hubo una pausa—. De nada —dijo alargando la a.

—¿Quién te manda a ti coger mi teléfono? —gritó Héctor con el teléfono cerca de su boca.

—Joder, Héctor, no me grites... Parecéis niños pequeños —le regañé de mentira.

—Ostras, lo siento, no me había dado cuenta. Lo voy a matar... ¿Estás bien? ¿Te ha dicho algo?

—Sí, estoy bien. Sí, me ha dicho algo, claro que me ha dicho algo —reí—, pero nada de lo que preocuparse. Te llamaba para decirte que por fin puedo asegurar que lo he olvidado. Y el hablar ahora con él me lo ha confirmado. ¡Estoy desintoxicada! —dije con entusiasmo.

—Vaya, cuánto me alegro, no me lo esperaba —dijo dubitativo.

—Gracias... no sé qué habría hecho sin la confianza que depositas en mí —dije con sarcasmo.

—No quería decir eso, Sara.

—Déjalo, no te excuses. Lo importante es que estoy limpia. Y soy feliz.

## 15

—¿Limpieza total? —preguntó Ana más que extrañada.

—Que sí, limpieza total. ¿Por qué os cuesta tanto creerme?

—Porque te conocemos, Sara, ni siquiera creo que estés limpia de la primera ruptura que tuviste. Estoy segura de que si le nombro te tiembla el cuerpo.

—¿Qué dices! Ese sí que está superado, hace más de diez años de aquello... De verdad, limpia, estoy limpia. Hablé con él por teléfono y no sentí nada. No se me movió ni un pelo del cuerpo, ni noté calor o frío, nada.

—¿Hablaste con él por teléfono? ¿Terapia de choque provocada?

—No, llamé a Héctor y cogió él el teléfono.

—¿Y cómo lo has hecho para limpiarte así?

—Cogiendo el toro por los cuernos

—Nunca mejor dicho —me cortó.

—Y que lo digas. Esa es una de las razones, tiene novia, ya no hay nada más que hacer. Ana, novia. Cuánto tiempo hemos estado nosotros juntos y nunca me había nombrado como novia, ni siquiera me lo propuso, y mucho menos presentarme a sus padres. Lo que quiere decir que eso es serio, no tengo nada que hacer y, aunque quisiera, está en Málaga... ¡Málaga! No en un pueblecito de ahí al lado. En resumen, aceptación de la situación, resignación y cura. Resultado, limpia.

—Vaya, me sorprendes... Héctor estará tan contento —hizo una pausa—. Limpia de corazón, limpia de mente... y el armario sin renovar... Esto se merece una visita a la Villa de Madrid y fundir las tarjetas, ¿no?

—¡Vamos a fundir tarjetas! ¡Desparrame!

Reí sabiendo que la tarjeta no iba a echar tanto humo como planeábamos. Siempre íbamos con muchas expectativas, pero al final nos quedábamos en eso, nunca encontrábamos lo que queríamos y terminábamos comprando todo por internet.

—Me he bajado una aplicación que muestra modelitos ya hechos, como si fuera una *personal shopper*, y señala la marca de cada una de las prendas y complementos, por lo que no tendremos que dar vueltas a lo tonto. Tengo echado el ojo a un par de *looks*.

—¿Y se pueden filtrar las marcas? Mi cuenta no permite ciertos excesos...

—Sí, se puede poner tope de gasto, en los que tengo guardados lo más caro es de Zara.

—Genial. Nos vemos el sábado, entonces.

—Soy toda tuya, nena. ¡Qué ganas tengo de salir de casa! —rio.

Lo habíamos planeado mal, muy mal. En un arranque de gasto sin control habíamos olvidado que estábamos en plenas Navidades y en Madrid. No hay mayor locura que esa, meterse en la capital un sábado en plena fiebre consumista. Por suerte, la aplicación de modelitos nos estaba ayudando a no entrar en un estado de agobio humano. Ana había elegido tres para ella y tres para mí con gran acierto. Me había enamorado de uno de ellos que se formaba con unos vaqueros oscuros ajustados, una camisa negra de lunares blancos, un jersey gordo de color rojo, un pañuelo en tonos corales y un abrigo de paño negro que sobrepasaba un poco la cadera. Era sencillo, básico y me lo podía poner con zapatos o con *Vans*. Los vaqueros ya los tenía, por lo que no me gasté esos 40€ innecesariamente. Ana se volcó por encontrar unos *leggings* negros tupidos, una camisa que fuera larga para tapar culo, según ella había engordado y se le habían alojado los kilos en el culo. Mi parecer era distinto, estaba estupenda y hacía tiempo que necesitaba engordar un par de kilos, la favorecía no estar tan delgada. Lo combinó con una cazadora de imitación al cuero de color negro y un pañuelo negro y blanco con un estampado bonito.

—Vas a pasar frío con esa cazadora, acaba de empezar el invierno, Ana. No hace falta que sigas el *look* al cien por cien, es una sugerencia...

—No me des opciones de compra, no me dejes libre, porque si no me compro esta cazadora voy a arrasar con varios *blazers* que luego no me voy a poner. Este modelo me gusta todo él, es elegante y macarra a partes iguales. Eso sí, tenemos que quedar el fin de semana que viene para estrenarlo y lucirlo.

—Enséñame otro de los que habíamos visto para mí.

Buscó con ahínco en el móvil y me mostró otro modelo. Ese lo conformaban tres piezas básicas, un vaquero ajustado negro, una blusa blanca que iba metida por dentro del pantalón y una americana gris. La modelo de la aplicación llevaba unas playeras blancas y el *look* era elegante y cómodo. Ya tenía blusas blancas en el armario, pero la blusa era una de mis prendas preferidas, por eso no me importó gastarme dinero en comprar otra, eso sí, debía tener un corte diferente a las que ya tenía.

El resultado del día de compras fue una horda de bolsas de papel que no sabíamos ni dónde colgarnos y un abrigo rojo que no necesitaba, pero que por insistencia de Ana había terminado pagando y queriendo ponerme en ese mismo instante, pero por miedo a que me lo manchara alguna de las miles de personas con las que nos cruzábamos por la calle, lo dejé a buen recaudo en la bolsa. Las tarjetas se fundieron, y tanto que se fundieron, más de 250 € tenían la culpa, y en plenas fiestas sin haber comprado aún los regalos, iban a causar demasiado daño en la cuenta.

—¡Madre mía! Nunca me había gastado tanto dinero en ropa el mismo día, Rubén me va a matar...

—Piensa que te llevas tres *looks* completos y combinables con otras prendas. Eso sí, tienes que tirar ropa, bueno tirar no, la llevamos a algún sitio donde les haga falta.

—No pienso tirar nada.

—Uy que no. Mañana mismo estoy en tu casa haciendo selección. Las camisetas del Bershka del año 2001 deben salir de tu cajón a la de ya, haz hueco a la mujer de veintiocho años y destierra a la adolescente de quince.

—Y que digas tú eso... —reímos las dos—. Esas camisetas me están estupendamente, me valen y no se rompen. No como las de ahora que te duran una temporada y les sale un agujerito en el algodón que no sabes cómo te has hecho. Estoy convencida de que vienen con una minipolilla escondida en las costuras de las camisetas que, pasada la temporada, salen y te hacen el agujero para que te tengas que comprar ropa nueva.

—Joer, tía. Vaya imagen, ahora me da grima ponerme una camiseta... —dije con una sacudida de cuerpo.

Y entre polillas y telas, y telas y polillas hicimos el viaje de vuelta. Si algo tenían nuestras reuniones a solas era la locura que podía desatarse de ellas. Las dos podíamos llegar a desvariar sin problemas, provocándonos una espiral de sinsentidos de la que nos reíamos a carcajadas como niñas pequeñas que, además, si nuestros cerebros nos lo permitían, recordábamos pasados unos meses o años y volvíamos a reír como la primera vez. Eran ese tipo de situaciones que solo vives con alguien de mucha confianza.

—Ana, baja el volumen, que no dejan de mirarnos.

Estábamos en el metro y llamábamos demasiado la atención, porque además de la sarta de estupideces que podía salir de nuestras bocas, el volumen con el que lo hacíamos no era precisamente bajo.

—Que me miren, es envidia por no reír como nosotras. Tienen cara de haberseles metido una polilla entre las costuras, ya verás cuando la descubran, ya...

Un pasajero que miraba atento a Ana se llevó la mano al dobladillo de su camiseta y lo giró para mirarlo con asco, a lo que respondimos con una explosión de carcajadas nada cortés, por suerte el chico nos miró y se rio con nosotras.

Dos bolsas de basura, llenas de ropa, sacamos de casa de Ana el domingo por la tarde. Ella con cara de pocos amigos, Rubén con un brillo especial en los ojos y yo satisfecha de haber hecho hueco en el armario de Ana, bajamos al contenedor de ropa más cercano a su casa.

—Os juro que esta me la cobro. Qué desfachatez la vuestra de tocar mis cosas.

—Pero Ana... si te estamos haciendo un favor, además ya no te lo ponías. Hay expertos que dicen que la mejor forma de saber qué ropa necesitas y cuál no, es pensar en cuántas veces te la pones, si llevas sin ponerte algo más de dos años es porque no lo vas a volver a usar.

—Eso es lo que tú te crees, que no lo voy a usar. Me lo pondré cuando me dé la gana —Rubén rio a carcajadas—. Tú no te rías, no me hace gracia. Mira que duermes en el sofá —dijo gritando.

—Gracias, Sara, has conseguido hacer en un día lo que llevo yo intentando durante años —dijo entre risas—. No me importa dormir en el sofá, es cómodo —le dijo mientras pasaba su brazo por encima de sus hombros, la acercaba a él y le besaba cariñosamente la cabeza.

Y ahí estaban diez años de relación, amor, confianza y complicidad en estado puro. Ese tipo de relación que yo no conseguiría nunca. Suspiré, sonreí y los admiré como llevaba años haciéndolo.

## 16

La otra pareja estable del grupo era la de Helena y David. David fue al colegio con Héctor y siempre se habían llevado excepcionalmente bien, como si fueran almas gemelas, de hecho, eran los únicos del grupo del colegio que sobrevivían como amigos fuera de las celebraciones recordatorias cada cinco años. Aunque no fue hasta pasados mis dieciséis años cuando David se instaló en el grupo como uno más, de aquel primer aquelarre de amigos adolescente solo sobrevivíamos Héctor, Ana y yo.

David conoció a Helena en un festival de cuentos mientras esperaban para subir a contar su cuento, se pusieron a hablar en la fila y hasta hoy. De eso hacía casi diez años. Helena se unió al grupo como una más y nuestra relación no tardó en ser tan estrecha como la que yo mantenía con Ana, solo que Helena era más comedida, se pensaba mucho las cosas antes de decirlas y eso la hacía parecer mucho más mayor que nosotras. Era una adulta en el cuerpo de una adolescente. Con el tiempo su madurez se fue instalando como una seña de identidad, era todo lo contrario a lo que yo representaba. Si no hubiera sido por ella, su saber hacer, su saber estar y sus consejos de treintañera perpetua, yo habría resultado ser un caos mayor del que ya era.

Por fin habían decidido irse a vivir juntos y querían celebrarlo con todos nosotros. Realmente era un gran paso. Llevaban tantos años juntos que necesitaban ya tener una vida en común, porque, por mucho que los padres de ambos fueran amables y comprensibles, les hacía falta un espacio propio más allá de las semanas de vacaciones.

El lugar elegido para celebrarlo era ya como nuestro templo, La Pasta. No había que ir de punta en blanco, pero me puse aquel look que habíamos comprado en Madrid en plenas Navidades, los vaqueros negros ajustados, una blusa blanca, la americana gris clara y los botines negros. Elegancia básica. Estaba claro que no iba a ligar con nadie, pero no venía mal que un par de ojos se escaparan y me subieran la autoestima. El pelo lo iba a dejar suelto, bueno mejor no, era preferible una pinza sencilla que recogiera lo suficiente para que no me molestara al comer. Maquillaje suave y bolso pequeño de mano con posibilidad de colgarlo con un cordoncito que venía dentro escondido.

Esa vez no iba a llevar yo el coche porque Héctor se había prestado voluntario para venir a recogerme, así que no le dije que no, así podía aprovechar a tomar un poco de lambrusco. Como siempre, puntual a las dos, me mandaba un mensaje para decirme que ya estaba abajo. Me eché un poco de perfume, del que tengo reservado para las ocasiones especiales, y bajé. Héctor se había puesto unos chinos beige y una camisa blanca. Vaya, al final iba a ser que sí que había que ir bien vestido.

Cuando llegamos vimos una mesa muy larga al fondo del lado izquierdo, muchas de las sillas ya estaban ocupadas. Supusimos que era esa la mesa. Entonces vimos a más gente del grupo y confirmamos lo que ya pensábamos. La comida empezaba a las dos y media y faltaban muy pocos por llegar.

—Vaya, estamos casi todos y aún quedan quince minutos para la hora a la que habíamos quedado. A ver si os habéis vuelto todos alemanes y no me he enterado —dijo Héctor riéndose y abriendo los brazos.

—No sería descabellado tampoco, ¿eh? Hemos venido antes todos por voluntad propia, si llegamos a decir de quedar antes no conseguimos hacerlo tan bien —contestó uno de ellos.

—¿Nos sentamos donde queramos o tenemos un sitio asignado? —pregunté.

—No, nos sentamos donde queramos. Al menos a mí no me ha dicho nadie lo contrario —dijo Nacho.

—Genial. Héctor, ¿y si nos sentamos aquí mismo? Por no estar dando vueltas, así tenemos a estos enfrente y nos aseguramos las risas durante la comida.

—Me parece bien. Tampoco tenemos muchas más opciones —dijo señalando la mesa.

Y realmente tenía razón, quedaban pocos huecos, muchos sueltos. A mi lado izquierdo debía de haber alguien porque había unas gafas de sol al lado del vaso. Estaría en el baño o fuera fumando.

—Voy a aprovechar para ir al baño antes de que vengan —le dije susurrando a Héctor que me confirmó asintiendo.

Llegué al baño y recordé la última vez que estuve allí, con Sergio. Nuestra última conversación a solas en persona, nuestro último contacto físico, nuestro último beso. Respiré hondo. Por un momento me vi delante de Sergio, tocándonos y despidiéndonos para siempre como amantes. Desde ese día nuestra comunicación se había limitado a algunos mensajes cordiales por internet del tipo: «Hola, ¿Qué tal?», «Yo bien ¿y tú?», «Bien, como siempre. ¿No te cuentas nada en especial?», «No, bueno acabamos de llegar de la playa Fani y yo». «Ah, muy bien». Me miré al espejo y me dije a mí misma «ya está, eso pasó hace tiempo y ya lo has superado, arriba y a por todas, a disfrutar». Respiré, me pellizqué las mejillas, me re Coloqué la blusa y salí decidida a no volver a recordar ese momento al menos por esa noche.

Cuando llegué a la mesa ya habían llegado Helena y David y estaban saludando a los invitados. Los del grupo les estaban cantando el «tantantarán». David se reía.

—Pero que no nos casamos, todavía. Preparad la cartera para cuando toque porque será por todo lo alto.

A Helena se la veía realmente contenta y emocionada. Me daba la sensación de que estaba un poco abrumada por estar llamando tanto la atención en el restaurante.

Me senté tan rápido que ni me di cuenta de que el sitio que había vacío en mi lado izquierdo ya estaba ocupado. De pronto lo miré y él me miró, y volvió la cabeza hacia David y Helena que estaban presidiendo la mesa. Algo, no sé decir el qué, recorrió mi cuerpo, noté como si una fuerza me empujara el pecho y me quedé inmóvil. Se volvió de nuevo.

—Hola. Soy Peter.

Una preciosa sonrisa me pedía contestación. No sé cuánto tiempo tardé en dársela, pero seguro que más de lo socialmente establecido.

—Hola, yo Sara —dije tímida.

Sentí como se me subía el calor a las mejillas. Se acercó a darme dos besos. Su olor me envolvió y di un respingo. Noté una tensión rara y empecé a sentir vergüenza. Todo pasaba a cámara lenta, o yo, fuera de contexto, iba a ralentí. Estaba nerviosa y me sentía como, no sé, como



insegura. De nuevo se volvió a mirar a los protagonistas. Llevaba un pantalón oscuro, una camisa blanca y una americana gris, despedía elegancia por los cuatro costados. ¿Íbamos vestidos igual? Me giré para hablar con Héctor que se encontraba enfrascado en una conversación sobre fútbol con Raúl.

—Vienes por parte del novio o de la novia —dijo girando su cabeza mientras yo notaba cómo su movimiento me exigía mirarlo.

—No sé, de los dos. David es amigo desde la adolescencia y Helena hace ya años que forma parte del grupo.

Estaba nerviosa y me entró frío, noté un pequeño temblor interior y mi voz se vio contagiada. Sentí leves picores nerviosos en la nariz y no paraba de tocarme la cara. Los expertos en lenguaje no verbal aseguran que tocarse la cara o la nariz es síntoma de nerviosismo y de estar incómodo. Realmente no estaba incómoda, pero sí en tensión.

—Tu novio, ¿no? —preguntó serio señalando con la mirada a Héctor.

—Jaja, ¿novio? No. No tengo novio. Es un amigo de toda la vida.

Sonrió y se volvió.

—Yo tampoco tengo novio —me dijo por lo bajinis.

—Bueno es saberlo —contesté riéndome.

Vaya, era gay. Que pérdida para el mundo heterosexual. Me miró y se rio con ganas.

—No soy gay —dijo como si me hubiera leído el pensamiento.

Pronunció la palabra gay con un acento inglés que me sorprendió.

—Yo no he dicho lo contrario.

Pero sí lo había pensado y me sentía más incómoda aún. ¿Me leía el pensamiento? ¿Tanto se me notaba en la cara lo que pensaba?

Me miró de arriba abajo, lo que permitía nuestra postura, e hizo un mohín.

—¿Es posible que vayamos vestidos igual? —dijo susurrando.

—A no ser que lleves unos zapatos de tacón en los pies, no —dije sonriendo.

—Depende de a lo que llames tacón, ¿dos, tres, diez centímetros?

Su mirada se cruzó con la mía y sentí un latigazo placentero en mi interior.

David se levantó y dijo que podíamos pedir lo que cada uno quisiéramos, no habían elegido menú para no coartarnos.

—¿Cogemos un provolone? —le pregunté a Héctor intentando desatarme de aquella conexión.

—¿Para nosotros dos? A lo mejor eso más la pizza es mucho. Que luego toca el postre.

Héctor tenía razón, pero era un capricho y un clásico ya allí. Me volví hacia Peter.

—¿Te sumas a pedir un provolone para los tres? Está buenísimo y así abrimos apetito para la pizza.

Me arrepentí de ese arranque de confianza al momento. Me miró fijamente y me sentí pequeña. Me imponía, me imponía mucho.

—Me parece perfecto. Ya que te veo muy enterada de lo que aquí se come, ¿qué me recomiendas? —le brillaban los ojos según me hablaba.

—Bueno, yo siempre que vengo aquí pido pizza, así que si quieres pasta no te puedo ayudar mucho —dije colorada como un tomate.

Aquel hombre tan atractivo que olía tan exquisitamente bien, que además parecía el típico chico con dinero y estilo, me estaba preguntando qué le recomendaba ¿yo?

—¿Una pizza entera? ¿Solo para ti? —estaba realmente asombrado.

—Sí, toda la pizza solo para mí —y puse una gran sonrisa.

—No sé yo si podré con una pizza para mí solo.

—Créeme que podrás. ¿Acaso tengo pinta yo de comerme una pizza entera, así, de normal? —le dije señalando mi cuerpo—. Además, si no puedes con toda, la meten en una caja y te la llevas a casa.

—Mira que bien, así tengo para desayunar.

Los dos nos reímos. Bajé la cabeza avergonzada disfrutando en mi memoria de su fantástica sonrisa. Me mordí el labio por dentro disimulando. Me volví hacia Héctor.

—¿Qué te parece si cogemos una cada uno y compartimos? —le dije—. Creo que me decanto por la cubana.

—Me parece perfecto. Yo voy a pedir la caprichosa, ¿te parece bien? —me dijo mientras señalaba la carta.

—Perdonad, ¿me podría unir a eso de compartir la pizza? —preguntó Peter.

—Sí, claro —contestó Héctor—. Yo soy Héctor, no sé si te acuerdas de mí, nos hemos visto alguna vez en Madrid, de pasada —dijo pasando su brazo derecho por delante de mí.

Peter extendió su brazo derecho también por delante, pero la proximidad de las sillas le obligó, o no, a empujar levemente mi brazo izquierdo para alcanzar el de Héctor.

Una chispa recorrió mi cuerpo y noté un cosquilleo en la nuca.

—Peter. Sí, me puede sonar —dijo en el momento en el que estrechaban las manos—. La cubana lleva piña, eso debería ser delito, Sara —me dijo muy serio.

—Eso debería estar blindado, como la cebolla en la tortilla de patata —dije sin mirarlo y poniendo mala cara a propósito.

—Vale, vale, me arriesgaré —dijo mientras se reía a carcajadas—. Pero puede que difiera también en lo de la tortilla de patatas con cebolla.

Lo miré con una falsa indignación. Ya estaba algo más relajada, seguía sintiendo tensión, pero no era el nerviosismo de antes. Me dediqué a mirarlo más, de reojo, descaradamente, disimulando... No podía dejar de mirarlo, vaya percha tenía, era adictivo.

—Venga, me pido una cabrita. Me vuelve loco el queso de cabra —dijo cerrando la carta.

—Un poco fuerte, pero aceptamos el reto, ¿no, Héctor? —dije dándole un codazo.

—Yo me como lo que me echen, no hago ascos —sentenció Héctor.

En la mesa hubo de todo, gente que pidió pasta, pizzas y carnes. Por lo que tardaron un rato en traernos la comida. En ese tiempo vino David a hablar con Héctor y conmigo. Nos contó que se iban a ir a vivir a su casa porque Helena tenía un chalet que le había comprado su padre hacía dos años. Se les hacía demasiado grande para ellos, mucho que amueblar, ordenar y limpiar. Además, tenía jardín y a David no le hacía mucha gracia tener que estar cuidando del césped. Por lo que, en principio, irían a su casa que estaba algo alejada del centro de la ciudad y que, por lo visto, tenía unas vistas estupendas. Yo solo había estado dos veces allí, aunque no había pasado del salón. Era un ático dúplex con dos habitaciones, una hacía las veces de estudio y casi nunca la usaba. No era mala elección para empezar su vida juntos.

Miré de reojo a Peter. Tenía los codos apoyados en la mesa y una mano recogida por la otra en modo de puño. Se reía de lo que hacían Nacho, Raúl y David. Peter se acercó la copa a la boca y dio un sorbo de lambrusco. Me sorprendí lamiéndome el labio de arriba. Abrí los ojos e intenté recuperar la compostura. Mi corazón latía rápido. Respiré hondo. Fijé mi mirada en el centro de la mesa, noté sus ojos clavados en mí.

—Y tú ¿de qué conoces a los novios? —pregunté manteniendo la mirada en aquel punto fijo imaginario que me había inventado.

—Soy amigo de David desde hace muchos años. Amigo de Madrid —aclaró y asentí.  
Uno de los pijos, confirmado.

—¿Cómo os conocisteis? ¿Has venido solo?

—He venido con Manu, el resto tenían compromisos y no podían, pero supongo que lo volveremos a celebrar en Madrid —bebió de la copa—. Nos presentó un amigo en común hace años. No solemos venir a Guadalajara, aunque casi todos hemos vivido aquí en algún momento.

—Renegáis de la ciudad... Menos mal que no está por aquí Ana, porque si te hubiera oído te habría echado una señora charla. Te habrías mudado a Guadalajara de inmediato. ¿Por qué te crees que David vive aquí? —bromeé y rio.

—Trabajamos todos en Madrid, algunos tienen novias o rollos también de allí. Nos resulta más cómodo hacer vida en Madrid que estar yendo y viniendo —dijo mirándome fijamente a los ojos con una sonrisa preciosa.

—Entonces habéis hecho un esfuerzo tremendo al venir. Os pilla muy lejos —ironicé.

Hablar con él me provocaba pequeños temblores que solo notaba yo. Decidí agarrarme las manos y jugar con mis uñas para que no notara mi nerviosismo. ¿Cómo podía imponerme así? No me había dicho nada para que me sintiera fuera de lugar o pensara que iba a meter la pata en cualquier momento.

—Un grandísimo esfuerzo —hizo como si se quitara el sudor de la frente—. Tanto, que hasta me quedo a dormir en casa de mis padres, porque no creo que pueda volver a Madrid en las próximas horas —puso los ojos en blanco.

—Si tanto esfuerzo te supone puedes dormir en mi casa —dije sin pensar.

Pero ¿qué narices me pasaba? ¿Desde cuándo yo decía o hacía cosas sin pensar?

Abrió los ojos actuando de forma exagerada.

—No, no, es broma —le dije con la mano—. No, yo no soy de esas —abrió los ojos—. Quiero decir... ¡Ay, madre! Qué vergüenza...

Me tapé la cara con la servilleta intentando que no viera que estaba más colorada que un pimiento. Rompió a reír a carcajadas. Genial, ahora se reía de mí. Menos mal que vivía en Madrid y no me tendría que morir de vergüenza cada vez que lo viera.

—Pues es una pena, porque prefería tu compañía a la de mis padres. Aunque hubiera tenido que dormir en el sofá —me quitó una mano de la cara buscando mis ojos—. Yo tampoco soy de esos.

Tampoco era muy cierto lo que le había dicho, sí era de esas que se van con un tío a la cama en la primera noche o en las primeras horas, pero lo de invitarlos a dormir eran palabras mayores. Le sostuve la mirada mientras por mi cuerpo se desataba una furia contenida. Era moreno, bien peinado con una pizca de gomina, casi imperceptible. Estaba afeitado y su piel parecía estar suave, por un momento sentí ganas de acariciarlo, pero me contuve, sus labios no eran demasiado carnosos, pero resultaban apetecibles, sus ojos marrones brillaban como si un foco iridiscente le enfocara directamente.

Estaba segura que de haber estado así con otro chico la mitad de guapo, atractivo y buenorro que él, ya me habría insinuado y contaría los minutos para perderme entre sus labios, sus brazos, sus piernas y su sexo. Pero con él... todo era diferente, mi cuerpo reaccionaba de otra manera.

En ese momento llegó el provolone y me lancé a moverlo y echarme un poco en el plato. Peter hizo lo mismo. Casi a la vez llegaron las pizzas y fue un alivio. Al menos, al tener la boca llena, no diría barbaridades.

—A ver, dame, que te echo dos trozos —dijo Héctor mientras cortaba su pizza.

Después cogió la mía y la cortó. Miré de reojo a Peter que ya tenía la suya dividida. Nos

repartimos las tres pizzas entre los tres.

—¿Qué es exactamente lo que te gusta de la pizza con piña? —preguntó realmente interesado.

—¿No la has probado nunca? —negó con la cabeza—. Lo que más me gusta es que entre el sabor salado de la pizza, entre los sabores del tomate, la mozzarella, el orégano y la carne, de repente muerdes la piña y hay una explosión de sabor dulce en tu boca que se junta con el resto —dije con cara de disfrute—. Exquisita —y le di un gran mordisco a la pizza.

Peter cogió una porción de pizza con piña, mi pizza, y mordió imitándome. Masticó con elegancia, como si no estuviera masticando, resultaba hipnótico y yo me sentía de lo más vulgar a su lado.

—Vaya, vas a tener razón —siguió masticando—. No es tanto como exquisita, pero tiene su gracia —sonrió.

¡Qué sonrisa! Le sonreí y seguí comiendo. Me comí el resto de porciones y dejé uno de piña para el final.

—Es la última vez que comparto pizza contigo si pides la que lleva piña —dijo Héctor con maldad.

En un lado de su plato había apartado los trozos de piña. Reí.

—Pues yo me negaré a compartir tu tradicional pizza de anchoas —puse cara de asco.

Asintió como aceptación de un acuerdo no escrito.

—¿No te gustan las anchoas? —preguntó de repente Peter y un cosquilleo empezó a subirme por el estómago.

—No mucho, demasiado saladas. Soy más de dulce, ¿recuerdas lo de la piña?

—Eso es porque no has probado anchoas buenas, de calidad. El toque salado inunda suavemente tu paladar de tal forma que crea adicción y no sabrías cuando parar de comerlas.

Lo miré desconcertada. Sabía de comida de calidad, iba bien vestido, su postura en la mesa era diferente a la de todos los que estábamos allí, olía a perfume caro, que me volvía terriblemente loca, y tenía estilo y elegancia. Llegué a la conclusión de que estaba ante una persona que se movía en unos niveles más altos que el mío. Un hombre que manejaba las situaciones desde otro plano. Un hombre que pertenecía a una esfera social distinta de la mía. Me entró sudor frío y mis inseguridades salieron por la puerta grande. De repente los pequeños temblores aumentaron, me picaba la cara y tenía la necesidad de echarme las manos a ella para ponerlas a modo de escudo. Me quedé sin habla y presentí que si hablaba me temblaría la voz. Estaba segura de que cualquier cosa que dijera o hiciera podía ponerme en evidencia.

—Algún día te llevaré conmigo a probarlas, seguro que no te resistes —sentenció mientras mordía su pizza.

Se me subieron los colores, sentí un calor vergonzoso en mi cara que debió vislumbrar porque sonrió alegre.

Cuando terminamos todos de comer, la camarera vino para apuntar los postres. Las jarras de sangría ya se habían acabado y pidieron otra ronda. Yo seguía bebiendo lambrusco, que era menos solicitado.

—Profiteroles —dijo Héctor.

—Yo también, pero sin chocolate, por favor —le dije a la camarera.

—Tiramisú —pidió Peter—. El mejor lo he probado en Pisa, será difícil igualarlo, pero un tiramisú nunca defrauda —me dijo a mí, solo a mí.

Hacía un rato que cada vez que nos decíamos algo el resto de la mesa desaparecía. Al menos yo no oía a mis amigos hablando, gritando, cantando. Se hacía el silencio y solo oía su voz, veía sus

brillantes ojos marrones y sentía mi cuerpo temblar.

—Espero el veredicto, entonces —sonreí y su sonrisa se hizo más grande.

Vaya. Había conexión. Al menos por mi parte y eso me daba aún más miedo.

Me giré hacia Héctor para entrar en la conversación que tenía con Raúl y evitar caer en las garras de una de mis paranoias. Seguían hablando de fútbol y del siguiente partido de la Champions. Tema recurrente y aburrido donde los hubiera. Llegaron los postres. Nos los comimos casi sin darnos cuenta mientras hablábamos. Yo intentaba picarlos para que la conversación se encendiera y poco tardaron en alzar la voz. David también entró en lo que ya era una discusión en toda regla. Me giré, miré mi plato y me reí sabiendo que era la causante de aquello.

—Qué mala eres —me sorprendió Peter.

Balbuceé intentando decir algo, pero no había defensa alguna y se rio.

—Toma, ¿quieres un poco? —había llenado su cuchara y me la tendía.

Un cosquilleo recorrió todo mi cuerpo. ¿Su cuchara? Me puse colorada, cogí mi cuchara y la hundi en su postre. Puso medio sonrisa resignado por no haber conseguido lo que quería.

—Mmm, está bueno. No lo había probado nunca, me refiero al de aquí, soy de ideas fijas —dije tapándome la boca con la mano.

—Sí, está bueno. No alcanza al de Pisa —rio a la vez que se lo terminaba.

Nos quedamos en silencio. Cogí mi servilleta y empecé a retorcerla, una manía que tenía desde pequeña y que le había visto hacer a mi padre durante años. Ya no tenía lambrusco en la copa y estiré mi brazo para alcanzar la botella. Cuando ya la tenía en la mano y la iba a girar, Peter puso su mano sobre la mía. Un chispazo recorrió todo mi cuerpo y di un gemido silencioso del que solo yo me di cuenta. ¿Qué había sido eso?

—Permíteme, ya te echo yo —dijo agarrando la botella firmemente sobre mi mano. En la parte de abajo había colocado la otra.

Solté despacio la mía y noté como un calor ardiente me subía por todo el cuerpo. El calor se agolpaba en mi cara y sentí morir de vergüenza. Empecé a temblar.

—¿Tienes frío? —preguntó con el ceño fruncido mientras llenaba mi copa.

«¿Frío? Que alguien me eche encima un cubo de agua helada, por favor».

—Sí, un poco, me he destemplado con los postres —mentí.

Uno de mis mayores defectos era que no sabía mentir y estaba segura de que me lo notaría. Cogí la copa, bebí y bajé la cabeza intentando concentrarme en no temblar.

—¿Tienes frío, pequeña? —preguntó de pronto Héctor.

—Un poco —volví a mentir. Él sí se iba a dar cuenta.

—Toma, ponte mi chaqueta.

Cogió su chaqueta, que estaba colgada en el respaldo y me la echó por encima. Peter miraba atentamente la escena.

A las cinco y media David se levantó y anunció que era la hora de irse, que estábamos dando demasiado trabajo al restaurante, donde estaba todo recogido y ya solo quedaba el dueño. Propuso varias alternativas: algunos se irían con ellos al ático para hacer tiempo hasta la cena, otros se irían a sus casas y los más fiesteros seguirían de cervezas o copas hasta reencontrarnos para cenar de tapeo.

—¿Qué opción eliges? —me preguntó un sonriente Peter.

Noté el latido en mi cuello.

—No sé, supongo que lo que diga Héctor.

Héctor, al oír su nombre se volvió hacia nosotros.

—Sara, cañas por ahí —puse mala cara—, o hacemos un siesta-peli.

—Siesta-peli —dije con deseo.

De reojo vi que Peter parpadeaba mucho e hizo un amago de levantar una ceja. Lo miré fijamente y asintió.

—Supongo que yo iré al piso de David. ¿Nos vemos en la cena? —lo dijo más serio de lo que me había acostumbrado en las pocas horas que llevábamos juntos.

—Claro —sonreí.

Héctor ya se había levantado. Hice lo mismo y le devolví la chaqueta. Me habría gustado que hubiera sido Peter quien me ofreciera su americana, debía oler estupendamente y podría haber ido recreándome en el olor que se hubiera quedado impregnado en mi ropa.

Nada más montarnos en el coche Héctor me miró sonriente.

—¿Qué? —inquirí.

—¿Cómo que qué? ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido el qué? ¿Qué te pasa? —fingí indiferencia.

Río a carcajadas mientras yo lo miraba realmente asombrada. Gesticulé con las manos apremiándolo para que soltara prenda.

—Pues ese rollo que te has traído con Peter. Le hacías ojillos...

—¿Qué dices? No le he hecho ojillos, ni nada —intenté sentenciar.

—A mí no me engañas, pequeña. Y lo del frío ¿una nueva técnica? —preguntó riendo.

—No... no sé de qué me hablas.

—Vale, lo que tú digas.

Siguió riendo hasta que llegamos a su casa. Cuando entramos sus padres estaban en el salón viendo un programa de televisión. Los saludamos y subimos a la habitación de Héctor. Me quité los botines y me tiré en la cama, pegada a la pared. Héctor preparó el proyector.

—¿Cuál?

—La que más rabia te dé, me voy a dormir a los cinco minutos... —dije bostezando.

Escogió *La vida de Pi*. Lo miré con una ceja levantada.

—¿Qué? ¿No has dicho que te vas a dormir?

Levanté las manos en son de paz y me giré hacia la pared. No me gustaba esa película, el final me traía quebraderos de cabeza por la ambigüedad que presentaba. Nada más cerrar los ojos, Peter apareció en mi mente, todo él, su cuerpo, su cara, su perfume y su tacto. Me dio un escalofrío y Héctor me echó una manta por encima. Me acurruqué más e intenté obviar aquello de mi mente. No me atrevía ni a pensar por si acababa con alguna historia inventada que terminaba en catástrofe. De forma inconsciente el olor de Peter me inundó y me quedé dormida.

—Sara... —me dio un beso en la mejilla—. Son las siete y media, hemos quedado a las ocho.

—¿Qué? ¿Por qué no me has despertado antes?

Me levanté como un resorte.

—Estabas tan dormidita que daba pena —dijo poniéndose el jersey.

Bufé de mala gana y puse cara de incredulidad.

—Quiero pasar por casa a cambiarme —le dije casi gritando.

—¡Eso es nuevo! Si no me lo dices, no puedo adivinarlo. Vas bien vestida para salir, no me imaginaba que fuéramos a volver para cambiarte —dijo molesto.

—¿Estás listo? Venga, que tenemos que pasar por casa.

—Encima con prisas... Sara... Sara...

—Sara, Sara —dije remedando.

Negó con la cabeza riendo.

—Ya lo sé, soy caso perdido y por eso me quieres —le dije señalándole con el dedo índice.

—¿No tenías prisa? Cálzate, que te estoy esperando —apremió apoyado en el quicio de la puerta.

—¡Esto es increíble! —grité.

Rio, se dio media vuelta. Le oí bajar las escaleras y coger las llaves. Me tocó correr para alcanzarlo mientras dije adiós a sus padres con la mano y casi desde fuera de la casa.

Subí yo sola, Héctor me esperaba en el coche. Fui corriendo a la habitación y me quité lo que llevaba puesto. Abrí el armario como si no supiera qué me iba a poner cuando lo tenía claro desde hacía horas. Cogí las medias transparentes, saqué la percha donde estaba el vestido con mayúsculas, el vestido rojo que quedaba a media pierna, ajustado, marcando silueta. Abrí la caja de los *stiletos* negros con la suela roja y me los puse. No cogí chaqueta, con el abrigo rojo que había comprado en Madrid y un par de mojitos, valdría. Me eché perfume y repasé el maquillaje.

Bajé lo más rápido que los zapatos me permitieron.

—¿Taconazo? —asentí—. Y bajo el abrigo, ¿llevas lo que yo creo que llevas? —volví a asentir—. Menos mal que no le hacías ojillos —rio a carcajadas—. Claro que, si el primer día atacas así, ¿qué harás después?

—No voy a atacar a nadie. Y después...

—No llevar nada.

Siguió riendo a carcajadas. Le dediqué una mueca de asco que le provocó más risas.

Nos costó aparcar en el centro, por lo que me dejó lo más cerca que pudo del bar donde habíamos quedado para no destrozarme los pies con los tacones y se fue a aparcar más lejos.

Cinco minutos después bajaba por la acera derecha a paso rápido. Me agarré a su brazo para retardar lo más posible el asegurado dolor de pies que iba a tener. Cuando entramos en el bar ya estaban todos. Llegábamos con media hora de retraso.

—Puntuales, como siempre —dijo Nacho con sarcasmo.

—Ha sido ella —Héctor me señalaba con el dedo.

—Para variar —apuntó Helena.

—Prefiero seguir en mi línea, no me gustaría mal acostumbraros. Conservo la esperanza de, algún día —dije moviendo los brazos—, sorprenderos.

Todos rompieron a reír de forma escandalosa.

—Me alegro de causar este efecto en vosotros, me siento orgullosa —ironicé uniéndome a sus carcajadas.

No me hizo falta buscarlo porque algo hizo que mis ojos se dirigieran rápido hacia la barra. Estaba de pie, al lado de David. Me miraba sonriendo. Le sonreí y bajé la cabeza avergonzada.

—Estamos esperando a que nos preparen la mesa, ya hemos pedido las tapas, las de siempre. Si queréis otras diferentes, lo decís —dijo David.

Héctor y yo asentimos y nos miramos confirmándonos que nos valía con lo que ellos hubieran pensado.



A los pocos segundos nos dirigieron a una mesa larga. En mi lado derecho se sentó Héctor y Helena corrió para sentarse en el izquierdo. Me disgusté al saber que no iba a tenerlo cerca. Me quité el abrigo y el vestido y yo quedamos al descubierto. Helena me miró de arriba abajo y se rio por lo bajinis.

Entonces mis ojos, obligados de nuevo, miraron al frente y encontré a Peter analizando lo que veía. Sus ojos brillaban. Seguía manteniendo su sonrisa, que no sabía si era de cortesía o sincera. Se sentó enfrente de mí y mi pulso se aceleró.

El camarero no tardó en traer jarras de cerveza, agua y vino, del que se echó Peter. Poco a poco empezaron a llegar las raciones: croquetas variadas, patatas mixtas, chopitos, calamares a la romana, magro con tomate, una tabla de quesos, tostas de jamón, pulpo a la gallega, torreznos y oreja.

—Madre mía, David, si has pedido toda la carta —dije asombrada.

—Toda, toda no, casi toda, así no había problema con los gustos.

Pusieron el plato de oreja delante de mí y Héctor se lanzó enseguida a pinchar.

—Llévatelo para allá si quieres, ya sabes que no me gusta, te lo cambio por el de chopitos.

Lo cambió con tal rapidez que me costó ver los movimientos.

—Buena elección —dijo Peter.

Le sonreí mientras pinchaba.

La cena fue divertida. Los que habían decidido quedarse de cañas iban ya calentitos y estaban llamando demasiado la atención.

David sacó el palo *selfie* e hizo una foto desde un lado de la mesa para que pudiéramos entrar todos. Héctor se recostó en uno de mis hombros y Helena me agarró por la cintura poniendo su cabeza en el otro hombro. Se la veía tan feliz.

Los temblores nerviosos volvieron a mi cuerpo porque, aunque yo lo evitaba, notaba la mirada de Peter fija en mí constantemente. Posiblemente fueran alucinaciones mías, pero las pocas veces que lo había mirado de reojo, le había pillado mirándome.

Mi móvil vibró por un mensaje de Ana, que estaba de fin de semana romántico por ser San Valentín: «¿Vestido rojo? ¡¿Qué me he perdido?!». Ignoré el mensaje, miré a Peter y me sonreí disimuladamente, de reojo vi que me había visto y se reía. Otra vez volvieron los temblores y me comenzó a picar la nariz y la mejilla derecha. Me imponía, no me atrevía a hablarle por miedo a no estar a la altura, me sentía inferior. Me encontraba en un juego de miradas y sonrisas perdidas que se enfrentaban con mi vieja amiga, la inseguridad.

—Me ha escrito Ana, que te ha visto con el vestido rojo, que qué se ha perdido —dijo Helena en voz alta.

Peter la miró sin disimulo y yo le apreté el muslo por debajo de la mesa. Me miró disculpándose y diciendo «upss» sin sonido. Al momento noté la mirada de Peter fija en mí, pero evité mirarlo.

—¿Qué peli habéis visto? —preguntó Helena intentando desviar el tema.

—*La vida de Pi*<sup>2</sup> —puse los ojos en blanco y rio.

—Héctor, ¿otra vez la peliculita?

Héctor volvió la cabeza y entró en la conversación inmediatamente.

—Pero si se ha dormido según ha caído en la cama, antes de que empezara...

De reojo vi que Peter mantenía la compostura sin mutar su gesto.

—Porque el plan era siesta-peli y me lo he tomado al pie de la letra.

Helena rio con ganas. Después se acercó a mí y me susurró que tendría que explicarle lo del

vestido rojo y el pellizco en el muslo. Asentí sin intención de cumplirlo.

La cena, con copeo incluido, acabó sobre la una y media, y todos llevábamos un nivel de alcohol un poco elevado. Después fuimos a un pub de Bardales. Al entrar nos encontramos con más niños de lo normal. Llamábamos niños a los que no llegaban a los veinticinco años.

—¡Los han dejado salir de la guardie! —gritó Nacho—. A ver si se tercia algo esta noche.

Enseguida se acercó a un grupo de chicas que lo acogieron gentilmente. No había pasado ni un minuto y todas se reían a carcajadas. Desde luego no se podía decir que Nacho no tuviera don de gentes. Era el más ligón del grupo. Ana siempre le decía a Héctor que debía aprender de él, pero este nunca la contestaba. Ella empezaba a pensar que era gay y no nos lo quería decir, pero nunca se lo había llegado a comentar ni a preguntar.

—¿Qué te apetece beber? —me dijo Peter al oído.

Mi cuerpo reaccionó a su voz con la piel de gallina. Noté un hormigueo desde el cuello hasta la punta de los pies y me puse colorada. Gracias a la oscuridad del pub no se notaba.

—Una cerveza —respondí mirándolo a aquellos ojos marrones que brillaban hipnóticamente.

Sus ojos se pasearon por los míos de uno a otro con delicadeza. O el tiempo se paró o estuvimos más segundos, minutos u horas mirándonos de lo que se podía dedicar a una pregunta tan simple como esa.

Se giró y al poco vino con un tercio.

—No sabía si la querías en vaso o en botellín —sonrió.

—Botellín, siempre.

Pasé la mano por la boca del cristal, una manía demasiado afianzada, y bebí. El frescor entró arrasando el calor que tenía dentro, del que casi no me había dado cuenta.

—¿Tú qué bebes?

—Ron-cola, pero no beberé mucho, luego tengo que conducir hasta casa de mis padres.

—¿Está muy lejos?

—En el Clavín. Lo suficiente para que me pare la Guardia Civil en Cuatro Caminos.

Claro, cómo no, el Clavín.

—O tengas un accidente...

Asintió sonriendo.

El volumen de la música del local nos obligaba a hablarnos muy cerca y eso me ponía muy nerviosa. Volvía a notar que mi cuerpo se calentaba por dentro y bebí para sofocarlo. Era la primera vez que me sentía así al lado de un hombre. Mi respiración se agitaba cada vez que se acercaba para hablarme y me daba miedo que lo notara.

—Estás preciosa, por cierto —me dijo entre la mejilla y el oído.

¡Oh, madre! Su aliento recorrió mi cara. Olía tan bien, resultaba tan apetecible que se me secó de inmediato la boca. Mi cuerpo se llenó de las famosas mariposas, no mi estómago, mi cuerpo entero, y empecé a necesitar un sitio donde sentarme, pero me mantuve firme. Bebí del botellín para mitigar mis sensaciones, no surtió efecto.

—Gracias —dije con la cara más colorada que un tomate—. Tú también estás guapo —le dije mirándolo de arriba abajo descaradamente.

Sonrió.

¡Madre mía! ¿Qué me pasaba? Aquello era nuevo. Mi cuerpo y toda yo lo deseaba, pero algo me hacía mantener un espacio invisible con él. Eso no era lo habitual en mí, de normal habría atacado

y habría besado a ese hombre como si fuera el último beso que diera. Mi mente se imaginó sus labios junto a los míos y un intenso calor recorrió mi entrepierna.

Intenté despejar mi mente pensando en la música y dejándome llevar por ella. Reguetón. Era la música de moda y no sonaba otra cosa en ningún local. Doblé un poco las rodillas y empecé a mover las caderas. Enseguida se unieron Helena, Raúl y el amigo de David que había venido con Peter, Manu, creía recordar. Me acerqué a Peter.

—¿No bailas?

—No suelo bailar, y menos el primer día. No soy de esos.

Me guiñó un ojo.

¡Ay madre! Esas metáforas encubiertas... Me limité a sonreírle.

La noche se pasó entre bailes, cervezas, calores, nervios y temblores. A las cinco de la mañana Héctor me dijo de irnos, que estaba cansado. Salimos todos a la calle, el frío nos caló hasta los huesos. Algunos se pusieron a hacer bromas entre ellos. Helena se acurrucó en David que la abrazaba fuerte. Yo los miraba con envidia sana. Héctor me echó el brazo por encima cuando vio que me auto abrazaba.

—Bueno, nos vemos entonces la semana que viene por mi cumpleaños, ¿no? El que falle a la cita es hombre muerto —dijo Héctor.

Nos dimos dos besos para despedirnos, aunque algunos íbamos en la misma dirección.

—¿Dónde tenéis el coche? —me preguntó Peter antes de darme dos besos.

—Ni idea, antes le he esperado en Santo Domingo mientras aparcaba —señalé a Héctor.

Peter me agarró suavemente por la cintura y yo di un respingo. Me dio dos besos lentamente y su olor me envolvió. Me relajé tanto que me fallaron un poco las piernas.

—Me matan los zapatos —dije para excusarme.

—Si quieres te acerco yo a casa, tengo el coche en esa calle —señaló una calle que estaba a escasos doscientos metros de donde nos encontrábamos.

Me lo pensé y miré a Héctor.

—Héctor, si quieres acerco yo a Sara a su casa, tengo ahí el coche, así no tiene que andar demasiado con esos zapatos —le dijo como si lo conociera de toda la vida.

Héctor me miró esperando alguna señal por mi parte, pero entre el frío y la iniciativa de Peter, estaba como una estatua.

—Vale —dijo inseguro—. He aparcado lejos —le dijo sin dejar de mirarme.

Supuse que esperaba alguna reacción por mi parte para, en caso de no estar de acuerdo, coger las riendas de la situación.

—Perfecto. Pues, venga, que te vas a quedar fría.

Pasó su mano por mi cintura y me empujó levemente. Yo seguía abrazada a mí misma. Noté la presión de su mano a través del abrigo y mi respiración se aceleró. No estaba preparada para aquello. Si hubiera sido cualquier otro chico, un lígüe de una noche o algún ex rolo, no hubiera dudado en irme con él a su casa o invitarlo a la mía, pero no quería que Peter y yo acabáramos así ese día. Lo que sentía era tan nuevo y me gustaba tanto sentirlo que me daba miedo que solo durara unas horas.

Sacó las llaves del bolsillo y se encendieron las luces de un Mercedes CLS blanco. Otro motivo que me confirmaba su posición social y económica. Me abrió gentilmente la puerta del copiloto y entré. El interior era elegante y diferente a todo lo que había visto hasta el momento. Era precioso. Me abroché el cinturón como pude, tenía las manos heladas. Entró, arrancó, toquiteó algo en el

volante y el interior se iluminó de color azul. Vi que ponía la calefacción y otra cosa que no supe qué era.

—La he puesto para que salga por los pies y se caliente el asiento —me miró y me sonrió. Le devolví la sonrisa—. ¿Dónde vives? —dijo señalando el GPS del coche.

Puse la dirección en él y el GPS empezó a calcular la ruta.

—Me encanta tu coche. Un CLS 300 coupé, guau...

—Gracias, es mi pequeño. ¿Sabes de coches? —preguntó sorprendido.

—Lo justo, y tu pequeño es digno de admirar —sonreí y él pareció satisfecho.

Le observé conducir. Volví a arder por dentro. Era tan atractivo al volante... Conducía rápido, pero a esas horas, sin circulación y en esta ciudad, no era peligroso ni anormal. Yo también lo hacía. No tardamos en llegar y me dio pena que el viaje durara tan poco tiempo.

—Gracias, Peter.

—Ha sido un auténtico placer —quitó el pie del embrague y el motor se paró.

Mi corazón se puso a latir sin control. En este caso qué se hace, se besa al chófer, te besa él ¿qué? Pero yo no quería eso, ¿o sí?

—Espero que nos volvamos a ver pronto —dije acalorada.

—Espero —rio—. Llevaba más de un lustro sin salir por Guadalajara. Es posible que venga más a menudo, parece que no son tan aburridas aquí las fiestas, sobre todo si se está en buena compañía —puso media sonrisa.

Me quedé mirándolo a los ojos. Después miré su sonrisa, sincera, demasiado tiempo. Fue una de esas miradas que dan pie a besarse.

—Entonces deseo que no pase un lustro. Gracias de nuevo.

Me desabroché el cinturón y bajé del coche. Según cerré la puerta me arrepentí de no haberle dado dos besos, al menos para volver a sentirlo y a olerlo. Entré en el portal y hasta que no cerré la puerta no arrancó de nuevo el coche. Me quité los zapatos en el ascensor, el suelo estaba frío y sirvió de bálsamo para el dolor de pies que llevaba. Entré en casa y fui directa a la cocina para prepararme un Cola Cao caliente. Me puse el pijama y unos calcetines gordos. El móvil empezó a sonar.

—¿Qué te pica?

—¿Estás sola? ¿Puedes hablar? —preguntó Héctor.

—Pues claro que estoy sola, ¿qué pensabas?

—Pensé que subiría a tu casa ¡Cuéntamelo todo!

—No tengo nada que contar. Me ha traído a casa y se ha ido. ¿Por qué tendría que haber subido a casa?

—Bueno, no sería el primero, Sara, y os traíais un rollito desde la comida que pensé...

—Pensaste mal —lo corté—. ¿Qué rollito? No he tenido ningún rollito con él.

Estaba a la defensiva y no entendía el por qué, si algo teníamos Héctor y yo era total confianza, nadie me entendía mejor que él.

—Venga, Sara, ¿me vas a negar que te gusta? Peter te ha calentado y lo sabes. ¿No has notado cómo os mirabais?

Suspiré. Al parecer él sabía más que yo.

—No me ha calentado como tú crees y no, no he notado cómo nos miramos. En serio, Héctor, no ha habido nada y no hay nada. Además, no suele venir por Guadalajara, y a saber lo que tiene en Madrid. Y me voy a ir a la cama que estoy muy cansada —di por terminada la conversación.

—Vaaaaale. Buenas noches, pequeña.

—Buenos días, pequeño.

---

<sup>2</sup> Lee, A., Netter, G., Womark, D., y Lee, A. (2012): *La vida de Pi*. Estados Unidos: Rhythm & Hues Fox 2000 Pictures.

La semana pasó demasiado rápido. Peter aparecía en mi cabeza todos los días e intentaba recordar su aroma, pero era incapaz.

Ana no paró de dar guerra con quedar para comprar los regalos de Héctor y Sergio. Yo sabía perfectamente que quería preguntarme el motivo por el que había escogido el vestido rojo. Llegué a creer que había interrogado a Helena y a Héctor en busca de información. Realmente, me daba igual y no iba a entrar en su juego. Ni había pasado nada ni iba a pasar, no lo había visto en años y no volvería a verlo en otros tantos. Por desgracia.

Según se acercaba el sábado y la ya tradicional comilona por el cumpleaños de Héctor y Sergio, empecé a ponerme nerviosa. Sergio subiría desde Málaga para pasar aquí el fin de semana y, posiblemente, acompañado. Eso me hubiera cabreado meses atrás, pero ya no. Aun así, no sabía cómo íbamos a reaccionar al vernos. El día de su cumpleaños le mandé un mensaje de «felicidades caballero» por Facebook y me contestó con un «gracias caballera». Como en los buenos tiempos. No hubo más palabras, ni nos vemos pronto, ni besos, ni hasta luego.

Finalmente accedí a quedar con Ana el jueves por la tarde. Fuimos al centro comercial y le compramos ropa a Héctor.

—Bueno ¿y qué tal tu súper finde romántico con Rubén?

—¡Genial! Teníamos un apartamento con chimenea. Pasamos el fin de semana durmiendo, leyendo y viendo la tele.

—Y supongo que también os daríais un homenaje, ¿no? Porque mira que estar viendo la televisión en San Valentín...

—Sí, claro, pero eso se sobreentiende ¿no? Por cierto, eso que sale en las películas de hacerlo delante de la chimenea no resulta ni tan morboso, ni tan gustoso. ¡Qué calor más insoportable! —reímos juntas—. Y tú ¿qué?

—Yo nada Ana. Sigo soltera y no, no me lie con nadie en San Valentín. Ya sabes que esa fecha no la celebro ni para un polvo esporádico —contesté a la defensiva intentando evitar un interrogatorio.

—Pero te pusiste el vestido rojo... Y Helena me ha dicho que vino uno de los amigos de David de Madrid.

—Vinieron dos, creo. Y el vestido me lo puse porque hacía mucho tiempo que no lo hacía y me apeteció, simplemente, ¿no me puede apetecer? —lo dije borde para intentar parar sus ansias de saber.

—Sí, claro. Te puedes poner lo que te dé la gana cuando te dé la gana. Faltaría más.

Sonreímos las dos mientras nos dirigíamos al McDonald's para comernos un McFlurry. Pedimos en las máquinas táctiles y nos fuimos a sentar. Al poco vino una camarera con los helados.

—¿Qué crees que pasará cuando veas a Sergio el sábado?

—No lo sé, la verdad. Intento imaginármelo, hacerme mis historias, para variar, mis paranoias, pero nada, ni bueno ni malo.

—Pero ¿te apetece verlo?

—Ni sí, ni no. No tengo unas ganas locas de verlo, pero sí me gustaría estar con él un rato, como antaño, ya sabes.

Mi cabeza hacía tiempo que no pensaba en él y ahora otro ocupaba su hueco. Su hueco y todos los demás huecos.

Ana se limitó a asentir y seguir comiendo.

## 19

El sábado me levanté a las diez. A las doce había quedado con Ana para ir juntas al bar donde se celebrarían los cumpleaños. Quería poner unas guirnaldas y una piñata llena de botellitas de alcohol. Ana y sus ideas. Me puse unos vaqueros oscuros, una blusa color coral, la americana negra y los botines negros. No volvería a casa en todo el día, por lo que opté por algo que valiera también para salir luego hasta las tantas. Metí maquillaje básico en el bolso y fui a buscar a Ana. El coche lo dejaría en casa de Héctor.

Ana bajó sola cargando con seis bolsas.

—¿Dónde vas con tanto? Nos van a echar del bar —puse los ojos en blanco.

—Es que si no el lugar es muy aburrido.

—¿Y Rubén?

—Luego va, estaba liado.

—Eso, y que siente vergüenza ajena, Ana.

Se encogió de hombros y se rio. Le daba igual, iba a decorar el bar sí o sí.

Los invitados empezaron a llegar a las dos y media. Héctor apareció de los primeros. Todos felicitaban a Ana por la decoración y aseguraron, que, si no hubiera sido por ella, nadie habría decorado nada. Cuando ya estábamos todos observamos que sobran dos huecos. Nadie se había dado cuenta, pero yo, desde que entró Héctor por la puerta, supe que no iba a venir.

—¡Pero bueno! ¿Y Sergio? —preguntó Helena alarmada—. No podemos celebrar su cumpleaños sin él.

—Se encontraba mal del estómago y le estaba subiendo la fiebre —dijo Héctor cogiendo un trozo de pan sin mirar a nadie.

Aquel gesto me pareció extraño, más tarde mantendría una conversación con él sobre eso.

Aquellas comidas solían acabar tarde y con la gente desvariando. Le dimos los regalos después de la tarta y los camareros empezaron a sacar las botellas de ron, güisqui y vodka. Raúl puso una botella de crema de orujo encima de la mesa.

—Recién sacado de barrica.

En menos de media hora ya estaba vacía. Desde luego, aquello era una muestra de las cantidades ingentes de alcohol que puede ingerir el ser humano. Helena y yo nos dimos a los mojitos que hacía Eva, la camarera. Riquísimos.

A eso de las seis, Héctor dijo de ir todos a su casa, tirarnos en el garaje y poner vídeos de archivo. Su casa estaba cerca del bar y en cinco minutos estábamos entrando por la puerta. En la



entrada del garaje vi el coche de Sergio, lo que me confirmaba que estaba allí, algo que había llegado a dudar.

Subimos a por mantas al armario de la habitación de invitados. La habitación de Sergio estaba cerrada, de dentro salía música. Me los imaginé tumbados en la cama, relajados y disfrutando de su compañía mutua. No me había creído que estuviera malo. Estaba claro que yo era el motivo por el que no había hecho acto de presencia y no iba a llamar la atención. Para no tener problemas, lo mejor era evitarlos.

Tiramos las mantas al suelo. Al rato aparecieron Helena y Ana tras una montonera de cojines y almohadas. Las dejaron encima de las mantas y empezamos a tumbarnos por el suelo. Héctor cogió el portátil, lo conectó al proyector y empezaron a salir fotos y vídeos en una de las paredes del garaje.

Unos empezaron a reír, Nacho y Raúl se tiraron encima de David gritando tras ver un vídeo en el que este intentaba ligar con una chica. Helena estaba colorada, no supe adivinar si era por furia o por vergüenza. En uno de los vídeos salíamos Ana y yo en la tarima de una discoteca bailando reguetón antiguo. ¡Qué vergüenza! Me tapé la cara con una almohada. Ana se levantó e imitó su baile del vídeo. Todos reían. Rubén me quitó la almohada y me puse las manos en la cara, aunque miré entre los dedos. En ese momento me bajaba de la tarima y me besaba con Sergio. ¡Oh no! ¿Cómo podía ser eso si nadie sabía lo nuestro? ¿Cuándo y quién había hecho ese vídeo? Se hizo el silencio y me tapé con los brazos. Héctor cambió de vídeo de prisa y salió uno en el que estábamos todos en la piscina. Las risas volvieron, pero yo, inexplicablemente, estaba llorando. Seguí en la guarida que me proporcionaban mis brazos hasta que alguien me abrazó por encima. Era Ana, me peinaba el pelo con cariño.

Cuando todos estaban revolucionados aproveché para ir al baño y lavarme la cara. Volví a maquillarme.

Al volver, Héctor me abrazó.

—Pensé que lo habías superado, pequeña.

—Sí, sí. No ha sido eso. Ha sido la reacción de los demás, creo. No pasa nada, de verdad —me abracé fuerte a él—. No está malo, ¿verdad?

Negó con la cabeza y confirmé mis sospechas.

—Ella no ha venido. Al parecer estaba ocupada.

## 20

Pedimos pizzas y cenamos en el suelo. Empezaron a salir botellas de alcohol que no habíamos visto antes. Ese día había empezado con los mojitos y no mezclaría. Héctor preparó todos los ingredientes y Helena se encargó de hacerlos. Salimos de su casa casi a las dos de la mañana y tardamos como una hora en llegar a la zona de bares. Cualquier cosa que hubiera de camino a las discotecas servía para que el resto del grupo se entretuviera. Ana se ponía de los nervios, no soportaba verlos hacer el tonto, hacerse placajes o que subieran en las espaldas de otros. Rubén llegó a caer al suelo varias veces. A medio camino nos dimos cuenta de que habían desaparecido los del equipo de dardos de Héctor. No le dimos importancia, sabían dónde íbamos.

Algunos, los que no habíamos bebido tanto, llegamos helados de frío. Nada más entrar en uno de los pubs nos hicimos una foto de grupo en un *photocall* y en dos segundos ya estaba en las redes sociales. Allí seguimos con los mojitos, Ana hacía rato que había dejado de beber porque tenía que volver a casa conduciendo. El resto seguía tomando cubatas. Esa noche alguno acabaría por los suelos.

Según iban pasando los minutos el calor del local empezaba a ser insoportable. Dejamos los abrigos y las chaquetas en una silla alta cerca de la barra. No había problema de que nos las robaran porque los chicos se quedarían allí sujetando la barra. Ana, Helena, Nacho y yo empezamos a seguir el ritmo de la música. Estábamos convencidas de que Nacho duraría poco en nuestro grupo para aparecer rodeado de chicas en la otra punta del local. David también se animó a bailar mientras le robaba besos a Helena. A la media hora Nacho ya se había ido a dar la «putivuelta», como lo llamaba Ana. En ese momento, de forma instintiva, me paré en seco. Noté como me acaloraba por dentro y la tensión se apoderaba de mi cuerpo.

—Hola, preciosa.

Una voz, esa voz, se acercó a mi oído con un susurro que me paralizó el corazón. Cómo podía ser que llevara más de cinco años sin venir y estuviera ahí tan solo siete días después.

—Hola —conseguí decir tras una eterna pausa.

Me giré buscando su mirada. Me agarró por la cintura y me dio dos besos con delicadeza. De reojo vi a Ana con la boca abierta hasta el suelo. Peter se acercó a saludar a David y a Helena. Me detuve a mirarlo detenidamente. Llevaba unos vaqueros oscuros, una camisa azul marino y la americana a juego. Era tan atractivo y lo deseaba tanto... David le presentó a Ana y le señaló a los que estaban en la barra. Se giró para mirarme y se fijó en el mojito que llevaba en la mano. Fue hacia la barra y saludó a Héctor, le dio una palmada en la espalda.

—¿Hola? ¿Quién es ese pedazo de tío bueno?

Ana me hizo volver al mundo real. Helena le abrió los ojos avisándola de algo.

—¡No! ¿Por ese te pusiste el vestido rojo? —rio con fuerza—. No me extraña, amiga. No dije nada. Bebí del vaso.

No tardó en venir, se puso a mi lado.

—¿Hoy no toca cerveza? —me preguntó.

—No, he empezado con los mojitos y no me gusta mezclar. Tú, ron-cola, ¿verdad?

—Coca-Cola. Tengo que volver a Madrid conduciendo.

—Esta vez no has tardado un lustro en volver —le sonreí.

—No. La fiesta del otro día no estuvo mal y la de hoy no defrauda —me miró de arriba abajo—. Además, resulta que me fui sin tener el número de teléfono de la chica más guapa del lugar y me he visto en la obligación de volver para pedírselo —bebió del vaso—. Podía habérselo pedido a David, pero era ponerlo en un compromiso que viola las leyes de protección de datos.

¿Mi número? ¿Hablaba de mi número? Notaba la mirada de Ana fija en nosotros y me ponía de lo más nerviosa, aunque el olor de Peter me trasladaba a otro mundo. Sacó su móvil, el último modelo de iPhone, cómo no, escribió algo en la pantalla y me lo dio para que pusiera mi número, en el nombre había escrito «Preciosa». Con todas las mariposas alteradas y las manos temblorosas acerté a ponerle los números en orden. Se lo devolví y rozó mi mano. Una corriente recorrió mi cuerpo acabando en la nuca poniéndome los pelos de punta. Sentí que me vibraba el móvil. «Hola, preciosa» y una carita guiñando un ojo. Guardé el número en el móvil con el nombre de Peter.

No se movió de mi lado, aunque no conversamos demasiado.

A las cinco cambiamos a un bar que cerraba a las seis y media y estaba a unos diez minutos andando, aunque con la panda de borrachos que llevábamos tardamos más de media hora en llegar. Ana se agarró de mi brazo, me apretaba de vez en cuando con los dedos para sacarme información. Peter iba al lado de David, hablaban de sus cosas.

—Ana, deja ya de clavarme las uñas.

—¿Cuándo tienes pensado mover ficha?

—No hay fichas que mover —dije resoplando.

—Pero ¿tú has visto cómo te mira?

—No te inventes historias, Ana, no me mira de ninguna forma. Chsst —le dije cuando abrió la boca para hablar—. Chsst —alcé el dedo índice de forma acusatoria.

Una hora después estábamos saliendo de ese antro de mala muerte. Olía mal y estaba lleno de gente indeseable, borracha e insoportable. Helena puso el grito en el cielo alegando que habían rebasado el límite de aforo. Y todos se rieron cuando alguien dijo que Helena se había comido a Ana. Esta apretó los labios y bufó. Cogió a Rubén y se fueron sin despedirse. Yo reí por lo bajinis sin que me viera para que no cargara contra mí. Peter a mi lado, me miraba divertido.

—Te invito a un chocolate con churros —lo miré sorprendida—. Me tengo que ir ahora a Madrid y preferiría comer algo antes. Por supuesto, tú serías la mejor compañía.

Asentí, sin añadir nada más.

—Hala, cada mochuelo a su olivo —dijo Héctor—. Sara ¿no vienes? —me dijo al ver que no le seguía.

—Me acaban de invitar a un chocolate con churros y créeme que es una oferta de lo más tentadora porque tengo un hambre que no veo.

—¿No vas a dormir en mi casa? —dijo con el ceño fruncido—. Es tradición.

—Héctor, hoy no iba a dormir en tu casa y ya sabes el por qué. Si quieres me quedo el fin de semana que viene.

Héctor intentaba buscar algo para convencerme, pero el cansancio de todo el día, Raúl y el resto haciendo el cabra y la seguridad con la que se lo había dicho, le hicieron desistir.

—Vale. Mañana te llamo.

Se acercó, me abrazó y me dio un beso en la frente.

—¿Vamos? —me dijo Peter.

—Hay una cerca de aquí, detrás de la plaza de toros.

Asintió, me agarró por la cintura y me dirigió hasta allí como si hubiera ido en alguna otra ocasión.

Antes de entrar el olor a churro hizo que mi estómago se quejara ansioso. Nos sentamos en una mesa del fondo. Pusimos los abrigos en el respaldo de la silla.

—¿Qué quieres?

—Un Cola Cao muy caliente y dos porras, tengo tanta hambre que me como un buey.

Me miró y se rio mostrándome su cálida sonrisa.

Al poco volvió con un vaso de leche muy caliente y un sobre de Cola Cao, una bandeja con cuatro porras y un café con leche.

—¿Te tomas un café justo antes de dormir y consigues dormir? —le pregunté extrañada al ver el café.

—Técnicamente no es justo antes de dormir. Tengo que volver a Madrid, el café me mantendrá despejado al menos durante el camino.

Echó un sobre de azúcar y removió lentamente. Vacíe el sobre de Cola Cao en la leche y removí con cuidado de no hacer mucho ruido, como había hecho él. No sabía cómo se hacía eso en los ambientes en los que yo creía que se movía Peter. A mí el Cola Cao me gustaba con grumos, pero tampoco sabía si era protocolario o una garrada de chiquillos. Me sonrió cuando vio que no movía demasiado la cuchara.

Era hipnótico. Me resultaba tan imponente que no era capaz de mantener una conversación normal con él y eso hizo saltar todas mis alarmas. Si tenía la esperanza, por pequeña que fuera, de tocarlo y besarlo algún día, el no saber de qué hablar con él no ayudaría a que se hiciera realidad. Moví rápido la cabeza, simulando apartarme el pelo de la cara, y borré aquella esperanza de mi cabeza. No me podía permitir el lujo de ilusionarme con nada.

—¿A qué te dedicas, Sara? —me hizo volver a la realidad.

—Soy correctora de textos en una empresa de Madrid. En muchas ocasiones nos piden también edición e incluso redacción, depende de la carga de trabajo que haya.

—¿Vas y vienes todos los días?

Qué sonrisa...

—No. Teletrabajo, voy de vez en cuando, muy de vez en cuando. Cuando hay reuniones y me obligan, o cuando necesito socializar más allá de estos gañanes —dije con ironía—. ¿Y tú?

—Yo también teletrabajo, aunque menos, dos días por semana normalmente.

Los dos reímos.

—Está bien que teletrabajes, es el futuro, pero me refiero a qué te dedicas.

Le di un mordisco a la porra que me supo a gloria.

—Soy fotógrafo profesional. Realizamos sesiones para revistas, periódicos, blogs especializados, también trabajamos para rodajes de series y películas. Algunas veces hacemos trabajo de campo, pero por lo general desarrollamos nuestra tarea en interiores y plató.

—Vaya, qué interesante. Entonces te mueves en el mundo de la farándula.

—Yo solo soy el fotógrafo o el que se encarga del montaje. No me llama nada la atención ese mundo.

—Me gustaría ver alguna de tus fotos ¿o todas las que haces son a nivel empresa?

De repente le cambió el gesto y se mostró orgulloso con una media sonrisa.

—Estoy preparando una exposición aquí, en Guadalajara, pero tendrás que esperar hasta mayo, preciosa.

Ese «preciosa» me hizo temblar y aquel calor inexplicable volvió a recorrer mi cuerpo por dentro. Sentí como me subían los colores, él se dio cuenta, pero no dijo nada.

—¿Y cuál es el tema?

—Tendrás que esperar para saber eso.

Sonreí y me miró fijamente. Cuando me quise dar cuenta me quedaba solo media porra y ni siquiera recordaba cuándo me había comido el resto y volví a reír.

Me bebí rápido el Cola Cao y me quemé la lengua y la garganta. Hice un gesto de estar echando humo por la boca mientras me abanicaba con la mano. Y volvimos a reír como niños. Tras beberse el café se quedó mirándome, tenía un codo apoyado en la mesa y la mano le sujetaba la cabeza por el mentón. Era tan atractivo.

—Deberíamos irnos —dije—. Está amaneciendo y no llevo las gafas de sol —puso cara de pena—. Si me da el sol directamente a los ojos, estos arden en llamas como el ave fénix cuando muere. Pero no se lo cuentes a nadie, es un secreto, ni siquiera Héctor lo sabe.

Rio divertido, pero al instante se puso serio. Era la primera vez que le veía ese gesto.

—Te acerco a casa entonces, no sería cortés hacer sufrir así a unos ojos tan bonitos.

Menos mal que me lo dijo cuando todavía estaba sentada, si llego a estar de pie me habrían fallado las piernas. Respiré hondo disimuladamente y me recompuse.

—Tengo el coche en casa de Héctor, si me pudieras acercar allí, te lo agradecería.

Aceptó sin problemas. Tuvimos que andar unos cinco minutos hasta llegar a su coche que estaba en un parking subterráneo. Durante el paseo no nos dijimos nada. Él parecía embotado en sus pensamientos y yo intentaba poner un dique a los míos para que no salieran disparados y yo huyera corriendo con ellos.

Nada más entrar en el coche puse en el GPS la dirección de Héctor. Segunda vez que entraba en su coche en una semana y ya me había permitido el lujo de toquitar su GPS sin que me lo pidiera. En menos de cinco minutos estábamos junto a mi coche.

—Es ese, el Mazda blanco —le señalé según entramos a la calle.

—Un Mazda 3, muy bonito. ¿Dos años? ¿Diesel o gasolina?

Me reí y me miró intrigado.

—Vaya, sabes de coches. No, tiene un año. Es Diesel, 150 cv —puse cara de malota.

—¿Te gusta la velocidad? —dijo divertido.

—Te lo demuestro cuando quieras.

Le guiñé un ojo. Me acerqué y le di dos besos que él ralentizó con una facilidad asombrosa. Inspiré su olor para guardármelo hasta la siguiente vez que lo viera.

—Gracias, una vez más, por llevarme en tu coche —me bajé coqueta.

—Por muchas más.

Sonrió.

Monté en mi coche, arranqué. Hizo un movimiento con su mano indicando que me dejaba salir delante de él. Saqué despacio el coche, me puse delante del suyo y él aceleró para seguirme.

Frené de golpe y frenó con cara sorprendida. Reí con malicia y aceleré todo lo que pude, me siguió. Evidentemente, ese Mercedes era, con poco, más rápido que mi Mazda. Seguí cogiendo velocidad en unas calles desiertas. Antes de llegar a Cuatro Caminos ya le había dado esquinazo.

Entré en la autovía y me recosté con gusto en el asiento. Inspiré hondo y me sentí grande. No cabía en mí de gozo.

Llegué a casa, me cambié y me tumbé en la cama sonriendo como una adolescente. No sabía realmente por qué sonreía, pero me sentía tremendamente bien. Al poco me llegó un mensaje: «Confirmado. Te gusta la velocidad. Recuérdame que nunca te deje mi coche». Le contesté: «No deberías escribir mientras conduces, es peligroso y, aunque tardes un lustro en volver, me gustaría volver a verte». ¡Uala! Ni yo me creía lo que había puesto en el mensaje. Desde luego, cuando escribía sin pensar podía resultar un peligro. No tardó en contestar: «No escribo yo, es una aplicación por voz. Tus deseos serán órdenes». «Buenas noches», escribí. «Buenas noches, preciosa», contestó.

## 21

Las semanas fueron pasando sin noticias de Peter. Poco a poco fui olvidando lo que había creído sentir, pensando que me había dejado llevar por la situación y yo sola me había construido una historia fantástica en la cabeza.

Ese año la Semana Santa se había instalado en abril, entre nubarrones, chubascos y tormentas de agua que echaron abajo cualquier plan al aire libre. Héctor se bajó a Málaga, como todos los años, Helena y David se quedaron en Guadalajara y Ana y Rubén llegaban a la ciudad el jueves Santo tras pasar unos días en París.

Finalmente, decidimos hacer noche de chicas en mi casa. Ana y Helena vendrían a pasar el viernes y el sábado, aunque seguramente lo alargáramos hasta el domingo. El plan fue muy básico, comida basura, comida rápida, muchos aperitivos, muchas patatas fritas, mojitos como si no hubiera un mañana y películas románticas. Muy ñoño, pero estábamos sin chicos y teníamos que aprovechar.

Tras ver *La boda de mi mejor amigo*<sup>3</sup> y tumbadas boca arriba en la alfombra del salón mientras comíamos palomitas, Ana empezó con su tradicional interrogatorio.

—¿Dónde dices que está David, Helena?

Puse los ojos en blanco porque sabía la dirección que iba a tomar la conversación.

—En Madrid con sus amigos, los pijos —rio—, en un restaurante de esos carísimos que tanto les gusta, y después iban a un local de moda de la Jet Set de Madrid.

—Pero eso suena bien ¿por qué no has ido tú? —siguió Ana.

—No suelo ir, intento escaparme todo lo que puedo sin que se note demasiado. Hay veces que David les dice que he quedado con mis amigas y no lo puedo cancelar, otras que estoy mala y otras dice que me he tenido que ir al pueblo con mi madre. Pero no puedo hacerlo muy seguido porque se notaría demasiado que huyo de ellos.

—¿Tan malo es pasar con ellos una noche? —preguntó.

—No es que sea malo, es que no me apetece. No me apetece cenar en esos sitios con tantos platos, tan de postín, con tantos tenedores y esa comida tan rara que no sé ni cómo cortarla, me la comería a estilo árabe y eso sería llamar la atención. Y después están ellos, los pijos, por lo general son majos, aunque un poco superficiales, no discuten, tía, no los he oído discutir nunca. Y luego están ellas —puso los ojos en blanco—, ellas son para echar de comer a parte, se salvan dos y con manguitos. Solo saben hablar de ropa, que si Jimmy Choo, que si «ce ache» —puso acento de pija—. ¡Que yo visto de Primark y lo más caro que llevo es de Zara! —dijo escandalizaba mientras Ana y yo carcajeábamos—. Vamos, que me supone mucho trabajo guardar la compostura, me agota, de verdad.

—Pero los que vinieron a vuestra comida parecían majos —dije casi susurrando.

Ana se levantó, me miró y me tiró varias palomitas a la cara.

—¡No! No disimules, Peter, del otro no te acuerdas ni de su nombre —dijo acusándome con el dedo.

—¿Borja?

—Borja se fue con su novia de finde romántico —explicó Helena tirándome un cojín.

—Bueno, ¿y yo qué sé?

—Claro, tú te acuerdas de Peter, ¿eh, bruja? —dijo Ana dándome toquecitos en el brazo.

—Es lo mínimo después del chocolate con churros.

—¿Qué chocolate con churros? —gritó alterada—. ¿Tú lo sabías, Helena? —esta asintió—.  
Suelta por esa boca ¡ya!

—No hay nada interesante que decir, fue el día del cumpleaños de Héctor. Antes de irnos me invitó a un chocolate, bueno un Cola Cao con churros. Y ya, nada que contar, me acercó al coche, yo me fui a mi casa y él a la suya. Y desde entonces no sé nada de él.

—¿No te ha escrito, ni llamado, ni nada? —negué con la cabeza—. ¿Y le has escrito tú? —volví a negar—. Pero a ti ¿qué te pasa? ¿Te sobran los tíos como ese? Ese buenorro, guapo, majo, que te mira como ya nos gustaría a muchas que nos miraran nuestras parejas, y estás ahí sin hacer nada. Chata, esto es raro en ti, muy raro, tú eres de las que se lanza a por ellos y no los deja escapar...

—De hecho, se podría decir que es el más majo del grupo de los pijos —dijo Helena.

Suspiré. Lo que menos me apetecía en ese momento era que me agobiaran y me obligaran a hacer algo que no me apetecía hacer, ¿o sí?

—No sé qué pretendes, Ana, pero no, no y no. Ni él me mira de ninguna forma, ni yo busco nada. Reniego de los tíos, ¿recuerdas? Además, este vacío de comunicación durante más de un mes es un claro signo de que no hay nada —Ana intentó volver a hablar y la tiré el cojín con fuerza—. Ni se te ocurra seguir con ese tema.

Helena no podía parar de reír porque sabía que eso podía acabar en una guerra bastante cómica.

—¡Vale! Ya seguiré más tarde... Cambiemos de tema: me pone mi profesor de pilates —dijo seria.

—Uuuuhhhh, la fantasía por excelencia —dijo Helena echándose las manos a la cara.

Yo reí y grité en plan loca de la vida.

—No estoy de coña —se sentó y nos miró fijamente—. Me pone, me pone mucho —se puso las manos en la cara—. Es tan guapo, me vuelve loca cuando nos corrige las posturas, tiene las piernas tan duras...

—Claro, claro, las piernas —le corté entre risas.

Me tiró el cojín y las palomitas que la quedaban, intenté cogerlas al vuelo.

—Se me acelera el pulso cuando se acerca... ¡Me voy a volver loca!

—Quizá deberías cambiar de horario —dijo Helena muy seria.

—¿Qué me he perdido? ¿No era una broma? —Ana negó con la cabeza—. ¡Oh, Dios mío! Pero estás casada, nena, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir.

Ana metió la cabeza entre las piernas y se tapó con los brazos.

—Quizá tenga razón Helena... —dije dándole un abrazo.

—No te haces a la idea la de veces que he fantaseado con él, ¡despierta! Las mil y una formas en la que nos damos el primer beso. Las mil y una veces que yo le digo que no, pero siempre acabamos retozando. Y no tenéis ni idea del bajón que me da cuando veo a Rubén a mi lado. Hasta me pongo de una mala leche que no sé cómo justificarle a Rubén.



—¡Oh! —exclamamos a la vez Helena y yo.

—Definitivamente, debes cambiar el horario de la clase, o directamente de gimnasio —sentenció Helena.

—No solo por lo que pueda pasar o dejar de pasar, sino por tu salud mental, no puedes entrar en esa espiral de fantasías que sabes que no se van a cumplir.

Le pasé la mano por el pelo y levantó la cabeza.

—¿Sabéis qué es lo peor? Que no he disfrutado del viaje a París como debería de haberlo hecho por culpa de esto.

Nos fundimos las tres en un abrazo sincero de amistad y de apoyo. No íbamos a dejar que pasara nada de lo que pudiera arrepentirse.

Para intentar sacar a Ana de sus pensamientos respiré hondo, cerré los ojos y dije:

—Le dije que quería volver a verlo y me dijo que él también quería verme.

Las dos se volvieron hacia mí expectantes y a Ana le cambió la cara.

—El último día que nos vimos me pidió el número de teléfono, ¿sabéis con qué nombre me guardó? —me miraban ansiosas—. Preciosa.

Las dos gritaron entusiasmadas.

—Aquí hay tema, aquí hay tema y no me lo vas a negar —dijo Ana excitada—. ¿No lo invitaste a subir a casa?

—Otra igual... No, no lo invité, no vi la necesidad, además no era un rollo de una noche, no sé, no lo sentí así —hice una pausa—. ¡Tiene un cochazo! —dije tirándome al suelo mordiéndome el labio de abajo.

—Oyyyy, tu punto débil —dijo Helena.

—Sí... pero un cochazo de pijo.

—Peter es el del Mercedes, ¿no? Ese tiene doble nacionalidad, es inglés. Y en algunas ocasiones se le escapan los modales británicos —dijo Helena—. Luego hay otro que tiene un Porche, además, es un chulo...

—No, entonces ese no me gusta. Por cierto —archivé la información que acababa de darme Helena e intenté cambiar de tema otra vez—, ¿qué vamos a hacer para mi cumple? Quedan poco más de dos semanas.

—Irnos de fiesta a Madrid —dijo Ana—. A Chueca, nunca hemos ido de fiesta a Chueca.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en Chueca? —pregunté.

—Esperemos que no sea el profesor de pilates —dijo Helena haciéndonos reír.

Asentí con la cabeza y Ana puso los ojos en blanco.

—Había pensado, que como hará buen tiempo, podemos hacer barbacoa en la carretera de Fontanar. Donde estuvimos el año pasado. Y de ahí ya... vamos a Chueca por la noche —dije al ver que Ana me miraba entusiasmada.

—Me encanta el plan, pero a los chicos no les decimos nada, porque si no, no van a querer ir.

—Estoy de acuerdo —dije.

—A ver ¿qué se puede poner en el campo? Me refiero a guirnaldas, farolillos, serpentinas y esas cosas —dijo Ana.

Helena y yo pusimos los ojos en blanco y la lanzamos todos los cojines que teníamos cerca.

—Vale, vale, no decoraremos el campo —dijo sepultada bajo los cojines.

—¡Por cierto! Si sabéis de alguien que alquile su casa, decídmelo —dije sentándome.

—¿Y eso? ¿Te quieres cambiar? Si aquí estás genial —Ana alzó los brazos señalando la casa.

—Sí, excepto por los vecinos... No los soporto más. Ya son seis meses aguantando golpes a

todas horas, a la una de la mañana mueven muebles ¿pero qué mueble tienes que mover a la una de la mañana? Para colmo se levantan a las seis y se duchan, ¡se duchan! Tengo las puñeteras cataratas del Niágara en mi habitación. He tenido que empezar a usar tapones porque me estoy volviendo loca. Y, luego, durante el día golpes a todas horas, pero a todas horas... Estoy tranquilamente trabajando y ¡pum! Un golpe. Me doy unos sustos que algún día me da un infarto. Si algún día veis en las noticias que una mujer se ha cargado a sus vecinos, he sido yo...

—Ahora no se les oye —dijo Helena.

—Porque se han ido de vacaciones y no sabéis cuánto me alegro. Si no se van ellos, me voy yo.

—Hablaré con David. Nos vamos a ir a mi casa.

—¿Te mudas? —preguntó Ana.

—Me ahogo en el ático. Está muy bien y es grande, pero estoy acostumbrada a los chalets y, además, necesito un patio como el comer.

—Dos mudanzas en dos meses, qué pereza —dije con los ojos en blanco.

—Ya estamos metiendo las cosas en cajas. Mi idea es estar en mayo allí. En cuanto estemos instalados hacemos barbacoa.

—Si necesitas ayuda con la mudanza, ya sabes.

—Solo nos llevamos ropa, libros y demás, los muebles los dejamos porque mi casa la van a amueblar mis padres. Me da pena por los cambios que hicimos y echaré de menos la cristalera de la habitación, pero un buen césped en el que tumbarme acabará con la morriña.

---

3 Zucker, J., Bass, R. y Hogan, P. J. (1997): *La boda de mi mejor amigo*. Estados Unidos: Jerry Zucker, Sony Pictures y TriStar Pictures.

El lunes después de las vacaciones tenía que ir a una reunión a la oficina. Al parecer una revista nueva había contratado nuestros servicios y nos iban a dar una charla-curso sobre la edición, corrección y el estilo de esa publicación.

La reunión iba a empezar a las once de la mañana, pero se retrasó hasta las doce y media. Además, se alargó más de lo debido, por lo que comimos a las cuatro de la tarde. Volvimos a la oficina a las cinco. Estuve media hora releýéndome los apuntes que había tomado en la charla. Había sido un día de lo menos productivo y, aunque yo no había tenido nada que ver con eso, me sentía poco realizada. Saldría a correr cuando llegara a casa, al menos así me distraería.

A las cinco y media recogí el iPad y el teclado. Tiré la botella de agua que había comprado en la maquina del office, me despedí sin entusiasmo de los compañeros, me puse los casos y me fui a la parada de autobús. Se agradecía el sol que calentaba el ambiente. Si los autobuses llegaban en hora y no había mucho atasco, a las siete estaría en casa. Saqué el móvil y cambié la música por unos podcasts de un programa de radio matutino. Y allí estaba yo, en la parada de autobús, con otras ocho personas que no conocía de nada, riéndome con lo que oía. Me miraban raro, como para no hacerlo. Un chico me miraba y se reía feliz, a su lado una señora me escaneaba de arriba abajo. «Amargada», pensé.

La señora desvió su mirada a la calzada y puso cara de cabreo. Un coche había aparcado en la parada de autobús, aquello debía de salirse de lo permisible por ella, en Guadalajara era, desgraciadamente, una práctica habitual. Me fijé en el coche y el corazón empezó a latirme con fuerza. Bajó la ventanilla.

—Preciosa, ¿te llevo?

¡Ay, madre! ¡Peter! Con la boca abierta por la sorpresa, totalmente inmovilizada y con los cascos puestos, debía de ser todo un cuadro.

—Si prefieres quedarte ahí lo respeto, no lo acepto, pero lo respeto. Sería todo un honor disfrutar de su compañía —dijo de forma señorial con una sonrisa de oreja a oreja.

Cerré la boca, asentí y entré en el coche. Oí a la señora que decía: «qué vergüenza», el chico joven se reía. Le faltó aplaudir.

—Gracias —dije tímida.

El coche olía a él, aquel olor entró por mi nariz alterando mis sentidos.

—¡Qué casualidad! —dijo contento.

Estuve por decirle que no creía en la casualidad ni en la suerte y que era el destino el que marca las derivas de las personas, pero no quería resultar pedante.

—¿Vas a Guadalajara? —pregunté.

—Sí, es el cumpleaños de mi padre y no puedo librarme de cenar con ellos. Comí con ellos ayer, pero no debió de ser suficiente.

Subió la música del coche, Ed Sheeran envolvía con su voz todo el interior. Muy británico... Me quedé embobada viendo cómo conducía. Era tan guapo y tan atractivo que no podía dejar de mirarlo, esos labios... Él me miraba de soslayo y sonreía. Y de nuevo volví a sentir esa sensación por mi cuerpo, las mariposas y el calor me hacía enrojecer.

—¿Qué tal las vacaciones? ¿Has ido a algún lado? —le pregunté armándome de valor.

—Estuve el jueves y el viernes por Salamanca, Segovia y Soria haciendo fotos de los Pasos para una publicación online de turismo. El sábado me quedé en Madrid, cena y fiesta con los amigos, vino David. ¿Tú?

«Con los pijos», pensé.

—Sí, me lo dijo Helena. No hice nada del otro mundo, quedarme en casa y finde de chicas en mi casa.

—¿No has ido a ningún sitio?

—No, este año no hemos conseguido organizar ningún viaje.

—Vaya —hizo una pausa—. La semana que viene pasaré en Guadalajara el miércoles y el jueves. Tengo que hacer unas fotos en unos pueblos de la Alcarria. Te invito a un café el jueves.

Así, sin preguntar, lo daba por hecho.

—Vale, no ha pasado un lustro, pero acepto.

Rio con ganas.

—Por cierto, te envié una solicitud de amistad en Facebook y no la has aceptado.

Fruncí el ceño extrañada. No me había llegado ninguna solicitud. Saqué el móvil y miré en la aplicación las peticiones de amistad y, efectivamente, había una solicitud de un tal Peter K. que acepté al momento.

—Perdona, no me había llegado la notificación, o no recuerdo haberla visto.

—Es la peor excusa que me han dicho nunca —dijo serio.

—Pero si es verdad, si la hubiera visto no habría tardado ni un segundo en aceptarla.

Se rio y entendí que lo había dicho en broma. Que idiota, ya le había dado más información de la necesaria. Reí tímida.

—¿Te he dicho alguna vez que me encanta tu risa y que tienes una sonrisa preciosa?

—¿Qué pretendes, Peter? —pregunté con altanería por la sorpresa de su pregunta—. Me persigues a la salida del trabajo, me obligas a subir a tu coche, me obligas a tomarme un café contigo y me pides explicaciones por no aceptarte en Facebook. Sea lo que sea no lo vas a conseguir.

Intenté mantenerme seria, pero me era difícil, cuando mentía se me torcía un poco el labio y no sabía mantener la mirada fija y segura en la otra persona.

Me miró alarmado, intentó decir algo, pero no lo consiguió.

—Es broma... —puse los ojos en blanco—. Hay que ver qué sensibles sois los hombres.

Respiró aliviado.

—Me gusta tu juego, aunque no me has contestado a la pregunta.

Me sonrió brevemente. Pensé por unos segundos qué contestarle.

—¿Y yo te he dicho alguna vez que me encanta tu coche? —salí por peteneras intentando huir de la vergüenza—. Me lo podías dejar conducir alguna vez.

—Uy no, ni lo sueñes. El coche es como la chica, ni se toca ni se deja —puse cara de pena—. Además, por lo poco que he visto, te gusta correr, así que olvídate de ponerte al volante de mi

pequeño.

—Pero yo solo corro con mi coche que es el que controlo, a este lo cuidaría con mimo, a ver tampoco lo voy a llevar a pedales, ya me entiendes, pero dentro de los límites de velocidad sí — le puse cara de corderito degollado.

—No —rio al verme—. No te lo voy a dejar por mucho que pongas morritos.

—Me conformaré entonces con ser una invitada cualquiera.

—No tan cualquiera. No hay muchas que se hayan sentado donde estás tú ahora. Eso es un privilegio reservado para muy pocos afortunados. Gente VIP.

—Pues yo con «los pijos» tengo poco que ver —dije bajito.

—¿Qué?

—No, nada, que no me conformo con ser solo eso.

Abrió los ojos de par en par poniendo una media sonrisa.

—No... quiero decir... que me gustaría conducirlo y si soy afortunada pero no puedo llevarlo, no es suficiente. A ver, me explico, que está muy bien formar parte de tus VIP, pero que al parecer eso solo te permite montarte en el coche, no conducirlo. Que yo te lo agradezco...

—He captado el mensaje —me cortó riendo.

Pero por qué no pensaré las cosas antes de decirlas, luego no sé arreglar el desaguisado que preparo por la impetuosidad. Y era cierto lo que le había dicho, no me conformaba con ser gente VIP. Moví la cabeza para borrar aquel pensamiento de mi mente, no era el momento.

—¿Algo más con lo que no te conformes, Sara?

—Ufff, por dónde empezar. No me conformo con la ración de patatas que ponen en el McDonald's con el menú, escasa, es escasa. Me parece insuficiente o nulo el papel higiénico en los baños —explotó en carcajadas—, no te rías... —dije de mentira—. Me parece insuficiente el límite de velocidad en autovía, no me conformo con comer solo cinco veces al día, por favor si hay hambre a las doce la noche, hay hambre y se atraca la nevera —reímos, era una conversación de lo más estúpida—, de hecho, no entiendo a los europeos que cenan a las siete, si yo cenara a esa hora a las once estaría comiéndome un buey —me miraba divertido—. Y luego, seriamente, es insuficiente el número de autobuses de Guadalajara, pasan cada mil años y dan muchas vueltas. Bueno, a decir verdad, eso no es serio. Hay cosas más serias con las que no me conformo, pero no es el momento...

—No, sigue, me interesa.

—Pues... —bajé la cabeza avergonzada—, no me conformo con haber disfrutado una vez de las cosas, no me conformo con los libros que he leído, ni con las películas que he visto, no me conformo con los recuerdos, no me conformo con el amor recibido ni con el que he entregado hasta ahora...

—¡Qué bonito! —me dijo con ternura—. Sigue...

—Otro día —sonreí.

Sobre las seis y media ya había llegado a mi casa. Dejó el coche en doble fila. Me desabroché el cinturón. Me acerqué a darle dos besos, él puso su mano en mi cuello y disfruté de su suave piel y su exquisito aroma a la vez que intentaba frenar mis impulsos de besarle la boca.

—El jueves te escribo para decirte a qué hora quedamos.

Se había creado una atmósfera densa que conseguía que los segundos pasaran lentos.

—Estaré pendiente.

Le sonreí y me bajé del coche. Respiré hondo. Una vez más, no se fue hasta que entré en el ascensor.

Aquella sensación de enamoramiento no se me iba de la cabeza ni del cuerpo. Cada vez que pensaba en Peter mi cuerpo se alteraba, una colonia de mariposas recorría mi estómago, el pulso se aceleraba junto a mi respiración y, si recordaba su tacto o su olor, me entraba un calor en el cuerpo que no había sentido nunca. Me acordé de Ana y su profesor de pilates, esperaba que no se sintiera como yo porque podía ser una bomba. Aun así, no me atrevía a dar ningún paso con Peter. Debía mantener distancia con él porque sabía que yo acabaría fastidiándolo todo si en algún momento terminábamos teniendo algo, como sucedía siempre. O peor, me dejaría y se iría sin más, como ya era costumbre en los hombres que habían pasado por mi vida con los que había mantenido alguna relación seria. El problema era que mi mente decía una cosa, pero mi cuerpo pedía estar cerca de él, necesitaba tocarlo y olerlo, aunque fuera de forma clandestina o inocente.

Llamé a Héctor, necesitaba compartir eso con alguien.

—Dime, pequeña.

—¿Unas cervezas?

—Eso suena a conversación larga. Vale. ¿Te paso a buscar?

—No, en mi barrio mejor. Te espero abajo a las nueve.

—Perfecto. Te veo en un rato —colgó.

Era viernes, hacía buen tiempo y las terrazas de los bares del barrio estaban llenas de gente. Se notaba ambiente de primavera en las calles.

Quedaba una hora para que llegara Héctor, por lo que no tenía prisa. Me tiré en el sofá y una vez más me metí en el perfil de Peter. Pasé una a una todas sus fotos, todas artísticas. No había fotos cotidianas ni con amigos, ni con chicas, que fue lo primero en lo que me fijé. Había paisajes preciosos en los que resaltaban los colores verdes. Me encantaron las puestas de sol, en cada una de ellas predominaba un color, el rosa, el morado, el ocre y el naranja se mezclaban con una amplia gama de azules. Había otras fotos muy diferentes, algunas de ciudades europeas donde se resaltaban los colores llamativos, supuse que lo hacía con algún filtro de las redes sociales. Después pensé que al ser fotógrafo renegaría de esos filtros. Entre unas y otras se colaban fotos en blanco y negro que contrastaban con el color del resto. Estas se centraban en enfoques más pequeños, flores, árboles, pequeños detalles de monumentos. Me las sabía casi de memoria, verlas una y otra vez había sido todo el entretenimiento que había tenido esa semana.

Abrí la aplicación de Instagram y lo busqué, le di a seguir y sonreí. A los diez segundos, mientras mi corazón latía descontrolado vi que él había comenzado a seguirme. Sonreí como una tonta, como una niña con una piruleta o una adolescente hormonada.

Quedaba media hora para bajar por lo que me fui a cambiar. Unos vaqueros, blusa blanca y americana azul marino. Una coleta alta, pintalabios, perfume y lista para bajar. Opté por unas deportivas blancas, para tomar unas cervezas con Héctor no me hacía falta más.

Me senté en un banco a esperarlo, no tardaría en llegar. Vi el coche de lejos. Aparcó en mi calle y me acerqué a él. Bajó y me abrazó con un entusiasmo inusual.

—¡Dos semanas sin verte!

—¿Tanto?

—Tanto... ¿Dónde vamos?

—¿Qué te parece comer algo en el sushi bar y luego vamos al pub?

—Planazo, estoy harto de torrijas, un poco de variedad me viene genial —sonrió.

Nos sentamos en una mesa cercana a la cristalera, hubiera preferido algo más íntimo, pero el camarero se había empeñado y tenía tanta hambre que cualquier sitio habría valido.

—Bueno ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme? —preguntó interesado.

—No te he dicho que tenga que contarte nada. ¿Tú qué tal en Málaga?

—Ya nos conocemos, Sara. Rara vez llamas para tomar unas cervezas y solo tomamos cervezas —bebió agua—. En Málaga bien, normal, estuve con mi primo y fui a ver a mis tías y a mi abuela. Lo de siempre.

—¿Ninguna chica? ¿Tu hermano?

—Ninguna chica, no se dejan... Mi hermano bien, gracias.

—Cuenta...

—La verdad es que lo hemos visto poco. Se tiraba el día fuera de casa o en la habitación con Fani. Y no te puedo contar mucho más porque no ha contado mucho, no hay información novedosa, si es lo que quieres saber. Y Fani normal, amable, simpática y cordial. Vamos, papelón al estilo Almodóvar —rio—. Y ahora tú, ¿qué tal las vacaciones alcarreñas y qué me tienes que contar?

—Las vacaciones sosas, para qué engañarnos. El fin de semana lo pasamos en casa, Ana, Helena y yo, nada del otro mundo. Y lo que te quiero contar... A ver, ¿te acuerdas de Peter? —asintió ilusionado—. Bueno, pues el lunes, por casualidad —hice un gesto de comillas—, me recogió en la parada de autobús del trabajo y me trajo a casa. Me ha invitado el jueves que viene a un café.

—Muy bien ¿cuál es el problema?

—Pues el problema es... que creo que me gusta.

—Eso ya se notaba. Tú también le gustas, solo hay que ver cómo os miráis, cómo os mirabais el día que os conocisteis. Yo solo veo cosas buenas.

—Me gusta mucho, Héctor. No me lo puedo quitar de la cabeza, él, todo él, su piel, su voz, su olor...

—Repito ¿cuál es el problema?

—A parte de que es de clase alta y yo no pinto nada con él... Si dices que él se ha fijado en mí, qué ha visto que no tengan todas las que se mueven en su esfera. Además, no comparto lo que dices, si le gustara ya habría intentado algo conmigo, algo más que traerme en coche a casa o invitarme a un café, ¿no crees? Con treinta años ya se hacen las cosas de otra manera —di un trago de cerveza—. Y el otro problema soy yo. Tengo la habilidad de estropear todo lo que toco en cuanto al amor se refiere, nunca sale bien.

—Qué más da de qué nivel social sea. ¿Desde cuándo el amor tiene límites? Supongo que él tendrá su táctica, si no, te tocará actuar a ti. Y en cuanto a ti, sabes que eso no es cierto, tú no lo



estropeas todo. Álvaro era el primero, teníais dieciséis años y eso era normal. Después no has tenido nada serio porque no has querido, te enumero: Jesús, David, Antonio, Jorge, Óscar...

—¡Para! Me das miedo, te acuerdas mejor que yo...

—Luego llegó mi hermanito. Te la jugó una vez. Luego más rollos. Volvió Sergio y te avisé; caíste otra vez y te la volvió a jugar. Luego algún tío de una noche y mi hermano de nuevo. Después, la catarsis final con la que, por fin, pareciste aprender. Y, finalmente, sequía. Que me parece genial lo de los tíos de una noche, pero los dos sabemos que los estabas utilizando para tapar tu inseguridad y tus miedos. Ahora te has encontrado con algo diferente, algo que no buscabas y eso es lo mejor, un tío que te mira diferente, que te adora con los ojos y te desviste con la mirada. Tampoco entiendo muy bien por qué no ha dado ya el paso, está muy claro todo, todos nos hemos dado cuenta. Pero esta oportunidad te la brinda el destino para que la cojas y disfrutes de ella.

—¡Uala! Pedazo de resumen... —metí la cabeza entre mis brazos—. Eso es lo que me asusta, no lo he buscado. Ha llegado sin buscarlo y no soy capaz de afrontar esta situación.

—Ese es el asunto, te lo tomas todo como un problema con el que tienes que luchar. No la afrontes, vívela.

En ese momento llegó la comida que no recordaba ni haber pedido.

—La vivo, me enamoro hasta las trancas, la cago y otra vez a sufrir. Estoy harta de sufrir, Héctor. Tengo miedo, tengo miedo de volver a atarme y terminar cayendo sin paracaídas.

—Qué poética estás hoy... —se metió un maki a la boca—. Mmm esto está delicioso —dijo con la boca llena—. Deja de tener miedo, eso es lo que te bloquea y no te deja vivir las cosas ni disfrutarlas.

Cogí un maki, lo mojé en soja y lo metí en mi boca. Vaya, estaba realmente bueno.

—Tienes razón, esto está riquísimo. Bueno, en realidad tienes razón en todo, para variar. La chica que te cace a ti, se lleva un diamante.

—No llegará nunca la idónea —dijo mirándome fijamente.

Me encogí de hombros y seguimos comiendo.

—Por cierto, mi cumpleaños lo celebraremos donde las parrillas, si hace buen tiempo haremos barbacoa.

—Me gusta el plan, ya hay necesidad de unas pancetitas y unos chorizos vuelta y vuelta. Yo me encargo de la sangría.

—Ya imaginaba que te iba a gustar el plan.

Llegué a casa a las tres de la mañana con más cervezas de las necesarias. Me cambié y me tumbé en la cama. La lámpara y el armario echaban carreras y empecé a notar nauseas. Me levanté para tomarme un vaso de gazpacho y volví a la cama, pero me quedé sentada un rato. Me metí en Facebook y vi una foto mía de esa noche con Héctor. En ella, él me abrazaba por encima del hombro y me daba un beso en la mejilla, yo ponía morritos y la mirada hacia arriba a la izquierda. Era divertida. Había escrito «La mejor mujer que te puedes encontrar en la vida. Te quiero, amiga». Vi que había algunos comentarios de nuestros amigos, de sus compañeros de trabajo y de algunos del equipo de dardos. En ese momento se publicaba un comentario nuevo. Peter. Mi corazón se aceleró sin pedir permiso. «Preciosa mujer que me he encontrado en la vida». Me tumbé en la cama sonriendo como una tonta y noté como me caía una lágrima del ojo. Vale, confirmado, me había vuelto loca, ¿lloraba por un comentario de Peter, por las cervezas o por los miedos escondidos tras la cebada?

Llevaba desde el lunes nerviosa. Eran las doce y aún no me había escrito para quedar a una hora. Tres días temblando de los nervios no podría ser bueno, las tilas ya no me hacían nada y tenía el pulso acelerado todo el día, menos cuando salía a correr que el corazón realizaba su función de músculo bombeante de sangre. Eran los únicos minutos del día que conseguía descongestionar mi mente. El simple hecho de imaginarme otra vez en su coche, a su lado, sin saber qué decirle para no meter la pata, me alteraba los nervios. Me imponía demasiado como para llegar a tener algo con él en algún momento, me moriría de la vergüenza.

A la una me llegó su mensaje: «A las seis paso a buscarte, preciosa». Me puse colorada. Qué tonta me sentí. Contesté: «Deseando que lleguen las seis».

Cuando me quise dar cuenta eran las seis menos diez, para variar, llegaría tarde. No entendía cómo no me había fijado en la hora cuando llevaba todo el día esperando ese momento. Abrí el armario en busca de ropa decente e informal para ponerme. Unos vaqueros negros, eso siempre funcionaba. Elegí la blusa amarilla y la americana negra. No, demasiado formal. Peter me escribió un mensaje: «Estoy abajo». Mierda, era puntual, muy puntual. Me quité la americana y la cambié por una chaqueta de punto blanca. Mejor. Me dejé el pelo suelto. Me eché perfume y me puse pintalabios rosa clarito. Me enfundé los zapatos de tacón ancho. Me miré en el espejo de la entrada varias veces. Vale, estaba genial. Las mejillas las tenía rosadas del acaloramiento que tenía. Cogí el bolso y salí por la puerta. Al llegar al ascensor le escribí: «Ya bajo». Eran casi y cuarto. ¿Cuándo había perdido yo más de diez minutos?

Me esperaba dentro de su coche aparcado en doble fila. Cuando me vio sonrió y abrió el cierre centralizado del coche.

—Lo siento. Soy impuntual por naturaleza, sé que no es excusa, perdona.

—Y yo soy puntual por naturaleza, puntualidad británica. En esto vamos a tener un problema.

Los dos reímos. Habló en futuro y en primera persona del plural. A lo mejor sí tenía algún plan para nosotros.

—Lo siento, de verdad. La próxima vez intentaré llegar antes, lo de ser puntual me parece una proeza.

—Me gusta que digas que habrá próxima vez —sonrió.

Arrancó el coche. A los quince minutos habíamos aparcado en el centro de la ciudad. Fuimos hasta un bar cerca de la Plaza Mayor. No había entrado nunca allí, pero tenía fama de ser frecuentado por los pudientes de la ciudad, al parecer los precios eran elevados.

Nos sentamos y al poco una camarera rubia, guapa y con el pelo recogido en una coleta nos preguntó qué queríamos tomar.

—Un café con leche —dijo Peter.

—Yo quiero un té americano.

—¿Té normal, verde o de vainilla? —preguntó.

—De vainilla.

Se fue tan rápido como había venido.

—A estas horas el café ya... deberíamos tomar cerveza —reí.

—Ya, pero yo te había prometido café. ¿Cómo se hace el té americano?

—Siempre tengo que explicarlo, de hecho, me ha extrañado que ella no me lo haya preguntado, lo mismo me trae un té inglés. Realmente, es té negro infusionado en leche con un poco de canela y limón, pero con que me traigan un té infusionado en leche me conformo que, al parecer, es la versión más extendida.

—Como se entere de eso mi padre monta en cólera. Un té sin agua no es té.

—Puede. Lo que no es posible es el té con leche, eso tiene que cortarse, no puede ser sano.

Se rio con ganas.

—Pues díselo a mi padre que ya tiene una edad.

—Uy no, yo no voy a decirle nada —dije sonriendo y guardándome la información que un día me dio Helena.

El lugar era elegante. Estaba pintado con tonos oscuros, paredes negras, la barra también era negra. Las mesas eran del mismo color y los asientos granates. Para contrastar tanta oscuridad unas luces muy potentes, en tonos cálidos, alumbraban el local haciendo desaparecer el aspecto sombrío que le infería el negro.

La camarera llegó con el té y el café.

—Peter, ¿sueles frecuentar sitios así?

—Sí, ¿por?

—Me parece muy «chic». Vivo aquí y no había venido nunca.

—Suelo ir a sitios más «chic», como tú dices.

Eché el contenido del sobre de azúcar en el café y removié lentamente. Abrí la jarrita donde venía la leche caliente y la bolsita de té, habían acertado en la preparación, y espachurré la bolsita de té contra la pared interior de la jarra para que soltara todo su jugo. No sabía si hacía bien o mal delante de Peter, siempre había hecho eso y seguiría haciéndolo, se había convertido casi en una manía. El aroma a vainilla salía junto al humo de la leche caliente.

Una vez más no sabía qué decirle y no quería que él llevara siempre la iniciativa en nuestras conversaciones. No conocía todavía muy bien el mundo en el que se movía y no sabía hasta qué punto debía tratar ciertos temas. Y una vez más, sin pensar, dije:

—¿De qué habláis en tu mundo?

—¿Mi mundo? —preguntó sorprendido.

—Sí, bueno, tú no perteneces al mismo grupo social que yo, solo hay que verte y ver dónde te mueves para saber que tu nivel económico y social está muy por encima del mío. Nunca me he movido en esos ambientes y no sé cómo tratáis ahí los temas mundanos.

—¿Ambiente? Hablas como si fuera otro ecosistema —asentí y se puso serio—. No entiendo que hagas esa distinción.

—La diferencia es evidente.

—No lo creo así, tú y yo somos personas, aquí, en Madrid y en un pueblo de Rusia, con los mismos problemas, mismas necesidades básicas, mismos sentimientos...

—No son los mismos. Las necesidades básicas que tú tienes no son las mismas que las mías, ni

mis problemas son los tuyos. Muchos de los problemas que están fuera de vuestro mundo se solucionarían con un dinero que vosotros malgastáis.

—Sara, no soy como me pintas —dijo con cara de pena y mi corazón dio un vuelco al pensar que lo empezaba a fastidiar todo con mis comentarios—. No todos somos así. Es verdad que en ciertos círculos hay que mantener la compostura y debemos ser superficiales, simplemente porque no hace falta saber más ni dar a conocer lo innecesario. A nivel terrenal somos iguales. Dices que tus necesidades no son las mismas que las mías. ¿No necesitas sentirte querida, amada y protegida? ¿No necesitas tener amistades fuertes? ¿No necesitas sentirte realizada? ¿No necesitas sentirte bien contigo misma? —me miró fijamente.

—Sí, claro, pero no me refería eso, me refería a comida, ropa, casa, trabajo... Yo tengo la suerte de tenerlo, pero mucha gente no lo tiene.

—En ese caso no me culpes a mí por ello. Opino como tú. Yo he tenido suerte de tener cubiertas ciertas necesidades —hizo un gesto refiriéndose a lo que yo había dicho—, pero no tengo la varita para cambiar la de los demás.

—Tienes razón, perdona. Es un mundo que me resulta lejano, no quería juzgarlo en ese sentido. Siempre he pensado que en esos círculos haría el ridículo y la actitud que acabo de mostrar ahora puede que sea un método de defensa.

—No creo que tuvieras problemas para defenderte. Yo muchas veces lo arreglo todo con educación y una sonrisa. No hay que dar más explicaciones —frunció el ceño—. ¿Sabes dónde podrás comprobarlo? —negué con la cabeza—. En la inauguración de mi exposición, vendrá la alta alcurnia de la ciudad, los políticos, prensa...

Abrí los ojos de par en par. ¿Yo en ese ambiente?

—Prefiero ir otro día más tranquilo.

—No, no. Estás invitada a la inauguración, y eso en mi mundo —hizo un gesto irónico— es lo mismo que estar obligada a venir.

—Pero Peter...

—12 de mayo, cinco de la tarde, sala municipal de exposiciones. No acepto un no por respuesta.

Hice como si me cerrara una cremallera en la boca y levanté las manos a modo de rendición.

—Necesitaré tu apellido para apuntarte a la lista —dijo con el móvil en la mano.

—Samper.

—¿Catalán?

—No, creo que aragonés, pero toda mi familia es de aquí, alcarreña.

Teclé algo y dejó el móvil encima de la mesa.

—Listo. Ya estás oficialmente invitada.

—¡Ay, madre! Peter yo no voy a saber estar allí, cómo tengo que vestir de elegante, mucho, poco, sobria ¿cómo? —le dije echándome las manos a la cabeza.

—Vístete como tú quieras, estás preciosa con cualquier cosa. Y no te preocupes, que no me separaré de ti —dijo divertido—. ¿Qué planes tienes para esta semana? Si vas a Madrid te puedo recoger, el miércoles estaré de nuevo por la provincia.

—Esta semana no voy a Madrid, el día 21 es mi cumpleaños y ese día será casi sabático, por lo que tengo que adelantar trabajo los días de antes, en casa me cunde más que en la oficina.

—Me apunto el día para que no se me olvide.

Cogió el móvil y teclé algo, lo dejó encima de la mesa y sonrió.

En ese momento sonó mi móvil.

—Perdona —le dije a Peter que movió la cabeza indicando que no pasaba nada.

Mi hermano.

—Dime.

—Hermanita, me he dejado las luces de dentro del coche encendidas y estoy sin batería. ¿Me pasas a buscar?

—Javi, no estoy en casa y no tengo el coche. ¿No puede ir mamá a buscarte?

—Sara, mamá se va mañana de viaje de fin de curso a París, ¿recuerdas? Está haciendo la maleta e histórica perdida. Y, antes de que me preguntes, Marta está en Madrid, solo me quedas tú, hermanita.

Se me había olvidado por completo que mi madre se iba de viaje con el instituto, estaba tan metida en mis pensamientos que me había olvidado del mundo.

—Vale... dame, no sé, media hora más o menos. ¿Dónde estás?

—Sin problemas. En el gimnasio. Te quiero, hermanita.

—Que morro tienes —colgué.

Dejé el móvil en la mesa y me bebí el té que me quedaba, ya estaba frío.

—Era mi hermano, se ha quedado sin batería en el coche y me pide ir a buscarlo, además tenemos que pasar por casa de mi madre que mañana se va de viaje. Lo siento...

—No pasa nada, aunque tenía más planes para hoy.

¿Tenía más planes? ¿Qué planes? Me cago en mi hermano.

—Vaya, de veras que lo siento. Te debo un café y más planes.

—Tomo nota. Venga que te llevo.

Se terminó el café, se acercó a la barra y pagó. Sacó un billete de diez euros y no le devolvieron mucho. No quise saber cuánto costaban los cafés allí.

Me dejó en casa y se repitió la escena de siempre, me quitó el cinturón, le di dos besos inspirando su aroma y salí del coche. Por favor, si tanto le gustaba, como decía Héctor, ¿por qué no me besaba?

## 25

Subí a por las llaves del coche y bajé al garaje para ir a recoger a mi hermano. Había estado tan solo una hora con Peter. Maldito hermano. Para colmo tenía que meterme en medio de la ciudad en plena hora punta con la circulación que habría. Llegué, sorprendentemente, justo media hora después de que saliéramos del bar. Aparqué momentáneamente en doble fila, entró en el coche y le puse morros.

—Muchas gracias por venir.

—Hubieras tardado menos yendo andando.

—Qué guapa vienes para ser jueves ¿dónde estabas?

—Tomando algo con una amiga.

Lo que me faltaba, darle a él toda la información, no la sabía ni Ana...

—Ya, una amiga —se rio, para variar.

Si algo tenía mi hermano era que se reía por todo, era risueño y positivista como nadie, y eso te alegraba hasta en los peores momentos de la misma manera que te sacaba de quicio en los momentos de estrés.

Cuando entramos en casa mi madre se sorprendió de vernos juntos. Le explicamos el tema de la batería. Iba corriendo de un lado a otro de la casa llevando y trayendo cosas que dejaba por encima de su cama. La ayudamos a repasar la lista de viaje. Estaba todo.

—Entonces ¿cuántos vais?

—Vienen sesenta alumnos y vamos cuatro profesores: uno de lengua, una de inglés, la de religión y yo.

—Que digo que ya nos quedamos a cenar —dijo Javi sacándonos de la conversación.

—Pero qué morro tienes.

—Pues claro, hijos. Yo encantada, hacemos unas empanadillas ahora en un momentito.

Mi hermano me hizo burla y le tiré un pantalón a la cara.

Cuando acabamos de cenar me encargué de recoger la cocina, fregar y secar los platos. Mi hermano y mi madre charlaban alegres en el salón. Le preparé una infusión relajante a mi madre para que, en la medida en la que los nervios la permitieran, descansara aquella noche. Sesenta adolescentes dan mucho trabajo, y más en el extranjero. Dejé la taza en la mesa y ella me lo agradeció.

—Nos vamos a ir que es tarde y tienes que descansar.

—Hermanita, me tienes que llevar hasta el coche y tenemos que poner las pinzas.

—¿Cómo que tenemos que volver? ¿Por qué no lo hemos hecho antes?

—No sé, has parado, me has recogido y nos hemos venido.

—Te juro que algún día te dejo tirado en una cuneta y te las apañas tú solito. Vámonos que si no nos dan las mil —me volví a mi madre—. Mamá, llama cuando llegues. Te quiero.

—Yo también te quiero mamá. Disfruta.

Volvimos al coche, aparqué al lado y sacamos las pinzas del maletero.

—¿Esto cómo iba, Sara?

—No te mereces ni que te las ponga. Primero se pone el positivo —le vi cara de no saber por dónde andarse—, cable rojo, en el borne positivo de la batería de mi coche. Trae anda, que como lo hagas tú esto explota.

—Bueno, pero dime cómo se hace para la próxima vez.

—La próxima vez me volverás a llamar, y lo sabes —cogí el otro extremo del cable rojo—. Ahora el cable rojo al borne positivo de tu coche. Coge ahora el cable negro, que es el negativo, y lo pones en el borne negativo de la batería de mi coche.

—Vale, ya.

—Muy bien, ya tienes el título de mecánico —dije con ironía—. Ahora, y esto es importante, hay que poner este cable en una zona metálica del chasis o del bastidor —busqué un trozo de metal, me valió con una barra que pasaba cerca de la batería—. Aquí va bien. Vale, voy a arrancar el mío.

Volví a mi coche, lo arranqué, aceleré un poco y lo mantuve en ralentí durante unos cinco minutos para que se cargara bien la otra batería. Después apagué el motor, quité las pinzas en el orden inverso del que las había colocado y las guardé en el maletero.

—Hala, chavalote, ya te puedes ir a casa. Aun así, yo cambiaría la batería.

Se acercó a mí, me abrazó fuerte y me dio un beso.

—Te quiero, hermanita. Cualquiera diría que soy el hombre de la casa, ¿qué haría yo sin ti?

—Cualquiera lo diría, sí. A descansar enano.

Entré en el coche, arranqué y volví a mi casa.

Antes de ponerme a leer en la cama, escribí a Peter pidiéndole perdón de nuevo. Me contestó diciéndome que no pasaba nada y preguntando por la batería de mi hermano. Le conté que si no hubiera sido por mí no habría sido capaz de arrancar el coche. Finalmente me deseó buenas noches y yo a él. Me fui a dormir con una sonrisa de oreja a oreja.

## 26

El día 21 me levanté a las siete, como todos los días. Al encender el móvil los mensajes empezaron a llegar sin descanso. Héctor había sido el primero en felicitarme, me mandaba una foto nuestra de hacía quince años donde se veía el paso del tiempo y lo que habíamos mejorado. También mandó un audio cantando el cumpleaños feliz. El siguiente en llegar fue el de Ana: «30!!!!!! ¡Madre mía! Entrás en otra etapa, tía. Mil felicidades, nos vemos en un rato, compra tarta». ¡Será golosa! Después llegaban los mensajes de David, Helena, Raúl, Nacho, algunos compañeros del trabajo y muchas felicitaciones por las redes sociales. Me gustaba el día de mi cumpleaños, me gustaba mucho. Era ese día en el que me sentía especial, especial para alguien, especial para mí.

Salí a correr, como todos los días. Trabajé poco, para qué engañar. Entre mensaje y mensaje o llamadas de teléfono leía algún texto. Mi madre me llamó emocionada para felicitarme y le di las gracias por haber hecho el esfuerzo de parirme treinta años antes y cuidarme y educarme tan bien como lo había hecho. Se emocionó y me obligó a pasar por su casa al día siguiente.

Héctor vino a recogerme para comer en La Pasta. Allí apareció Helena, que acababa de salir del trabajo. Pedimos un menú del día cada uno. Al acabar fuimos a comprar la dichosa tarta y volvimos a mi casa. Me fui a comprar la carne para la barbacoa del sábado y ellos se quedaron en casa esperando a Ana.

Con más kilos de carne de los que seguramente nos comeríamos, el vino y las fantás, volví a casa cargada. Me hubiera encantado tener allí a Héctor para llevar, al menos, la mitad de las bolsas. El resto de bebida se tendría que comprar el mismo día de la barbacoa porque me faltaban manos para llevarlo todo. El camino era corto, aunque se me hizo horripilantemente largo y solo soñaba con que Ana pasara con el coche y me recogiera. No fue así.

Abrí la puerta, dejé las bolsas de bebida en la entrada y llevé la carne al frigorífico. Cuando entré en el salón me los encontré dormidos en los sofás. Habrase visto, la del cumpleaños pringando y ellos durmiendo.

—¡Fuego! ¡Fuego! —grité histérica.

Se levantaron como un resorte con cara de pánico. Al verme de pie derecho riéndome de ellos, se cabrearon.

—¡Nos has dado un susto de muerte! —gritó Helena cabreada.

—El susto me lo he llevado yo, que pensaba que habíais muerto por una mala combustión de la estufa.

—¿Qué estufa? —dijo Héctor.



—¿Qué fuego? —dije a carcajadas levantando los brazos—. Que poca vergüenza tenéis, yo comprando y vosotros durmiendo, y Ana sin venir —los señalé con el dedo y volví a la cocina.

Helena no tardó en llegar y revisar lo que había comprado.

—Madre mía, cuánta panceta, va a sobrar.

—No creo, la panceta nunca sobra. He cogido morcilla también, chorizo, lomos, longaniza y pinchos morunos.

—¿Tantos pinchos?

—Uno por cabeza por lo menos, ¿no? Somos unos quince —asintió—. Falta la Coca-Cola, agua, hielos, cervezas y pan. Para hacer la sangría hay fruta en la nevera, la miel está aquí —dije sacando un frasco del armario. Héctor hacía sangría a la alcarreña, en lugar de azúcar, echaba miel—, y en la entrada la bebida.

Sonó el telefonillo de casa, Héctor se encargó.

—¡¡¡Felicidades!!!

—Gracias —sonreí.

Ana traía en la mano una banda de «Feliz cumpleaños» en color naranja fosforito que no tardó en ponerme.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto?

—Pues ahora cambiarte y salir de copas ¿unos mojitos en honor a la cumpleañera?

—Ana, no son ni las siete —dijo Helena.

—¡Qué leches! ¡Vámonos! No se cumplen treinta todos los días.

Cogí el bolso y las deportivas blancas, y tan feliz, con mi banda, salí por la puerta de casa. El resto me siguió.

A las dos horas ya habían llegado Rubén, David, Nacho, Raúl y un amigo del pueblo de este que pasaría el fin de semana en Guadalajara.

A las once volví a mirar el móvil. Solo quedaba una hora de cumpleaños y me había felicitado todo el mundo menos Sergio y Peter. De Sergio me lo esperaba, de Peter no. En ese momento entró un mensaje, Sergio: «Felicidades señorita. Espero que estés disfrutando de tu cambio de década. Lo que dicen es mentira, no se nota el cambio y no salen más canas. Te deseo lo mejor. Muchos besos». Me sorprendió que me escribiera, pero mucho más lo sincero que parecía. Le contesté con un «Muchas gracias. Espero que nos veamos pronto, besos». Sonreí por dentro. No se lo dije a nadie.

—Lo siento chicos, pero yo me abro, mañana tengo que trabajar y os recuerdo que tengo que ir a Madrid. Así que el que quiera que le lleve a casa que arree —dijo David.

Me levanté rápido y el resto, como si de un juego se tratara, se levantaron a cuál más rápido. Le iba a tocar hacer varios viajes, aunque yo salí en la primera tanda. Menos mal que Guadalajara era pequeña y en veinte minutos, a lo sumo, estaría en su casa camino de la cama.

A las 23:59, cuando ya estaba en la cama leyendo, vibró mi móvil y vi el nombre de Peter en la pantalla. Se me aceleró el corazón. «Muchas felicidades, preciosa. No se me había olvidado, solo quería que esta fuera la última felicitación y así te acostaras pensando en mí y, quién sabe, posiblemente, soñarás conmigo». «Ya sueño despierta», contesté sin pensarlo. Cuando lo vi escrito me asusté y quise borrarlo, pero él ya lo había leído. Volví a escribir: «Gracias». «Ten cuidado que algunos sueños se hacen realidad». ¡Oh! Me mordí el labio y me tumbé en la cama con el móvil pegado al pecho. Había regresado de golpe al primer amor de la adolescencia. Me moría de ganas por besarlo. «Entonces voy a seguir soñando. Buenas noches». «Buenas noches, preciosa», contestó añadiendo una carita que lanzaba un beso.

No sabía si aquella noche iba a dormir, lo único que tenía seguro era que me acostaría y me levantaría pensando en él. Si era lo que pretendía, lo había conseguido.

Habíamos quedado en las gasolineras que había cerca de mi casa a la una y, para variar, llegaba tarde. Me puse unos vaqueros, una camiseta de manga corta, porque al parecer iba a hacer calor, y cogí una sudadera por si terminábamos allí el día en lugar de en Chueca.

Cuando llegué estaban todos esperándome y ya habían comprado las cosas que faltaban. Nos acoplamos en tres coches y fuimos al merendero.

Dos horas después estábamos hinchados de comida y bebida. Algunos dormitábamos en el césped mientras otros seguían comiendo. Raúl había traído un altavoz *bluetooth* de gran potencia y no paraba de poner música hindi y audios raros.

—Toma, un pincho.

Héctor me tendía uno con un trozo de pan.

—¿Otro? Voy a explotar, y aún queda la tarta que Ana no se comió el otro día.

—Mmm que rica, voy a ponerme un trozo.

—Ana, tu idea era irnos a Madrid directamente desde aquí, pero olemos a humo y estamos un poco guarros —le dije cuando volvía con un plato y una porción de tarta de nata.

—Ya... pero ya verás que jaleo para quedar luego todos otra vez, seguro que alguno se raja.

—Pues él sabrá —dije sin darle importancia.

Nacho sacó un balón que llevaba en el maletero del coche y se pusieron a jugar.

—Yo estoy reventada y a estos les queda energía para jugar... —dijo Helena indignada.

—Estos solo corren detrás de dos tetas o de un balón.

Héctor me dio un manotazo.

—Luego habláis de sexismos y machismos...

Al rato los chicos sudaban del esfuerzo, nosotras seguíamos tiradas en el suelo encima de mantas tomando el sol y Héctor venía con un trozo de tarta en la mano.

—Venga, que no se diga que la del cumple no come tarta.

—Por Dios, pero si no puedo más, en serio.

—Ya lo desgastarás corriendo

Me puso el plato encima de la tripa y no me quedó más remedio que cogerlo.

—O en otro tipo de corridas —soltó Ana justo cuando los chicos se tiraban cansados encima de las mantas.

—Que burra es —susurró Helena.

Asentí dándole la razón.

—¿De qué habláis? —preguntó Raúl.

—De comer tartas —contesté.

—Ni caso, hablábamos de la sequía de Sara, ya sabes —dijo Ana.

—¿Qué? —dijimos Helena y yo a la vez.

—Y de que al que se quiere beneficiar está en Madrid.

Todos me miraron. ¡Tierra trágame! Ana no saldría viva de esa, ¿qué pretendía? Seguí comiéndome la tarta sin contestarla y evitando las miradas de los demás.

—Es verdad que para ser tú llevas una temporada en sequía. Pero si quieres yo puedo arreglar eso —dijo Nacho poniendo morritos.

—Gracias —le lancé un beso con ironía.

—Pues esta noche te beneficias a algún madrileño, uno de esos rápidos, de visto y no visto —negué con la cabeza—. Pues a un francés, que seguro que hay.

—No me van los franceses.

—Un italiano.

—Sigue...

—Un italiano alto, moreno, con músculos, que te diga cosas bonitas al oído, te bese desde el momento en que te vea...

—Mmm no, demasiado empalagoso, además, acabas de describir al de Lisboa...

—Siempre te queda quedar con ese que dice Ana —dijo Raúl.

Héctor me miró con una sonrisa de oreja a oreja y con eso ya nos entendimos. Él apoyaba la idea de Raúl. Evité contestar.

—Y el de Madrid, ¿es del trabajo? ¿Lo conocemos? —preguntó David entre trago y trago a la botella de agua que se había agenciado.

Miré a Ana abriendo los ojos y apretando las mandíbulas para que cerrara la boca.

—Es Peter, cielo, tú amigo —le dijo Helena.

Abrí la boca hasta el suelo ante la mayúscula sorpresa que me acaba de llevar. ¿Aquí no hay secretos?

—¡Hala! Y luego decís que yo soy la bocazas —dijo Ana con toda la razón.

—Es mi novio, duermo con él, en algún momento se lo iba a decir.

—Recuérdame esto cada vez que te vaya a contar algo —le dije bajito.

David se calló y no dijo nada, yo tampoco.

—Pues ya sabes, le llamas, quedas con él e inundación —dijo Nacho.

Puse los ojos en blanco y seguí comiendo. Lo que me faltaba era hablar de mi vida sexual con los doce que habíamos ido. Menos mal que mi hermano estaba de paseo con Marta y se había ahorrado oír todo eso de su hermana, aunque conociéndolo se habría reído a carcajadas.

Ana iba a decir algo cuando la lancé un trozo de tarta con la cuchara al estilo catapulta. La di en la cara.

—¿Pero te has vuelto loca?!

Me reí y me encogí de hombros.

—¡La has cagado!

Se fue directa a la mesa donde habíamos comido, cogió una botella de fanta, la movió, volvió, quitó el tapón y me apuntó con ella.

Se había pasado, se había pasado.

—¡Guerra!! —gritó Héctor—. Me pido el bando de Sara.

Lo miré de reojo con maldad. «No metas cizaña» dije entre dientes.

—¡Te está bien empleado! Por niñata, ¿cuándo tienes pensado madurar?

—Madu... ¿qué? Eso requiere mucho trabajo y prefiero seguir así.

Le lancé otro trozo y me reí.

Era mi cumpleaños, lo estábamos pasando bien, no estaba de más añadir alguna anécdota. Ana rio conmigo, vimos unas botellas que aún no se habían abierto, nos miramos y llegamos a la misma conclusión.

Una hora después decidimos irnos a casa pues estábamos hechos unos cerdos, entre la tarta, la fanta, y el barro al acabar rebozándonos por el suelo, nuestro aspecto se parecía más al de un militar tras una gymkana de entrenamiento que al de una barbacoa campera.

—Sara —me dijo David cuando nos íbamos a montar en los coches—. Me ha dicho Helena lo del piso. Este mes acabamos la mudanza y nos vamos al chalet, si quieres te enseño el ático cuando ya nos hayamos instalado. Puestos a alquilarlo o dejarlo cerrado, prefiero que sea alguien de confianza quien lo habite.

—Muchas gracias, David. Espero que me hagas precio —le guiñé un ojo—. Estoy deseando que me llames.

Nos montamos en los coches tras romper unas bolsas de plástico y ponerlas en los asientos para evitar mancharlos demasiado.

Más de una semana después, la fiesta en Chueca aún coleaba. Los chicos se entusiasmaron cuando vieron en qué parada de metro nos bajábamos. Ana había insistido en ir en tren para que todos pudiéramos beber y, como cuando teníamos 18 años, cogimos el último tren con dirección Madrid con bolsas en las que llevábamos sangría para el camino.

La fiesta que disfrutamos fue legendaria. Algunos bailamos descontrolados en la pista de varias discotecas a la vez que bañábamos nuestros estómagos en alcohol del malo, mientras otros ligaban como podían en un lugar que, por lo general, se extendía homosexual. A media noche Nacho desapareció con dos chicas, no volvió hasta casi las seis de la mañana, cuando ya nos íbamos a tomar unos churros con chocolate.

—Es alucinante, este liga hasta donde no tiene posibilidades —dijo Ana.

—Y con dos —recalqué.

Ya de vuelta, sobre las siete y media de la mañana, los chicos se afanaban en sacarle información a Nacho que no escatimaba en detalles, mientras, Ana ponía la oreja y gesticulaba sorprendida.

La resaca duró unos tres días. Y, aun así, el cuarto día no fue mucho mejor. La edad no permitía ciertos excesos y nos costaba volver a estar al cien por cien.

Tras una semana, y haciendo un esfuerzo terrible por ir a correr todas las mañanas, seguía sin recuperarme del todo. Finalmente, la fiebre llegó justo en el puente de mayo, en que habíamos preparado una salida por los pueblos negros de Guadalajara.

—Imposible, Héctor, 39 de fiebre, estoy más caliente que Nacho en Chueca.

Él rio e imaginé cómo asentía.

—¿Quieres que vaya y te hago compañía, además de la comida? Cuando digo hacer, digo pedir, claro —dijo al otro lado del teléfono.

—No hace falta, cielo, ya está aquí mi madre. Ha venido hace un rato y ya ha traído su tradicional caldo y pollo en salsa.

—Estás en buenas manos. Te echaremos de menos.

—Da un beso a todos, pasadlo bien.

—Cúdate, pequeña.

—Besos —colgué.

Mi madre andaba por la cocina mientras yo estaba tirada en el sofá mirando la tele sin ver.

—Hay que ver como tienes la casa de sucia, hija. ¿Cuánto llevas sin limpiar?

—Pues no sé mamá, ¿dos semanas?

Puse los ojos en blanco sin que me viera, vaticinando la bronca.

—¿Dos semanas? ¿Y por qué no has limpiado? ¿Qué tenías que hacer más importante o que te quitara tanto tiempo? ¿Te he enseñado yo esto?

—No, mamá... No me has enseñado esto. Y sí, tenía cosas más importantes, mi cumpleaños, por ejemplo, luego resaca y después fiebre. Mi cuerpo no daba para más.

—Claro, si lo dejas tanto te das la paliza, pero si lo mantienes un poco...

—Mamá, en el armario de la terraza está el trapo, el plumero, la aspiradora, el cubo y la fregona. Si tanto te molesta la mierda que hay en mi casa, ya sabes lo que tienes que hacer, pero deja de hablarme como si tuviera quince años.

—¡Te comportas como tal! —bufó.

Sin más se fue hacia la terraza, cogió los utensilios de la limpieza y se puso a limpiar el polvo. Al rato oí la aspiradora. La fiebre no bajaba de 38 y me estaba agobiando. Sonó el telefonillo justo cuando mi madre cambiaba de enchufe el cable.

Ella se acercó a abrir.

—Tu hermano.

Lo que me faltaba, tranquilidad a raudales.

—Hola hermanita ¿cómo estás?

—Jodida, pero contenta —una frase muy típica de él, rio con ganas.

—¿Qué hace mamá? ¿Está limpiando? —asentí—. ¡Mamá! Cuando acabes te puedes pasar por mi casa —dijo riendo.

—Pero no piques, que ya me ha echado la bronca, no me apetece oírla más.

—Déjala, así tiene algo en lo que pensar —dijo riendo.

Se sentó a mi lado y puso mi cabeza en sus piernas. Me hizo un masaje pasando lentamente la yema de sus dedos por mi oreja, mi sien y siguiendo las líneas de mi cara. Aquello era tan relajante que estuve a punto de quedarme dormida.

Casi una hora y media después apareció mi madre en el salón.

—Pues hala, ya lo tienes todo limpio. Menos mal que la cocina y los baños los tenías impolutos.

—Gracias mamá —dije sinceramente.

Se sentó en una silla, se volvió a levantar y vino con unos cafés para ella y mi hermano y un té americano para mí.

No podía quejarme, estaba realmente bien cuidada. Por mucho que mi madre me regañara y yo renegara de ella en ocasiones, siempre estaba a mi lado cuidándome, y mi hermano completaba mi círculo de seguridad y felicidad. Estábamos tan unidos y nos queríamos tanto que nada podría resquebrajar lo nuestro.

Dos días después escribí a Peter excusándome por no haberle invitado al café que le había prometido: «Hola guapo. Espero que me perdones, aún te debo el café que te prometí. He estado: primero con resaca y después con fiebre». Iba a seguir escribiendo con excusas inventadas, pero él contestó antes: «Pensé que te habían raptado en Chueca», «No pasa nada, me lo cobraré con creces. Podías haberme avisado y había ido a cuidarte».

Aquella opción me resultaba más que succulenta. «No me hubiera parecido justo, además podría haberte pegado el virus mortal que todavía me invade», puse una carita sonriente. «En ese caso espero que estés mejor para la exposición porque si no estás no inauguro», sentenció. Escribí rápido: «No, por Dios». Reí para mí, en mi soledad. Llegó otro mensaje suyo: «No tardo nada en ir a Guada y cuidarte toda la tarde y toda la noche».

¿Toda la noche? Mi mente tenía planes mejores para una noche con él que el tener que aguantar a una febril adolescente enamorada. «No te preocupes, ya estoy mejor y tengo caldo de mi madre. El caldo de las madres cura, ¿no? ¿Qué dicen los médicos sobre eso?». Qué conversación más ridícula. Él me decía que quería pasar la noche conmigo y yo le hablaba del caldo de mi madre. Me entraron remordimientos de estar haciendo, una vez más, las cosas mal.

«Los homeópatas seguro que recetan caldo de madre, lo que no sé a ciencia cierta es si se refieren a la madre de uno o a la de cualquiera. Los médicos de carrera, MIR y demás, te mandan ibuprofeno y acetilcisteína hasta que agotes las reservas de las farmacias».

Me reí por la ocurrencia. «Estoy haciendo un combo y no avanzo mucho, la verdad». «Porque necesitas mis cuidados, ya te lo he dicho», contestó. Le mandé una carita sonriente con colores. «Te veo sin falta el día 12. Cuídate, preciosa», añadió un icono de un beso. Le contesté con un «gracias» mientras algo en mi interior se arrepentía de no haberle dejado venir a cuidarme.



Llegó el viernes y mis nervios empezaron a aflorar desde por la mañana. Concentrarme en los textos era una misión imposible. Mantenía a mi corazón en una arritmia constante, lo mismo lo tenía tranquilo porque intentaba respirar, como lo aceleraba al pensar que en pocas horas iba a volver a verlo. Además, y porque el destino así lo había decidido, David me había llamado para pasar a ver su piso a las ocho, cuando llegara de Madrid, no podía retrasar la visita porque cenaba en casa de los padres de Helena y no era cortés retrasarse.

La exposición era a las cinco y me negaba a llegar tarde esa vez. A las cuatro menos cuarto comencé a arreglarme. Abrí el armario y empecé a sacar la ropa que consideraba elegante o acorde al evento al que iba a ir. La fui poniendo encima de la cama. Aquello parecía la escena de una película típica americana. Me pesaba en el alma tener que volver a meterlo todo de nuevo al armario, qué pereza. Vale, había sacado demasiadas cosas o tenía demasiada ropa elegante que no me ponía nunca. En ese caso había que evitar el vestido rojo, llamaría demasiado la atención, además, él ya me lo había visto puesto. El negro era demasiado serio.

Entre los pantalones de vestir elegí uno negro vaporoso y de tiro alto, subía hasta la cintura adornado por un lazo, también en negro. Luego vi el mono azul marino y me entraron dudas. Finalmente lo descarté por si se presentaba otra ocasión. Una vez apartado el pantalón, guardé el resto de pantalones y vestidos. Dejé encima de la cama las camisas y blusas, aquello parecía el perchero de blusas de Zara.

Seleccioné tres, aunque me costó llegar a esa decisión. La primera era una blusa roja, otra una camisa amarilla clarita y, la última, una blusa blanca *crop top*. Me puse el pantalón y me probé las tres. La amarilla quedó descartada en la primera ronda. El color rojo siempre me había quedado bien, pero la blanca quedaba mucho más elegante. Al final me decidí por la *crop top* que, además, tenía el corte adecuado para que se viera el lazo del pantalón. Cogí un bolso negro pequeño con cadena y los zapatos negros de salón con un poco de tacón. Me dejé el pelo suelto, aunque me puse los rulos flexibles en el pelo para intentar hacer unas hondas. Ya solo quedaba el perfume reservado a las ocasiones especiales, un poco de rímel y el pintalabios rojo.

Me miré en el espejo de la entrada y me di el visto bueno. Eran las cinco menos veinte, por una vez no llegaría tarde.

Cuando llegué a la zona no había forma de aparcar y, por no estar dando vueltas y perdiendo el tiempo, decidí aparcar un poco más lejos de la sala de exposiciones, así me aseguraba un aparcamiento a la primera. Llegué a la exposición a las cinco y cinco. Di mi nombre en la entrada a un señor vestido con traje que parecía de lo más aburrido, seguro que tenía mejores planes que

estar pasando lista. Entré, tomé aire e intenté calmar mis nervios mientras lo buscaba con la mirada.

Allí estaba él, presentando a la gente, hablando con unos, con otros. Llevaba un traje chaqueta negro con una camisa blanca sin corbata y el primer botón desabrochado. Elegante, atractivo e, infinitamente, deseable. Pasó por mi lado el camarero y le cogí una copita de champán, no me gustaba, pero teniendo algo en las manos se me notaría menos que las tenía temblando, como cuando uno tiene que hacer una ponencia y coge un bolígrafo para que se disimule que está temblando como un flan.

La alta alcurnia de la ciudad estaba allí, qué vergüenza, yo no sabía moverme en esos círculos, seguro que terminaría llamando la atención, pero para mal. Por fin me vio, puse mi mejor sonrisa e intenté sentirme segura, que no me viera vulnerable, aunque él ya sabía que no conocía mucho el mundillo. Se acercó sonriendo, me agarró por la cintura presionando levemente, haciendo crecer un calor sofocante por mi interior, y me dio dos besos. Su aroma me envolvió y mi cuerpo entero tembló al son del latido de mi corazón que se me iba a salir del pecho.

—Estás realmente preciosa —me susurró al oído.

Noté como se me encendían las mejillas y se me erizaban todos y cada uno de los pelos que había en mi cuerpo.

—Que no te de vergüenza, la mayoría de los que están aquí tienen mucho que envidiarte —volvió a susurrar.

El calor lo notaba ya de pies a cabeza. La colonia de mariposas salió disparada sin control y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Lo miré a los ojos que me observaban brillantes. Sonreí y respiré hondo disimuladamente.

Una música suave acompañaba la visita. La exposición recibía el nombre de «Contrastes». Había dos zonas bien diferenciadas por la luz. En la menos iluminada colgaban fotografías de paisajes con colores llamativos, como las que tenía colgadas en las redes sociales, pero con más calidad. La gente se quedaba absorta en las fotografías, aquellos colores resultaban adictivos, crecía la necesidad de seguir mirando foto tras foto estudiando todos los recovecos del paisaje.

Pasamos a la zona más iluminada. El tema de la exposición estaba muy bien elegido porque el contraste era llamativo. Estas fotografías mostraban retratos e imágenes cotidianas en blanco y negro. En una de ellas una persona mayor sonreía con verdadera sinceridad, se notaba el brillo de sus ojos y daban ganas de abrazarla y besarla. En otra, dos niños se desafiaban con la mirada, entre ellos un balón blanco y brillante esperaba a terminar en un bando.

Al fondo había una foto que observaban varias personas mientras cuchicheaban. Me acerqué con curiosidad. Una mujer, joven, de mi edad, con un vestido negro y el pelo negro cortado a media melena mostraba una seriedad inquietante, sus ojos reflejaban odio y marcaban distancia con el espectador. Me produjo desazón. Peter miró la foto y después fijó sus ojos en mí. De forma instintiva lo miré.

—Esta foto no debería estar aquí, pero el marchante se ha empeñado.

No le pregunté, no era necesario saber más de lo que aquella imagen mostraba.

No se separó de mí en toda la tarde, me presentó a gente de la que no recuerdo ni su nombre. No me quité la sonrisa de la cara en ningún momento, había que camuflarse con la gente y allí todos lucían una sonrisa de anuncio, al menos, si resultaba vulgar, que fuera simpática. Me agarraba cariñosamente por la cintura mientras al oído me contaba los secretos más mundanos de los invitados, muchos de ellos divertidos, otros vergonzosos, líos de camas y amantes que se

reencontraban allí. Nos convertimos en los confidentes del mundo que nos rodeaba, creando nuestro propio mundo dentro de otro muy diferente. Su olor me inundaba creando una atmósfera solo nuestra.

Se hicieron las ocho de la tarde y ya llegaba tarde a la visita del piso, menos mal que era David y ya me conocía, por lo que mi retraso no tendría graves consecuencias. Me despedí de él asegurándole que nos veríamos pronto, además le seguía debiendo un café. Dejé la copa, aún llena, en la mesita de catering y salí lo más deprisa posible, sin poder sacar de mi cabeza todo lo vivido allí.

## 30

El día de antes, David me avisó de que me había preparado una sorpresa que me encantaría. Por lo que aquello me mantendría alejada del peligroso bucle de pensamientos, miedos y sensaciones en el que estaba entrando.

Me estaba esperando en el portal, él solo, por lo que supuse que Helena se había quedado organizando y colocando cosas, aunque le habíamos ofrecido nuestra ayuda, algunas veces le daba tanto apuro que no nos decía nada.

—Es el último —me dio dos besos.

Parecía llevar un rato esperando, pero no me reprochó haber llegado tarde.

—¿El ático? —dije irónica.

—El ático, dúplex —dijo sonriendo y confirmando lo que ya sabíamos.

Fingió ser un agente inmobiliario y yo me dejé sorprender.

Si algo me gustaba de David era su bondad y su nobleza. Tenía un humor sencillo y discreto pero inteligente, y sabía jugar con la ironía y el sarcasmo.

Se le veía feliz, contento, como si fuera a empezar un nuevo capítulo en su vida. Yo aún seguía nerviosa, necesitaba desconectar. Había llegado volando de la exposición y tenía todos los sentimientos alterados, no me había dado tiempo ni a respirar. Sin saberlo, en ese momento, yo también iba a comenzar un nuevo capítulo en mi vida.

Llegamos al rellano y abrió la puerta, según pasaban los segundos, David estaba más radiante, tal vez expectante ante mi reacción al ver el dúplex. Entramos. Era un piso luminoso, tenía grandes ventanales de techo a suelo que iluminaban un salón enorme, blanco, limpio, como una hoja en blanco que espera a ser escrita. La decoración era diferente a como yo la recordaba. Los muebles eran nuevos y el piso parecía recién pintado. Supuse que Helena había tenido mucho que ver en aquello. Ella era una enamorada de la decoración y del estilo sencillo pero elegante. Estaba segura de que bien podría ser la copia de alguna revista especializada o una mezcla de varias. Junto al blanco reinaba el color gris y algunas macetas de plantas artificiales le daban el contraste de color verde.

No sabía cómo iba a mantener ese piso en ese estado, con lo desordenada que yo era enseguida perdería el encanto.

En el centro del salón, y cortándolo en dos ambientes, había una escalera negra con escalones transparentes que subía al piso de arriba. Bajo la escalera había un baño decorado en rojo y blanco y una cocina blanca con electrodomésticos grises, en el centro contaba con una isla que combinaba con el resto de la cocina donde reinaba el color blanco. Era preciosa, me acababa de

enamorar perdidamente de la cocina. En un lateral había una ventana y una puerta que daba a la terraza-tendedero, era amplia, aunque estaba cerrada por una especie de malla metálica.

En el piso de arriba una barandilla de cristal con un pasamanos negro recorría lo que hacía las veces de pasillo. La habitación principal estaba a la izquierda y era amplia y luminosa, todo con espacios abiertos, una cama grande presidía la estancia acompañada de dos mesillas blancas. Enfrente había un armario empotrado con las puertas blancas, un armario que ocupaba siete hojas, enorme, sobraba espacio hasta para meterme yo. Entre el armario y la cristalera había un sofá de color gris con unos cojines en tonos azul claro. Y lo más impresionante de la habitación, lo que todos siempre habían destacado de aquella casa: la cristalera que iba de lado a lado de la habitación y de techo a suelo. Las vistas eran impresionantes, se veía parte de la ciudad y un horizonte simplemente perfecto por el que se empezaban a vislumbrar los últimos colores del día. Me quedé embobada por un rato.

Entre esta y la habitación de al lado había un baño que las comunicaba. Estaba decorado en tonos azules, evocaba a la típica isla mediterránea en la que priman los tonos azules y blancos. Una gran ducha recorría toda la pared, tenía un sistema de hidromasaje anclado en la pared y una ducha de lluvia en el centro. Bien podían entrar en aquella ducha siete personas holgadamente.

Al otro lado había un estudio fantástico para trabajar y relajarse con un puf blanco en una de las esquinas. Dos amplias ventanas dejaban entrar una luz que, con el blanco de la decoración, daba amplitud a la estancia. Era simplemente perfecto.

—Te gusta, ¿verdad? La cristalera de la habitación es de espejo por fuera, tú ves, pero nadie te ve.

—Es preciosa, creo que me he enamorado —dije mirando los colores que la puesta de sol pintaba a mi alrededor—. ¿No te arrepentirás de dejar este piso? ¿Tan genial es el lugar al que te vas ahora?

—Sí, es un chalet con cuatro plantas. Además, ya sabes que Helena no puede vivir sin jardín. Me estoy montando un mini huerto, ya vendrás a verlo. Tiene habitación para la colada, alucinante, y una buhardilla enorme, aún estoy pensando qué hacer allí, posiblemente una sala de juegos con billar. Además, tiene cinco habitaciones y eso para el futuro es imprescindible —lo contaba gesticulando con las manos.

—A ver si ahora te vas a poner a buscar hijos y los vas a traer a pares para llenar la casa.

—Que burra eres, que salga Ana y vuelva Sara, por favor —los dos reímos sabiendo que Ana habría dicho algo peor—. Bueno, aún queda la sorpresa.

—Pensé que la sorpresa era la cristalera de la habitación y sus vistas.

David no podía sonreír más. Su entusiasmo me estaba empezando a poner nerviosa. Bajamos al salón.

—¿Confías en mí? —preguntó aún más excitado.

—Sí, claro. A estas alturas me preguntas eso, ¿lo dudas acaso?

—Bien, pues entonces relájate y disfruta.

—Vale —dije cogiendo aire.

—Te voy a poner una venda en los ojos.

—¿Cómo?

Aquello no me gustaba tanto.

—Has dicho que confiabas en mí. Sabes que no voy a hacer nada que te pueda perjudicar.

—Mmm, vale, pero como no sea bueno te haré la vida imposible.

Intenté parecer seria aunque no resultó convincente. Él se rio sabiendo que no iba en serio, me conocía demasiado bien. Días después comprendería lo que me decía entre líneas. Intenté tranquilizarme y me dejé vendar. Se aseguró de que no viera nada.

—Recuerda, relájate y disfruta, déjate envolver.

Cerró la puerta y allí me quedé yo, confiando. Se me estaban agudizando los sentidos, el oído, el olfato, sentía el aire en la piel.

Noté que alguien se acercaba por detrás de mí. Sentí como me tocaba el pelo, lo retiraba y me besaba en el cuello. Di un respingo y estuve a punto de quitarme la venda, no entendía nada, ¿a qué venía eso? ¿Quién era?

Unos dedos recorrieron mi piel desde el dorso de mis manos hasta el hombro. Mi piel reaccionó y se me erizó el vello de todo el cuerpo. Un gemido seco se quedó en mi garganta. Volví a pensar en quitarme la venda y darle un bofetón a quien fuera que me estuviera tocando, pero había algo que no me dejaba tomar esa decisión y mi cuerpo prefería quedarse expectante.

Sentí que aquella persona se movía y se acercaba por delante. Me agarró de las manos entrelazando sus dedos con los míos. Sus manos eran suaves. Mi mente iba a mil intentando captar algo que me dejara adivinar de quién se trataba. Muy despacio fue acercando su cara a mi cuello. Mi cuerpo reaccionó con escalofríos por la espalda y, entonces, lo olí. Mi corazón se paró en seco.

—¡Peter!

Me besó lentamente en el cuello y me susurró al oído:

—Sí, estoy aquí.

Mi corazón empezó a latir demasiado rápido, estaba muy nerviosa, pero me dejé llevar por la situación. Dejé de pensar involuntariamente, todos mis sentidos se rindieron a sus caricias, a sus suaves besos y a su olor. No era yo la que respondía, era mi cuerpo, en el que crecía un fuego indescriptible, el que se dejaba llevar. Me centré en sentir cada uno de sus movimientos. Aquellos labios que tanto había deseado besar ahora recorrían mi cuello y parte de mi escote, «bésame ya», pensé.

No me hubiera imaginado esa situación en la vida, aunque era lo que más deseaba desde hacía meses. Por dentro me estaba muriendo de vergüenza porque estaba a su merced y eso no me hacía sentir segura. Noté como sus manos desanudaban poco a poco la venda.

Abrí los ojos cuando la venda resbalaba por mi cara. Sus ojos brillantes, distintos, esperanzados, se clavaron en los míos, que les costaba acostumbrarse a la anaranjada luz que entraba por las cristaleras.

Su boca se acercó lentamente a la mía, mi respiración se ralentizó exigiendo más oxígeno. Sentí su aliento antes de que sus labios se juntaran con los míos y una descarga abrasadora me recorrió por dentro. Besó mi labio inferior con delicadeza. Entreabrí la boca deseándolo. Mi pecho se hinchaba lento con cada bocanada de aire. Su boca se abrió encajando con mis labios, su lengua buscó deseosa la mía enredándose en un baile perfecto como si hubiera sido ensayado solo con ese objetivo. Aquel beso largo me derretía por dentro, era el beso más cargado de sentimiento que había recibido en mi vida. No notaba mi cuerpo, estaba como flotando y no quería que se terminara ese momento. Todo el vello de mi cuerpo se erizó, incluso el de la cabeza, era una sensación fascinante. Empezó a crecer un deseo incontrolable en mi interior que pedía más. No me bastaba solo con eso. Pero de repente sus labios se separaron de los míos y nuestras frentes quedaron unidas mientras cogíamos aire con grandes bocanadas.

Me miró y en voz baja me dijo:

—Pensaba que me rechazarías.

—Jamás.

Entonces fui yo quién lo besó. Colé mis dedos entre su pelo y lo acerqué con fuerza a mi boca. Me agarró por la cintura y me apretó a él respondiendo a mi deseo. Entre movimiento y movimiento empezamos a jadear y las ganas de explorarnos crecían sin control. Su respiración era tan profunda como la mía y notaba su pecho hincharse bajo una de mis manos que se instaló en su torso.

Se separó lentamente manteniendo su mirada fija en mis ojos, me cogió de la mano y tiró de mí con suavidad hacia el piso de arriba. Entramos en la habitación que aún guardaba los últimos colores del día.

Volvió a juntar sus labios con los míos. Le quité la americana y la dejé caer en el suelo y empecé a desabrocharle la camisa muy lentamente. Él reía mientras me mordía el labio inferior. La camisa cayó al suelo sobre la americana. Pasé mis manos por su pecho, era suave y estaba duro y terso. El deseo creció más y volví a besarlo con fuerza. Él me quitó la blusa y empezó a desabrocharme el pantalón. Hice lo mismo con el suyo que cayó al suelo a la vez que el mío.

Su mano acarició el contorno de mi cuerpo con suavidad y me erizó el vello, río. Me cogió en brazos y rodeé su cintura con mis piernas.

—No te haces una idea de lo que he deseado tenerte entre mis brazos —me besaba el cuello mientras me susurraba al oído—, no veía el momento de besarte y hacerte el amor.

Me desabrochó el sujetador con una maestría pasmosa.

—Te voy a hacer llegar al placer más absoluto —dijo mientras una de sus manos se cernía a mi pecho derecho.

—Cállate y hazlo, no aguanto más —dije sin retirar mis labios de los suyos

Como el imperativo que era, me tumbó en la cama y me quitó las bragas negras. Empezó a besarme la cara interna de los muslos con una lentitud que me ardía, pero que a la vez disfrutaba. Se perdió entre mis piernas y yo estallé en gemidos. Sus brazos rodeaban mis piernas y sus manos acariciaban mis caderas, lo que aumentaba mi excitación. No esperó a que yo llegara al orgasmo. Sin decir nada, como le había pedido, me cogió por la espalda y me subió hacia la almohada. Lo agarré de las caderas y le bajé los calzoncillos. No podía ser verdad que me hubiera dejado con las ganas, lo necesitaba ya.

Me miró y sonrió adivinando lo que le pedía. Me besó cálidamente los labios, bajó por el cuello llegando a mis pechos. Chupó mis pezones despacio saboreándolos. Hundió su mano entre mis piernas y me curvé por el placer. Río y me mordisqueó los pezones. Entre el calentón y el deseo, si seguía así, no iba a tardar en irme. Y así fue, las piernas empezaron a temblar y una fuerte y maravillosa descarga, que él provocó con sus manos, recorrió mi cuerpo. Me besó mientras gemía. Ese orgasmo era solo suyo.

Cuando empecé a respirar de nuevo, se acercó a la mesilla y sacó un preservativo. Lo miré, me reí, se lo quité de la mano y lo tiré lejos. Me miró con los ojos muy abiertos y le dediqué una sonrisa pícaro que contestó con un movimiento de cabeza.

Recorrió con su lengua todo mi cuerpo hasta llegar a los pies. Me levantó las piernas y se las colocó en los hombros. Con su mano derecha dirigió su sexo al mío y entró lentamente. Los dos gemimos a la vez. En aquella posición conseguía la profundidad que yo necesitaba, dentro, muy dentro. Fue entrando y saliendo despacio. Aquella maravillosa lentitud que me hacía saborear cada roce de su cuerpo.

Su mirada buscaba la mía con deseo y pasión. Nuestras respiraciones se acompañaron. Puse mis

manos sobre sus brazos que se apoyaban una a cada lado de mi cintura.

Empezó a acelerar el movimiento a la vez que abría mis piernas lateralmente. Apoyó sus manos al lado de mi cabeza y siguió moviéndose más rápido. Su cuerpo se pegó al mío de forma que todo mi vientre y mis pezones rozaban con cuerpo. Su piel y la mía creaban fuego. Su boca se acercó intermitentemente a la mía, inhalé ese nuevo olor que me volvía loca, el de su aliento. Levanté mi cabeza buscando su labio para morderlo, gimió y mi cuerpo reaccionó. Mi cuerpo se movía buscándolo. Nos movíamos al mismo ritmo, no dejamos de mirarnos. Nos fundíamos lentamente, saboreándonos, oliendo cada poro de nuestra piel, disfrutando de cada nanosegundo que compartíamos. Las piernas volvieron a temblarme. En aquella posición el control lo tenía él y me rendí a su merced. Mi respiración volvió a acelerarse sin control. Con una de sus manos buscó mi clítoris dándole pequeños golpecitos. Estallé de placer entre gemidos que él acompañó enseguida explotando dentro de mí con dos sonoros gemidos.

Cayó rendido encima de mí y los dos reímos. Se tumbó a mi lado y me acoplé a su cuerpo pasando una pierna por encima de las suyas y poniendo mi mano en su pecho. Apoyé mi cabeza en el hueco que queda entre el cuerpo y el hombro y cerré los ojos.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó extrañado.

—¿Por qué hoy y no antes? ¿Por qué has esperado tanto si estabas tan seguro de lo que querías?

—Deseaba besarte desde el día que te conocí —dijo mientras pasaba su mano por mi cuello—.

Llevo tiempo queriendo acercarme a ti pero ninguna situación era idónea, en todas pensé que no saldría bien o no como yo quería. No me valía cualquier situación, tenía que ser diferente. Hace dos semanas David me comentó que buscabas piso, que necesitabas cambiar de aires, y que te iba a enseñar el ático. Entonces lo vi, era el momento, tú y yo, solos, nuestro nacimiento, sin testigos —cerró los ojos y sonrió—. Siempre tuve la sensación de que no sería correspondido. Me despistaba tu actitud, siempre con esa sonrisa, aquí y allí, que ya no estaba seguro de si la que me mostrabas a mí era distinta, era mía o no, si tu relación conmigo era igual que con los demás o querías algo más. De hecho, ver tu relación con Héctor me despistó —se volvió y me miró fijamente a los ojos—. Incluso esta tarde he pensado que no había nada que hacer. Aunque me convencí de que al menos me conformaría con tenerte cerca durante un par de horas. Cuanto te he visto dejar la copa —dijo buscando mis labios para morderlos cariñosamente—, y que te ibas deprisa, pensé que al menos tenía que intentarlo, no soportaba estar más tiempo a tu lado sin tocarte y me moría por probar tus labios y recorrer todo tu cuerpo con mis dedos —me acarició la cara con la nariz.

—¿Lo tenías preparado desde hace semanas? —pregunté sin salir de mi asombro. Semanas—. Y hoy has actuado como si no pasara nada cuando lo tenías pensado desde hace semanas...

—No, bueno sí. Lo tenía pensado, pero hasta hoy no quería confirmarlo, hasta que no te he visto irte no me he decidido. David tenía un plan B por si me echaba atrás. Llevaba semanas pensando cómo hacerlo sin que tuvieras la opción de irte o escabullirte sin que supieras lo que siento —cogió un mechón de mi pelo entre sus dedos—. Pero no me habría rendido, habría buscado otra forma de acercarme a ti.

Sonreí con nerviosismo, todo ese tiempo pensando que no podía gustarle tanto, y sentíamos lo mismo. Le acababa de entregar todos mis sentimientos sin que él se hubiera dado cuenta, me había rendido en cuerpo y alma, me había dejado envolver.



Pasó sus dedos por mi cuerpo recorriendo el contorno de mi pecho, mi ombligo, mi tripa y mis caderas. Se me puso la piel de gallina.

—Hay algo que me gustaría saber, ¿cómo supiste que era yo?

Me incorporé un poco y me apoyé en un brazo. Le acaricié el torso. Le rodeé la cintura con la pierna. La incipiente oscuridad y el reflejo la ciudad de noche con las luces encendidas inundaban con su luz la habitación. El resto del mundo seguía con sus vidas, muchas ajetreadas y otras aburridas, mientras las nuestras se paraban en seco para comenzar juntas, o al menos eso era lo que yo deseaba. Inspiré cerca de su oreja, junto al cuello.

—Porque te olí —sus ojos intrigados buscaron los míos mirándome fijamente—. Esta tarde en la exposición me estremecía impregnada por tu olor cada vez que te acercabas a mí, sensación que ya conocía de otras veces —le mordí el lóbulo de la oreja—. Por eso en ocasiones estuve distante, para que no notaras nada. Así que, cuando te acercaste a mí ahí abajo, fue fácil, te reconocí.

Me besó con la misma pasión como en la que nos habíamos fundido minutos antes.

Nos vestimos y nos quedamos de pie mirando al infinito en la cristalera.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó con nerviosismo.

Ya más tranquila, aunque todavía emocionada, lo miré sonriendo.

—No preparemos nada, los planes terminan saliendo diferentes a lo preparado. Dejémonos llevar —me sorprendí a mí misma diciendo eso.

Sus ojos brillaban mientras miraba los míos. Se acercó, se colocó detrás de mí y me rodeo por la cintura. Me encantaba aquel gesto, me sentía segura y protegida.

—Siento decirte que no podrás alquilar la casa. Hace una semana que yo firmé el contrato —apoyó su barbilla en mi hombro.

¿Cómo? ¿La tenía él alquilada? Mi amigo había sido cómplice de la mejor de las encerronas que me podía haber sucedido en la vida, pero no decirme que ya la tenía alquilada había sido muy cruel. La parte negativa de aquello era que seguiría estando en el piso que tenía, aunque mi situación había cambiado considerablemente, me sentía en una nube.

—Bien, no voy a planear. Así que voy a anular todo lo que tengo agendado para este fin de semana. Mi único plan, desde ya, eres tú. Quédate conmigo hasta el domingo —sus labios recorrieron mi cuello.

Cerré los ojos y disfruté de sus caricias. Ni en mis mejores sueños me hubiera encontrado en una situación así. No podía negarme.

—Hasta el domingo... —dije acurrucándome entre sus brazos.

Dormimos sin bajar las persianas, por lo que, en cuanto empezaron a entrar los primeros atisbos de luz, me desperté. Sonreí al verme desnuda, solo llevaba las bragas. Sentí en mi cuello la respiración profunda de Peter, que me rodeaba por la cintura.

Me levanté despacio intentando no despertarlo. Me acerqué a la cristalera, me abracé y me quedé observando el horizonte que amanecía con colores suaves. La luna, en cuarto menguante, se camuflaba entre las nubes blancas de un cielo azul blanquecino.

Mi mente empezó a pensar en el futuro, en las siguientes horas, en las que había previsión de quedarme allí; en las siguientes semanas, si nos volveríamos a ver o no. Si lo nuestro se quedaría en un bonito cuento de fin de semana o crecería. En si sabría hacerlo bien por una vez en la vida o volvería a sufrir como ya acostumbraba.

Noté que Peter me rodeaba con sus brazos. Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me había percatado de que se había despertado.

—Buenos días, preciosa —me susurró al oído haciendo reaccionar a mi cuerpo.

Sentí una ligera y dulce presión en la boca del estómago y un cosquilleo que me subía hasta la cabeza.

—Buenos días —le contesté con dulzura.

Giré la cabeza para besarlo. Cuando sus labios tocaron los míos el fuego volvió a crecer en mi interior pidiendo más. Nuestras respiraciones empezaron a ser más profundas y lentas, nuestros cuerpos cogían oxígeno preparándose para repetir ese momento tan deseado.

Llenó mi cuello de besos mientras sus manos se paseaban desde mi vientre hasta mis pechos. Sus suaves manos empezaron a masajearlos y con sus dedos presionó delicadamente mis pezones. Gemí de placer.

Me di la vuelta buscando con ansias su boca haciendo crecer mi excitación. Posé mis manos en su pecho mientras las suyas bajaban hasta mi culo. Bajé mis manos hasta la goma de sus calzoncillos y los bajé con delicadeza. Su beso se volvió más fuerte. Su sexo estaba duro y dispuesto. Corté el beso, lo miré a los ojos con picardía y me acuclillé. Metí su sexo en mi boca despacio, jugando con mi lengua. Gimió. Puso sus manos en mi cabeza y acompañó con ellas mis movimientos. Puse mis manos en sus caderas y seguí jugando con mi boca. Su jadeo se intensificó. Cuando noté que sus piernas se tensaban lo solté y me puse de pie. Me miró, rio y me dio la vuelta con intensidad. Me cogió de las muñecas y colocó mis manos en la cristalera. ¡Madre mía qué morbo!

—He deseado hacer esto desde el día que vi la cristalera —me susurró al oído y me mordisqueó el cuello.

Con uno de sus brazos me rodeo por la cintura, con el otro buscó mi sexo y empezó a jugar con él. Gemí. Me introdujo un dedo, dos después. Me curvé hacia atrás de placer. Él rio y buscó mi boca para besarme con fuerza.

Me empujó levemente hacia la cristalera, mis pechos tocaron el cristal. Estaba frío. Con su pierna derecha abrió la mía. Sacó sus dedos de mí y noté como dirigía su sexo hacia el mío. Estaba dispuesta y deseosa de sentirlo dentro. Entró sin problemas. Empezó con movimientos lentos mientras sentía su aliento en mi cuello, me apretaba contra él con una de sus manos en mi vientre. Dirigió sus manos a mis fríos pechos y los calentó con ellas, jugó con mis pezones. Nuestros jadeos se sincronizaron aumentando la velocidad con cada entrada y salida. Volvió a llevar uno de sus brazos a mi cintura y el otro a mi cuello pasando entre la cristalera y mi cuerpo. El roce de su piel con la mía me excitaba sobremanera. Me dirigió como quiso hacia su boca.

—Me encanta tu piel —jadeó—, me encanta tu olor —intensificó el movimiento—, me vuelve loco tu sabor —introdujo su lengua en mi boca.

El placer se iba intensificando más y más. Sus movimientos no cesaban. Jugaba a salir del todo y entrar de nuevo, aquello me volvía absolutamente loca. Cerré los ojos y me rendí a él, era tan intenso el placer que no quería que aquello acabara. Sus movimientos y sus manos agarrándome por el cuello y la cintura me hacían sentir unida a él como si solo fuéramos uno. Tenía necesidad de mayor rapidez y me curvé abriendo mis caderas hacia él sin dejar de apoyar las manos en el cristal. Me agarró por las caderas y empezó a entrar y salir más rápido y fuerte. No tardaría en llegar al orgasmo si seguía a ese ritmo, pero quería esperarlo.

Intenté retrasarlo, pero entonces su mano derecha se movió hasta mi entrepierna aumentando mi placer. Ya no había forma de controlarlo. Cogí aire, jadeé. Me temblaban las piernas, estaba a punto de llegar.

Con la otra mano buscó mi pezón y lo apretó suavemente. Una fantástica descarga recorrió mi cuerpo. Gemí, grité fuerte descargando todo el placer que recorría mi cuerpo. Sus piernas se tensaron y noté como se iba dentro de mí gimiendo. Su movimiento se ralentizó.

Sin separarse de mí, me enderezó con sus brazos y me apretó contra él. Su aliento recorría mi cuello volviendo a encender mi deseo, pero necesitaba aire, necesitaba oxígeno. Giré mi cabeza para besarlo. Le besé el labio de abajo mientras respirábamos profundamente. Sus brazos, que desprendían calor, me rodeaban fuerte.

—No me sueltes —dije sin pensar.

—Jamás.

Tras unos segundos salió de mí. Me giré para besarlo. Nuestras bocas encajaron y nuestras lenguas se buscaron para moverse al mismo son.

Al terminar aquel eterno y ardiente beso, se fue al baño. Sentí frío al haber perdido el calor que me aportaba. Busqué su camisa y me la puse. Nunca me había gustado ponerme la ropa del otro, no me gustaba repetir los tópicos de las películas. Pero en aquel momento no tenía otra cosa, mi blusa era demasiado corta y, además, su camisa olía a él con intensidad.

Volví a la cristalera. En el horizonte más lejano seguían viéndose los primeros colores de la mañana.

Oí el agua de la ducha en el baño y no me lo pensé dos veces, además me sentía húmeda y necesitaba limpiarme. Fui al baño y, con camisa incluida, me metí en la ducha y lo abracé por detrás. Se giró y me miró con aquellos ojos marrones brillantes que se habían guardado en mi

mente a fuego. El agua tibia resbalaba por su cuerpo y lo hacían aún más deseable. Qué cuerpo, qué torso, qué brazos. Me besó y yo me dejé besar.

—Te queda bien mi camisa. Menos mal que hay alguna camiseta en el armario, sino tendría que salir desnudo de casa.

Me cogió por la barbilla, la elevó suavemente y me volvió a besar.

—Uy, perdona, no había pensado en eso. La podemos escurrir y secar con el secador. El tema plancha es otra...

Puso sus dedos en mis labios impidiéndome seguir.

—Hay algo que me inquieta.

—¿Qué?

Fruñí el ceño extrañada. Mi mente estaba a punto de soltar todos los miedos de golpe, pero había algo que los retenía sin libertad alguna. No era capaz de dar con lo que creaba esa barrera, pero no le llevaría la contraria.

—No has querido usar el preservativo —me rodeó con sus brazos por la cintura y separó el cuerpo para mirarme a los ojos—, no creo que te quieras quedar embarazada, confío en ti, no sé por qué, no nos conocemos lo suficiente, pero siento algo dentro muy fuerte que me hace confiar en ti como si te conociera de toda la vida...

Qué bonito lo que me había dicho... si seguía por ahí me desmayaría por la contención de emociones. Tan solo llevábamos unas horas juntos. Habíamos hecho el amor dos veces como si fuéramos expertos en el cuerpo del otro. Nos habíamos mirado entendiéndonos a la perfección sin necesidad de pronunciar una sola sílaba. Y sí, había decidido no usar el preservativo, él confiaba en mí y yo había tomado una decisión que él no contrarió.

—Pero... ¿por qué has tomado esa decisión? ¿Tú confías en mí?

¿Confiaba en él? Mi mente intentaba decirme que no, pero no la oía. ¿Desde cuándo yo confiaba en alguien a la primera? ¿Desde cuándo yo confiaba en un hombre? ¿Desde cuándo yo confiaba en alguno la primera noche? El único con el que no había usado preservativo había sido Sergio, el resto de hombres que habían pasado por mi vida, por mi cama, no habían disfrutado de aquella licencia.

—Me refiero al tema de las enfermedades. No te voy a pegar ninguna, desde luego. Si tuviera alguna no habría descartado el preservativo en ningún momento o no lo habríamos hecho —al ver que no le contestaba se empezó a poner nervioso y me reí—. ¿Por qué te ríes? —frunció el ceño.

—Porque como te pasa a ti, no sé qué es, hay algo que me obliga a confiar en ti. Relájate, no me quiero quedar embarazada, tomo la píldora desde hace años. Me sorprende que no te cuestiones si yo tengo alguna enfermedad. No, no la tengo —dije al ver que se daba cuenta de aquel detalle—. Los dos tenemos treinta años y, está claro, un pasado y un historial. Posiblemente en otro momento de mi vida o si hubieras sido otro chico, eso me habría preocupado —hice una pausa—. Pero, créeme, no tengo necesidad de saber nada que tú no me quieras contar cuando tú decidas. Me he dejado llevar, sin más, y a ti te ha parecido bien.

—Más que bien.

Puso aquella sonrisa tan hipnótica. Debí de poner cara de tonta porque se empezó a reír.

—¿Qué? —inquirí.

—¿Qué nos hemos hecho y cuándo ha sucedido?

—¿Cómo?

—Los dos sabemos que lo que ha pasado entre nosotros no lo hubiéramos vivido con otras personas. Sin embargo, nosotros nos hemos lanzado sin red. ¿Y sabes qué es lo mejor? Que, si

tuviera la oportunidad de volver atrás en el tiempo, lo repetiría una y otra vez.

Lo abracé. Puse mi cara en la parte superior de su hombro. Otra vez hablaba en primera persona del plural y más que asustarme, me gustaba. Se le veía tan seguro...

No quise decirle que lo de hacerlo dos veces con un tío en unas horas no era algo nuevo para mí, no era necesario preocuparlo, no quería que pensara que era una loba, una zorra o algo peor. Pero en algo tenía razón, no lo habría hecho, al menos así, con otros. Nunca antes me había sentido tan deseada, tan confiada, tan segura y tan digna de lo que estaba haciendo. Habían nacido en mí sentimientos y sensaciones que no reconocía, que no sabía explicar, que era la primera vez que las sentía. Y aunque pareciera raro, no me preguntaba si aquello era mutuo. No había necesidad. Algo me decía que sí.

Me sorprendí a mí misma pensando de aquella forma. ¿Dónde estaban mis inseguridades? ¿Dónde mis miedos? ¿Dónde mi cuerda floja en la que era incapaz de mantener el equilibrio?

Me envolvió en una toalla y me pasó otra por el pelo para eliminar el exceso de agua. Cogió una para él, se secó y se la ató a la cintura. Tenía el pelo mojado y alborotado. Madre mía qué vistas. Se me acumularon los nervios en la boca del estómago por el mimo con el que me había envuelto en la toalla, me había abrazado y por cómo me había secado el pelo. Nunca un hombre me había tratado así. Nunca antes me habían tocado como él, con cuidado, como si tuviera miedo a romperme. Estaba paralizada y no sabía qué hacer o decir. Aún me intimidaba y la situación no ayudaba. Me sentía en un estado bipolar, lo mismo me invadía la seguridad como tan pronto me paralizaba su antagonista.

Se dirigió a la habitación y le seguí. Me acerqué a la cristalera para observar el mundo de fuera mientras él se cambiaba. Quería mirarlo, pero no me atrevía, me podía la vergüenza. Se dio cuenta y solo con la ropa interior se acercó a mí por detrás. Me echó el pelo a un lado, puso sus manos en mis brazos y me besó el cuello. Me hacía cosquillas y reí, él también rio y siguió con su cometido. Se me erizó el vello del cuerpo y los nervios se concentraron en la boca del estómago. Intenté escabullirme riendo y jugueteando como una niña.

—¿Dónde crees que vas? —me abrazó con fuerza sin dejarme libertad de movimiento—. No te voy a dejar escapar.

Me puse colorada y los nervios empezaron a recorrer todo mi cuerpo. Estaba segura de que aquello tenía doble lectura, o al menos eso deseaba yo, aunque me daba miedo, tan solo hacía unas horas que nos habíamos tocado por primera vez.

Me giré y le mordí la oreja.

—A cambiarme, que no estoy en igualdad de condiciones.

Me solté con fuerza y busqué mi sujetador. Las bragas estaban mojadas por entrar inconscientemente con ellas en la ducha. Me puse el pantalón, así, al aire.

—¡Qué morbazo! ¿Puedo pedirte que hagas eso más veces?

Reí mientras me ponía la *crop top*.

—Solo para ti.

Vaya, me había vuelto una guarrilla de repente. Nunca habría ido sin bragas de no ser una emergencia, aunque en ese momento lo era, no entendía qué hacía yo prometiendo nada.

Peter había estado observando el show con cara de interesante apoyado en el cristal, una vez acabada mi actuación, abrió el armario y sacó unos vaqueros y una camiseta de manga corta. Los había con suerte de tener ropa de cambio.

—Debería irme a casa —dije tímida.

—Pensé que ibas a pasar el fin de semana conmigo —dijo serio mirándome fijamente.

—Esto... sí, claro... pero no tengo ropa... Al menos debería pasar a coger algo de ropa.

Relajó el gesto y se encaminó a las escaleras.

—Me parece justo. Desayunamos algo primero y luego te acerco a casa. Te recojo a la hora de comer.

—Tengo el coche abajo, no hace falta que me lleves.

—Quiero pasar a tu lado todo el tiempo que sea posible.

Me dio un azote suave en el culo y bajó las escaleras. ¡Qué morbo!

Le seguí escaleras abajo descalza, no me parecía apropiado andar por allí con los zapatos y despertar o molestar a los vecinos con el taconeo. En ese momento pensé en mis vecinos y me vine abajo sabiendo que tendría que seguir soportándolos.

—Pero... vamos a comer aquí ¿no?

Lo último que me apetecía era comer en algún sitio pijo de Guadalajara donde los ojos de los cotillas de turno nos tuvieran en su punto de mira.

—Como prefieras, pero tendremos que pedir porque no tengo absolutamente nada factible de ser cocinado.

¿«Factible de ser cocinado»? Recordaba haber leído esa expresión en algún texto y me sonaba tan rimbombante que me dio una carcajada.

—¿Qué?

—Nada, nada. Cosas mías.

No iba a decirle que me reía de sus palabras que, si no hubieran sido pronunciadas por él, las habría acusado de pedantería. Le salvaba que estaba loca por él, absolutamente viciada de él.

—¿Te gusta el sushi?

—*Takusan.*

—Ta, ¿qué? —pregunté perpleja.

—Mucho, en japonés.

—¿Sabes japonés?

Mi cara debía de reflejar la sorpresa más graciosa porque se rio con ganas. Fruncí el ceño molesta.

—Algo. Estudié japonés durante dos años, cuando vivía en Londres.

—¿Y qué más idiomas sabes hablar?

—Soy bilingüe de español e inglés, hablo muy bien el francés y el alemán. Algo de japonés y muy poco de chino, es mi reto. Quizá para el futuro me ponga con el ruso.

Abrí los ojos y la boca de par en par. Vaya, que pequeñita me sentía en ese momento. No solo estaba coladísima por un tipo moreno, buenorro y guapo, con dinero y un trabajo de lo más exótico, o así me lo parecía a mí, sino que también era inteligente y dominaba los idiomas. Pequeñita, pequeñita. Iba encogiéndose por momentos. ¿Qué pintaba yo allí? No iba a dar la talla. Yo a su lado no era nada.

—Tampoco es para tanto —rio al verme sin saber lo que pasaba por mi mente en ese momento—. ¿Tú?

—Bueno... yo hablo español, soy monolingüe —rio—, y me defiende en italiano, aunque eso no tiene mucho mérito por la similitud que guarda con nuestra lengua.

Me puse colorada, pero él respetuosamente no dijo nada.

—No te quites méritos, yo no sé italiano, lo entiendo, pero no sé hablarlo.

Metió dos tazones de leche en el microondas y sacó una bolsita de té.

—No, tranquilo, no me los quito, soy experta en no saber nada de inglés. Desde los seis años recibiendo inglés en el colegio y de los ocho a los catorce, además, en una academia para... nada, absolutamente nada —intenté ser graciosa y pareció resultar porque se rio.

—¿Nada? No sabrías decirme ni cuántos años tienes, cómo te llamas, preguntar por una dirección o pedir una hamburguesa en el McDonald's.

—Eso último sí, soy una experta —reí sin vergüenza, total...

—En ese caso, me presto a ser tu profesor particular.

Abrió un armario y sacó una bolsa con croissants de pastelería.

—Te vas a desesperar, te lo aseguro.

—Me lo cobraré en carnes entonces —se acercó y me dio un suave beso.

¡Madre mía! ¡Qué confianzas! A decir verdad, me sentía cómoda. ¿Dónde estaba la Sara insegura?

Sacó la leche del microondas y en uno de los tazones metió la bolsita de té, me lo acercó y me sonrió.

—¿Tenías té?

—En mi casa nunca falta té, solo me queda saber cuál es tu preferido para conseguir un regimiento —se echó dos cucharadas de Cola Cao y se sentó en frente de mí en aquella maravillosa isla central—. Estaba pensando... —me cogió la mano izquierda y empezó a dibujar circulitos con su dedo pulgar—, quería decirte...

Me miraba fijamente a los ojos, los suyos brillaban, como siempre.

—A ver si de saber hablar tantos idiomas se te ha olvidado el español —ironicé.

Bajó la cabeza riendo y moviéndola de lado a lado. Volvió a mirarme, su sonrisa ahora iluminaba su rostro.

—Vale, del tirón, quiero que seas mi novia.

Del tirón, y tan tirón. Me quedé helada mirándolo fijamente sin saber qué decir. Mi corazón intentaba bombear sangre con un esfuerzo tremendo. Por mi mente pasaba bien grande la palabra NO. Demasiado pronto, demasiado rápido, demasiadas posibilidades de estropearlo todo antes de tiempo. Nos conocíamos de cuatro veces y sí, habíamos hecho el amor, el amor, no follar, dos veces, pero... ¿qué le contestaba yo en ese momento?

—Malo, demasiado silencio.

Apretó mi mano intentando hacerme reaccionar.

Piensa Sara, piensa. Tenía que decirle algo y que no sonara huidizo, negativo, asustadizo o infantil.

—Lo siento, no quiero presionarte, no hace falta que me contestes nada.

Le solté la mano, metí mi cabeza entre mis manos y la escondí en mis brazos.

—Perdona Peter, no me esperaba eso. Lo siento, pero no puedo darte una respuesta afirmativa a eso, aún no, y no sé cuándo podré hacerlo.

Allí metida entre mis brazos me costaba menos, así no vería la imagen tan penosa y vergonzosa que debía mostrar.

Me agarró con suavidad los brazos y los retiró, me cogió de la barbilla y alzó mi cara hasta que nuestros ojos se encontraron.

—Tranquila, no tienes que decir nada. Mi propuesta está lanzada. Cuando tú quieras, puedes recogerla —hizo una pausa, seguramente vio mi miedo en la mirada—. Es solo que desde que te conocí deseo pasar todo el tiempo que pueda contigo y, desde que te besé —volvió a cogerme la mano—, no se me ocurre otra forma mejor de aprovechar ese tiempo.

—A mí sí —dije sin pensar, como siempre que me encontraba en una situación de tensión. Él rio, se acercó mi mano a su boca y me besó dulcemente.

—Sí, a mí también.

Su mirada lasciva volvió a encenderme por dentro y los miedos se disiparon.

No volvió a sacar el tema y precisamente no iba a ser yo quien lo hiciera.

Terminamos de desayunar y entre besos, caricias, abrazos y más y más besos, se nos pasaron las horas. Eran las doce y media cuando salimos de aquel estupendo ático camino de mi casa.

—Te paso a buscar a las dos, preciosa. Puntualidad británica.

—Lo intentaré.

—Ya te estoy echando de menos.

Hundió su nariz bajo mi pelo y su aliento recorrió mi cuello con un dulce escalofrío.

Me eché para atrás y su cara mostró decepción. Cogí su cara entre mis manos y la acerqué a mis labios. Estos chocaron con suavidad. Abrió su boca y su lengua buscó la mía. Gustosa se la cedí y jugó con ella. Su sabor inundó mi boca. Nuestras respiraciones volvieron a agitarse y el fuego volvió a prenderse sin control. Terminé el beso manteniendo su labio inferior entre los míos.

—Será mejor que me baje ya si no queremos terminar revolcados —moví las manos señalando el coche—, por aquí.

—Sería un placer.

Puso aquella sonrisa que tan loca me volvía.

—Seguro que sí —dije picarona.

Salí del coche y le lancé un beso acompañado de un guiño.



Llegué a casa, abrí la puerta sonriendo como si fuera tonta. Dejé las llaves en el vacía bolsillos, me quité los zapatos y me fui a la habitación para cambiarme de ropa, pero me tiré en la cama boca arriba sonriendo y pataleando como una niña. Y chillé, chillé de alegría. Me dediqué a recordar cada uno de los segundos de las últimas horas.

Sonó el teléfono de casa, seguro que era mi madre, nadie me llamaba a casa si no era ella. Corrí al salón antes de que colgaran.

—¿Sí?

—¡Menos mal! ¡Estás viva! Llevo desde anoche llamándote y no hay forma de localizarte. ¿Has perdido el móvil? —exclamó aliviado Héctor.

—No, es que lo puse en silencio anoche y no lo he mirado.

—Bueno, ¿qué tal la exposición? ¿Lo viste? —preguntó.

—Hace un rato que he llegado a casa —respondí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Ahora? ¿Desde anoche? Sí que fue larga la fiesta.

—He pasado la noche con él, bueno y el día.

—¿En serio? ¡Guau! ¿Y qué tal? —preguntó ansioso.

—Simplemente genial. Estoy pletórica. No puedo dejar de sonreír —hice una pausa—. Me ha pedido que sea su novia —mi voz cambió a la vez que mi cara.

—¿Y?

—Bueno, ya sabes lo que pienso, no puedo tener novios, todo se estropea —se me aceleró el pulso y el miedo me empezó a invadir.

—Está claro que él no ha perdido el tiempo y aunque pueda parecer precipitado lo vuestro no viene de anoche, hace tiempo que os miráis de forma especial, ya te lo he dicho, así que no me parece descabellada la petición. Olvídate de tus miedos —dijo sentenciando.

Me sentí vacía en ese momento.

—No puedo estropear esto, no quiero estropearlo. Si realmente hay algo, no quiero perderlo. No me había sentido así en años, qué digo en años, nunca, y no quiero que esto se destroce siquiera antes de haber empezado.

—Sara, no tiene por qué estropearse. Son tus miedos los que te bloquean —hizo una pausa demasiado larga para mi gusto—. Por una vez, no pierdas esta oportunidad, deja tus miedos a un lado, no pienses en lo que pueda pasar y que no ha pasado, no te cuestiones todo y, por una vez, por una sola vez, déjate llevar.

Dejarme llevar... Llevaba casi un día dejándome llevar. Pero era experta en dar vueltas a lo mismo continuamente. Aunque esa vez parecía distinto, nunca me había sentido así con alguien, tan

a gusto, tan cómoda, tan yo, tan libre...

—Sara, ¿sigues ahí? —preguntó en voz baja.

—Vale. Puede que tengas razón. Voy a intentarlo, pero no prometo nada, no puedo controlar mis fantasmas.

—Pues tendrás que aprender a hacerlo algún día, ¿no crees? —dijo con un tono muy autoritario.

—¿Por qué siempre tienes razón? —dije riendo, él respondió con una carcajada—. Bueno, voy a cambiarme y a preparar una mochila, no creo que tarde en venir a buscarme.

—¿Has vuelto a quedar con él? —preguntó sorprendido.

—Me ha propuesto pasar con él el fin de semana y me ha parecido buena idea.

—Bien, es un paso. Pues hablamos el domingo, espero a que me llames. Sé buena.

—Sí, te llamo. Ciao —colgué con una sonrisa de oreja a oreja.

Abrí el armario en busca de unos vaqueros cómodos, una camiseta de manga corta gris y una camisa vaquera. Saqué la mochila blanca del armario, preparé ropa para un día, la metí en la mochila y busqué un pijama, claro que con el ritmo que llevábamos el pijama no me iba a hacer falta, cogí una camiseta blanca de tirantes. Estaba preparando el neceser cuando recordé que tenía el móvil en silencio. Lo busqué por el bolso y vi todas las llamadas y mensajes de Héctor. También mi madre me preguntaba qué tal. En ese momento entró un mensaje de Peter: «Estoy abajo, preciosa». Las mariposas me invadieron y el pulso se me aceleró. Aún no había acabado de preparar la mochila y, para variar, no sabía en qué había perdido tantos minutos. Contesté con un «En 5 minutos». Antes de que se me olvidara escribí a mi madre: «Muy bien, ayer estuve en una exposición de fotografía de un amigo. Estuvo interesante. ¿Tú qué tal?». Corrí de nuevo a la habitación para terminar de prepararlo todo. Cogí lo del bolso y lo cambié a otro menos elegante y más cómodo, total, no íbamos a salir de su casa ¿o sí? Cogí las llaves, algo se me olvidaba, estaba segura.

Cerré la puerta y bajé trotando por las escaleras. Habían pasado más de cinco minutos.

—Perdona, me habían llamado por teléfono —le dije mientras entraba en el coche.

—¿No me vas a dar un beso?

Me dijo sonriendo y mirándome fijamente. Me volvía loca, desbarataba todo mi mundo con solo mirarme.

—Claro —le dije mientras me acercaba.

Colé mis dedos entre su pelo y nos besamos, me quemaba por dentro, crecía un deseo que me inundaba y me aislaba del mundo. Nuestros labios se juntaron con pasión y nuestras lenguas se buscaban devorándonos mutuamente.

—Buah... —dijo resoplando juntando su frente con la mía.

—No vamos a poder besarnos en público —le dije sonriendo mientras acariciaba su cara con la nariz y los ojos cerrados.

—Vamos a tener que aprender a controlar nuestro deseo cuando haya gente delante.

Y me volvió a besar y yo volví a perderme.

Pasamos el fin de semana más tiempo en la cama que en cualquier otro sitio. Cada vez que nos tocábamos perdíamos el control de nuestros cuerpos. Con un simple roce encendíamos un incendio entre los dos que necesitábamos sofocar. Perdimos la noción del tiempo entre besos y caricias recorriendo nuestros cuerpos. Aprendiéndonos cada uno de los centímetros de nuestra piel. Puso música, Ed Sheeran.

—Producto inglés, preciosa —dijo al ver mi mohín.

Sus manos subían y bajaban por mi cuerpo lentamente, pasando por cada uno de los poros de mi piel mientras yo intentaba llenar los pulmones de aire. Con cada bocanada mi pecho se levantaba y él se volvía loco perdiéndose con mis pezones duros, dispuestos solo para él. El calor de su boca en ellos alimentaba el fuego. Perdía mis dedos entre su pelo, él bajaba despacio hasta mi ombligo. Cuando conseguía coger aire de nuevo, volvía a entretenerse con mis pezones mientras buscaba mi entrepierna y hundía sus dedos en mí. Y me dejaba ir, una vez bajo el placer de sus manos, otra bajo el placer de su lengua y otra con él dentro tras una y otra embestida. Y qué orgasmos, deliciosos y extenuantes que él alargaba con deseo. ¿Y él? Pues él jadeaba, gemía, gritaba y soltaba su «¡Joder!» cada vez que le daba placer con mi boca, que me volvía loca a unos niveles que no había conocido nunca. Volvía a jadear y a gemir cuando yo le esperaba y me iba a la vez que él terminaba dentro de mí.

Sacó su cámara y empezó a hacerme fotos. Yo estaba tumbada en lo que, sin haberlo decidido, era ya mi lado de la cama, el más cercano a la cristalera. Se sentó desnudo en la cama y me hizo fotos sin mirar por el objetivo.

—¡Qué vergüenza! Deja de hacerme fotos.

Me reí tirando de la sábana para taparme la cara.

—Si es cuando más guapa estás, después de haber hecho el amor, tienes un brillo especial.

Tiró de la sábana hacia abajo dejando mis pechos al aire.

—No, no, fotos de esas no.

Me di la vuelta, pero entonces dejé mi culo al aire. Peter carcajeó.

—Son solo para mí, no las va a ver nadie. Este objetivo es todavía mejor que el anterior.

Recorrió con sus dedos mi espalda desde el cuello hasta mis nalgas que pellizcó con cariño. Me senté indignada pero divertida y le tiré la almohada a la cara. Siguió apretando el disparador de la cámara.

Miró las fotos que había hecho y me levanté para ponerme una camiseta suya.

—Esta es preciosa, me encanta. La voy a poner de fondo de pantalla en el portátil.

Me tendió la cámara. En la foto salía yo riendo con la cabeza inclinada hacia abajo mientras la almohada volaba por los aires. La almohada estaba borrosa y mi imagen era nítida. En ella había luz, mucha luz. Realmente era preciosa.

—Peter, no tardaré en irme a casa.

Estábamos sentados en el suelo apoyados en la cama, él me abrazaba por detrás, mientras observábamos las maravillosas vistas a través de la cristalera. Me tenía enamorada, la cristalera, claro, ¿o él también?

—¿No vas a ver el atardecer de hoy?

Me dio un beso en el pelo.

—No será el último, habrá más. Y mañana me gustaría levantarme pronto e ir a correr antes de trabajar.

—¿Habrá más? ¿Eso significa que aceptas ser mi novia?

Me abrazó más fuerte y volvió a darme un beso en el pelo.

—No he dicho eso —«vamos, es el momento, no tengo que pensar en lo que pueda pasar»—, solo digo que...

—¿Qué? —preguntó ansioso.

—Que estoy muy a gusto contigo. Que no había sentido nunca lo que siento a tu lado, al mirarte, al rozarte y al besarte, y que... que me voy a dejar llevar. Y que quiero volver a verte.

Mi corazón latía tan fuerte que tenía la sensación de que se me iba a salir en cualquier momento.

—Bueno, algo es algo, y, por el momento, me conformo. Ya te convenceré de algo más. Yo no quiero volver a verte, yo quiero estar contigo. Lo que siento contigo no lo había experimentado antes, eres una droga, estoy contigo y necesito más. No quiero que acaben los segundos cuando te beso, cuando te siento y cuando te hago el amor. Han sido unos días estupendos y la primera vez que paso un fin de semana entero con una chica en la primera cita —dijo riendo y besándome la mano.

Me volví, lo besé, no quería irme, pero si me quedaba no saldría de allí hasta el amanecer.

—Te prometo un atardecer —le dije mientras me levantaba y recogía mis cosas.

—El jueves teletrabajaré, pero no tengo prisa de ponerme a hacerlo. Qué te parece si cenamos juntos el miércoles. En tu casa.

—¿En mi casa? Desde allí no se ven estos atardeceres, aunque sí buenos amaneceres —sonrió mientras bajaba la cabeza. En ese momento capté la indirecta. Se puso de pie—. Me parece muy buena idea. Solo una cosa más —me acerqué a él y puse mis manos en su pecho—, por favor, no le cuentes a nadie lo nuestro.

—¿En secreto? —dijo extrañado.

—No me siento cómoda sabiendo que otros lo saben, que nos miren fijamente, que nos pregunten, que tengamos que dar explicaciones... Además, lo siento, pero tú vienes de otro mundo, otro nivel con el que no me identifico, no sé cómo moverme en él, no sé cómo tratar con tus amigos.

—¿Qué nivel? ¿Qué mundo? Deja de preocuparte por eso, por favor. Solo tienes que tratar con ellos como con todos, son personas no seres de otro mundo —dijo mirándome fijamente y con el entrecejo fruncido. Su tono de voz se había endurecido.

—Lo siento Peter, pero yo no me siento segura, pienso que voy a meter la pata en cualquier momento, que voy a hacer el ridículo y, ahora —le dije mientras le acariciaba la cara—, temo dejarte en evidencia.

—Tú eres perfecta, no vas a meter la pata ni mucho menos dejarme en evidencia, no me avergüenzo de ti, eso son chorradas, por favor, deja de pensar así —lo miré suplicante—. Vale, no se lo diré a nadie. No sé cuánto tardarán en descubrirnos, pero vale. Me basta con estar contigo.

Llegué a casa y llamé a Héctor, como le prometí. Le conté todo. No estaba de acuerdo con mi decisión de llevarlo en secreto y me recordó lo que sucedió la última vez que tomé esa decisión, Sergio. Pero le pareció un paso adelante que me dejara llevar y no me cerrara en mí misma. «Paso a paso, ya irás viendo las cosas de otra forma y dejarás de pensar como hasta ahora», me intentó convencer. «Pase lo que pase, estoy aquí», me tranquilizó como siempre. Mi sujeción en mi vida. Algún día debería hacerle saber lo que significaba para mí. Qué haría sin él, sin sus consejos, sin su apoyo incondicional y sin su sujeción cada vez que me caía.

El lunes y el martes pasaron despacio, miré el móvil cada minuto, esperando algún mensaje de «te echo de menos», contestando algún «me vuelves loca», «hoy he soñado contigo», peticiones encubiertas: «te necesito cerca, no novia», sonrisas adolescentes, cosquilleos en el estómago, rubores escondidos, auto caricias que pretendían reproducir las sentidas horas antes, la respiración agitada al cerrar los ojos antes de dormir recordando el roce de nuestros cuerpos...

El miércoles pasó rápido y a las siete de la tarde llegaba el esperado mensaje: «Estoy abajo, ¿número y letra?», le contesté y sonó el timbre con su puntualidad británica. Nos besamos, nos quisimos y nos perdimos en el placer que habíamos echado de menos. Puse música, Pablo Alborán.

—Producto nacional, guapo —rio y se dejó hacer.

Lo desnudé, sus ojos me miraban expectantes, me desnudé y sus ojos se perdieron en mi cuerpo, se mordió el labio.

—Eres preciosa.

Como me gustaba cuando decía eso. Lo empujé ligeramente para que cayera en la cama, pero se quedó sentado, mejor. Su erección me exigía, acerqué mis labios besándola suavemente. Pasé mi lengua por ella humedeciéndola. Separé mis labios y la introduje en mi boca.

—¡Joder!

Sonreí. Jugué con la lengua y succioné cada vez que subía. Con mis manos acaricié sus ingles.

—¡Joder! ¡Joder!

Aceleré el ritmo jugando con mi mano derecha puesta en su erección. Echó la cabeza para atrás.

—¡Fuck!

Oh, Dios, en inglés. Apreté mis labios al oírle. A ese ritmo no tardaría en irse y no me importaba que lo hiciera.

—¡Para! ¡Para! Quiero terminar de otra forma —dijo entre gemidos.

Me separé lentamente no sin antes darle un beso en la punta.

—¡Como mandes! —dije en inglés.

Sus ojos se clavaron en los míos con perversión. Uy, le ponía que le hablara en inglés, lo mismo me debía tomar en serio lo de aprender el idioma.

Se levantó y me besó con una pasión inusual. Pasó su mano por debajo de mi muslo y me levantó la pierna que abrazó a su cintura. Sin separarse de mis labios introdujo en mí dos dedos.

—¿Siempre estás preparada?

Reí en una carcajada.

—¿Qué he dicho que sea tan gracioso? —me miró con el ceño fruncido.

—Pues que es lo típico que se pregunta en las novelas eróticas —levantó las cejas al oírlo—. Ahora es cuando ella dice: «para ti, siempre».

Con mis labios busqué de nuevo los suyos para no dejarle decir nada más. En pocos segundos noté como, de una embestida certera, entraba en mí. Gemí y eché la cabeza hacia atrás disfrutando del placer, él mordió mi labio de abajo y el placer se intensificó. Aquello iba a ser rápido porque él ya estaba a punto. Me lo confirmó la rapidez con la que entraba y salía. Llevé mi mano a mi entrepierna para ayudarme a llegar cuando él lo hiciera. Como ya imaginaba, al poco, él daba un gemido sordo al aire y yo notaba el calor en mi interior. Eso me hizo arder sin control y sentí que me temblaban las piernas. Y grité, yo grité. Mis contracciones le hicieron gemir.

—¡Oh, Dios! —jadeó.

Mi pierna derecha había aguantado todo el peso del orgasmo y me temblaba sin control. Me tiré a la cama boca arriba con los brazos abiertos intentando recuperar el aliento. Él fue al baño.

—Tus vecinos habrán alucinado un poco.

—Recuérdame que la próxima vez grite más. Ojo por ojo.

Él no entendía nada, pero yo sonreía de satisfacción. Orgasmos por golpes, el trato era más que justo.

Cenamos en uno de los bares del barrio.

—Esto se podría considerar hacerlo público —dijo con sonrisa pícara cuando nos trajeron la hamburguesa.

—Como el café y el chocolate con churros de nuestras no citas —contesté.

Hablamos del mundo, de la actualidad, me contó vergüenzas y desvergüenzas de lo que ya habíamos catalogado como «su mundo» con la intención de banalizarlo para que yo no lo viera tan inaccesible. Volvimos a casa, volvimos a hacer el amor y nos quedamos dormidos abrazados.

Se nos olvidó bajar la persiana y desperté con la luz que entraba por la ventana. Busqué el reloj, eran las siete. Lo miré, era tan guapo, tan perfecto, tan Peter. Respiraba profundo. No podría volver a dormirme, así que me levanté y me puse la ropa para ir a correr. No sabía si despertarlo. Así, tumbado en mi cama, solo tenía ganas de besarlo entero.

—Peter —dije bajito, el gruñó—, me voy a correr. Si te despiertas antes de que venga, tienes desayuno en la cocina, busca por los armarios —volvió a gruñir, le di un beso y me fui a correr.

Cuando volví estaba preparando tortitas. Me duché rápido y volví a la cocina. Mientras desayunábamos me preguntó qué iba a hacer el fin de semana.

—No tengo planes, aunque me gustaría quedar con Héctor, hace dos semanas que no lo veo.

—Bueno, te iba a proponer que lo pasáramos juntos, en mi casa. Además, había pensado en llevarte mañana a un sitio —dijo serio.

—¿Una sorpresa? No me gustan las sorpresas, nunca salen bien —dije tan negativa como siempre.

—Me dijiste que te ibas a dejar llevar, ¿no? ¿Confías en mí?

—Vale. ¿Tengo otra opción? —y le di un beso.

—Genial, pues lo único que necesito es que estés preparada a las tres y media, vendré a buscarte. Ah, y que lleves el DNI encima, tengo que justificar que eres mayor de edad y no estás en contra de tu voluntad —rio mientras me guiñaba un ojo.

—Que lleve el DNI no significa que no vaya en contra de mi voluntad —afirmó con la cabeza y un «bien visto». ¿Qué tengo que llevar?

—Nada, solo lo que te he dicho.

—¿No me llevo ropa? ¿Voy a ir por ahí desnuda?

—Mmmm, qué tentador —contestó con mirada lasciva.

—¿Qué ropa llevo? ¿Sport, elegante? ¿Cómo tengo que ir vestida? —pregunté impaciente.

—Ninguna en especial, normal, como vas tú siempre, preciosa —me dio un beso y se levantó—. Me voy, que tengo que trabajar, aunque sea un poco, si no se me acumulará y tendré que acostarme tarde.

—Hasta las tres y media.

—Hasta las tres y media, preciosa.

Nos fundimos en uno de nuestros cálidos besos y se fue.

Llamé a Héctor, ya que no le iba a ver ese fin de semana intentaría quedar con él esa tarde. Nos veríamos a las seis en su casa, sus padres se habían bajado a Málaga y tendríamos sesión de películas y palomitas.

Resultó tan reconfortante como siempre, su compañía, palomitas de mantequilla, cerveza fría de la tierra y películas, primero una de ciencia ficción, luego una romántica típica americana. Después estuvimos hablando de nosotros, de Peter y de mí, elucubrando sobre la sorpresa. Una opción era ir al teatro, otra a un hotel de esos que tienen piscina en la habitación, entre risas e imaginaciones llegamos a pensar en un viaje a la luna o ir a casa de sus padres.

—No tengo pensado conocer a los suegros todavía, es muy pronto, primero prefiero viajar a la luna —rompimos en carcajadas.

Era la una de la mañana cuando miramos el reloj. Me despedí rápido, tendría que dormir al menos seis horas si no quería estar cansada al día siguiente, tenía que viajar a la luna descansada. Cuando me metí en la cama su olor me inundó. El lado en el que él había dormido había guardado su aroma como un regalo. Me acerqué y respiré profundo, pensé que me abrazaba y me quedé dormida.

Sonó el despertador a las siete y media y lo apagué con un sueño terrible. Me volví al lugar donde había dormido mi chico hacía un día, respiré profundo y me volví a quedar dormida.

Me desperté, ya descansada, miré el reloj. Eran las doce. Me levanté como un resorte, y me fui volando al despacho, encendí el ordenador y abrí el email. El corazón me latía a mil, nunca había llegado tarde al trabajo, al resto de cosas sí, al trabajo nunca. No había correos, menos mal. Cogí el móvil y le mandé un mensaje: «He llegado tarde a trabajar por tu culpa». Contestó enseguida: «Jajaja, cómo puede ser eso si ni siquiera he pasado la noche contigo. Además, teletrabajas, es imposible que llegues tarde. Buenos días, preciosa». Si es que me derretía...: «Me acabo de levantar, algo muy raro en mí, nunca duermo hasta tan tarde», «Tú no estabas, pero sí tu olor», «Buenos días, mi chico». Me sorprendí escribiendo eso último, pero si me iba a dejar llevar esta era una de las señales de que algo estaba consiguiendo. «Jajaja, yo también he dormido con tu olor, Cintia quiso cambiar las sábanas, pero no la he dejado», «Deseando verte esta tarde, no novia», «¿Puedo llamarte mi chica?». Contesté: «Si yo lo he hecho, entiendo que tú también

podrás», y puse el emoticono de un beso. Me contestó con el emoticono de un corazón morado y un «Impaciente por verte». Escribí un rápido «Voy a trabajar algo o no estaré lista a las tres y media», no había forma de quitarme esa sonrisa tonta de la cara. «Te veo en tres horas mi chica», me respondió. Dejé el móvil en un lado y me puse con los artículos.

Eran las dos y media y no había comido nada, se me había olvidado incluso desayunar, o almorzar, porque a las doce ya no se le puede llamar desayuno, precisamente. Quedaba una hora para que llegara Peter, seguía en pijama y tenía que terminar al menos otro artículo. Atraqué la nevera cogiendo sobras en táperes, queso, membrillo, un plátano y un yogur. Medio calenté la comida y me la llevé al despacho. Me sorprendí riéndome de mí misma, yo no era así, yo era más cuadrículada: mi hora de despertar, mis horas de trabajo, una hora para comer, media para descansar y terminar el trabajo que quedara pendiente si no me había cundido la mañana. Y en ese momento me veía trabajando a maticaballo con dos táperes encima del escritorio, el pijama puesto y con menos de una hora de tiempo para prepararme e irme con el hombre que me volvía loca. Me puse una alarma a las tres y diez por si se me pasaba la hora.

Cuando sonó la alarma ya había terminado el artículo, había vaciado los táperes y me quedaba por terminar el yogur, me lo comería mientras me cambiaba. Ese era otro dilema, qué ponerme, dónde me llevaba. Opté por unos vaqueros, una camiseta básica blanca, las sandalias blancas y la mochila. Cuando terminé de recoger todo miré el reloj, bien, las tres y veintinueve. Me paré a pensar qué me faltaba, el móvil, lo llevaba, el DNI también, cogí una batería portátil para el móvil y comprobé que el monedero también estaba en la mochila. «Con esto podré sobrevivir, ¿no? Móvil, dinero y DNI. Con eso se sobrevive». Las tres y treintauno, el móvil sonaba: «¿Lista? Puntualidad británica». Contesté: «Bajando...». Me sentí orgullosa de haber conseguido reducir mi tiempo de retaso y me sonreí.

Cuando llegué abajo me peiné con los dedos y volé hacia el coche de Peter.

—¿Crees que así voy bien para ir a quién sabe dónde me llevas?

Lo besé con toda la pasión que se había acumulado tras estar oliéndolo toda la noche.

—Preciosa, como siempre.



Llevábamos más de media hora en el coche, camino de Madrid. Peter me miraba de vez en cuando sonriendo.

—Vale ya. Deja de mirarme así. No, no sé dónde me llevas y no puedo adivinarlo porque ir camino de Madrid abre mil posibilidades. Desde Madrid salen la mayoría de las carreteras a cualquier punto de España. Si decides ir a cualquier sitio cercano de Madrid, las posibilidades son inmensas. Y si vamos a Madrid son miles los planes a los que se puede optar —le dije de forma rápida, nerviosa, ansiosa. No dijo nada, solo rio, lo que me puso más nerviosa—. ¿He acertado en algo?

—Pero si no has dicho nada.

Llamó por teléfono con el manos libres del coche.

—¿Sí? —contestó un chico al otro lado del teléfono.

—Llegaré en unos cinco minutos. Es un Mercedes CLS blanco, a nombre de Peter.

—Sí, para recoger a las cuatro y cuarto —confirmó el chico.

—Eso es. Lo recogéis al final, donde siempre, ¿verdad? —dijo impaciente.

—Sí, ya están allí nuestros compañeros.

—Perfecto, muchas gracias —colgó y me miró—. Ya queda poco.

Cinco minutos, para ser exactos. Seguíamos de camino a Madrid. Cogió la salida de la M40. Había decidido dejar de pensar porque eran muchas las opciones. Volvió a desviarse en la siguiente bifurcación camino de la carretera de las terminales del aeropuerto. Eso no significaba nada, una vez que Ana y yo quisimos ir a un centro comercial cercano a la A2 yendo por la M40, nos equivocamos y cogimos esa salida, no supimos cómo, pero acabamos en la Gran Vía. Me reí recordando la odisea de aquel día.

—¿De qué te ríes? —preguntó extrañado.

—Recuerdos que me acaban de llegar a la mente.

Entonces se desvió a la salida que llevaba a la T1, después se colocó en el carril de «salidas». El aeropuerto. No podía ser. Me volví hacia él asustada.

—¿El aeropuerto? Esto es una broma, ¿verdad, Peter?

—No, claro que no —me miró sonriendo.

—Peter, no puede ser verdad. No vamos a coger un avión, ¿no?

La angustia y el miedo empezaban a invadirme.

—Podríamos coger un helicóptero, pero prefiero los aviones —dijo mientras aparcaba.

—Peter, yo no... —no me dejó acabar.

Se bajó del coche y se puso a hablar con unos chicos de polo rojo que estaban en la acera. Les dio las llaves del coche y entendí que debía bajarme.

Allí estaba yo, en la acera, mientras veía pasar todo lentamente. Los chicos de rojo hacían fotos al coche, Peter hablaba con ellos, se acercaba al maletero y sacaba una maleta. Les daba la mano y las gracias y se despedía hasta el domingo. ¿Domingo? Me cogió de la mano y me arrastró hacia la terminal. ¿Domingo? Entonces sí íbamos a coger un avión, no uno, no, dos.

—Peter...

—Vamos, cielo, tenemos tiempo, pero tenemos que ver primero cuál es la puerta de embarque —dijo sonriendo casi sin mirarme.

A mí el pánico ya me había invadido, ni siquiera caí en que me había llamado «cielo».

—Peter —me paré en seco justo a la entrada de la terminal y me miró extrañado—, tengo pánico a los aviones.

Mi cara debía de estar descompuesta, porque la suya cambió a una expresión de preocupación. Me abrazó y eso me tranquilizó.

—Sara, no va a pasar nada. Yo estoy contigo —me cogió las dos manos y las besó—. No te voy a soltar, jamás.

Me besó, me tranquilizó, realmente aplacó algo el pánico. Me rodeó con el brazo y entramos a la terminal. Miró la pantalla donde aparecían todos los vuelos.

—Puerta 45. Vamos, tenemos que pasar el control. ¿Llevas algún líquido?

—Sí, una botella de agua —dije confusa.

—Tendrás que tirarla. ¿No llevas ningún líquido más?

—Un litro de güisqui. Al menos eso es lo que creo necesitar ahora mismo —dije con sarcasmo.

Pasamos el control, donde me hicieron quitar las sandalias y ponerme unos plastiquitos en los pies, el suelo estaba frío, muy frío, así que pasé rápido. Peter pasó detrás de mí. «Ves, no ha pasado nada», me susurró al oído. Entonces me di cuenta, no llevaba ropa. No llevaba maleta. No llevaba nada.

—Peter, te he oído que volvemos el domingo. No tengo nada más que lo puesto. No tengo ropa para cambiarme, ni zapatos, pijama, ropa íntima, esponja, nada.

—Vaya, la esponja, eso era lo que se me olvidaba. El pijama no te va a hacer falta —dijo mientras me guiñaba un ojo y el fuego empezó a invadirme adivinando cómo serían las noches—, y por el resto no te preocupes, está todo aquí —dijo golpeando la maleta—, y lo que falte, se compra.

Me quedé con la boca abierta y quieta sin saber qué decir.

—¿Tú tienes mi ropa...?

—Vamos, tendremos que comprar agua, crema para ti, de cara y cuerpo, eso no me atreví a cogerlo, y perfume —dijo mientras se dirigía al *duty free*.

—¿Cogerlo? —pregunté quieta sin moverme.

—Ayer por la mañana, cuando te fuiste a correr, no estaba tan dormido como pensabas, me levanté y cogí varias cosas, espero no haberme equivocado y espero que no falte nada. Pero si falta se compra, no pasa nada —dijo volviéndose—. Venga, ¿confías en mí?

—Suena un poco de locos.

—Lo sé, y nunca había hecho esto, a mí también me parece una locura, pero es una locura que quiero hacer. Que quiero hacer contigo —dijo sonriendo ilusionado.

Se fue hacia la zona de los cepillos de dientes y la pasta. Efectivamente era una locura. Y el miedo no me dejaba verla, estaba empezando a ponerme a la defensiva e irascible, aunque aún no

había explotado. Entonces respiré hondo tres veces, como siempre me dice Héctor que haga, miré a mi alrededor y vi a gente corriendo de un lado a otro, gente que reía, gente seria, gente que hablaba a voces. ¿Cuántos de ellos habrían soñado alguna vez con que el amor de su vida les diera una sorpresa y les subiera en un avión a quién sabe qué lugar? ¿El amor de su vida? ¿Era el amor de mi vida? Eso era lo de menos, el miedo era controlable, o tu peor enemigo y simplemente cabría rendirse a él. Yo tenía lo que muchos querrían, y tenía lo que hacía tiempo había deseado. Tenía a un chico, mi chico, el que me traía loca desde hacía unos meses, del que estaba enganchada desde hacía una semana, dándome una sorpresa, llevándome a quién sabe dónde, con él. Se había esforzado en preparar la sorpresa, buscar mis datos sin que me enterara y cogerme la ropa del armario sin yo darme cuenta. La noche de antes Héctor y yo fantaseábamos con un viaje a la luna y ahí lo tenía, brindándome un viaje, no a la luna, pero sí con él.

Llevaba un rato hablándome pero no le estaba escuchando. Me tiré a él y lo abracé, lo abracé muy fuerte. Del ímpetu se le cayó lo que llevaba en la mano. Lo miré a los ojos y lo besé con toda la pasión del mundo. Tardó en reaccionar, cuando lo hizo me abrazó fuerte mientras nos besábamos.

—Gracias —le dije mirándolo a los ojos—. Gracias.

—Pero si aún no sabes dónde te llevo.

—Me da igual el destino, mientras sea contigo.

Entonces fue él el que me besó como no lo había hecho hasta entonces.

—Seguro que nos está mirando todo el mundo —le dije mientras apoyábamos frente contra frente.

—Nos estarán mirando de envidia que tienen. Será mejor que hagamos como si nada y sigamos buscando la pasta.

—¿Qué pasta? —me reí a carcajadas—. No me he enterado de nada lo que me estabas contando. ¿De qué pasta hablas?

Seguí riendo a carcajadas mientras él se contagiaba de la risa.

Cogimos cepillo de dientes para mí, pasta de dientes, un guante de baño, crema para la cara y para el cuerpo y un cepillo pequeño, de viaje, para el pelo.

—Venga, elige fragancia. ¿Cuál te gusta? —dijo señalando la estantería.

—Es que son muy caras, ¿no las hay más baratas?

—Da igual lo que cuesten, elige la que te guste.

—Bueno a mí siempre me han gustado la de Ralph Lauren Blue y la de Ultraviolet de Paco Rabanne —dije tímida—. Pero me vale con cualquiera, la más barata.

Me miró levantando una ceja.

—Las dos.

Cogió las dos cajas, las metió en la cesta y se dirigió a la caja.

—No, no, no. Una. Las dos no. La de Ralph Lauren solo —dije mientras tiraba de la cesta.

—Hay qué fastidiarse... Que lo pago yo y yo digo que cogemos las dos. Si te parecen muchas en tu casa, dejamos una en la mía.

Dejó todo en la cinta de la caja y pagó, cogió la bolsa y se volvió hacia mí que aún seguía petrificada pensando en lo último que había dicho.

—Y ahora, ¿qué pasa?

Tenía razón, y ahora qué pasaba, pues nada porque no había pasado nada, pero mis miedos habían vuelto, él tenía planes de futuro y yo simplemente me estaba dejando llevar, y eso me daba

miedo, no iba a salir bien. Respiré hondo. Él se acercó preocupado y me acarició el brazo. Era como un bálsamo, me relajaba y me alejaba de mis pensamientos.

—Se supone que se empieza por dejar el cepillo de dientes, no el perfume —dije intentando poner algo de humor.

—Sí, pero es que tu cepillo ya lo tengo —dijo levantando la bolsa.

Le di la mano y nos dirigimos a la puerta de embarque.

—Esta es.

—Madre mía, qué cola —señalé.

—No pasa nada, tenemos prioridad de embarque.

Me lo tenía que haber supuesto, cómo no. Seguimos la cola hasta que llegamos a la puerta donde estaba la pantalla.

—¿Roma?! —exclamé.

Muchos se me quedaron mirando.

—¿Te gusta? —preguntó sonriendo.

—¡Me encanta! ¡Me encanta Italia! ¡Me encanta Roma!

Me lancé a sus brazos y le di un casto beso, había mucha gente mirando.

—¿Has estado ya en Roma?

—Sí, hace años con el colegio, también he estado en Milán y otras ciudades de Italia.

—Entonces has viajado más veces en avión —dijo intrigado.

—Sí... me gustaba mucho montar en avión, me gusta viajar, pero un mal vuelo de cinco horas me creó un pánico irracional. Cuando no me queda más remedio que volar suelo tomarme un lorazepam o medio, dependiendo de lo largo o corto que sea el vuelo.

—Hoy yo seré tu lorazepam. No pasará nada —dijo mientras me abrazaba.

—¿Oye! —hice una pausa—. ¡Mi madre!

—Tu madre, ¿qué? —dijo poniendo una mueca rara.

—Que no sabe nada, no la he avisado. Pero si le digo que me voy con un chico que no conoce y con el que llevo una semana me va a decir que estoy loca —dije exaltada.

—Pues llámala y díselo.

—No, no. No puede saber nada. ¿Tú sabes el sermón que me echaría? Que si: «cómo se te ocurre, no le conoces de nada, se quiere aprovechar de ti. Cómo no me has dicho nada.» Que, si: «¿no piensas las cosas antes de hacerlas, hija? ¿Era necesario? ¿No te he enseñado a pensar antes de tomar decisiones? ¿Qué pensaría tu padre?». No había hablado con ella, pero me sentía como si todo eso me lo hubiera dicho y entonces le di la razón. Siempre tenía razón en todo. Y yo me sentía tan culpable, culpable de fallarla, culpable de no hacer las cosas bien. Y si pasaba algo y ella ni siquiera sabía dónde estaba, no me lo perdonaría nunca. La angustia empezó a presionar los remordimientos. Era adulta e independiente, pero seguía sintiendo que no podía decepcionar a mi madre. Peter me sacó de mis pensamientos.

—Madres... —dijo poniendo los ojos en blanco—. Bueno, pues díselo a tu hermano —dijo riendo.

—No, no le voy a poner en ese compromiso. Se lo diré a Héctor.

Peter me miraba divertido. A ese tipo de problemas mundanos era a los que me refería cuando hablaba de necesidades diferentes. ¿Sus padres sabrían algo del viaje?

En ese momento una mujer se puso a hablar por la megafonía anunciando que se abría la puerta de embarque y que los que tenían prioridad pasarían por el lado izquierdo del mostrador. Una

pareja fue la primera en pasar. Detrás de ellos había una familia con dos niños, de unos siete y cinco años. Después estábamos nosotros.

—El DNI, cielo —me recordó Peter mientras me daba la tarjeta de embarque.

Se lo enseñé a la azafata y pasamos. Mi miedo a volar volvía, se me empezaban a entumecer las piernas y se me aceleraban las pulsaciones. Peter me dio la mano y avanzamos por el pasillo endeble que llevaba al avión. Una azafata en la puerta nos saludaba en italiano: «Salve, benvenuti». «Salve», contesté casi sin voz. Peter llegó a los asientos y metió la maleta arriba, como éramos los primeros no había problemas para buscarle un hueco.

—¿Ventana? —me preguntó, pero me sonó tan lejano.

—Me da igual —contesté casi automáticamente. Sentía frío.

—Ventana, entonces —dijo.

Entré como un autómatas y me senté. Dejé la mochila en los pies, cogí el móvil: «No es la luna, pero sí Roma.», «Te aviso cuando lleguemos», escribí a Héctor con las manos temblorosas. Empecé a sudar y comencé a notar un tembleque en el cuerpo que no podía controlar. Apagué el móvil y me abroché el cinturón, el «ordena cadáveres», como decían en un monólogo. Un escalofrío recorrió mi cuerpo de abajo a arriba. Habíamos sido los primeros en entrar, aún quedaba mucho hasta que montaran todos los pasajeros y aquel amasijo de hierros se moviera.

—¿Estás bien? —preguntó Peter a lo lejos, o eso me parecía a mí, mientras me cogía la mano.

—Como una reina.

El sarcasmo salía solo cuando me encontraba en momentos de tensión.

Me soltó la mano y se puso a contestar mensajes en el móvil ajeno a mi ironía y a mi estado.

No supe cuánto tiempo había pasado cuando una azafata empezó a hablar por el interfono. Primero en italiano y luego en inglés, confirmaba el destino del vuelo, las horas y pedía por favor que estuviéramos atentos a las instrucciones de sus compañeros. También informaba de que pasarían con comida y bebida durante el vuelo. Me sorprendió saber que no tenía el italiano tan oxidado como pensaba y me reí al no entender nada de lo que decía en inglés, qué desastre. Había tenido la mente en blanco todo ese tiempo y había conseguido abstraerme. Sabía que Peter llevaba un rato hablándome, pero no conseguía escuchar lo que me decía. El avión empezó a moverse, unos auxiliares de vuelo se pusieron en el pasillo haciendo una coreografía más que ensayada de qué hacer en caso de emergencia. «Mira tú, correr, nadar o morir. Si esto cae desde tan alto no salimos de aquí ninguno con vida», «tan positiva como siempre», me respondí a mí misma. Me agarré fuerte a los reposabrazos. Cerré fuerte los ojos e intenté respirar, pero me era muy difícil. Empecé a respirar más rápido. Entonces noté la mano de Peter en la mía, levantó el reposabrazos y me recosté en él, me abrazó con un brazo y me agarró las manos con la suya. Me dio varios besos en el pelo. Conseguí escuchar: «tranquila, no va a pasar nada», «estoy aquí». Mi cuerpo empezaba a relajarse cuando el avión se paró y empezaron a oírse más fuerte los motores. Era el momento del despegue. Todos los pilotos aseguran que el despegue, el aterrizaje y las turbulencias eran las situaciones más delicadas y peligrosas de un vuelo. Empecé a temblar como una niña pequeña. Peter me abrazó más fuerte. El avión empezó a elevarse y él me acarició la cara. Como si del remedio más efectivo a las fobias se tratara, dejé de temblar y mi cuerpo se empezó a relajar. Se fueron los pensamientos negativos de mi mente. Levanté la cabeza y lo miré a esos ojos que me miraban fijamente y que eran mi tabla de salvación a todos los miedos que me acechaban. Me dio un beso suave y rápido en la frente.

—Si miras por la ventana, y ves que no pasa nada, te será más fácil —me dijo susurrando.

Le hice caso y me volví hacia la ventana, sin soltar su mano. Él se pegó a mí en el poco espacio

que había en los asientos.

—Mira, eso es Madrid, ahora girará y hará el camino casi recto hasta Roma.

Las alas del avión giraron y dejé de ver tierra para solo ver cielo. Di un respingo y me agarré fuerte a Peter que me cobijaba entre sus brazos. Al rato el avión se estabilizó y sonó un pitido que avisaba de que ya se podían desabrochar los cinturones. Peter se lo quitó.

—Ya te lo puedes quitar —me dijo.

—Claro, porque si caemos desde esta altura hay más posibilidades de sobrevivir sin él que con él. Bueno, si caemos desde esta altura no hay ninguna posibilidad de nada.

Peter rio.

—Anda ven, acurrúcate y relájate.

Hice lo que me dijo. Doblé las piernas encima del asiento, me acomodé como pude en ese pequeñísimo espacio y me relajé impregnada de su olor.

Me desperté al sentir un beso en el pelo.

—Buenos días, preciosa —me susurró—. Has dormido casi dos horas. Mira, desde aquí se puede ver cómo empieza a bajar el sol.

—¿Has estado sin moverte todo este tiempo? Gracias...

—No hay de qué. Es un gusto si eres tú la que está entre mis brazos —dijo mientras me peinaba con sus dedos.

Aquellas frases románticas que decía de vez en cuando me atravesaban el corazón haciendo su hueco aún más grande.

Miré por la ventana. El paisaje era precioso. Íbamos por encima de las nubes, pero se podían vislumbrar colores amarillentos bajo ellas.

—No quedará mucho para aterrizar, veremos el atardecer al descender.

—Otro atardecer que veo contigo.

Le sonreí y me besó. El deseo volvió a encenderse y me distanció de la realidad.

La azafata volvió a hablar en italiano diciendo que estábamos a punto de aterrizar y que debíamos abrocharnos los cinturones. Después sonó el pitido y se encendió el piloto de los cinturones en la parte superior de la cabina. La azafata se paseó por el pasillo revisando que los lleváramos puestos.

Tardó varios minutos en descender y las vistas resultaban preciosas. Peter me abrazaba mientras me daba besos. Sin duda el mejor lorazepam que podía tomar, el mejor antídoto para mi enfermedad. Según nos acercábamos a la pista me fui poniendo tensa, me agarré fuerte a los brazos de Peter que me recogían entre ellos y él apretó su abrazo. El aterrizaje fue lento y limpio, sin bajadas bruscas ni botes. La gente aplaudió y yo me relajé. Me pesaba tanto el cuerpo de la tensión acumulada que me costaba moverme.

—No ha sido tan malo, ¿no? Seguimos todos vivos, a no ser que esto sea un vuelo fantasma —rio mientras se quitaba el cinturón, sacaba el móvil y lo encendía—. En cuanto pare no tardaremos en salir.

Cogí la mochila, saqué el móvil y lo encendí. Tardaba en coger red así que lo volví a meter en la mochila. Empezaron a levantarse los pasajeros.

—Vamos, ya salimos —se levantó, salió al pasillo y sacó la maleta de arriba—. ¿No te dejas nada? —me preguntó mientras me levantaba.

Giré instintivamente la cabeza y negué.

Cuando salimos a la terminal, Peter se acercó a un hombre que llevaba un cartel con un nombre en inglés. Hablaron en inglés y nos fuimos a un coche que nos esperaba fuera.

—¿Keeley? —pregunté intrigada.

—Mi padre es inglés. ¿De dónde te pensabas que venía mi nombre?

—Pues no sé, de alguna moda de poner nombres extranjeros, ya sabes, como Dylan o Steve — dije riendo.

Él también rio.

En algo más de media hora llegábamos al hotel. Un lujoso hotel al lado del Coliseo. La habitación era enorme, una cama King presidía desde el centro, delante de esta había una bañera de hidromasaje. Desde la ventana se podía ver el imponente Coliseo.

—¡Madre mía, esto es precioso! ¿Cuánto te ha costado? —dije exaltada.

—Y qué más da eso. Lo importante es que te gusta y que estamos aquí los dos, juntos.

Nuestros labios se juntaron encendiendo ese fuego que solo pedía más oxígeno para seguir prendiendo. Y así lo hicimos, me desnudó poco a poco y nos fuimos disfrutando despacio. Saboreando cada centímetro de nuestro cuerpo. Respirando cada uno de nuestros poros. Sintiendo la electricidad cada vez que nuestros cuerpos se rozaban. Nos disfrutamos lentamente, me senté a horcajadas encima de él y subiendo y bajando con delicadeza cargamos de energía nuestros cuerpos que explotaron cuando Peter empezó a moverme a su antojo acelerando el ritmo.

Nunca renunciaría a esos brazos que ahora me acurrucaban en aquella preciosa estancia. El Coliseo, ya iluminado en la entrada noche, nos recordaba lo pequeños que éramos y las grandezas que podemos construir. Y así me sentía yo, pequeña, pero con grandes expectativas.

Me levanté envuelta con la sábana y me acerqué a la ventana. Me quedé hechizada viendo el gigante de piedra. Los últimos rayos de sol se habían ido y quedaban los colores rosas, morados y azules que pintaban el cielo como si fuera un lienzo relajante. Era algo hipnótico. De repente oí la cámara de Peter.

—No me estarás haciendo fotos sin mi permiso... —le dije sin girarme.

—Ahora te las enseño, son preciosas con esos últimos colores del atardecer —dijo concentrado. Y siguió haciendo fotos—. Gira la cabeza un poco hacia mí, pero no mucho —así lo hice—. Ahora una en la que no se te vea la cara, gírala hacia el otro lado —hice lo que me decía—. No tanto, un poco menos —hizo una pausa—. Preciosa, simplemente preciosa. La voy a subir a las redes sociales.

—¿Qué? Ni hablar —dije volviéndome y saliendo de mi ensimismamiento.

—Sí no se te ve. Nadie tiene por qué adivinar que eres tú. Además, no tenemos a mucha gente en común.

—La suficiente para que algo nos delate —dije no muy convencida.

—Ven, mírala. Es tan bonita que no puedo quedármela solo para mí.

Volví a la cama todavía envuelta en la sábana. Tenía razón, la foto era preciosa. Cogí mi móvil e hice la misma foto sin mí y sin las calidades de la cámara ni la profesionalidad de Peter.

—Tienes razón, es preciosa. Venga, súbela —le enseñé el móvil—. ¿Te gusta la mía? La subiré también a la red, pero ya el lunes.



—Ahí falta la modelo, los colores... Y ya es de noche.

Pasó su dedo pulgar por mi mejilla.

—Ya verás lo bonita que me queda al amanecer —reí con ganas y me volví a recostar—. Son más de las nueve. Deberíamos vestirnos y salir a cenar, aquí hace rato que los italianos han terminado el postre —le dije mientras recorría su pecho con mi dedo índice.

—No te preocupes, hoy cenamos en el hotel —hizo una pausa—. Pero sí, deberíamos vestirnos.

Me apartó, se levantó, se agachó para darme un beso desde el borde de la cama y empezó a vestirse.

No le podía quitar ojo y, aunque tenía hambre por toda la tensión acumulada en el avión, no tenía ninguna gana de salir de la burbuja en la que estaba.

—Vamos —me dijo con ternura, pero no me moví—. ¿Pasa algo? —preguntó desconcertado.

—Que prefiero disfrutar de las vistas que tengo ahora —dije mientras lo miraba de arriba abajo de forma lasciva.

Se acercó por mi lado de la cama, me cogió en brazos y me puso de pie en el suelo mientras reíamos.

—O te vistes o te llevo así al restaurante.

Empecé a vestirme rápidamente siguiéndole el juego, me peiné, me puse los zapatos y me coloqué en la puerta.

—Vamos lento, que siempre hay que esperarte.

Puse los ojos en blanco. Eso le hizo reír.

—Puntualidad británica, preciosa —me besó y salimos de la habitación.

El restaurante estaba en la azotea. La imagen era simplemente fascinante. El Colosso se levantaba frente a nosotros con un cielo azul noche y una iluminación que le hacía justicia y resaltaba su grandeza. Era un sitio muy romántico.

Tras la cena decidimos bajar a dar un paseo. Pasé antes por la habitación a por una americana que Peter había cogido con gran acierto. Bajamos a los jardines que rodean el Coliseo y dimos la vuelta entera. En una zona, entre el Coliseo y el Arco de Constantino, había una piedra en la que no había nadie. Nos sentamos, pero preferí tumbarme para admirar aquella maravilla del mundo desde abajo. Él hizo lo mismo colocando su cuerpo en el lado contrario al mío de forma que nuestras manos derechas se juntaron.

—Cuántas historias guardarán estas piedras. Siglos y siglos de historias, muertes, amistades, romances, incluso nacimientos seguramente. La nuestra solo es otra más —dije totalmente embobada.

Los dos guardamos silencio durante minutos navegando cada uno en sus pensamientos. Me apreté la mano y yo sonreí.

—Peter...

—Dime —dijo con una calma deliciosa.

—Sí —respondí sonriendo.

—Sí, ¿qué? —dijo sin salir de su calma.

—Que acepto ser tu novia.

Se levantó como un resorte y me miró fijamente con una sonrisa de oreja a oreja. Una sonrisa preciosa que iluminaba mis oscuridades.

—No es broma, ¿no? —dijo llevándose mi mano a su boca y acariciándome los nudillos con sus labios.

—No, no es broma. Te dije que me iba a dejar llevar y eso hago. Además, he de reconocer que

la sorpresa está muy trabajada.

—¿Te ha gustado de verdad? Por un momento pensé que no cogíamos el avión.

Me sonrió. Me levanté, deslicé mi otra mano por su nuca y jugué con su pelo. «Lo siento», le dije con la mirada, supe que lo había entendido cuando me besó como él solo sabía hacerlo.

Paseamos por las calles del centro de Roma, despacio, tranquilos, invadidos por una paz tranquilizadora. Allí nadie nos conocía y nos sentíamos libres y seguros o, mejor dicho, yo me sentía libre de miradas y comentarios. Era feliz. Después de mucho tiempo, podía asegurar que era plenamente feliz.

Al día siguiente despertamos tarde, alquilamos una vespa y recorrimos Roma. Peter conducía por las calles de la ciudad como un romano más. Pasamos por el Coliseo dirección el For. Estuvimos callejeando hasta llegar a Piazza Spagna donde paramos. Subimos la escalinata e hicimos fotos desde todos los ángulos posibles, Peter hacía fotos. Allí sentados vimos cómo los turistas intentaban beber de la fuente y nos reímos.

—¿Nadie les va a decir que no hace falta que se agachen tanto? —dije y rio.

Bajé hasta la fuente y, a unos españoles que se estaban mojando, les expliqué que con tapar un agujero que había en un lateral, el agua saldría por otro conducto que les facilitaría beber sin problemas. Ellos me lo agradecieron mientras se reían y la mujer decía: «qué ridículo hemos hecho».

Volví a la escalera y vi que mi chico no dejaba de sacarme fotos.

—Hay culturas en las que creen que estos bichos del demonio —señalé la cámara cuando llegué a él—, te roban el alma.

Me puse delante de él y pasé mis manos por su cuello.

—Pues, entonces, hace tiempo que tengo la tuya —dijo hundiendo su cabeza entre mis piernas.

Grité de la sorpresa y la excitación y me retiré. Se rio de mí con ganas.

Volvimos a montar en la vespa dirección Piazza del Popolo donde no paramos y seguimos callejeando hasta la Fontana di Trevi. Tuvimos que dejar la moto fuera de la plaza. Bajamos hasta el borde de la fuente para tirar las monedas.

—Yo voy a pedir que estés conmigo para siempre —dijo sonriendo.

—¿Se puede pedir? Pensé que ya estaba estipulado cómo funcionaba esto. Si tiras una moneda: vuelves a Roma; yo ya la tiré y he vuelto; si tiras dos: te enamorarás de un italiano o italiana; y si tiras tres: te casarás con el amor de tu vida. Y hay que lanzar la moneda con la mano derecha sobre el hombro izquierdo —le conté.

—¿Se pueden echar varias en el mismo día o en diferentes ocasiones?

—Eso no lo sé, como queramos, supongo. Voy a optar por la opción de diferentes ocasiones. Así que, italianos, allá voy.

Tiré la moneda mientras Peter sacaba fotos.

—Te informo de que tengo nacionalidad inglesa, sangre española y propiedades en Italia. ¿Puedo pasar por italiano?

—Creo que no, lo siento —reí.

Obvié el comentario sobre la nacionalidad, aunque era algo que me debería contar llegado el momento. Me quedaba mucho por saber de él.

—Bien, pues como yo es la tercera vez que voy a lanzar la moneda, espero que se cumpla mi deseo.

Me dio un beso, le cogí la cámara y se colocó en posición. Hice fotos del momento mientras por mi mente daba vueltas el deseo que se correspondía con lanzar tres monedas. Un escalofrío

recorrió mi cuerpo y se me puso el vello de punta. Intenté borrar eso de mi cabeza.

En una de las esquinas de la plaza estaba la heladería que hacía los mejores helados que había probado en mi vida. Él eligió uno de chocolate y menta y yo uno de leche merengada. Esperamos a que alguno de los turistas se levantara para podernos sentar en la plaza. Estaba abarrotada.

Me llevó a comer a una trattoria escondida en un sótano no muy lejos de la Fontana di Trevi. Volvimos al hotel con ganas de entrar al jacuzzi y hacer uso de él para algo más que relajarnos.

Me descalcé y me fui quitando la ropa camino de la bañera redonda de hidromasaje que destacaba en la habitación. Mi ropa quedó esparcida por el suelo como miguitas de pan que indican el camino. Encendí el jacuzzi y las burbujas empezaron a brotar. Me giré para buscar a Peter que estaba apoyado sobre su lado derecho en el marco de la puerta.

—Bonito espectáculo —dijo sonriendo.

—¿No vienes? —dije entrando con la poca sensualidad que te da de margen entrar en una minipiscina redonda.

Levanté primero la pierna derecha, el agua aún estaba fría. Él se rio al ver mi cara, pero *the show must go on*. Metí la pierna izquierda y deseé que no tardara en calentarse el agua, sentarme allí iba a suponer un esfuerzo actoral para no hacer el ridículo. Peter, que se imaginaba lo que pasaría, miraba divertido esperando mi reacción. Cogí aire por la nariz sin que se notara mucho y me senté en el saliente de dentro.

—¡Joder!

Encogí la tripa y cogí más aire. Cómo podía estar tan fría.

Peter rompió en carcajadas. Qué ridículo. Me quité el tanga que me había dejado para que resultara más sensual la situación, esa que había quedado en un auténtico fracaso, lo cogí entre mis dedos y lo dejé caer con descaro fuera del agua.

—Podías dejar de reírte y venir a calentarme —levanté las cejas varias veces—. Aunque esto empieza a coger temperatura, tal vez ya no me haga falta.

El agua se calentaba rápido y con las burbujas se creaba un contraste de frío y calor muy apetecible.

—En ese caso me quedaré en la cama.

Colocó los cojines encima de la almohada, se descalzó y se recostó.

—Tú mismo.

Me estiré todo lo que pude para disfrutar del vaivén del agua. El aire salía con tanta fuerza que no me podía mantener fija en un sitio.

Miré a Peter, que me observaba con deseo mordiéndose el labio. Madre mía, cómo me encendía aquella mirada. Empecé a provocarle mordiéndome el labio, algo que yo no solía hacer. Me toqué los pechos con sensualidad y abrí mis piernas tocándome. Me recosté y apoyé la cabeza en el borde mientras sobreactuaba los jadeos. Peter abrió la boca de par en par. Se levantó y se desnudó con premura. Entró en el agua ya calentita, en todos los sentidos.

—De esto me encargo yo, nena.

Y tanto que se encargó. Dos orgasmos como dos soles en un crudo invierno, calientes, necesarios y disfrutados. El primero llegó cuando él acabó lo que yo había empezado. El segundo se esperó al suyo cuando yo, sentada sobre él, me movía de arriba abajo dejándome balancear por los movimientos del agua.

Nos echamos la siesta rendidos. Me desperté antes que él. Le quité la cámara y le hice varias fotos. Lo miré detenidamente. No sabía dónde había nacido, ni cuando, ni qué había hecho hasta

ese momento. Quise despejar mi mente, ya habría tiempo para conocerlo mejor, ese fin de semana prefería disfrutar. Me giré e hice una foto del Coliseo desde la ventana. Esa era muchísimo mejor que la que había hecho con mi móvil, aunque no tenía nada que ver con las que hacía Peter.

—Ya me has robado el corazón, ¿y no tienes suficiente que también me robas la cámara? —dijo sonriéndome con ternura. Me acerqué a él y lo besé—. ¿A ver qué has hecho? —me quitó la cámara de las manos—. Bueno, no está nada mal. Vaya, me has hecho un robado —dijo frunciendo el ceño y temí que se cabreara—. Has sacado mi perfil bueno. ¿Pongo esa cara mientras duermo? —preguntó riendo.

—La más bonita que he visto —le dije mientras me ponía encima de él—. Cuando puedas me mandas la última para subirla a las redes, es mejor que la que hice ayer.

Asintió tirando de mí hacia él. Me besó con fuerza. Me separó y se sentó.

—Vamos, que aún quedan cosas por ver.

—No —dije con pena hundiendo mis dedos en su pelo y buscando su boca—. Todo lo que quiero ver lo tengo aquí.

Se levantó de la cama conmigo a cuestas, con mis piernas rodeé su cintura para no caerme. Con una mano cogió su móvil, el mío, las llaves de la moto y se fue guardando las cosas en el bolsillo. Con el otro brazo me sujetaba por debajo de los muslos. Cogió la tarjeta del hotel y salimos de la habitación.

Intenté bajarme para no hacerle daño en la espalda, pero no me dejó. Entramos así en el ascensor, me apoyó contra la pared y me besó lento saboreando cada segundo. Mi excitación empezaba a ser notable cuando el ascensor se paró y entró más gente. Juntamos nuestras frentes mientras nos reímos. Me solté y me estiré la camiseta con la mano sin mirar a nadie. Peter, delante de mí, apoyó una mano en la pared del ascensor a modo de escudo quedando yo entre la pared y él. Se reía como un adolescente en clase cuando no quiere ser descubierto por el profesor. Le cogí la cara con las dos manos y saboreé esa risa escondida.

Cuando llegamos a recepción, pedimos los cascos y volvimos a nuestra ruta en vespa por Roma. Esa vez fuimos hasta el Panteón, seguimos hasta Piazza Navona donde paramos y tomamos un café. El sonido del agua de sus fuentes tenía un efecto relajante e hipnótico. Después, siguiendo el curso del río, llegamos al Trastevere donde aparcamos la moto para recorrer sus encantadoras calles andando. Anduve desinhibida, respirando el aroma que desprendían sus cafeterías y restaurantes, escuchando a su gente hablar y buscando entre los turistas a los romanos que allí vivían. Peter seguía haciendo fotos, dejé de seguir sus pasos durante un buen rato, no sabía ya cuál era el motivo de su objetivo. Empezaba a anochecer. Volvimos a por la moto y, bordeando el río, llegamos al Vaticano, de allí fuimos al Castillo de Sant'Angelo donde dejamos la vespa para recorrer el puente andando. Los colores del atardecer se fundían con los reflejos del río. Peter se volvió loco con las fotos.

—Menos mal que las cámaras ya no llevan carrete, si no, no darías abasto —le dije riendo.

—¡Menos mal! Intento captar los colores de la forma más realista, no quiero retocarlas luego, quiero que salgan tal cual. Pero es imposible que una máquina iguale a la naturaleza. Los obturadores no llegan a captar lo que sí consigue el ojo humano.

Asentí mientras me apoyaba en el puente disfrutando de la paleta de colores que se presentaba en el horizonte. Se levantó el aire y empezó a hacer frío. Me abracé.

No tardó en venir y rodearme con sus manos por la cintura de forma que sus brazos cubrían los míos aportándome un calor adicional. Me besó el cuello y me puso el vello de punta.

—¿Tienes frío? —dijo abrazándome más fuerte.

—Ya no —sonreí—. Sigue con los besos, por favor —le supliqué.

—A sus órdenes —dijo riendo.

Cerré los ojos y me concentré en lo que captaban el resto de mis sentidos. El aire golpeaba mi cara sin demasiada fuerza. En mis brazos podía notar el calor que me aportaban los brazos de Peter y el frío que traía el aire. Oía el dulce sonido de sus labios besando mi cuello y sentía su boca suave y delicada contra mi piel. Respiraba su olor, ese aroma que me envolvía y me transportaba a otro mundo. Respiré profundo y deseé que ese momento fuera eterno.

El domingo no tuvimos prisa por levantarnos. Peter llamó a recepción para que nos trajeran el desayuno a la habitación. Esos pequeños lujos que si no eran con él nunca viviría. Ese día Roma nos brindaba un sol de justicia. El calor era sofocante para esas fechas. Anduvimos por sus calles sin prisa intentando camuflarnos con su gente y alejarnos de los turistas. Los puestos de flores inundaban el ambiente con un olor primaveral delicioso. Aprovechamos los paseos para hablar de nosotros.

—Ayer dijiste que tenías nacionalidad inglesa pero sangre española. ¿Tu madre es española?

—Mi madre es española, mi padre inglés. Tengo sangre española porque soy adoptado y yo nací en España.

—Vaya mezcla —dije sin darle más importancia.

—¿No vas a preguntarme nada sobre lo de ser adoptado? —negué con la cabeza—. Todo el mundo lo hace, les parece un tema morboso.

—A mí no me lo parece. Héctor también es adoptado. No me parece extraño, raro, ni un tema por el que haya que realizar un interrogatorio. Cuéntame lo que tú creas que me tengas que contar o lo que me quieras contar, yo no te voy a preguntar —dije alzando los hombros.

—Entonces no te interesa saber si conozco a mi familia biológica o si soy un niño robado... Ahora está de moda esa pregunta, si eres adoptado parece que tienes que ser un niño robado.

—Es normal después de la que se montó hace años —me volví hacia él y lo abracé—. Me interesa todo de ti, pero solo si tú me lo cuentas, no te voy a poner una luz en la cara y preguntarte hasta que confieses el delito —reí.

—Eres, simplemente, fantástica.

Me cogió en volandas y dimos una vuelta riendo. Pasó su mano por debajo de mi pelo sujetándome la cabeza y me besó.

—Pues te las cuento yo —dijo cogiéndome de la mano y reanudando el paseo—. Mis padres vivían en Londres. Vinieron a Madrid para recogerme. Estuvieron aquí un mes o dos y se volvieron a Londres conmigo. Allí estuve hasta los catorce años, volvimos a España y aquí sigo. Ellos viajan bastante a Londres. Yo voy menos, una vez cada dos años o en Navidades porque no me queda más remedio —puso los ojos en blanco.

En ese momento entendí por qué me hacía referencia a su padre cuando hablábamos de té y su manía con la puntualidad británica. Había crecido con ella.

—¿Tenéis casa allí?

—Sí, tenemos casa. Algún día te llevaré —hizo una pausa larga—. También tenemos una casa en el País Vasco francés, que está alquilada; y otra en Milán que también está alquilada.

—¡Cómo no! —reí.

No es que Peter perteneciera a otro nivel social, es que estaba en otro nivel económico, tan alejado del mío que me daba miedo. Lo podía tener todo, lo tenía todo y me había elegido a mí. No quise pensar si yo era un capricho y aquellas frases románticas eran simplemente un regalo para mis oídos, o todo lo que me decía era verdad. Me había propuesto no pensar y dejarme llevar y así me obligué a hacerlo.

—¿Qué piensas? —preguntó mirándome a los ojos—. Todo eso no me importa si tú no estás conmigo.

Reí a carcajadas.

—¿Qué?

—Peter, solo llevamos juntos una semana. Nadie sabe qué pasará mañana. Estoy muy lejos de lo que tú eres, muy lejos. Pero ahora mismo me da igual —lo besé y le bastó—. Me toca. Yo no soy adoptada. Nací en Guadalajara hace treinta años, pero eso ya lo sabes. Tengo un hermano pequeño. Mi padre murió hace años por un problema cardíaco. Fue duro —tragué saliva y suspiré—. Mi madre es profesora de física y química en un instituto de Guadalajara y, entre tú y yo, siempre he odiado las ciencias. En bachillerato escogí letras puras y a mi madre no le gustó demasiado. Ahora me dedico a leer textos, revisarlos, corregirlos, escribirlos y lo que se tercié. Y me gano la vida con ello, por extraño que parezca.

—Buen resumen, aunque muchas cosas ya las sabía.

—Pues te cuento una novedad, pero no se la puedes decir a nadie porque es secreto. Tengo novio. Sí —reí—, contra todo pronóstico, tengo novio.

—Creo que eso también lo sabía ya... —rió y me rodeó con su brazo por encima del hombro. Me acercó a él.

Seguimos recorriendo Roma. Comimos en un restaurante cerca de Campo di Fiori. Volvimos al hotel tras una larga sobremesa. Recogimos las maletas que había dejado por la mañana en consigna y esperamos a que nos llevaran de vuelta al aeropuerto.

Empecé a ponerme nerviosa en cuanto pisamos la terminal. Peter me agarró fuerte por la cintura y no me soltó hasta que no fue necesario para pasar el control de seguridad. Pasé rápido y las chicas que había de seguridad ni me miraron.

Cuando llegamos a la puerta de embarque mi corazón latía desbocado y sin control. Mi respiración estaba descontrolada y empezaba a marearme. Peter me abrazó y hundí mi cabeza en su pecho. Aquel cuerpo y aquellos brazos me hacían sentir protegida. Me concentré en oler su fragancia, esa que alteraba todos mis sentidos. Noté que el ritmo de mi corazón cambiaba abriendo paso a la excitación. Me reí por dentro, pues no era el momento de pensar en sexo.

Una vez dentro del avión, Peter volvió a dejarme el asiento de la ventanilla. Me distrajo enseñándome las fotos que había hecho ese día, pero eran tantas que no me daría tiempo a verlas antes del despegue. En ese momento saqué mi móvil y publiqué en las redes sociales la foto del Coliseo que me había mandado por e-mail. Si alguien me preguntaba si tenía algo que ver con la foto de Peter, lo negaría. Lo nuestro debía seguir siendo secreto.

El avión empezó a moverse. Me abrazó y entrelazó sus dedos con los míos. Acercó su cara a la mía dejando que su aroma y su aliento me envolvieran manteniendo mis miedos fuera de la coraza que construía con su olor. Me dormí en sus brazos. A una hora de llegar a Barajas desperté y vi que él también se había dormido.

—Perdona, te he despertado —susurré.

—No pasa nada, preciosa —se recolocó en el asiento—. Voy al baño ¿sobrevivirás? —

preguntó mientras me besaba la mano.

Encogí los hombros y se rio.

Hacía tiempo que no viaja tan relajada en un avión sin recurrir a tranquilizantes. Me sentí orgullosa y me crecí por dentro. A lo mejor no tenía tantos miedos como creía y era yo quien los creaba cuando menos falta hacían.

Sobre las ocho aterrizábamos en Barajas. Salimos del avión y nos dirigimos a la puerta de salidas para recoger el coche. Los chicos de la camiseta roja ya estaban esperándonos con el coche donde lo habíamos dejado el viernes. Dentro habían dejado dos botellas pequeñas de agua y una bolsa con chicles, caramelos y bombones.

—Esto sí que es cuidar al cliente —dije comiéndome un bombón y desenvolviendo otro para dárselo a Peter.

Se lo acerqué a la boca y aprovechó para chuparme los dedos. Mi cuerpo dio un brinco reaccionando excitado. Él rio pícaro mientras mordía el bombón y ponía en marcha el coche. ¿Cómo podía encenderme de esa forma? ¿Cómo me podía resultar tan atractivo y tan adictivo? Me dediqué a observarle mientras conducía. Se le veía seguro, crecido conduciendo su coche de gama alta y, yo, como una adolescente enamorada del malote, no podía quitarle ojo.

Llegamos a Guadalajara antes de las nueve y me llevó a un restaurante que, según él, preparaba las mejores hamburguesas de toda la ciudad. Había viajado más allá de la luna durante aquellos días. Un fin de semana que no se acababa nunca y que no quería que terminara. Llevábamos tres días juntos y me resultaba poco, pero a la vez tenía la sensación de haber vivido mucho más tiempo del que habíamos compartido realmente. El tiempo es tan relativo cuando se está a gusto que, a veces, asusta. Mientras cenábamos se le acercaron varias personas. Le saludaron y le preguntaron por la exposición. Él, con su sonrisa cautivadora y su saber estar, despachaba rápido a los intrusos con buenas palabras. Ellos, satisfechos, no se quedaban demasiado con nosotros. Yo me limitaba a bajar la cabeza o a mirar el móvil. Mis redes sociales hervían en reacciones y comentarios. «¿Cuándo has ido tú a Roma, hermanita?», preguntaba mi hermano. Le contesté por mensaje: «He llegado hace un par de horas, pero no le digas nada a mamá, ya te contaré». Contestó rápido: «¿Tú sola?». «No», contesté acompañado de una sonrisa. «Cuenta, cuenta», dijo. Le dejé el mensaje en leído y no le contesté. Al rato volvió a ponerme lo mismo, lo volví a leer sin contestarle.

Peter y yo compartíamos pocos amigos en las redes sociales: Helena, David y Ana, que le había agregado hacía pocas semanas. Entré en el perfil de Peter y su foto contaba con más comentarios que la mía. También la foto era más sugerente y él tenía más amigos, muchos solo por aparentar. Me sorprendió el comentario de David: «Ohhhh, creo que acabo de ver la misma foto, sin chica, en otro perfil», y el icono de un corazón. En mi foto no había comentado nada. A ese mensaje le seguían otros pidiéndole más información y el perfil en el que había visto la otra foto. Me puse colorada.

—¿Qué pasa? —preguntó risueño.

—Creo que ya nos han pillado. David ha visto las dos fotos y lo ha puesto en tu perfil —desplomé mi cuerpo contra la silla—. No tenía que haber publicado la foto —me arrepentí.

—¿Al final la has subido? —preguntó buscando en su móvil—. Así tienen algo en lo que pensar —rio al leer los comentarios—. No voy a decir nada hasta que tú no quieras —dijo al ver mi cara.

Asentí.

Me acercó a casa y dejó el coche en doble fila.



—¿Me vas a dejar aquí? ¿No vas a subir a casa? —dije pícara—. Tienes mi ropa en tu maleta. Arrancó el coche y apartó en el primer hueco que vio libre.

—No se hable más.

Salió del coche decidido. Abrió el maletero y sacó la maleta. Salí del coche riendo.

—¡Qué fácil eres de convencer! Te podías hacer el duro, resistirte un poco, dejarme jugar...

—Preciosa, no me puedo resistir a ti —me levantó la barbilla con los dedos y me mordió el labio—. Juega todo lo que quieras —dijo entre mis labios.

Mi respiración empezó a agitarse. Tiré de él hacia casa. El ascensor fue la antesala donde empecé a desabrocharle el pantalón.

—Nena, espera a llegar a casa que nos pueden ver.

Lo besé más fuerte haciéndole ver que me daba igual.

Abrí la puerta como pude enganchada a sus labios. Cerré la puerta con el pie. Tiré las llaves al suelo y me centré en él.

Le quité la americana y la lancé al suelo. Me quité la mía con un movimiento rápido. Lo empujé con el cuerpo hacia el salón mientras le desabrochaba la camiseta. Entre jadeo y jadeo me levantó la camiseta sin llegar a quitármela. Le bajé los pantalones y lo empujé al sofá. Me empecé a desabrochar el cinturón, pero él se me adelantó mientras me besaba el vientre. Me bajó los pantalones con una rapidez asombrosa. Terminó de desnudarse y me senté encima de él. Puse mi mano en su mejilla con mi dedo pulgar dentro de su boca. Mi cuerpo empezó a moverse buscando su sexo. Sus manos recorrían mi espalda con dureza, me quitó el sujetador. Me levantó por los muslos y se colocó entrando en mí. Eché la cabeza hacia atrás curvando la espalda para recibirlo. Mi cuerpo se movía lento arriba y abajo al compás de sus jadeos, buscando el roce de mi pecho con el suyo.

—Me vuelves loco —dijo mordiéndome la oreja.

Mi cuerpo reaccionó acelerando el movimiento. Busqué su boca. Estábamos cerca de explotar y quería saborear su orgasmo. Me agarró de la cintura y se unió a mi movimiento en unos embistes finales de placer. Puse mis manos en su cara sin dejar de moverme, mis piernas ya empezaban a temblar. Noté sus espasmos mientras gemía en mi boca y su aliento me hacía llegar al más dulce éxtasis.

Le sonó el despertador a las seis y media de la mañana. Me dio un beso y se levantó. Oí la ducha y me reí. Avanzábamos a pasos agigantados. Me giré para impregnarme del olor que había dejado en las sábanas y me envolví con ellas. Apareció al poco con la toalla atada a la cintura y el pelo mojado. Lo miré mordiéndome el labio y tapándome hasta la barbilla con la sábana.

—Eres insaciable —dijo riendo según venía hacia mí—. Me tengo que ir preciosa. No puedo llegar tarde, puntualidad británica.

Me encendió con un beso cargado de sexo y con las ganas de terminar lo empezado.

Se quitó la toalla presumiendo de desnudo y entrando en el juego que yo había empezado. Se vistió lento, demasiado lento para mi gusto.

—Voy a atracar tu nevera, si me lo permites.

Asentí, me tapé la cabeza con la sábana y gruñí para descargar las ganas. Ya no iba a volver a dormirme, así que me levanté y fui a la cocina. Él se estaba preparando unas tostadas. Cogí una manzana, la lavé y me la comí a bocados intentando seducirle.

—No vas a conseguir lo que pretendes —dijo mirándome de reojo.

—¿Yo? No pretendo nada —dije intentando disimular.

—¿Desayunas una manzana?

—Me voy a ir a correr ahora cuando te vayas. Luego desayunaré más fuerte.

Terminé la manzana y me fui a vestir con las mallas y el top. Peter ya estaba cogiendo las llaves del coche cuando llegué a la puerta. Cogí la funda para el móvil, las llaves y me puse los cascos. Bajamos juntos, lo acompañé al coche y apoyados en él volvimos a besarnos. No sabía cuándo lo vería de nuevo y me entretuve entre sus labios.

Mientras corría pasaba por mi mente el viaje a Roma una y otra vez y no conseguí quitarme la sonrisa de la cara.

Cuando llegué a casa sonó el teléfono. Era demasiado pronto para que alguien llamara.

—¿Sí?

—¿Cómo que has estado en Roma este fin de semana y no me has dicho nada? —interrogaba mi madre.

—Buenos días, mamá ¿qué tal estás? Yo bien, gracias.

—Déjate de chorradas que me tengo que ir a clase. ¿Cómo no me has dicho nada? ¿Con quién has ido?

Resoplé y cogí aire.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu hermano. Bueno, no me lo dijo, se le escapó —dijo con orgullo.

Me quedé callada porque realmente no me apetecía contárselo, pero no era capaz de inventarme nada en ese momento.

—Sara, me tengo que ir al instituto —insistió.

—Vale... Sí, he estado en Roma, me fui el viernes y volví anoche.

—¿Y no nos lo dices? ¿Y si te hubiera pasado algo? —dijo preocupada.

—¿Qué me iba a pasar, mamá? Héctor lo sabía.

—¿Fuiste sola?

—No.

—¿Con quién fuiste? —insistió.

—Con un chico —puse los ojos en blanco.

—Sara, ¿te voy a tener que preguntar todo o me lo vas a contar tú?

Que intensa podía ser algunas veces.

—Fui con un chico. Era una sorpresa por su parte. No supe a dónde iba hasta que llegué a la puerta de embarque. Por eso no te dije nada.

—Vaya, eso es muy romántico —dijo más suave—. ¿Vas en serio con ese chico?

—No lo sé, sí, supongo que sí.

Claro que sí.

—Bien. ¿Cuándo lo vamos a conocer?

—Uy no, mamá, para eso es muy pronto.

—No será tan pronto cuando te lleva de viaje a Roma —hizo una pausa—. Me voy que ya llego tarde. Espero a que me llames para presentármelo —colgó.

Ya podía esperar porque no iba a presentarle a Peter en el tiempo que mi mente conseguía alcanzar para fantasear. Y, eso, era mucho.

Me duché, desayuné y me puse a trabajar. Me costó centrarme porque no hacía otra cosa que pensar en mi novio. Qué rara me sonaba esa palabra, hacía demasiado tiempo que no la usaba. Estuve pendiente del móvil toda la mañana y parte de la tarde.

Hasta la noche no tuve noticias de Peter: «Prepárate porque esta noche voy a soñar contigo». «Y tú ponte guapo, porque no te pienso sacar de mi cabeza», contesté.

Las mariposas inundaban mi cuerpo como hacía años que no lo hacían. Me ponía nerviosa leyendo sus mensajes y se me aceleraba el corazón recordando nuestros momentos juntos. Estaba totalmente loca por él, como una adolescente con su primer amor. Releí su mensaje varias veces imaginando que me lo decía él mismo. No sabía cuánto tiempo duraría esa sensación, pero me parecía tan deliciosa que esperaba que no acabara nunca.

Pasó la semana demasiado despacio. Ese jueves quedé con Ana para tomar algo después del trabajo. La puse al día con el tema de Peter, pues no sabía nada. Ya se imaginaba que acabaríamos juntos, según ella se estaba cocinando poco a poco y habíamos tardado mucho en dar el paso. Cuando le conté el viaje a Roma se alegró a la vez que se derrumbó. Se alegró por mí, pero se moría de envidia porque Rubén nunca había tenido un detalle romántico en su vida.

—Amiga, los hombres románticos son una especie en extinción. No lo dejes escapar. Mira yo, me tengo que conformar con que se acuerde de mi cumpleaños, y porque se lo recuerdan las redes sociales, que a lo mejor ni eso —dijo poniendo los ojos en blanco y suspirando.

Nos dio la una de la mañana entre copas, risas y bailes. No había mirado el móvil en toda la noche porque Ana y yo teníamos un acuerdo por el que en nuestras quedadas los móviles no existían. Cuando llegué a casa tenía varios mensajes de Peter: «Buenas noches, preciosa», «Te

invito a pasar este fin de semana en mi casa», «¿Te recojo mañana cuando llegue de Madrid?». Los había mandado a las diez de la noche. A las once mandó más: «Si no te viene bien lo dejamos para el sábado», «Me voy a soñar contigo, te veo en unos minutos».

Ya era tarde para contestarle, pero, aun así, lo hice: «No se me ocurre otro plan mejor. Dulces sueños, te buscaré en los míos en unos minutos». No tardó en contestar: «Te espero». Me arrepentí de haberle mandado el mensaje y despertarlo. No volví a escribirle.

A las cinco ya estaba abajo esperando. Hice una mochila con lo imprescindible y bajé rápido. Me esperaba fuera del coche con una sonrisa deslumbrante. Yo, como una niña, era incapaz de quitarme la sonrisa de la cara. Me cogió de la mano y me dio una vuelta antes de envolverse con sus brazos.

—Preciosa, como siempre.

Llevó su dedo a mis labios y los repasó despacio. Después los besó haciéndonos volar a otro mundo.

Aquel fin de semana lo pasamos en el ático como ya era previsible. Una tormenta inesperada durante el sábado y el domingo nos acompañó en nuestro refugio. Las cristaleras de la habitación eran una pantalla que nos separaba del mundo exterior. Ofrecían una visión alejada de la realidad, como si fuera una proyección programada por la que pasaban las horas, la luz, el sol, las nubes y la lluvia. Se podía adivinar lo que sucedía en las casas que desde allí se veían. Vidas normales, rutinarias, que rompíamos nosotros con una nueva historia poco convencional para mí, diferente para otros e inaccesible para muchos. Las luces de las casas se encendían cuando nosotros las apagábamos. Otros cenaban cuando nosotros nos comíamos a besos. Ellos dormían cuando nosotros leíamos los poros de nuestra piel. Despertaban cuando nosotros reposábamos en un sueño nunca soñado y siempre deseado.

El domingo me dejó en casa bajo un aguacero. Podría haberme quedado en la suya, como él me propuso, pero aún no me atrevía a pasar más días de los que yo era capaz de controlar. Mi rutina semanal debía ser fija si no quería entrar en un pánico irracional de pensar demasiado las decisiones que tomaba. Eso me mantenía con los pies en la tierra durante los días que no estaba con Peter.

Las semanas pasaban lentas por las ansias de vernos y tocarnos. Decidimos alternar cada fin de semana en una casa, aunque no nos importaba vernos entre semana. Los días que Peter teletrabajaba dejaban horas que rellenábamos con sexo. No era premeditado, surgía con simplemente tocarnos. Cuando su piel tocaba la mía no había vuelta atrás. Mi cuerpo se encendía pidiendo más a otro cuerpo siempre dispuesto.

Durante esos días experimenté algo más que sentimientos, algo más que sensaciones y algo más que sexo. No entendía cómo ni por qué, pero siempre necesitaba más. Era una droga de la que no podía desengancharme. El placer que sentía con él no lo había sentido antes. Era diferente a lo anterior, distinto. Encajábamos como un puzle de mil piezas recién montado sin ningún tipo de esfuerzo. El placer que sentíamos no era comparable con nada que existiera. No buscábamos el orgasmo fácil, teníamos la necesidad de tocarnos, disfrutarnos y amarnos durante minutos deliciosamente interminables.

Y en el plano sentimental me sentía querida, amada y, sobre todo protegida. Protegida porque mis miedos no aparecían, mis paranoias no tenían hueco en mis pensamientos y el único responsable de aquello era él. Con simplemente mirarnos nos entendíamos. Habíamos creado sin esfuerzo una complicidad mutua que se sostenía en una confianza ciega el uno en el otro. Me sorprendía lo fácil que resultaba todo a su lado, surgía y se instalaba como algo normal, sin forzarlo, sin pensarlo.

El último fin de semana lo pasamos en mi casa. El calor de un sol ya de verano atravesaba las ventanas añadiendo más calor al fuego que llevábamos dentro. Decidimos que sería el último que pasaríamos allí y aprovecharíamos que el ático tenía aire acondicionado. La tarde del sábado la dedicamos a ver películas. Nos tumbamos en ropa interior en el sofá con el ventilador de frente para refrescar el calor que generaban nuestros cuerpos.

A media tarde sonó el telefonillo de casa. Decidí no levantarme, si era algo importante llamarían por teléfono, pero Peter era muy maniático con esas cosas y no era capaz de no contestar a una llamada, por lo que me vi obligada a levantarme y contestar.

—¿Sí?

En ese momento eché en falta la cámara del telefonillo que tenía Peter en su piso.

—¡Hija! Pensé que no estabas, ya te iba a llamar al móvil.

Abrí los ojos como platos. No podía ser verdad que estuviera allí.

—¡Mamá! —grité para que me oyera Peter que se levantó corriendo para ponerse la ropa.

—Abre, que hace calor.

—Sí... claro.

Abrí y me eché las manos a la cabeza. No había escapatoria.

—¿Tienes pensado recibir a tu madre así? —Peter me sacó de mis pensamientos.

Corrí a la habitación para ponerme los pantalones cortos y la camiseta. Volví corriendo a la entrada. Peter sonreía divertido.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Voy a conocer a tu madre. Esto ya es serio, lo nuestro, me refiero.

Hice un mohín ridículo.

Sonó el timbre de casa. Peter me dio un beso y una palmada en el culo. Estaba disfrutando con la situación. Y, efectivamente, lo nuestro dejaría de ser un juego de niños, de adolescentes, para ser algo más serio.

Abrí la puerta.

—Hola cielo. Madre mía, qué calor hace en la calle y qué bien se está en tu portal —dijo mientras se limpiaba los pies.

—Sí... —le di dos besos.

Entonces se dio cuenta de la presencia de Peter. Sonrió de oreja a oreja y me miró con picardía.

—Este es Peter. Peter, mi madre, Carmen —dije tras unos segundos en los que no pude reaccionar.

Era la primera vez que le presentaba a mi madre una pareja. Aunque, a decir verdad, no había tenido muchas, y menos oficiales.

—Encantado de conocerla, Carmen —dijo Peter con sus maneras de clase alta.

Le cogió la mano y le besó el dorso. Yo estaba alucinando con aquella cordialidad.

—Trátame de tú, por favor —contestó ruborizada.

Sí, ese efecto causa. Impone estar a su lado.

—Bueno, pasemos al salón...

Conseguí que mi madre dejara de mirarlo por unos segundos. No supe averiguar si estaba realizando la ficha técnica o simplemente estaba hipnotizada por todo lo que él desprendía.

—No sabía que estabas acompañada, hija, si no, habría llamado antes.

Puse los ojos en blanco. Peter sonrió al ver mi gesto.

—¿Quieres un café?

—Con hielo —dijo sentándose en el sofá.

Me dirigí a la cocina para prepararle uno a ella, otro a Peter y una tila para mí. Los dejé solos en el salón y poco me importó lo que fueran a decirse. Sabía que Peter se comportaba con una elegancia pasmosa en esas situaciones, se lo habían enseñado como un protocolo obligado. Mi madre me causaba más incertidumbre, pero la actitud imponente de Peter la cortarían.

Cuando volví con los cafés, hablaban de mi madre y su trabajo. Peter había sabido dirigir la conversación a un terreno en el que no se viera obligado a intervenir. Era experto en relacionarse con gente que no conocía, en ponerles una sonrisa y despacharlos con garbo.

—Sí, por fin estoy de vacaciones. Este curso ha sido complicado. He sido tutora de uno de los grupos más difíciles, ¿sabes? Cada año cuesta más tratar con estos chavales. No todos, claro, no podemos generalizar, tenemos alumnos brillantes, pero los que destacan negativamente lo hacen cada vez con más fuerza.

—Las nuevas generaciones vienen pisando fuerte —dijo Peter con su preciosa sonrisa.

Yo lo miré embobada. «Lo nuestro va en serio, Sara, va en serio. No la cagues, por favor», me dije mentalmente.

—Demasiado fuerte. Vienen sin ganas de trabajar y no saben lo que es la cultura del esfuerzo ni la conocen. Prefieren que se lo demos todo cortadito en pedacitos, y si se lo masticamos, aún mejor.

—Mamá, no le aburras con tus historias. ¿Qué tienes pensado hacer este verano?

—Nada en especial. Me iré con unas amigas, como todos los años —dijo mirando a Peter—, a Mallorca. Y luego, supongo que al pueblo.

—¿Vas a estar todo el verano en el pueblo? —pregunté extrañada.

—A lo mejor hago alguna escapada, quién sabe. Prefiero tumbarme en la piscina y leer.

Peter gesticulaba de forma suave asintiendo y acompañando el relato de mi madre.

—Y bueno, contadme, ¿dónde os conocisteis? No os voy a preguntar si vais en serio, porque si te llevas a mi hija a Roma está claro que sí.

¡Toma conclusión de madre! Se estaba tomando demasiadas confianzas, mi corazón empezó a latir más fuerte, nervioso por lo que pudiera seguir preguntando. Ella daba por hecho algo que yo no me había querido plantear.

—Fue hace unos meses. Unos amigos organizaron una comida y nos conocimos allí —dijo Peter cogiéndome de la mano y sonriéndome mientras se lo contaba a mi madre sin mirarla.

—Anda, ¿unos amigos comunes? ¿Y no os habíais conocido antes?

—Sí, David es un amigo en común. No nos habíamos visto antes, yo solía estar más en Madrid y con David nos juntábamos allí, no veníamos a Guadalajara.

—David es el novio de Helena, ¿no? Qué bonita pareja hacen —dijo sonriente.

Mi madre conocía a todos mis amigos. Desde que yo era pequeña tenía como norma conocerlos a todos. Necesitaba saber con quién estábamos, con quién jugábamos, con quién nos relacionábamos y con quién salíamos de fiesta siendo adolescentes. Los invitaba mucho a casa, demasiado para mi gusto, pero ella se sentía más tranquila. Siempre pensé que era una manía por su experiencia como profesora. Para ella era importante saber de quién nos rodeábamos, así podría manejar la situación en caso de que algo se torciera. Nunca la presenté, ni conoció, novios, rollos o amigos que pertenecían a otro plano que no era el de la amistad, jamás me exigió saber nada. Me dejó mi espacio en ese terreno. Ya conocía a mis amigos y sabía que ellos me harían de colchón en caso de necesitarlo.

—Y tú, Peter, ¿en qué trabajas?

—Soy fotógrafo profesional en una empresa en Madrid. Trabajamos para revistas, ediciones, montajes cinematográficos, etc.

—Qué interesante —dijo impresionada.

En ese momento sonó el móvil de mi madre. Suspiré agradecida. Se levantó y se fue a la cocina. Tenía la manía de hablar por teléfono en otra habitación, lejos de donde hubiera gente.

—Me cae bien tu madre, es simpática y cercana —dijo Peter asintiendo.

—Me alegro. Creo que a ella también le has gustado bastante. Se la nota relajada. Aunque eso puede ser contraproducente, si coge confianza puede resultar muy intensa.

Me besó en el momento que mi madre entraba en el salón. Me puse colorada e intenté no mirarla.

—Era tu hermano, que está esperando en la puerta de casa. Así que voy antes de que se quemé por el sol.

Los dos nos levantamos para acompañarla a la puerta.

—Ha sido un placer conocerte. Espero verte en más ocasiones —le dio dos besos—. Vaya partidazo —me dijo al oído mientras me abrazaba—. No lo fastidies.

—Dale un beso a Javi de mi parte.

Se fue y respiré tranquila. No había sido tan traumático como me había imaginado.

Me tumbé en el sofá y puse mi cabeza encima de las piernas de Peter. Él me peinaba el pelo con delicadeza.

—Estoy pensando que, ya que he conocido a tu madre, es el momento de...

—No, no voy a conocer a tus padres —dije asustada.

Río con ganas mientras me miraba con ternura.

—No te iba a decir eso. Decía... que es el momento de que conozcas a todos mis amigos. El sábado que viene es el cumpleaños de mi mejor amigo y había pensado en que vinieras conmigo.

—¿Conozco a alguno ya? ¿Estará David?

—Sí, Manu estuvo en la comida. No lo sé, supongo que estará invitado —me acarició la cara con un dedo—. ¿Qué me dices? ¿Vamos?

—No lo sé, ¿cuál es el plan?

Me temía un cumpleaños de alto nivel en algún local de esos que pertenecen a un grupo social concreto. Uno de esos ambientes en los que estaba convencida de que llamaría la atención por paleta.

—Han quedado en la piscina de la comunidad. Nada del otro mundo. Después es posible que quiera organizar alguna cena, pero lo desconozco.

Me dio la impresión de que sabía más de lo que decía. «Déjate llevar», repetí varias veces en mi mente.

—Vale —me giré hacia él para olerlo mejor y retener mis pensamientos negativos—. Tal vez podíamos salir hoy con mis amigos. Hace varias semanas que no los veo porque he estado entretenida en otras cosas —le dije mientras metía mi mano dentro de su pantalón.

Él dio un respingo y su erección fue inmediata.

—Si me vas a torturar así, sí.

La saqué del pantalón, me arrodillé en el sofá e hice aquello que tanto le gustaba. Me humedecí los labios, los abrí y bajé introduciéndola poco a poco. Dejé mi boca a la mitad y jugué con mi mano derecha y mi lengua. Sus jadeos empezaron a ser más rápidos y profundos. Me erguí mientras mi mano subía y bajaba. Puse mis labios sobre los suyos para que su aliento me invadiera con cada jadeo. Volví a agacharme para terminar lo empezado de la misma forma, pero, una vez más, me paró antes de llegar al orgasmo. Como me frustraba aquello. Empezaba a tomármelo como algo personal.

Me senté de espaldas a él, se colocó y entró a la primera. Sus manos agarraron mis pechos con fuerza. Jugué con movimientos cortos y suaves, laterales, circulares... Si iba muy rápido no duraría mucho y yo me quedaría con las ganas. Pero el fuego que me quemaba dentro me pedía más, siempre me pedía más. Subí y bajé con fuerza. Aquello me inundó de placer y seguí con prisa. Su garganta expulsó un gemido grave y noté que se iba dentro de mí. Pero yo no estaba lista. Me levantó y salió de mí. Me tumbó en el sofá y empezó a besarme por el cuello.

—Por Dios, Peter, al grano, me voy a volver loca, ¡lo necesito ya!

Río y su aliento recorrió mi cuerpo como una descarga de electricidad. Me susurro «a sus órdenes» en el oído y dirigió su boca a mi pecho. Me dio un mordisquito en cada pezón y se perdió entre mis piernas. Con una maestría especial me hizo llegar al séptimo cielo en pocos minutos.

Me besó, lo besé. Nos perdimos entre nuestras lenguas.



Llegó el cumpleaños de su mejor amigo Álvaro y me invitó sin contar con su aprobación. Iba a celebrarlo en la piscina comunitaria de su casa. Peter vivía con él en el piso hasta que se mudó al ático. Sus amigos aún desconocían nuestra relación y así quería yo que siguiera siendo, así que era toda una sorpresa cómo me presentaría, teniendo en cuenta que pensábamos que muchos sospechaban algo por la foto de Roma.

—¿Nerviosa por la presentación oficial? —me dijo entre risas.

—Ni se te ocurra, ya sabes que no me siento segura todavía para eso. Además, no los conozco de nada, sería muy violento.

Mi corazón latía rápido porque algo en mi interior me decía que nada iba a salir como yo quería, qué típico.

Aparcó al lado de un bloque de edificios cerca de la M30. Un barrio envuelto por carreteras, guardarraíles, asfalto y ruido.

—Mira, es el cuarto piso —dijo señalando a un bloque de ladrillo visto sin terrazas—. Todas las ventanas dan a la calle, una suerte porque en verano no hay quien viva en la parte que da a la piscina. Demasiado ruido.

—¿Me estás intentando alquilar el piso? Mira que estar al lado de la M30, con su circulación, demasiado ruido, —hice hincapié en las últimas palabras— no le suma puntos —le dije guiñándole un ojo.

—No, en todo caso una habitación, porque el piso es compartido.

—O sea, que no te importaría que compartiese piso con tus amigos —puse cara pícara para mantener la broma.

—¡Ah, no! Ni de broma. Con ellos no —hizo una larga pausa—. Solo conmigo.

No sabía si eso formaba parte de la broma o lo decía en serio. Me miró fijamente y me sonrió, lo que me confundió aún más. Le sonreí y dejé pasar el tema, aunque no hacía más que rondar por mis pensamientos.

—Mira, allí están. Son los que están bebiendo mojitos. Está prohibido, pero como nadie dice nada... —dijo señalando a un grupo de chicos y chicas que hacían corro en varias toallas. A un lado las mochilas formaban una gran montaña

—¡Hola! Que pronto habéis empezado con los mojitos, ya ni esperáis a los forasteros. Os presento —dijo señalándome—, ella es Sara, una amiga, había quedado a comer con ella y me ha parecido buena idea invitarla, si le parece bien al señor del cumpleaños —se fundieron en un abrazo.

Cuando se separaron pude verlo perfectamente y me dio un vuelco el corazón, noté un nudo en el estómago y la rabia me subió hasta la garganta. Mi corazón se aceleró y por mi mente surgió un odio ya olvidado. El «señor del cumpleaños» era Álvaro, mi primer amor. Aquel amor que no había conseguido olvidar. Estuvimos muy enamorados el uno del otro y al final acabó porque él no estaba seguro conmigo. Así, de la noche a la mañana, sin más. Lloré durante días y noches, y más noches.

Me miró y noté su sorpresa al verme.

—Hola Sara. Eres bienvenida, por supuesto —dijo mientras me daba dos besos y me agarraba por la cintura.

Su cara reflejaba seriedad y rigidez. Apretó la mandíbula. Se me pusieron los pelos de punta con su roce y el rencor del recuerdo empezó a recorrer mi cuerpo de pies a cabeza. No sabía cómo reaccionar a estar ante él, y menos con Peter delante. Él se hizo el desconocido conmigo, así que habría que actuar así.

Saludé a todos los demás que me daban la bienvenida y me ofrecían un mojito que cogí encantada, aunque en realidad necesitaba varios en ese momento. Estuvimos jugando a UNO durante un rato y después nos fuimos a la piscina.

—Bien, ¿no? Parece que ha colado lo de amiga, al menos nadie ha dicho nada —me dijo bajito mientras íbamos al agua.

—No sé qué decirte, nos miran demasiado. Y cuando digo que nos miran me refiero a que miran primero a uno y luego al otro, y lo hacen sobre todo cuando hablamos o nos miramos intentando averiguar algo o confirmar sospechas.

Estaba incómoda, pero más que porque sus amigos nos analizaran, por la presencia de Álvaro. No lo había vuelto a ver desde que me dejó con un corazón herido y hecho trizas. Por lo menos me lo dijo a la cara, que se podría haber ahorrado el trago diciéndomelo por *Messenger* al estilo Sergio.

Dentro de la piscina me hice varios largos e intenté estar lejos de los dos. De Álvaro, porque no me apetecía tenerle cerca, me hervía la sangre del rencor acumulado durante años, y de Peter, porque estaba tan guapo, estar mojado le favorecía tanto que me habría tirado encima de él a besarlo, y no era lo acordado. Hablé un rato con sus amigas que contaban cómo iban a pasar las vacaciones. A cuál mejor, una se iba a San Francisco un mes, no recordaba bien su nombre. Otra, Nadia, pelirroja de ojos verdes, tenía una casa en Gandía y se iría lo fines de semana hasta la semana de vacaciones que haría un tour por Ámsterdam, Luxemburgo y Alemania. Lorena, una chica delgadita, alta y morena, se iría a Marbella con su chico y otra se recorrería España de festival en festival, Mireia. Eso me hizo pensar que no había preparado ningún plan para el verano, tampoco lo había hablado con Peter, a lo mejor él sí había hecho sus planes.

Me estaba quedando fría sin moverme, el agua no es que estuviera muy caliente porque aún las noches eran algo frescas. Así que salí de la piscina y me puse al sol a secarme un rato. Al poco vino Álvaro y se puso a mi lado.

—Cuanto tiempo sin verte —dijo serio y sin mirarme, disimulando.

—Catorce años, para ser exactos.

Me hubiera gustado gritarle, pegarle y pedirle una explicación de por qué actuó así. Aquello hizo que me convirtiera en una persona más desconfiada, débil y asustadiza con las relaciones.

—Me alegro de volver a verte. Estás muy guapa. Mejoras con el tiempo, como el buen vino.

Noté que sonreía, pero yo no podía. Lo quería lejos.

—No tengo el gusto de decir lo mismo —dije lo más seca y tajante que pude.

Se dio cuenta y se giró mirándome.

—Sara, fue hace mucho. Lo nuestro se terminó sin más y los dos hemos seguido con nuestras vidas.

—Veo que no guardas el mismo recuerdo que yo. Parece que tu memoria ha preferido el «se terminó» en lugar del «lo terminé, salí corriendo y no volví a dar señales de vida». Porque total, no hacía falta dar más explicaciones. Está claro que para uno fue mucho más fácil que para el otro.

—Sara, yo...

No le dio tiempo a acabar, Peter venía derecho hacia nosotros y no parecía estar por la labor de confesar que ya nos conocíamos.

—Parecéis lagartos buscando el sol.

Peter sonreía y yo me derretía.

—Me he quedado fría en el agua sin movernos, así que he salido a caldearme un poco —hice una pausa—. Me voy a cambiar, no me gusta estar mojada.

—Sube a casa si quieres, los baños de aquí parecen una pocilga —dijo Peter—. Te dejo mis llaves.

—Ah, ¿pero sigues teniendo las llaves? —pregunté sorprendida.

—Sí, la confianza da asco. También le hemos guardado su habitación, por el momento. Aún tenemos la esperanza de que aparezca a las tantas de la noche con alguna mujer —dijo Álvaro entre risas.

—No seas exagerado, que nunca he hecho eso —replicó Peter mirándome de reojo.

«No necesito explicaciones», estuve a punto de decirle.

—Por eso aún tenemos la esperanza.

—Por esa puerta, el 4º C, según sales del ascensor a la izquierda —señalaba una puerta a la izquierda mientras me daba las llaves—. ¿Quieres que te acompañe?

—No te preocupes, no creo que me pierda —le dije con media sonrisa.

Necesitaba estar sola un rato. ¿De qué hablarían ahora ellos? ¿Se contarían cada uno su secreto? En cualquiera de los casos yo estaba en medio y no quería estar presente.

Me esperaba un piso desordenado y con muebles prestados por familiares, de esos que van sobrando de las casas y los hijos van recogiendo como reliquias, pero no. La puerta de entrada daba con el salón directamente, al lado había un espejo grande con una mesita pequeña y estrecha que debía de hacer las funciones de recibidor. El salón era luminoso con muebles blancos y sofás negros. Todo muy ordenado y limpio. Oía a ambientador. Era un lugar agradable. Busqué el baño para cambiarme, pero algo dentro de mí me pedía buscar antes la habitación de Peter. Miré tras todas las puertas disimuladamente intentando dejarlas en su posición inicial hasta que di con la de Peter. Era la segunda puerta en el lado derecho, al fondo estaba el baño. Entré en la habitación, oía a Peter, su aroma estaba impregnado en ella. Me senté en la esquina de la cama, cerré los ojos y respiré profundo. Eso me tranquilizaba, era como si él estuviera a mi lado. No sé cuánto tiempo estuve así. Abrí los ojos y analicé por encima la habitación. Había colgado algún poster de películas y fotos que supuse que eran suyas. Dos llamaron mi atención, una era de un paisaje, un camino con hojas secas en el suelo y cubierto por las ramas de los árboles que bordeaban el camino; en otra, una mano anciana abrazaba otra más joven. Desprendía mucha ternura.

Me levanté y me fui a cambiar al baño, no fuera a ser que subiera alguien más al piso. Cuando ya me estaba peinando oí la puerta de la casa.

—¿Sara?

Genial, era Álvaro. ¿En qué momento había pensado que era buena idea estar conmigo a solas?

—Ya salgo.

Me peiné el pelo, no había por dónde cogerlo. En poco más de media hora parecería Tina Turner. Opté por apretar desde las puntas hacia la raíz, como si me estuviera echando espuma para ondularlo un poco con la ayuda de la humedad. Al menos, así, aguantaría un rato hasta que pudiera cogerme una pinza.

Me miré al espejo y volví a respirar profundo intentando mantener la calma que había conseguido en la habitación de Peter. Salí con la mochila al salón donde Álvaro estaba esperando de pie.

—Tardabas mucho y he decidido subir a ver si todo estaba bien.

—Todo está bien, gracias —dije fría y secamente.

Otra vez el rencor volvía a hervirme por la sangre.

—Tal vez deberíamos hablar —dijo de forma suave y con miedo.

—Yo no tengo nada que decir, tampoco tuve mucho que decir en su momento.

—Lo siento. De verdad. Pero no te pienses que fuiste la única que lo pasó mal —se sentó en el sofá grande—. Siéntate, anda. Vamos a hablar. ¿Tienes novio?

—Y eso ahora qué importa.

A qué venía esa pregunta, no estaba entendiendo nada, ¿de eso quería hablar?

—Bueno, yo no tengo novia y tal vez podríamos volver a conocernos.

Me miraba fijamente a los ojos.

—Estás de broma. Tiene que ser una broma. Los dos hemos cambiado mucho, ya no soy la que conociste. Tú conseguiste que mi vida diera un giro de 180 grados, hasta cambió mi forma de ser. Gracias —dije con sarcasmo.

—Siéntate, anda —hizo una pausa—. Mira, si Peter te ha traído a mi cumpleaños es o porque no eres solo una amiga o porque él no quiere que seas solo una amiga. Así que entiendo que nos tendremos que ver más veces y no sería de recibo estar tirantes, mejor dicho, que tú estés tirante conmigo constantemente y delante de Peter. ¿Podemos hablar esto como personas adultas? —me dijo mientras me señalaba el sofá.

—Tienes razón. Me estoy comportando como una auténtica cría —me senté en el sofá individual que había al lado del otro—, pero tienes que entender que esto no es fácil. Después de todo y tantos años sin saber de ti, aquí estás, hablándome como si no hubiera pasado nada.

—Lo sé, pero no podía volver.

—¿Para qué? ¿Verdad? Me dejaste, me olvidaste y a vivir.

Había suavizado el tono y ya no le estaba reprochando nada, más bien pidiéndole explicaciones.

Se levantó y se metió en una de las habitaciones. Se oyó cómo abría un cajón, lo cerraba y volvía. Dejó algo encima de la mesa.

—Piensas que me olvidé de ti... Quizá esto te pueda demostrar que no.

Una alianza de plata brillaba encima del cristal. La recordaba bien porque no había vuelto a comprar una alianza en mi vida.

—La has reconocido, ¿verdad? La puedes coger, si quieres, pero no te la lles —hizo una pausa—. Hace exactamente catorce años que me la regalaste por mi cumpleaños. Recuerdo perfectamente como fue el momento: estabas nerviosa y decías que no me habías comprado nada porque eras muy mala para hacer regalos. Nos fuimos al McDonald's a comer, ahora te llevaría a otro sitio, por aquel entonces no nos daba para más. Y mientras yo te contaba los planes para el fin de semana sacaste del bolsillo un paquetito de papel de regalo color azul marino, me lo diste y te

pusiste colorada. Lo abrí y me la puse, estabas a punto de llorar de lo nerviosa que estabas. «Has dado con la talla, cariño» y me dijiste que habías tenido un buen informador para ello.

Se quedó callado, miró al suelo y luego me miró a los ojos. Volvió a mirar el anillo.

—Este anillo ha hecho que muchas mujeres huyeran al descubrirlo o al saber la carga con la que venía.

Yo estaba a punto de llorar. Se acordaba y lo había guardado durante esos años. Mil imágenes de nosotros pasaron por mi cabeza transportándome a un momento realmente dulce. Pestañeé rápido, tragué saliva y respiré profundo para no echarme a llorar como una niña. Pero seguía sin entender por qué me había dejado entonces.

—¿Podemos zanjar nuestra tensión? ¿Crees que podremos comportarnos de una forma normal? —me suplicó con la mirada.

Yo solo pude asentir con la cabeza porque si abría la boca las lágrimas saldrían como cataratas por mi cara.

—¿Puedo darte un abrazo?

Asentí y me levanté. Sus brazos me rodearon de una forma cálida y apaciguadora.

—Por cierto, sigues sin decirme si tienes novio —me dijo entre risas.

De repente sonó una llave en la cerradura, me separé rápidamente de él y miré a la puerta. Allí estaba Peter, observando la escena. No sé exactamente qué vio, si el abrazo o separarnos tan rápidamente, pero se le notaba confuso.

—Tardabas mucho y como te habías llevado las llaves he tenido que pedírselas a Manu. También te estuve buscando a ti para pedírtelas —mirando a Álvaro—, pero no te encontraba. Supuse que estabas intentando ligarte a alguna —frunció el ceño al mirarme.

—No es lo que parece —dijo mirando fijamente a Peter.

—Uy, amigo, ya sabes que esas frases nunca acaban con una explicación convincente —me miraba a mí confuso pidiéndome respuestas con la mirada—. Bueno, al menos ya veo que os estáis conociendo.

—No nos estábamos conociendo. Ya nos conocíamos —le dijo Álvaro muy serio.

—¿Ya os conocíais? —hizo un mohín y puso cara de extrañeza.

Me hubiera encantado abrazarlo, pero mi cuerpo estaba totalmente petrificado y no era capaz de mover ningún músculo.

—Peter —hizo una tensa pausa—, ella es Sara.

Se hizo un silencio sepulcral.

—¿Qué Sara? ¿Tu Sara?

Se le notaba nervioso y nos miraba primero a uno y luego al otro. Álvaro asintió con la cabeza.

—Sara... —susurró mirando seriamente a Álvaro.

Yo solo esperaba que no estuviera pensando en los acuerdos de amistad de no tocar a la ex del amigo, porque no me gustaba lo que podía traer consigo, aunque nos miraba de esa manera.

Respiré hondo y me acerqué a él, lo cogí de la mano, lo miré a los ojos diciéndole con la mirada «no pasa nada, de verdad, sigo aquí, a tu lado», y lo abracé. Le costó unos segundos contestarme al abrazo, pero no me importó, sabía que necesitaba ese tiempo y más, estaba lleno de preguntas. Le besé el cuello y lo oí, me impregné de ese olor que tanto me calmaba y encendía a la vez. Me respondió con un beso cerca de la oreja. Cerré los ojos e inspiré.

—¡Lo sabía! Me lo he imaginado desde el momento que habéis llegado —gritó entusiasmado Álvaro.

Me separé de Peter, lo agarré del brazo con las dos manos. «No te voy a soltar, no me sueltes».

Realmente tenía miedo de qué pudiera hacer él en ese momento.

—No digas nada, es un secreto. O al menos aún no queremos hacerlo oficial —se quedó en silencio—. Tendremos que hablar, amigo.

Se me aceleró el pulso. ¿De qué tenían que hablar? No había nada de lo que hablar, ¡fue hace catorce años!

—No hay nada de lo que hablar. Ni permisos que pedir, ni rencores que guardar.

Y me miró a mí. Se dio la vuelta y cogió el anillo, que seguía encima del cristal de la mesa.

—¡Anda! El anillo —dijo Peter.

—¿Tú conoces la existencia del anillo? —pregunté asombrada.

—Pues claro, como para no conocerla. Todos hemos oído hablar de Sara, de ti —tragó saliva—. Un día que no encontraba el anillo, se volvió loco, puso la casa patas arriba y nos organizó como a un ejército para buscarlo. Levantó los sofás, miró en la lavadora, sacó todo lo que había en la bolsa de la basura. Y no paraba de repetir «no está en su sitio, no está en su sitio». Le acababa de dejar una chica que había visto el anillo en su cajón, le preguntó que quién era Sara y no sé qué le diría, pero ella no volvió más. Álvaro llegó a pensar que ella lo había tirado o cogido, o robado. Se nos ocurrió volver a mirar en su cajón y allí estaba, debajo de unos papeles que, según él, no tendrían que haber estado allí.

—Ya ves. Lo que puede hacer un anillo —y se fue a guardarlo—. Me bajo a la piscina con los demás. Supongo que tendréis que hablar, así que os dejo solos.

—No digas nada, por favor —le pidió Peter.

—Yo no voy a decir nada, pero que os quedéis a solas ahora en el piso no creo que ayude a mantener vuestro secreto, aunque se hagan los locos, todos tendrán sus sospechas. En el cajón de mi mesilla hay una caja de condones, por si los necesitáis —cogió sus llaves y salió de casa guiñándonos un ojo.

La mirada de Peter reflejaba duda, miedo, me miraba con distancia.

—Ven, que te enseñe mi habitación —dijo, al fin, tras unos segundos interminables.

—Ya la he visto, he estado allí hace un rato. Todavía huele a ti —y le dediqué una sonrisa que intentaba tranquilizarlo, pero no fue así.

Me cogió de la mano, me llevó hasta su habitación y se tumbó en la cama. Con la mano golpeó el otro lado de la cama pidiéndome que me tumbara a su lado. Me tumbé boca arriba, no sabía muy bien qué hacer, si lo abrazaba podía ser positivo, aunque también podría agobiarlo, su mente iba a mil y no quería interrumpir sus pensamientos. Por otro lado, marcar distancia podría confirmar sus miedos, que ni siquiera sabía cuáles eran, pero me los podía imaginar. Una vez más mis miedos, mis dudas, creadas en la época de Álvaro, no me permitían hacer lo que realmente me pedía el cuerpo.

Tras un largo rato sin hablar, me empecé a poner realmente nerviosa. Me giré hacia él y le dije:

—Haz todas las preguntas que necesites, te contaré todo lo que quieras. Tienes derecho a tener tus dudas, pero no quiero que te las guardes, pregúntame.

No contestó, no me movió, me quedé de lado mirándolo. Tras unos minutos me atreví a cogerlo de la mano, le di un ligero apretón, «estoy aquí, por favor no me dejes a un lado de tus pensamientos», me dije por dentro. Debió de entender lo que quería decirle porque abrió la boca y dijo:

—Han sido tantos los años que he oído hablar de Sara que no me puedo creer que seas tú. Intento memorizar todas y cada una de las veces que Álvaro ha hablado de ti o te ha nombrado, y me resulta tan difícil numerarlas... Llegué a pensar que se había inventado a esa Sara tan

idealizada... Y ahora resulta que es la mujer que adoro —hizo un parón y siguió hablando—. Nos ha dado su bendición, pero no tengo muy claro que él esté a gusto con esta situación. Y, yo, no lo sé.

Se me heló la sangre y pensé que se me paraba el corazón, ¿qué estaba queriendo decir?

—¿Qué recuerdo guardas tú de él?

—Malo —hice una pausa al ver su gesto de extrañeza—. A ver, lo nuestro fue muy bonito, fue el primer amor, sincero, ingenuo, limpio, pero acabó mal, muy mal, y eso arrastró todo lo bueno a un segundo plano —iba a ser todo lo sincera que pudiera.

—¿Por qué acabó mal? —seguía mirando al techo.

—Él llegó un día, me dijo que se acababa, se dio media vuelta y se fue. Nunca volví a saber de él... hasta hoy. Sin más. Yo no entendía nada, quise hablar con él, pero mis amigas no me dejaron. Ellas pensaban que era él quien debía ponerse en contacto conmigo y no ir yo arrastrada y despechada a pedirle explicaciones. No sé si hice bien, pero lo pasé mal, muy mal. Estaba realmente enamorada y fue un golpe duro. Con el tiempo pensé que se curarían las heridas al no saber nada de él, pero aquello trajo consecuencias y mermó mi confianza en mí misma y en los demás. Cada vez que estoy con un chico pienso que va a salir corriendo, como hizo él.

—¿Qué has sentido al verlo?

—Me he puesto nerviosa, muy nerviosa, pero solo sentía rencor, ganas de chillarle, de pegarle, de hacerle las mil preguntas que llevo años guardando, aunque iba a ser un poco escandaloso, ¿no crees? —le apreté la mano y se rio—. Así que he intentado evitarle, no mirarlo y estar alejada.

—Y él ha hecho todo lo contrario. Créeme, tu historia no se parece en nada a lo que él cuenta sobre ti. ¿Qué ha pasado cuando habéis estado juntos ahora?

—Bueno —me puse colorada—, me he comportado como una cría, no quería mirarlo a la cara, le he hablado borde y cortante, ha sido bastante vergonzoso porque él intentaba hablar bien y tranquilo. Al final ha dicho que por ti deberíamos llevarnos bien, o al menos, parecer que nos llevamos bien, y que lo mejor sería hablarlo como adultos. Y poco más.

—Ha intentado ligar contigo. Bueno, ligar, besarte, ¿algo?

Se giró y me miró a los ojos lleno de miedo. Pestañeé varias veces y fruncí el ceño, ¿a qué venía esa pregunta?

—No. No que yo crea, ¿por qué iba a hacer eso?

—Bueno, ahí donde lo ves, tu Álvaro tiene su fama, su proceder, y son pocas las que no se rinden a sus encantos. Suele empezar con un «¿tienes novio?».

—Ah, pues eso sí me lo ha preguntado —Peter abrió mucho los ojos—. Pero me supongo que sería para confirmar sus sospechas sobre nosotros. Parecía tenerlo muy claro —hice una pausa—. Mira, no queda nada de lo que un día fuimos, ni él ni yo somos los mismos, él ya no es el Álvaro que yo conocí, y yo no soy la Sara que él conoció, ni de la que os habla. No tienes nada por lo que preocuparte, créeme que mi objetivo en la vida no es volver con él. Ahora estoy contigo y quiero estar contigo, solo y únicamente contigo, en cuerpo y alma.

Pareció convencerle, relajó su gesto, se acercó a mí y me dio uno de esos besos en los que me pierdo, dejé mi mente en blanco y disfruté de su sabor, de su calidez.

—Creo que deberíamos bajar, vamos a levantar sospechas —dijo mientras se acurrucaba junto a mí.

—Tal vez deberíamos decirlo. O no escondernos.

Levantó la cabeza y me miró fijamente.

—¿Estás segura?

—Creo que sí. Total, vamos a ser la comidilla del día, lo digamos o no, y seguro que todos están pensándolo ya, eso, o piensan que soy una loca insociable que lleva más de una hora y media metida en un piso, primero con un tío y luego con otro.

—Vale. Lo digo yo. No tienes por qué decir nada, ni contestar a nada, si hacen un interrogatorio, yo contesto.

Me sonrió, me besó y se levantó de la cama. Respiré tranquila, primer bache superado, o eso creía yo.

Cuando llegamos abajo, antes de salir a la zona de la piscina, me besó y me abrazó, se le notaba más tranquilo y emocionado. Me dio la mano y llegamos así hasta donde estaban sus amigos. Álvaro nos miraba sonriendo, sus amigas no pusieron muy buena cara, y otro de sus amigos dijo: «lo sabía, lo sabía desde que han llegado, os lo había dicho». Peter se reía.

—Pues sí. Sara es mi chica.

Álvaro empezó a silbar y a aplaudir.

—Por fin nuestro Peter sienta la cabeza.

Nos sentamos en el círculo y Peter se sentó detrás de mí agarrándome por la cintura, protegiéndome.

—¿Cuánto tiempo lleváis? —preguntó una de las chicas.

—El suficiente para hacerlo oficial —contestó Peter.

—Es la chica de Roma, ¿verdad? —preguntó otro mientras yo me ponía colorada como un tomate. Esa vez Peter no contestó, sonrió y me dio un beso—. Os lo he dicho cuando han entrado, ¡os he dicho que era ella! —gritaba emocionado, como si hubiera ganado un premio.

—Nos vamos a ir a cenar a mi restaurante favorito para celebrarlo, mi cumpleaños, aunque también podemos celebrar lo vuestro, yo invito. Vendréis, ¿no? —dijo Álvaro mirando al suelo, mientras recogía la baraja de cartas.

—No lo sé —dijo Peter mirándome.

—Lo que tú quieras —respondí con una sonrisa.

—Perfecto, pues sí, entonces. Nos iremos en breve porque no tenemos nada que ponernos. ¿Qué te parece si vamos al centro y nos compramos algo? —me preguntó.

—Me parece bien, claro.

No habría pasado ni media hora cuando Peter me dijo que era mejor irnos si queríamos llegar a tiempo al restaurante. Nos subimos al coche camino de Gran Vía. Aparcamos en un parking cercano y entramos a varias tiendas. Peter se compró un pantalón vaquero claro, una camisa blanca y unos zapatos azul marino. Yo me probé varios vestidos, finalmente elegí uno de rayas marineras horizontales y azul marino en los laterales, las costuras de las rayas marcaban la silueta, así que quedaba como un guante. El problema era encontrar zapatos o sandalias de un número 36. Tras más de una hora buscando, encontramos unas sandalias de tacón blancas, parecían no hacerme daño y quedaba media hora para que fueran las nueve y media, así que las cogí. Mientras pagaba en caja caí en la cuenta de que no tenía bolso, no iba a ir con la mochila, por lo que compré un bolso pequeño azul marino que había en la estantería de al lado del mostrador.

Nos fuimos al McDonald's, rompimos las etiquetas con los dientes y nos cambiamos en el baño. Cuando me miré al espejo me di cuenta de que no había cogido nada de maquillaje y el pelo estaba de aquella manera. Me tendría que conformar con el pintalabios que llevaba en la mochila. Y con el pelo lo más que podía hacer era recogerme una coleta alta, como lo tenía ondulado por la humedad, no quedaría mal del todo. Al salir, Peter, me miraba de arriba abajo con ojos de deseo y una sonrisa de oreja a oreja.



—Estás realmente preciosa.

—Si tú lo dices. Mira qué pelos, y sin maquillaje ni nada, vaya esperpento —le dije con vacile.

—Pero qué maquillaje, si estás guapísima, no te hace falta nada. Bueno sí, estos te quedarán bien.

Abrió la mano y me enseñó unos pendientes largos con una piedrecita brillante al final. Eran preciosos. Él se encargó de ponérmelos.

—Ahora que te acercas tanto a mí, y no sé con qué propósito, ¡no nos hemos echado colonia! — puse cara de horror.

—Tienes razón. Venga, seguro que todavía hay alguna perfumería abierta y podemos «probar nos alguna» —se le veía encantado con la situación.

Justo en la acera de enfrente había una perfumería. Entramos y, haciéndonos los interesados, cada uno se fue a por su perfume favorito y nos rociamos con él lo suficiente para no llamar la atención pero sí oler bien. Desde el otro pasillo me miró, me guiñó un ojo y salimos juntos por la puerta como si hubiéramos robado algo. Al salir no paraba de reírse.

—Siempre me había parecido de aprovechados hacer esto.

Me paré en seco, me di la vuelta y disfruté de los últimos rayos de sol filtrándose entre los edificios de la Gran Vía. Con ese color dorado que brilla en los cristales de las casas, la calle mostraba todo su encanto.

—Venga, ¿qué pasa ahora? Llegamos tarde.

Tiró de mi mano dirección al coche.

—Me encanta esta calle, tiene tanto encanto, tanta elegancia, tanta vida, tantas historias recorren ahora sus aceras. La nuestra es solo una más de cientos —y le guiñé un ojo.

—La nuestra es única e irrepetible.

Y me besó con toda la pasión y las ganas que habíamos ido acumulando durante horas. No supe cuánto tiempo estuvimos así, pero me resultó poco, como siempre.

## 40

Cuando llegamos al restaurante íbamos con más de quince minutos de retraso. Si todos eran puntuales seríamos el centro de atención, qué vergüenza.

—Vale, aquí es.

Delante de nosotros estaba uno de los restaurantes más famosos, caros y pijos de Madrid.

—¿En serio? Me podías haber avisado y me habría preparado, sabes que me siento muy incómoda en estos sitios. ¿Desde cuándo tiene Álvaro estos gustos? Invita él ha dicho, ¿y de dónde saca tanta pasta?

—Está claro que no es el que conociste —dijo muy serio.

Como me imaginaba estaban ya todos sentados. El sitio era espectacular, muy sofisticado, muy elegante y yo me sentía muy, muy pequeña allí. Había dos sillas libres, una al lado de Álvaro y otra al lado de una de sus amigas. No sé por qué me imaginaba dónde me iba a sentar yo.

Álvaro se levantó para recibirnos.

—Guau, vaya cambio, chicos. Venís tan elegantes que os perdono el retraso —se hizo a un lado señalando la silla que estaba libre—. Tú a mi lado, ¿te parece? —dijo dirigiéndose a mí.

Le apreté con fuerza la mano a Peter y él me contestó con otro apretón.

—Bueno, a mandar, es tu cumpleaños.

Álvaro me cedió la silla para sentarme. Me seguía sintiendo muy pequeña, cada vez más. Miré a Peter con cara de terror e intentó tranquilizarme con la mirada. Lo cogí de la mano por debajo de la mesa, «sácame de aquí» pensaba yo, pero no había forma de escapar.

—Estás preciosa —me dijo Álvaro al oído.

—Gracias.

Se me erizó el vello del brazo, no sabía si Peter se habría dado cuenta, pero no me gustaba nada esa reacción.

—No recordaba que este fuera tu estilo, ni tu gusto.

—Bueno, las cosas han cambiado bastante.

—Ya veo.

Me giré hacia Peter que me acariciaba la mano suavemente y me miraba con ternura. Le dediqué una sonrisa tímida.

Los platos fueron pasando uno tras otro con modales y protocolos que me parecían de otra época y cada vez me iba haciendo más pequeña. Me sentía tan diminuta que estaba convencida de que muchos no repararían en mi presencia. Me estaba poniendo muy nerviosa y me costaba respirar de forma tranquila. Peter llevaba un rato hablando con su amiga y Álvaro me dirigía miradas cada dos por tres, o eso me parecía a mí, algo que no ayudaba a que me tranquilizara.

Finalmente, tras los postres, vi una oportunidad para escapar al baño. Cuando salía me encontré de frente con Mónica, una de sus amigas, la que estaba sentada al lado de Peter.

—¿Qué tal? Algo incómoda te noto —dijo con media sonrisa.

—Bueno, sí, un poco. No estoy acostumbrada a este tipo de restaurantes —le dije lo más amable que pude, puesto que su tono no parecía nada amistoso.

—¿Llevas mucho tiempo con Peter? Este es su ambiente, él se siente a gusto. Si quieres estar a la altura tendrás que adaptarte rápido. No todas pueden seguirle el ritmo, ni a él ni a sus amigos, y para Peter sus amigos son muy importantes, sobre todo Álvaro.

Sonrió con maldad y se metió al baño.

«Gracias por la información», pensé. Me miré al espejo y vi que tenía esa cara de pardilla de la que se reía Mónica, estaba satisfecha de su comentario y yo había alimentado su orgullo con la cara que se me había quedado. Me pellizqué las mejillas y salí lo más rápido que pude de allí. Al llegar a la mesa Peter se había sentado en mi silla, genial, tendría que estar al lado de Mónica. Vale, sería mejor omitir lo que acaba de pasar en el baño. Tragué saliva, respiré hondo y me senté al lado de Peter.

—¿Todo bien? Tienes mala cara —me preguntó con preocupación.

—Sí, todo bien.

«Sí, genial. Tu amigo, mi exnovio, no para de mirarme, tu amiga me lanza directas con maldad, porque no me soporta o porque está coladita por ti, y estamos en un sitio en el que me siento insignificante, un bicho raro. Va todo genial», ironicé para mí, pero no se lo podía decir. Me cogió de la mano y me dio un beso.

Durante más de media hora, que a mí me resultaron miles de horas, estuve con una sonrisa de lo más falsa intentando entrar en las conversaciones que tenía a mi alrededor, a la de Peter con el resto del mundo y a la de mi nueva gran amiga con sus amigas, que por los gestos que ponían cuando yo hablaba, debían de pensar sobre mí igual que Mónica.

—Chicos, no podemos estar mucho más aquí, nos vamos a la discoteca ya —dijo Álvaro mientras se levantaba.

No hacía falta coger el coche porque estaba al lado del restaurante. Fuimos tranquilos y riéndonos de las diferentes anécdotas que contaban los amigos de Álvaro y Peter, bastante más majos que las amigas. Ya en la discoteca me pedí una cerveza, un tercio en botella, no en vaso, como siempre. Sabía que no queda estiloso, que no estaba a la altura, que un gin-tonic era lo que debería haberme pedido, pero llegados a ese punto necesitaba una cerveza. El primer trago me supo a gloria. Noté que Mónica me miraba de arriba abajo, pero me dio exactamente igual.

—Vaya, ahora te das a la cerveza. Recuerdo que no te gustaba nada —dijo Álvaro a mi lado.

—Bueno, las cosas han cambiado bastante —le guiñé un ojo.

Era la primera vez que me sentía cómoda y, extrañamente, no era al lado de Peter.

—Tú eras más de vodka con naranja —se rio, supongo que recordando algo.

—Sí, pero hace años que mi cuerpo no tolera el alcohol fuerte, además, supongo que luego me tocará conducir porque Peter está bebiendo. Yo con esta cerveza estoy más que servida.

—¿Sólo una? Pues sí que han cambiado las cosas —guardó silencio durante un rato y yo aproveché para dar otro trago que me recomponía por dentro—. ¿Te acuerdas de cuando hacíamos botellón en pleno diciembre en el parking? Hacía un frío horrible, pero no faltábamos a la cita. ¿Qué sabes de Héctor?

—¿Héctor? Está muy bien. En su línea, sin novia y sin perspectivas de tenerla.

Como me hubiera gustado que estuviera en ese momento allí conmigo.

—Ah, ¿sigues hablando con él? —preguntó asombrado.

—Sí, claro. Es mi mejor amigo.

No podía quitar ojo a la secuencia que tenía en frente, Peter hablando con Mónica y esta contoneándose y riendo de forma exagerada.

—Hay cosas que no han cambiado. Sigues sin saber ocultar tus pensamientos, tu cara sigue hablando por ti. No tienes nada por lo que preocuparte, Peter no está interesado en ella, ni lo ha estado nunca ni lo estará. No lo he visto mirar nunca a ninguna chica como te mira a ti.

—No es eso, no dudo de él —le conté lo que había pasado en el baño.

—Sí, bueno, muy típico de ella. Te ve como una rival. Pero lo mejor es que no entres en el juego.

—¿Te das cuenta de que nos mira de reojo? ¿Crees que descubrirá quién soy? —le pregunté preocupada.

—No, no se va a dar cuenta. Y si por algún casual algún día pregunta, lo negaré, la follaré duro y se olvidará del tema.

Lo miré ojiplática y él se rio con ganas.

—No sería la primera vez —concluyó con rotundidad.

—¿Te apetece bailar? —le propuse viendo el percal que había.

—Por supuesto —contestó según se iba a la pista.

Estuvimos un rato bailando, riéndonos y haciendo el tonto sin preocuparnos de quién había a nuestro alrededor. Al rato miré a la barra y vi que Peter nos miraba muy serio. Mónica le cogió de la mano y lo trajo a la pista. Me acerqué a él y le di un beso. Me agarró por la cintura y yo se lo agradecí. Me dio un tercio de cerveza sin alcohol y me guiñó un ojo, había estado atento porque hacía ya un buen rato que me había acabado la cerveza. Eso confirmaba que me tocaría conducir a mí hasta casa y una emoción recorrió mi cuerpo al saber que iba a tener un Mercedes entre mis manos. Tras varias canciones sonó una bachata y le pedí a Peter que bailara conmigo, me dijo que no sabía y cuál fue mi sorpresa cuando apareció Álvaro a mi espalda y me pidió bailar tras preguntarle a Peter, sin pensármelo le dije que sí. Me dejé llevar por la música, él también. Nuestras caderas se movían con experiencia y nos fundimos en uno mientras la música nos llevaba a su antojo. Nos hicieron un corro en la pista. Y para que me voy a engañar, se palpaba la tensión sexual. De vez en cuando miraba a Peter, que nos observaba muy serio y apretando la mandíbula. Cuando acabó la canción la gente nos aplaudió y Álvaro me abrazó.

—Vaya, no sabía que bailabas bachata —le dije.

—Ni yo que bailabas tan bien.

—¿Qué cara tiene Peter? ¿Se habrá molestado? —le pregunté preocupada.

—No creo, solo ha sido un baile. La que no tiene buena cara es Mónica, voy a tener que camelármela un poco —dijo riendo.

Nos separamos, nos hicimos una reverencia y la gente volvió a bailar ocupando toda la pista. Me fui directa a Peter.

—No sabía que bailaras tan bien —dijo bastante serio.

—Sí, bueno, hace tiempo que aprendí —le sonreí.

—Voy al baño —se dio la vuelta y se fue.

Y ahí me quedé yo sola. Una de sus amigas, Mireia, se acercó y me dijo que bailaba muy bien, que había sido un baile muy bonito, hipnótico, y que la gustaría saber bailar así. Se lo agradecí, por el halago y por hablar conmigo, aunque eso no se lo dije. Enseguida llegó Mónica.

—¿No tienes suficiente con Peter que también te tienes que ligar a Álvaro? —dijo muy borde.

—¿Qué? Yo no me estoy ligando a nadie —le dije mientras buscaba a Álvaro con la mirada, «por favor, sácame de esta».

—Pues mira, guapa, así no. No vas a hacer daño a ninguno de nuestros amigos. Peter no parecía muy contento con ese baile subidito de tono. No lo vas a tener fácil con él.

Me miró con prepotencia y se separó el pelo de la cara con un movimiento de mano muy cursi.

—Estás muy equivocada.

La dejé ahí plantada y me fui en busca de Peter.

Lo peor era que tenía razón, a Peter no le había gustado nada el baile, eso me iba a traer consecuencias. Por qué habría aceptado bailar con Álvaro. Cuando llegaba a los baños él salía.

—Cielo, si te ha molestado el baile, lo siento —le puse cara de pena.

—No me ha molestado —dijo con una pequeña sonrisa forzada.

—¿De verdad?

—Sí, bailas muy bien, muy... sensual —dijo haciendo una mueca.

—Es una bachata. Lo siento, yo... no...

—No me ha molestado, ¿vale? Solo que he visto a Álvaro bailar así con otras y siempre han acabado en su cama —me dijo serio.

—Pero yo solo empiezo y acabo en tu cama.

Le di un beso, pero ese beso fue frío y distante, no fue uno de nuestros besos.

Volvimos a la pista y no me separé de su lado. Mónica apareció con otra copa para Peter, me miró y me guiñó un ojo. Me di cuenta de que no había mirado el móvil en toda la noche. Tenía un mensaje de Héctor: «¿Qué tal el cumple? ¿Son tan pijos sus amigos como creemos? ¿Crees que sobrevivirás?», añadió un emoticono sonriente.

Ya era tarde, pero le contesté: «Hay un poco de todo, pero sí, ya te contaré en persona. Una de sus amigas me tiene tirria, no me soporta y no me está poniendo las cosas fáciles». «Nunca adivinarías de quién es el cumple». Pensé que ya no contestaría, llevaba más de dos horas desconectado. Según estaba guardando el móvil en el bolso, lo noté vibrar. Vaya, estaba despierto. «¿De quién?». Le contesté: «¿Estás despierto? Pensé que ya estabas durmiendo». «Estoy en la terraza tomando algo, con este calor no hay quien duerma», «¿De quién?», escribió deprisa. Cogí aire y le puse: «Álvaro». No tardó en contestar: «¿Qué Álvaro?». Claro, era difícil caer en que era él: «...», «Álvaro». Puso un emoticono de cara sorprendida: «¡No!», «¿Tu Álvaro?», «¿Estás bien?».

Le iba a contestar cuando vi que me estaba llamando, le colgué. «No puedo hablar ahora», «No está la situación muy en mi favor», «Sí, estoy bien. Ya te cuento en persona», y le puse el emoticono de una carita mandando un beso. «Vale, cualquier cosa me llamas», contestó.

Guardé el móvil. Sonreí. Era fantástico tener amigos así y no el ambiente tan hostil en el que me encontraba. Noté a Peter algo más relajado y aproveché para bailar con él, al poco descubrí la razón, Álvaro estaba besando a otra chica.

A las cuatro de la mañana Peter dijo que nos íbamos, nos despedimos de todos, aunque yo a Mónica no le dije nada, ella me sonreía con maldad. Cuando salimos de allí me dio las llaves del coche. Era la primera vez que iba a conducir un Mercedes, su pequeño. Empecé a dar grititos y saltitos cuando vi que me tendía las llaves. Al menos eso era buena señal, aunque no sonrió en ningún momento, supongo que por dentro se estaría arrepintiendo de haber bebido. Puse el GPS para poder salir de aquella zona de Madrid sin perderme. El asiento era muy cómodo. Aproveché para pisarlo un poco, aunque sin exceder los 140 por hora.

No hablamos en todo el camino, iba recostado en el asiento fingiendo dormir, pero realmente

estaba despierto. Casi llegando ya a Guadalajara me dijo que fuéramos a mi casa. Llegamos antes de las cinco de la mañana, nos cambiamos y nos metimos en la cama. Me dio un beso rápido y se giró dándome la espalda. Mi cerebro iba a mil, algo iba mal, muy mal, estaba muy distante conmigo, pero estaba tan cansada que no tardé en dormirme.

# 41

Cuando me desperté entraba luz desde el pasillo, eso significaba que ya era tarde, miré el móvil, las dos de la tarde. Me giré y vi que Peter no estaba. Pensé que se habría levantado a preparar algo para comer, aunque no se oía ruido. Fui pasando por las habitaciones pero no estaba en ninguna. En la mesa del salón encontré una nota. Se me puso el corazón a mil, aquello no era bueno.

«Me he ido porque me dolía mucho la cabeza  
y no quería que cargaras con ello.  
Tu Peter»

No podía ser. Se había levantado, vestido y se había ido sin decirme nada. Había huido. ¿Ya? ¿Tan pronto? Fui corriendo a por el móvil, le quité el modo avión para ver si llegaba algún mensaje. Nada. Llamé a Héctor.

—¿Sí?

—Te necesito —dije desesperada.

—Vale, ¿has comido? ¿Paso a por unas hamburguesas?

—No, vente ya. Me voy a volver loca.

—Vale, quince minutos —colgó.

Todavía estaba en pijama. Me cambié rápido, me puse unos pantalones cortos de chándal y la primera camiseta que encontré. No habían pasado ni diez minutos y Héctor me avisaba de que estaba abajo. Cogí la mochila, la nota, el móvil y bajé corriendo.

—¿Qué pasa? —me preguntó preocupado. Le di la nota que leyó con interés—. Bueno, tampoco es para tanto.

—Sí, sí lo es. Nunca había hecho esto. Ya me resultó extraño que ayer decidiera dormir en mi casa, yo llevaba el coche —le expliqué—, lo tenía todo preparado, así podía irse cuando quisiera y no tendría que esperar a que yo me fuera.

—Eres una tremendista. Seguro que no es como te lo has imaginado —arrancó el coche.

—No, no soy ninguna tremendista.

Empecé a contarle todo lo del día anterior. Cuando llegamos al McDonald's aún no había acabado, le conté lo del baile y puso una mueca.

—¡Ves! A ti también te chirría. No tendría que haber bailado con él.

—Y ¿por qué no? Ya le habías dejado claro antes que no pasaba nada y que tampoco pasaría. Aunque para serte sincero es una situación difícil. Saber que tu chica es la ex de tu mejor amigo no es plato de buen gusto y, bueno, puede que el baile no ayudara.

—Es que Álvaro me tenía idealizada, nunca les contó el final. Todos pensaban que era de ensueño —le recordé—. Ya no es el mismo, es totalmente diferente al Álvaro que conocimos. Ahora es pijo, tiene don de gentes, liga con todo lo que se mueve, tiene dinero y unos gustos muy sofisticados. Y yo tampoco soy la misma...

—Pero eso él no lo sabe. ¿Le has escrito? —me preguntó.

—No, no sé qué ponerle. ¿Y si no me contesta? ¿Por qué no me ha escrito él?

Miraba el móvil cada minuto.

—Venga, ponle algo —insistió.

«¿Qué tal estás? ¿Tienes gazpacho por casa? Ayuda bastante con la resaca». Añadí un emoticono de una carita lanzando un beso y un corazón.

—Vale, ya está. Está en línea —seguí mirando—. Ya no está en línea.

—No te preocupes, ya lo leerá —intentó tranquilizarme.

—Vuelve a estar en línea. No me lee —lo miré horrorizada—. ¡No lo lee!

—Dame el móvil —dijo muy serio.

—No.

—Que me des el móvil o te lo quito yo por la fuerza —le di el móvil de mala gana—. Y ahora termina de comer.

—No tengo hambre.

—Pues esto sí que es grave para que no te comas tú una hamburguesa —se rio con ganas.

—¿Por qué siempre lo fastidias todo? Y Álvaro... No tuvo suficiente con dejarme como me dejó que ahora tiene que ser parte importante de esto también...

—Dos cosas. Una, tú no lo fastidias todo, además, creo que estás siendo muy paranoica con este tema y no es tanto como te lo parece a ti. Dos, Álvaro no tiene la culpa de esto, sí que podía haberse mantenido al margen, pero él no decide entre tú y Peter y, si lo hace, es porque algo no anda bien —dijo tajantemente.

Después de comer nos fuimos a dar un paseo por la ciudad, estuvimos en un parque tirados debajo de un árbol para no derretirnos con el calor. Sobre las seis de la tarde me dio el móvil, Peter había contestado: «Estoy mejor, no sabía el truco del gazpacho, he bajado a comprarlo porque no tenía en casa. ¡Gracias!». Le contesté con un «¡Me alegro!» y un guiño. No volvió a contestar. Sobre las nueve le dije a Héctor que me iba a casa. Él me invitó a cenar en la suya, pero no me apetecía estar con nadie, prefería estar sola. Me dejó en el portal y me dijo que le llamara a la hora que fuera si lo necesitaba. Le di un fuerte abrazo y le agradecí la dedicación.

Me di una ducha rápida, me tomé un vaso de leche caliente y me metí en la cama. Su lado aún olía a él, pensé entonces que si me dejaba no lavaría las sábanas hasta que se fuera su olor. Eran las diez, miré el móvil, le mandé un mensaje: «Buenas noches, espero que descanses y estés mejor del dolor de cabeza. Bss». Puse el modo avión y apagué la luz.

No pude pegar ojo en toda la noche, tras intentar coger el sueño leyendo un rato, o ponerme la radio bajita, no hubo forma. Tenía el pulso acelerado, me hice una tila, pero tampoco hizo efecto. A las siete sonó la alarma, la apagué y encendí el móvil. Nada. No había mensajes. Había leído el mío pero no había contestado. Me levanté y dejé el teléfono lejos de la zona de trabajo. Me fue imposible concentrarme, leía los textos treinta veces y no comprendía nada. Me acerqué a por el móvil y vi mensajes de Héctor preguntándome qué tal había pasado la noche. Le contesté y me respondió con un «para lo que me necesites».

Me tomé dos tilas más, tomar café o té solo empeoraría las cosas porque tenía el corazón a mil. Empezaba a perder las pocas fuerzas que me quedaban y estaba a punto de llorar y soltar toda la



tensión que llevaba acumulada.

A la una sonó el móvil. Era él. «Hola, tenemos que hablar. ¿Comemos?». Hice un pantallazo y se lo mandé a Héctor: «Ya está, ahora es cuando me deja». Héctor escribió: «No tiene por qué, ¿para qué querría comer contigo? ¿Te deja y seguís comiendo, o mantiene la tensión hasta el postre?», «Yo creo que simplemente quiere hablar», «Tranquilízate, respira, échate agua en la cara y ¡no llores!». Tarde, ya estaba llorando: «La famosa frase de tenemos que hablar nunca se utiliza para algo positivo», «No me puedo tranquilizar».

Contesté a Peter: «Vale». Me respondió al momento: «¿A las 13:30 te paso a buscar?»; «Ok», le dije. Solo tenía media hora para lavarme la cara y tranquilizarme, no quería llorar delante de él. Me puse unos pantalones vaqueros cortos, una camiseta roja y las sandalias. Me eché agua en la cara, no había mucho que hacer, ya tenía los ojos rojos. Pensé en pintarme, pero si lloraba aquello quedaría como un cuadro, así que me hice una coleta y me puse crema en la cara, me eché colonia y me quedé esperando en la puerta a que me avisara. A la una y media me llegó su mensaje, tan puntual como siempre. Cogí la mochila y el móvil. Cuando llegué abajo entré en el coche y cerré la puerta. Mi corazón iba a mil por hora.

—Hola —dije tímida.

—Hola —dijo sonriendo—. ¿No me vas a dar un beso? —preguntó extrañado.

—Sí, claro.

Me acerqué y le di un beso rápido, tímido y cauto. Me miró extrañado. Evité mirarlo directamente.

—¿Qué tal estás? —me preguntó tímidamente.

—Cansada, no he dormido mucho esta noche —«no he dormido nada y mal, estoy mal, si te miro me voy a echar a llorar como una niña pequeña».

—Yo tampoco he dormido mucho.

En diez minutos llegamos al restaurante. Aparcó en la puerta de La Pasta, el restaurante en el que nos conocimos. Me iba a dejar en el sitio en el que nos habíamos conocido, ya tenía que ser enrevesado. Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana y los dos pedimos un primero y un segundo del menú del día.

—Lo siento... —dijo bajito.

«Ahora es cuando me dice que esto se ha acabado», pensé y las lágrimas empezaron a salir sin control.

—Sara, mírame... —dijo tímido—. ¿Qué? ¿Por qué lloras? —se extrañó.

Como no podía hablar simplemente me encogí de hombros, esperando lo peor.

—Perdona, pero esto me ha descolocado —bebió agua—. Yo quería decirte que siento haber estado tan frío y distante estos dos días. Necesitaba pensar, pensar en soledad y hablar con Álvaro.

Me puse nerviosa. Por qué tenía que hablar con él. Entonces hablé a la vez que lloraba.

—Vale, pero la próxima vez haz el favor de decirme lo que necesitas, de hablarme, de no mantenerme en esta incertidumbre. Primero todo el camino sin hablarme, luego te vas dejándome una simple nota, después te escribo y espero una contestación durante horas, o una que nunca llega. Y con cada minuto que pasaba se confirmaban mis miedos de que por una mala decisión lo nuestro había terminado —mis lágrimas seguían cayendo.

Extrañado y totalmente descolocado, me cogió la cara con las manos. Pasó los pulgares por mis mejillas arrastrando las lágrimas.

—Sara —me levantó la cabeza para mirarme a los ojos—, no te voy a dejar... jamás.

Fue como una ola de aire fresco que barría toda la angustia acumulada durante esos dos días. Sus ojos, clavados en los míos, reflejaban sinceridad, ternura y miedo. Me acurruqué en una de sus manos, necesitaba sentirlo, echaba de menos su tacto, mi cuerpo empezó a encenderse y volví a sentir ese deseo mutuo.

Llegó el primer plato y rompió la magia.

—Como te he dicho, necesitaba pensar y hablar con Álvaro. No, no me molestó el baile, pero sí tuvo mucho que ver. En la cena noté cómo te miraba, no soy tonto, lo he visto mirar a muchas, y el hecho de que fueras tú agravaba la situación, al menos en mi cabeza. Por eso cuando te fuiste al baño aproveché a cambiarme de sitio.

—Gracias —le dije con un gesto irónico que entendió.

—Ya, Mónica, ¿no? —hizo una pausa—. Se caracteriza por crear un terreno hostil ante nuevas amenazas, según ella. Siempre ha ido detrás de mí y de Álvaro y no le gusta que aparezcamos con pareja. Aunque realmente no me di cuenta de lo que pretendía hasta el baile. Cuando llegamos a la discoteca te vi hablando con él en la barra y, a decir verdad, no me gustó mucho. Hubo un rato que os perdí de vista y os encontré en la pista bailando olvidados de lo que teníais alrededor. Pero luego venías y tu actitud conmigo era la de siempre y mi mente no entendía por qué lo que se imaginaba y la realidad no coincidían. Me encontraba en una contradicción constante. Y tú no tenías la culpa —dijo cuando vio que quería hablar—. Cuando el baile, es cierto que me pediste bailar y te dije que no sabía, y es cierto que Álvaro me pidió permiso para bailar contigo, pero no me esperaba lo que pasó —hizo una pausa, yo no dije nada—. Os veía tan compenetrados, tan unidos, fundidos el uno con el otro, se notaba conexión y... mucha tensión sexual. No eran celos, bueno, no sé lo que eran, pero no podía digerir lo que estaba viendo. Hablé con Álvaro y me dijo que nunca habíais bailado así juntos, que no sabía que bailabas así, que él simplemente iba a moverse un poco y de repente todo empezó a fluir. Le pregunté si él había notado esa tensión sexual, me dijo que sí y que él era el culpable en parte, pero que no había tenido esa intención, simplemente se dio. También me dijo que lo primero que hiciste tras terminar de bailar fue preguntar cómo me lo habría tomado yo, lo que te ha salvado de mucha culpa —dijo bromeando.

—Mira, de verdad que lo siento, no tenía que haberle dicho que sí, pero tampoco sabía que él baila así. La bachata puede llevar a eso, a crear esa tensión, aunque no siempre, pero solo en los minutos que dura el baile, luego se esfuma todo. En realidad, no iba a bailar de esa forma, iba a hacer pasos más básicos y menos «fuertes» —hice un gesto de comillas con los dedos en la última palabra—. Pero me dejé llevar por la música y todos los pasos fueron encajando.

—¿Qué sentiste?

—Que pregunta más difícil —no tenía más remedio que ser sincera. Cogí aire—. Sí, noté la tensión sexual. Sí, tenía el corazón a mil. Sí, me encendí por dentro. Pero se acabó al terminar la canción —dije con timidez—. Si lo que piensas es que entre Álvaro y yo pueda haber algo algún día, no va a ser así. Eso se acabó hace catorce años para siempre.

Hubo unos minutos de silencio. Supongo que estaría digiriendo toda la información.

—Después del baile viniste a pedirme perdón y eso me descolocó más, porque confirmaba lo que mi mente estaba pensando.

—Me sentía culpable, estabas distante, frío, me mirabas serio y raro, y pensé que yo era la responsable —le dije con pena mirándolo a los ojos.

—Tú no eres culpable de nada. Tendría que haber aceptado lo que estaba pasando sin ir más allá e inventar lo que no era. Pero hacía muy pocas horas que sabía que tú eras Sara y no lo había asimilado todavía. Era un problema mío, no tuyo. Confío en ti... y en Álvaro.

Tras comernos los postres, el ambiente se había relajado, él volvía a ser como siempre y yo estaba más tranquila.

—Quiero que me enseñes a bailar —dijo riéndose—. Quiero sentir lo que sentisteis vosotros.

—Vale —dije riéndome—, pero no se aprende en un día, y puede que de tanta tensión no terminemos muchos bailes —le guiñé un ojo.

—Entonces estoy deseando empezar, señora profesora —me cogió la mano y me dio un beso—. Este fin de semana volveré a quedar con ellos —dijo al cabo de un rato.

—Perfecto.

—Y tú te vienes —dijo tajantemente.

—Ah, no. ¡No, no, no! Ha pasado muy poco tiempo desde el sábado y no está el ambiente muy apacible.

Me negaba rotundamente a volver a ver a Mónica.

—Sí, te vienes. Te vienes porque eres mi novia, porque te invito a venir y quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Y al que no le guste que empiece a aceptarlo, porque no le va a quedar otra. Tranquila, que no te va a pasar nada con Mónica, ya me encargo yo de hablar con ella.

—¿Sabes lo que me dijo Álvaro cuando le pregunté qué pasaría si Mónica descubría quién soy? —le dije riendo. Negó con la cabeza—. Que lo negaría, se la follaría y se le olvidaría.

—Me lo tenía que haber imaginado. No sería la primera vez —hizo una pausa—. ¿Sabes? Gracias al baile me di cuenta de que quiero sentirte así —acercó su mano a mi cara y repasó con su pulgar el contorno de mis labios—, de que aún me faltan partes de ti por descubrir —puso su mano en mi barbilla durante unos segundos mientras nuestras miradas se quedaban fijas—, de que no te quiero perder —me cogió las dos manos y besó mis nudillos. Sus ojos marrones volvieron a buscar los míos, brillaban más que nunca. Su pecho se hinchó con una fuerte inspiración—, de que te quiero.

El corazón se me puso a mil, mi respiración empezó a ser más lenta. El nudo de nervios en la boca del estómago se desató y recorrió todo mi cuerpo. Volví a notar aquellos temblores que sentí la primera vez que lo vi.

«¡Madre mía!», pensé cuando repasé mentalmente lo que me acababa de decir. La situación había cambiado radicalmente, había pasado de creer que me dejaría a decirme que me quería. No supe qué decirle, me puse colorada. Solté mi mano derecha de entre las suyas y la hundí en su cuello acariciándolo con delicadeza. Busqué sus labios con mis ojos, sonreí, cerré los ojos, respiré, abrí los ojos y busqué los suyos que intentaban leer los míos. Tiré de él hacia mí y lo besé, nuestros labios se unieron con delicadeza y mi lengua buscó la suya con una timidez segura. Una lágrima, no sabía si era una rezagada de mi llorera anterior o una nueva, se escapaba emocionada.

Andaba en una nube. Me quería y no me lo podía creer. El problema era que yo no me atrevía a contestarle y él pensaría que no lo quería. Tampoco estaba segura de tener ese sentimiento y poder corresponderle. Aunque de sobra sabía que lo que yo sentía por él no lo había sentido antes, pero el miedo y las sombras me repetían que era demasiado pronto para decírselo.

Volvimos al ático después de comer. Peter no tardó en poner una bachata de moda que sería difícil de bailar, sobre todo para él.

—Vale, ¿ahora qué tengo que hacer?

La imagen era muy cómica. Estaba de pie en el centro del salón con los brazos abiertos. Yo me reía a carcajadas.

—¿Qué? ¿Dónde está la gracia?

—Tú eres la gracia. ¿Te crees que esto se aprende por ciencia infusa? —seguí riendo.

—Por lo que he visto, y algo he visto, parece un pelín más complicada que las sevillanas —rio contagiado por mí—. Pero creo que podré.

—Venga. Lo primero es saberse los pasos básicos de la bachata. Sígueme a modo espejo, ¿vale? —asintió—. Primero el básico en el sitio. Cuenta ocho tiempos y en el cuatro y en el ocho, marcas con el pie y la cadera, así —le mostré cómo debía hacerlo—. Vamos, uno, dos, tres, marcas, cinco, seis, siete, marcas.

Yo hacía el paso y él intentaba seguirme, pero parecía un palo y reí.

—Tienes que cargar el peso de tu cuerpo en las piernas para dejar la cadera suelta, si no, parecerás el palo de una escoba.

En ese momento se acabó la canción y empezó un reguetón.

—Esto sí lo sé bailar, mira...

Se acercó a mí, me cogió por las caderas y las movió de lado a lado. Me separé con fuerza.

—Eso no vale, me estás bailando a mí.

Se rio. Fui a por el portátil.

—Mira, vamos a poner un tutorial y solo tenemos que seguir los pasos. Hacemos lo que hagan ellos y así será más fácil.

En el vídeo un chico y una chica iban enseñando los pasos más básicos.

«Vale, ahora en pareja. La mano de la chica la agarra la del chico, este la puede poner en el pecho, abajo o donde quiera. Y es el chico el que marca el paso».

Peter estaba de lo más concentrado haciendo lo mismo que hacía el profesor. No podía dejar de reírme.

—Si te ríes todo el rato no me concentro —dijo serio.

—Vale, vale —dije levantando las manos en son de paz.

No lo hizo mal para ser la primera vez. Los básicos, si seguía el vídeo, los hacía a la perfección. Yo bajé el nivel para seguirlo sin obligarle a nada.

«Ahora más juntos. Acercáis a la pareja a vosotros. Tened en cuenta que aquí las piernas tienen que estar entrelazadas para evitar pisotones. Tenéis que mirar a la chica cuando bailéis, porque bailáis para ella».

—Pero si miro a la chica no veo cómo lo haces —le dijo al vídeo.

Me retiré y me doblé para reírme a carcajadas. Si seguía así me mearía encima.

—Vaya profesora...

—Si es que estás muy cómico —me miró serio—. Vale... venga, acércate. Pon tu mano en la mitad de mi espalda —así lo hizo—. Cógeme la mano y colócala donde estés más cómodo —la arrimó a su pecho—. Coloca las piernas entre las mías. Que yo sepa bailar no significa nada.

Me miró fijamente. Cerró los ojos, cogió aire y volvió a abrirlos. Asintió.

—Siente la música —le susurré al oído.

Se le puso la carne de gallina y bufó. Empezó por el básico lateral. Perfecto. Después el básico en el sitio. Genial. Pero su respiración se empezaba a agitar y la mía empezó a acompañarlo. Me separó, me sujetó de una mano que subió y me giró con la otra. ¡Vaya! Me recogió con la otra pegándome bien a él. Noté su erección y adiviné que no íbamos a terminar el tutorial.

Me mordió el labio de abajo mientras seguía bailando, alternaba el básico lateral con el básico en el sitio. Acercó su boca a mi cuello y su aliento me encendió por dentro como solo él sabía hacer. Me llevó la otra mano a su cuello y acercó su mano a mi cara poniendo su pulgar en la comisura de mis labios. Se paró. Acercó su boca a la mía acariciando mis labios con los suyos. Su lengua buscaba la mía y con una maestría asombrosa se unieron marcando el mismo ritmo. Mi corazón iba a mil, nuestras respiraciones eran profundas y exhalaban deseo. Bajó su boca por mi cuello hasta llegar a mi pecho. Se había acabado el baile para empezar otro muy distinto. Me quitó la camiseta y desabrochó el sujetador. Me besó los pechos y agarrándome del culo me dio un ligero empujón que me hizo estirarme. Paseó su lengua por mis pezones y gemí de placer. Bajó con su lengua hasta mi obliquo donde me besó con suavidad mientras me bajaba los pantalones. Llevaba un culote negro de encaje que le hizo sonreír. Hundí mis dedos en su pelo y me miró con ojos pícaros. Paseó sus dedos por encima del culote y ardí por dentro. Noté que me empezaban a temblar las piernas del deseo contenido. Me quitó el culote y hundió su cabeza. ¡Por favor! Su lengua se movía en círculos y sus dedos se introducían en mi interior. Me costaba coger aire entre gemido y gemido. La mano que le quedaba libre subió hasta mis pechos y apretó con suavidad mis pezones. Me iba a ir en poco segundos. Un chorro de electricidad que salió de mi entrepierna me recorrió entera, pero él no paraba y me temblaban las piernas. Aquello era tan intenso que si seguía volvería a irme. De repente se levantó y me cogió a horcajadas. Me llevó al sofá y se desnudó de cintura para abajo. Vi su erección bajo la camisa y quise cogerla para jugar con ella, pero me empujó para que me tumbara, abrió mis piernas y entró con decisión. Puso una mano al lado de mi cara que le hacía de apoyo. Con la otra me sujetaba una pierna que colocó por encima de su hombro. Entre jadeo y jadeo me besaba y me mordía el lóbulo de la oreja. Me agarré a su brazo que marcaba todos los músculos por la tensión que soportaba. Con cada entrada iba haciendo más fuerza y se iba hundiendo más en mí. Sus músculos se tensaron, estaba a punto del orgasmo, pero ralentizó el ritmo.

—Sin ti no, nena. ¿Estás preparada?

Asentí.

Soltó mi pierna, metió sus dedos en mi boca y los llevó hasta mi entrepierna donde dibujó círculos. Aceleró el ritmo y empecé a notar la descarga. Un primer gemido mío adivinaba lo que

vendría. Me miró fijamente y sonrió. Volvió a tensarse, curvó su espalda hacia atrás y gimió a la vez que yo sentenciaba con el gemido final.

Se desplomó encima de mí echándome su aliento en el cuello. Era tan delicioso. Busqué su boca para besarlo y saborearlo.

Salió de mí y fuimos cada uno a un baño.

Volví al sofá y me tumbé sintiendo todavía el temblor de piernas. Cogí el mando del aire acondicionado y lo apagué.

—Hazme hueco —dijo buscando sitio entre el sofá y yo.

Me reí y adivinó el motivo.

—Parece que no va a ser fácil aprender bachata —dijo riendo.

—Pues no será por culpa de la profesora.

—Precisamente es por culpa de la profesora. Si no fuera tan guapa, tan atractiva y tan adictiva, esto no pasaría —susurró en mi cuello.

Aquello erizó mi piel. Él me apretó contra su cuerpo, desprendía calor.

—¿Volvemos a intentarlo? —preguntó con intenciones.

—Por hoy no. Tengo un alumno que se despista con facilidad y me ha supuesto un sobreesfuerzo del que me tengo que recuperar —dije riendo.

Arrastró un mordisco en mi hombro. Me giré y lo besé.

## 43

Peter, que no tenía problemas por elegir los días de vacaciones cuando él quisiera, consiguió cuadrarlas con las mías.

—Había pensado en hacer un viaje por la Costa Azul.

—Más aviones no, ¿eh?

—No, en coche. Pero esta vez no voy a decidir yo, es nuestro viaje y elegiremos los dos.

Dio una palmadita en el sofá para que sentara a su lado. Colocó el Mac de forma que yo también viera la pantalla. Tenía Google Maps en una pestaña y un buscador de hoteles en otra.

—Podemos ir donde quieras, mi única condición es que pago yo.

Lo que me faltaba era ser una mantenida. No iba a conseguir que cambiara de opinión así que opté por no tomar demasiado partido en los lugares a visitar.

—Entonces vamos donde tú quieras. ¿Has estado allí ya? —negó con la cabeza—. ¿Y qué habías pensado? ¿Cannes? ¿Mónaco? ¿Montpellier? ¿Eso no está muy lejos para ir en coche?

—Un poco, pero el plan es ir por escalas. El primer día vamos a Valencia, comemos allí, vemos atardecer, dormimos y partimos a Francia, hacia Montpellier.

Puso la ruta en el Maps, donde ponía que el viaje duraba siete horas.

—Eso es una paliza de coche. Podemos turnarnos para conducir.

—Ni lo sueñes. Pararemos dos veces y si es necesario dormimos en el coche.

—¿Lo dices en serio? Reservas en hoteles de cinco estrellas híper mega cómodos y ¿eres capaz de dormir en el coche por no dejarme conducirlo? ¿Tan mal lo conduje?

—No es eso, pero aquel día era un tema de fuerza mayor y hasta que no se dé otro día de ese tipo, no volverás a conducir a mi pequeño.

Sonó tan tajante que no me atreví ni a hacer una broma. «Mi pequeño, mi pequeño», remedé en mi mente y sonreí.

—Y después ¿dónde?

—Allí hacemos dos noches y seguimos hasta Niza. Allí podemos pasar varias noches. El quinto día podríamos ir a Menton y a la vuelta parar en Mónaco y volvemos a dormir a Niza. Si quieres podemos ir a Mónaco al día siguiente y comer tranquilamente, está tan solo a media hora de Niza. Volvemos y pasamos la tarde en la playa.

—¿Lo estás preparando sobre la marcha o lo tenías pensando ya?

—Sobre la marcha, pero llevo un rato dándole vueltas —siguió moviendo las pestañas, tecleando y buscando sitios—. Vale, el séptimo día lo pasamos en Cannes, paseo y playa y volvemos a Niza.

—Y por qué no reservamos mejor en algo más cercano, Saint-Tropez, por ejemplo. Y por allí buscamos tranquilidad, calas para bañarnos o simplemente para tostarnos al sol. Un par de días...

—Me gusta el plan. Los días diez y once dormimos en Marsella. El décimo lo pasamos allí y el siguiente podemos ir a Nimes y a Arlés. Y aquí me quedo atascado, porque si volvemos a Marsella es una hora y pico, pero volver a dormir en Montpellier no me convence.

—Pues volvemos a Marsella, reservamos tres noches. No tenemos prisa. Y luego podemos dormir en Narbona, que parece que está cerca de Carcasona —dije señalando el mapa—. Que ganas tengo de ver ese pueblo —me quedé pensativa—. Déjame un boli y un papel.

Señaló la estantería. Abrí un cajón y saqué un folio, lo doblé por la mitad y cogí un boli. Recopilé la información que habíamos puesto en común. Hice una columna donde ponía noches y otra en la que ponía días. Numeré quince noches y fui colocando las ciudades como habíamos dicho.

—Vale, ya lo tengo, la primera noche Valencia, la segunda y tercera en Montpellier; las tres siguientes en Niza; las séptima, octava y novena en Saint-Tropez; las tres siguientes en Marsella; la dos siguientes en Narbona y la última en Barcelona —le dije señalando el croquis que había hecho.

—Vaya, eres eficaz. ¿Barcelona?

—Sí, no te vas a dar un palizón conduciendo el último día de viaje. Ya de Barcelona a aquí hay seis horas, más que suficientes para el último día. Y luego lo de pasar los días en un sitio u otro lo podemos ir viendo sobre la marcha. A lo mejor no queremos salir del hotel.

Me acerqué y le mordí la oreja. Cerró los ojos, bajó la tapa del portátil y lo colocó en la mesita baja que había entre los sofás.

—O a lo mejor no salimos de aquí... —me tumbó y se colocó encima.

—Suena tentador, pero ya me has puesto el caramelito francés en la boca.

Levanté ligeramente la cabeza y le mordí el labio de abajo. Después lo empujé quitándomelo de encima y con cara de un cabreo inventado cogí el portátil.

—Vamos a reservar primero que, si no, me despistas, te aprovechas de mí y perdemos el viaje. Además, a estas alturas a saber si hay habitaciones libres.

—No te creas que te has librado de mí tan fácilmente. Esta me la cobraré por partida doble.

Me quitó el portátil y empezó a buscar hoteles. Como requisito en la búsqueda señaló que fueran de cuatro y cinco estrellas y ordenó los resultados por opiniones. Puse los ojos en blanco. Yo siempre buscaba hoteles de dos o tres estrellas y ordenaba los resultados por precio, de menor a mayor. Me levanté y fui a la cocina a por una tarrina de helado de *stracciatella*.

Volví y me senté con las piernas cruzadas en el sofá.

—Dame un poco —puso cara de corderito degollado.

—Vale —encogí los hombros.

Cogí una cucharada y se la acerqué a la boca, pero se la esparcí por el mentón.

—¿Qué narices...? —dijo con mal humor.

Me acerqué a él, le giré la cara y se lo fui limpiando cuidadosamente con la lengua y pequeños besos.

—Delicioso —me relamí.

Volví a sentarme con las piernas cruzadas y seguí comiendo.

—Se supone que me ibas a dar un poco, se trata de que yo lo pruebe —su mirada se había vuelto salvaje.

Lo miré con indiferencia y cogí con la cuchara un poco de helado algo derretido. Cuando estaba



camino de llevármelo a la boca giré la cuchara y cayó en mi escote. Abrió los ojos con ansias.

—Uy... Qué torpe...

Puso una media sonrisa, bajó la tapa del portátil y lo dejó encima de la mesa. Se acercó lentamente y empezó a recogerlo con la lengua. Me quitó la camiseta para seguir probando el helado que, por la gravedad, había creado un reguero hasta mi vientre.

Mi cuerpo se contrajo de placer provocado por el contraste de su lengua caliente y el frío helado. Mi respiración se agitaba junto a la suya, pero intenté mostrarme indiferente y seguí comiendo helado. Se levantó y se comió una cucharada que iba directa a mi boca para sofocar el fuego que me empezaba a quemar. Acercó sus labios a los míos y el helado pasó a mi boca movido por nuestras lenguas. Aquello era algo más que excitante, glorioso. Su sabor se mezclaba con la nata y el chocolate del helado creando un sabor nuevo, mi favorito a partir de ese momento.

—¿Has terminado de reservar los hoteles?

No lo miré. Busqué la tarrina con la cuchara y volví a cargarla. Él levantó una ceja.

—No empieces un juego que no quieres acabar.

Intentó quitarme la tarrina de las manos y gruñí mostrándole mi posesión. Relamí la cuchara con sensualidad y apretó la mandíbula.

—No he dicho que no quiera acabarlo... Aún queda mucho helado.

Quiso arrebátarmelo una vez más.

—¡Eh! ¡Que este helado es mío! Haberte levantado tú a por él si tantas ganas tenías de probarlo.

—Vale, tú lo has querido.

Abrí los ojos mostrando una sorpresa forzada y rio. Con una rapidez que no esperaba me tumbó en el sofá y el helado que se estaba derritiendo en la tarrina me cayó encima.

—Si es la única forma de probarlo...

Empezó a recogerlo con la lengua desde mi ombligo hasta mi cuello, donde no había caído nada, pero no me quejé. Recorrió el mismo camino una y otra vez mientras yo me retorcí de gusto. No dejé de comer helado mientras tanto, aunque había ralentizado el ritmo de las cucharadas e intentaba provocarle con ello. Me miraba de reojo y eso me excitaba aún más.

Aquella maravillosa lengua recorrió cada poro de mi piel y yo me dejé hacer. Lo que había empezado como un juego había acabado con otro no apto para menores.

Media hora después nuestros cuerpos, desnudos, descansaban de una partida en la que los dos habíamos salido vencedores. Él seguía dentro de mí mientras nuestros pulmones exigían oxígeno de una forma más pausada y profunda.

El día de antes de partir hacia Valencia, hacia aquellas maravillosas vacaciones con Peter, que se me antojaban lejanas a la vez que deseadas, quedé con estos.

Ana salía de viaje con Rubén dos días después que nosotros. Su destino era Austria y el sur de Alemania. Helena y David se irían en agosto a Los Ángeles durante tres semanas. Nuestra envidia, sana, pero envidia al fin y al cabo, era máxima. Ana, aunque de broma, les había retirado la palabra por un rato.

Nacho, Raúl y Héctor se bajaban a Málaga a casa de Héctor. Allí se juntarían con los del equipo de dardos que viajarían tres días antes que ellos a Benalmádena. Terminarían las vacaciones disfrutando de la Feria de Málaga.

—Pedazo de viaje que te vas a hacer Sara. Te lo cambio —dijo Ana bebiendo de su cerveza.

—Sí, claro, tú lo que quieres es estar con mi hombre. Olvídate, no lo cambio, ni lo comparto —aclaré cuando adiviné que se ofrecía para viajar con nosotros.

Ana carcajeó.

—Tú lo que estás es loquita por él. Pareces una adolescente. Te lo comes con los ojos —se mordió los labios—. Mmmm, sí, Peter...

—Sabrás tú lo que digo...

—No pares, Peter, sí, sí, dámelo todo papi —alargó la i poniendo cara de viciosa—. Y él te dirá algo así como —puso voz grave—: «claro, nena. A ti te lo doy todo, solo tú consigues lo mejor de mí».

Simuló una cachetada en el culo y David se tapó la cara mientras el resto reíamos con ganas.

—No es precisamente así... —bebí del tinto de verano—. Lees demasiadas novelas eróticas. Te estás volviendo una viciosa insatisfecha, Rubén debe de estar de lo más feliz.

—Oh, perdona, que se me olvidaba que a ti no te gusta hablar cuando... —hizo un gesto obsceno.

—¡Ana! —dijo Helena a carcajadas al ver la cara de los chicos—, hay información sensible de ser expuesta dependiendo de quién esté delante —hizo un gesto con la cabeza hacia ellos.

Mi cara era un poema y mis mejillas ardían. No me importaba compartir intimidades con Ana, Helena o Héctor, pero que el resto supiera ciertas cosas me mataba de vergüenza.

—¿No te gusta que te digan cosas guarras? —no dije nada—. Hay chicas a las que les pone a cien eso y cosas peores —dijo Nacho.

—¿Cómo qué? —preguntó Raúl.

—Buah, yo estuve con una que me pegaba.

Volvíamos a reír todos a carcajadas.

—¿Que te pegaba? ¿Pero, así, azotitos en el culo?

Ana estaba ansiosa por tener esa información.

—¡Qué va! Una señora paliza, me pegó en la cara y todo, en la espalda, en el culo, en todas partes. Joder cómo dolía —se echó la mano a la cara.

—¿Repetiste? —siguió preguntando Ana.

—Ni de broma... Temí por mi vida —Raúl se doblaba por la mitad de risa oyéndolo—. Que lo digo en serio, temí por mi integridad física. Además, la tía estaba fuerte y daba con fuerza. Terminé con todo el cuerpo colorado...

—¿Y no se te bajó el asunto mientras te pegaba? ¿O te excitaba más?

—¡Qué me va a excitar! Aquello dolía, pero no, no se bajó. Una vez que estás en el ajo... eso sí, estaba deseando que se acabara.

Ana rio satisfecha con la contestación y dejó de preguntar. Por suerte, y sin saber cómo, habíamos dejado de hablar de mis manías. Le guiñé un ojo a Ana que vocalizó sin sonido un «no te libras, nena, me queda mucho por saber».

—Me pido estar en esa conversación. Me da morbo saber cómo es Peter en ese terreno —dijo Helena.

Me giré sorprendida con las palmas hacia arriba pidiéndola explicaciones. Ella encogió los hombros sin decir más.

La conversación se centró en las posibles conquistas que los chicos tendrían en Málaga. Héctor insistía en que a las malagueñas había que conquistarlas, que con ellas no valía el aquí te pillo aquí te mato. Pero Nacho ya se estaba montando sus películas de cómo iba a conquistar a varias y de que en menos de una hora ya se estarían besando.

—Tiene el ego muy alto, dejémoslo —sentenció Ana.

David empezó a hablar de los fichajes de los equipos de fútbol y nosotras hicimos corrillo para seguir hablando.

Me llegó un mensaje de Peter: «No veo el momento de que llegue mañana, preciosa». Habíamos decidido que cada uno dormiría en su casa porque no sabíamos a qué hora acabarían las quedadas con nuestros respectivos amigos. Él estaba en Madrid. Habían quedado en la piscina con posibilidad de cenar fuera. Me propuso acompañarlo, pero el plan que habíamos preparado los del grupo me parecía muchísimo más atractivo, aunque era de lo más simple, y fue una excusa magnífica.

«Pues yo aún no estoy segura de si me apetece mucho», añadí un emoticono que simulaba sacar la lengua. «Eso ha sido una provocación en toda regla. Si lo prefieres te quedas aquí, te dejo mi piso que tiene aire acondicionado», contestó. Sonreí tímida. «No, si no es contigo».

Guardé el móvil porque Ana me miraba mucho. Pero este vibró y no me vi capaz de no leer el mensaje de Peter. Era un emoticono con cara de sorpresa y reí. «¿Qué me propones?», le escribí. «Te propongo quince días de lujo, sol, mar, arena, amor y sexo. Mucho de todo, más de las dos últimas», «Una velada tumbados en la Malvarrosa disfrutando de la luz de la luna llena mientras una suave brisa recorre nuestros cuerpos semidesnudos...». Volví a reír: «...y música, adolescentes borrachos retozando en la arena, carteristas oportunistas y cristales de botellas rotas sobrantes de los botellones. ¡Qué romántico! Todo un lujo. No veo el momento de partir hacia esa noche idílica que quedará guardada en mi memoria para siempre».

—Ya está Sara hablando con el pijo.

Ana me hizo volver a la realidad. Nacho y Raúl seguían hablando de fútbol. Héctor, que llevaba callado toda la tarde, me miraba sonriente y cómplice.

—Ana, que es mi amigo. Deja de llamarlos así cuando yo esté delante, por favor —la reprendió David.

—Y el novio de Sara, pero eso no conseguirá que deje de ser de los pijos —me miró y asentí.

—No quiero saber ni qué hoteles ha reservado para el viaje... —puse los ojos en blanco.

—Pues de todos, es el más normalito, el que menos presume o aparenta —dijo David.

—Claro, para eso ya está Álvaro, que lo hace por todos —dije.

David seguía sin saber quién era Álvaro en realidad. De los que estábamos allí, solo lo sabía Héctor porque aún no había tenido ocasión de informar a Ana. David había aparecido en nuestras vidas semanas después de que Álvaro me abandonara, él sabía que yo estaba sufriendo adolescentemente por un exnovio imbécil que me había dejado tirada, pero no lo había llegado a conocer. Y como el relato de Álvaro, de su «Sara», poco tenía que ver con la realidad, no había atado cabos.

—Sí, Álvaro no es que presume, es que desprende por los cuatro costados lo que es —dijo Helena.

Ana se rio y David la inquirió con la mirada.

—Chico, es un pijo. No lo he visto nunca, pero si Sara dice que es peor que el resto, se me está formando una imagen no muy positiva de él —dijo Ana sin tener ni idea de qué Álvaro estábamos hablando.

Tenía que decírselo antes de que todo se complicara: «Ana, sé que vas a fliparlo muy fuerte, pero si te digo que la casualidad o el destino ha movido sus hilos...», «Tú conoces a ese Álvaro, y no sé a cuántos conoces, pero sí, es el que acabas de pensar».

—Que tenga pasta no significa que no sea buena persona.

—Permíteme dudarlo —dijo Ana con un mohín a la vez que leía mi mensaje.

Ana me miró desconcertada. Sus ojos se movían rápido como buscando un recuerdo que la dejara atar cabos.

—Ana, deja a los amigos de David tranquilos, en ese grupo lo peorcito está en el lado femenino —intenté calmar los nervios porque sabía que David me daría la razón en eso.

—¡Y que lo digas! —dijo Helena con cara de cabreo.

David no volvió a abrir la boca y dirigió su mirada al suelo. Supuse que alguna de ellas había desencadenado alguna riña entre la pareja. Pensé en Mónica y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

«Y ¿cuándo cojones tenías pensado decírmelo?», «¿Ese cabrón es el mejor amigo de Peter? ¿Peter lo sabe?». «Sí, es el mejor amigo de Peter y sí, es ese cabrón. Y alucinarías si supieras cómo es ahora, no tiene nada que ver con el Álvaro que conocimos. Ahora es rico, viste de marca, está fuerte, se cuida, es un chulo y se lleva a las tías de calle. Y... no sé cuándo te lo iba a contar», la contesté. Con cara de curiosidad escribí: «¡Madre de Dios! ¿Qué pasó cuando os visteis? No lo veías desde que te dejó... Joder, Sara, eso me lo tenías que haber dicho. ¿Estás bien?». «Estoy a la perfección. Estoy con Peter. Ya te contaré cómo fue el reencuentro... si te digo que tiene guardado el anillo que le regalé, ¿qué pensarías?», intenté disimular que hablaba con Ana. «Pues que es un gilipollas. Te deja, se larga sin decir nada y luego ¿guarda el anillo como si fuera un bonito recuerdo de una relación que abandonó? Me estoy encendiendo, ¿eh? El día que lo vea me lo cargo», Ana pulsaba el móvil con rabia y el ceño fruncido.

«Tendrás que controlarte, porque puede que estén algunos de nuestros amigos o de los suyos delante y no es plan dejarme al descubierto». Ana me miró y asintió con cara seria y los labios apretados. Nadie mejor que ella sabía lo que había supuesto Álvaro en mi vida y fuera de ella.

Eran las doce cuando Héctor me dejaba en la puerta de casa.

—Hacía mucho que no te traía.

—Demasiado quizás. Perdona si no paso contigo el mismo tiempo.

—No te disculpes, me alegro por ti, de verdad. Se te ve alegre y feliz. Irradias brillo y se te pone esa mirada tan de enamorada...

—Sí, puede que un poco —dije tímida.

—Sí, puede que un mucho —se acercó a mí y me abrazó—. Pequeña, pásatelo bien y disfruta, que te lo mereces. A la vuelta quiero todos los detalles —puso la misma cara que pone Ana cuando exige información y reímos.

Le di un abrazo, dos besos y me bajé del coche.

Cuando ya estaba cambiada y tumbada encima de la cama con el aire del ventilador azotándome la cara, escribí a ese hombre que me volvía loca de remate: «Prepárate, puede que desaparezcas para aparecer en mis sueños». Esperé la respuesta, pero no llegaba. Supuse que estaría conduciendo. Cinco minutos después llegó: «Vale, ya estoy listo en la cama. ¿Cómo quieres que aparezca en tus sueños?». Sonreí y contesté: «Primero con un pantalón negro y una camisa blanca ajustada. Luego te quiero en ropa interior y después sin nada y en mi cama. Lo que hagas, es asunto tuyo». Se me subieron los colores, si hubiera estado delante no me habría atrevido a decírselo. «Jajaja, con que te gusto con camisa... ¿Estás segura de que quieres que sea un sueño? Puedo ir a tu casa y hacerlo realidad». Contesté: «Tendrás tiempo para hacerlo realidad, ahora prefiero soñar». No pasó ni un segundo cuando llegó otro: «Te imagino en la cama con ropa interior y las mejillas sonrojadas y se me hace la boca agua. Quiero besarte lento y saborearte. Respirarte y sentir tu piel contra la mía». Le mandé el emoticono de una cara escandalizada: «Señorito Keeley, no está bonito decirle esas cosas a una mujer y no poder cumplirlo hasta pasadas unas horas». «Dame quince minutos y lo cumplo con creces», contestó rápido. Sonreí y temí que lo dijera en serio: «Buenas noches», le dije. «Buenas noches, preciosa. Te recojo a las diez».

A las diez, con su puntualidad británica, me llegaba el mensaje que me avisaba de que estaba abajo esperando. Y, para variar, tendría que esperar porque yo no estaba lista. La maleta estaba en la entrada junto a la mochila y el bolso. Aún no me había cepillado los dientes, ni peinado.

Cuando terminé eran las diez y cuarto. Me tenía que convencer seriamente de tardar menos. Mis amigos y mi familia ya lo habían asumido, pero no quería que Peter tuviera que sufrir ese defecto tan mío.

Bajé a la calle y lo encontré apoyado en el coche. Me excité nada más verlo. Llevaba unas sandalias cerradas, un pantalón bermuda azul marino, una camisa blanca de lino y esas gafas de cristal de espejo que le hacían irresistible.

—Estás extremadamente sexy —apreté los dientes a modo de mordisco.

—Intento igualarte.

Se acercó y entrelazó sus dedos con los míos. Echó mis brazos hacia atrás doblándome los codos con suavidad y, cuando me tenía a su merced y totalmente inmóvil, me besó, me besó con pasión y necesidad. Mi cuerpo perdió fuerza y dejé caer mi peso a las rodillas. Se rio en mis labios, puso una mano en mi culo alzándome hacia arriba y otra en la espalda para erguirme.

—Resulta aterradoramente delicioso el efecto que causas en mí.

«Supera eso sí puedes», le reté con la mirada.

—Vaya, eso me ha pillado de improviso. *Touché*.

Pero me volvió a besar y su contestación fue rotunda.

Cogió mi maleta y mi mochila y las metió en el coche. Nos montamos y pusimos rumbo a Valencia con una parada en el camino. El coche estaba fresquito por el aire acondicionado y fue un alivio al calor sofocante del ambiente.

Toquiteó la radio y puso la música que llevaba en el USB. Empezó a sonar *Pasos de cero* de Pablo Alborán.

—Producto nacional —dijo guiñándome un ojo.

—Gracias. Escucha la letra de esta canción.

«Entre tu boca y la mía  
Hay un cuento de hadas que siempre acaba bien  
Entre las sábanas frías  
Me pierdo a solas pensando en tu piel  
Que curiosa la vida  
Que de pronto sorprende con este loco amor».

Canté encima de la música, lo miré y le sonreí.

«Bésame no dudes ni un segundo de mi alma  
Alteras mis sentidos, liberas mis alas  
No cabe tanto amor en esta cama  
Si me dejaras  
Qué bueno es sentir que suspiro de nuevo  
Que tu roce y mi roce juntos forman fuego  
Delicada llama, que nunca se apaga».  
«Por dar pasos de cero y un camino certero de sueños  
Liberamos el llanto vacío que tanto provocan los miedos».  
«Sin ti yo me pierdo  
Sin ti me vuelvo veneno  
No entiendo el despertar sin un beso de esos  
Sin tu aliento en mi cuello»<sup>4</sup>.

—Cuando escucho y canto esta canción solo puedo pensar en ti porque es lo que siento —dije con el calor subiéndome por el cuello hasta las mejillas.

Río sin decir nada. Me acababa de abrir en canal, a través de una canción, pero en canal al fin y al cabo y ¿no me iba a decir nada?

—Me encanta cuando te sonrojas.

Noté más calor en la cara y la giré para mirar la carretera.

—No entiendo por qué tardé tanto en besarte. Desde el día que lo hice no puedo vivir sin pensarte a cada minuto, sin oler tu perfume, acostarme sin aspirar el olor que dejas en tu parte de mi cama, sin pensar en ti antes de dormirme para soñar contigo durante horas. No puedo estar más de dos días sin verte y sin tocarte porque la ansiedad me quema por dentro y la adicción me pide calmar mi necesidad de ti. No entiendo un presente sin ti y no pienso en un futuro en el que no estés a mi lado.

Me miró y sonrió de aquella forma que él lo hacía. Los nervios se me agolparon en la entrada del estómago y mi corazón aceleró su ritmo. Me quedé mirándolo fijamente. Sus dedos se acercaron a mi boca abierta y rozaron mis labios. Y ahí estaba el fuego recorriéndome de arriba abajo.

Cerré la boca y tragué saliva.

—Ya me he cobrado la de antes.

¡Y tanto que se la había cobrado! *Touché*.

El resto del camino lo hice cantando las canciones de Pablo Alborán, Pablo López, DVicio, Rozalen y más productos nacionales. Paramos cuando nos quedaba una hora y media para llegar. Bajamos en una gasolinera, estiramos las piernas y esperamos la cola para entrar al baño. Compramos patatas fritas sabor vinagreta y nos las comimos apoyados en el coche. Estaba prohibidísimo comer dentro de «su pequeño». Me recosté sobre él y fuimos alternando patatas y besos a partes iguales.

A las dos de la tarde estábamos entrando en Valencia. Me gustaba mucho esa ciudad, su cielo, sus calles anchas que te invitan a pasear por ellas, sus parques, su playa y su gente. Bajé la ventanilla para aspirar el olor a mar. La humedad irrumpió en el coche, pero no nos importó.

Aparcó en un parking subterráneo.

—Vamos, preciosa —me cogió de la mano y tiró de mí con seguridad.

Diez minutos después estábamos sentados comiendo en un restaurante especializado en paellas.

A las dos horas entrábamos con las maletas en un hotel de cuatro estrellas del centro de Valencia. La habitación era amplia, abuhardillada con ventanas bajas y una pared enladrillada. La cama pedía a gritos tumbarse en ella. El baño era simplemente magnífico y elegante. No podía negar que Peter, además de dinero, tenía estilo.

Se acercó a mí y me cogió en brazos mientras me besaba. Lo rodeé por la cintura con mis piernas. Me tiró a la cama y me desnudó con prisas, lo miré escandalizada cuando él se quitaba la suya.

—Nena, llevo deseando esto desde anoche.

Con violencia me levanté hacia él para quitarle yo la ropa. Eso aumentó su excitación y la mía. No hubo preliminares. La violencia y rapidez del principio se esfumaron para disfrutar del roce de nuestras pieles con lentitud, para saborearnos, para recorrer con nuestras manos el mapa de nuestros cuerpos. Yo alcancé el orgasmo antes que él, no pude esperarlo, estaba demasiado excitada, pero no tardó en seguirme.

Como me había prometido, pasamos unas horas tumbados en la arena bajo la luz de la luna llena. La brisa cálida nos acariciaba. El sonido del tranquilo mar sin apenas olas creaba una atmósfera relajante. No había nada más. Solo el mar, él y yo, y la luna como principal testigo. Apoyé mi cabeza en su pecho, me rodeó con su brazo y peinó mi pelo con sus dedos. Su olor se mezclaba con el olor salado del mar y sentí una paz exquisita.



---

4 Alborán, P. (2014): Pasos de cero. Terral. [CD y Digital]. Los Ángeles, California: Warner Music Group, Parlophone.

Al levantarme la mañana siguiente comprobé que me había bajado la regla. No podía quejarme de que siempre llegara cuando estaba de vacaciones en la playa porque ya sabía que me haría su visita mensual de rigor. Gracias a la píldora su llegada estaba más que programada. Sí maldije los días que no podría disfrutar de Peter en ese plano.

Volví a la cama y me quedé mirando a mi guapo chico. Su respiración era profunda y rítmica. Sus labios me pedían besarlos, pero no quería despertarlo.

—Buenos días, preciosa —dijo sin abrir los ojos y sonriendo.

Lo besé, una vez despierto no me quedarían remordimientos. Sus manos me agarraron por las nalgas y me acercó a él. Nuestros cuerpos pegaron un chispazo y empezó a moverse con sexualidad para encajarse a mí.

—Lo siento, pero no va a poder ser, me ha bajado la regla.

Gruñó y hundió su nariz en mi pelo.

—Podremos superarlo —susurró en mi oído antes de volver a besarme.

Tras volver del desayuno recogimos las pocas cosas que habíamos sacado para irnos camino de Montpellier, un viaje de muchas horas.

—Perdona Sara, a lo mejor esta pregunta está de más, pero me puede la curiosidad.

—Ya sabes lo que dicen de la curiosidad y los gatos, ¿no?

—Dices que te ha bajado la regla, pero no veo tampones ni compresas por tu neceser. No tienes que tener vergüenza de que vea eso —dijo con pudor.

—A juzgar por tu forma de decirlo, no te sientes muy cómodo ante este tema —me reí y le pellizqué el culo—. No uso esas cosas, hace años que me rendí a las ventajas de la copa menstrual.

—¿La qué?

Puse los ojos en blanco. Que mal lo estábamos haciendo las mujeres para que estas cosas no se conocieran.

—Es una especie de cono de silicona, se adapta a la vagina y recoge «eso» —dije al ver que se sentía incómodo con el tema—. El caso es que es indolora, inodora, sencilla y cómoda. Además, me ahorro una pasta mensualmente y ayudo al planeta no creando más residuos difíciles de degradar —sonreí satisfecha.

—¿La llevas puesta ahora?

—Claro. Se supone que me la cambio dos veces al día, cada doce horas, pero ha habido veces que se me ha olvidado que la llevaba y cuando me he querido dar cuenta habían pasado bastante

más de doce —encogí los hombros sin darle mayor importancia.

—¿Solo dos veces? Recuerdo a mi madre y a... otras chicas... que aquello parecían auténticas sangrías.

Me reí a carcajadas y pareció molestarse.

—Esos productos consiguen ese efecto, en realidad no sangramos tanto y no es tan escandaloso.

Me senté a horcajadas encima de él y lo abracé por el cuello.

—¿Ahora te sientes un poco más inteligente?

—Ahora me siento un poco más mujer y tengo unas ganas tremendas de ver lo que llevas puesto.

Acercó su mano a mi entrepierna y me hizo saltar de la impresión.

—No sigas por ahí...

—¿O qué?

—O nos quedaremos con las ganas de... más.

Me levanté para evitar perdernos en ese terreno. Metí el neceser en la maleta y cerré la cremallera.

—Lista.

—¿Para ir al fin del mundo?

—Contigo, donde sea.

A la una y media estábamos en La Barceloneta comiéndonos un sándwich y unos batidos. Nos tumbamos en la arena sobre la toalla pareo que había llevado. Peter se giró hacia la derecha y se quedó dormido. Yo me quedé mirando al cielo. Era azul clarito con pequeñas nubes blancas difuminadas. El sonido del mar se mezclaba tímidamente con el jaleo de los veraneantes y el graznido de las gaviotas que bajaban a la playa intentando hurtar comida entre las sombrillas.

Estaba en paz, relajada. No había el más mínimo síntoma de asomo de mis miedos e inseguridades. ¿Ese era el efecto Peter? Con él no me sentía insegura, sí protegida, aunque algo avergonzada pues aún me intimidaba todo él. No quise pensar más para no llamar a voces a esa parte oscura que meses atrás reinaba en mi mente y que Peter había destronado.

Cerré los ojos y escuché los sonidos de mi alrededor. No muy lejos dos chicas se contaban sus problemas amorosos.

—No sé qué hacer, tía. Me ha puesto los cuernos, joder.

—Pues dejarlo, si lo ha hecho una vez lo va a hacer más veces.

—Él dice que estaba borracho de fiesta con sus amigos y no pensó, se dejó llevar demasiado por el alcohol.

Me reía al pensar en lo de dejarse llevar, las consecuencias que yo estaba viviendo por dejarme llevar eran muchísimo más ventajosas que las que iba a sufrir aquel chico.

—Vaya excusa mala, vieja y recurrente. ¿Se la tiró?

—Él dice que no, pero no sé si fiarme.

—Normal que no sepas si fiarte, te enteraste de los cuernos por casualidad al verlo en el dichoso vídeo. Mira, tía, déjalo, hay más tíos.

—Ya... pero ya tenemos treinta años y no podemos estar perdiendo tíos así como así.

—A ver... ¿te lo imaginas como el padre de tus hijos? Yo creo que ese tío es de los que se van de fiesta con sus amigos mientras tú te quedas en casa sacándote la teta cada tres horas.

Me reí pensando en que había Anas por todos los rincones del mundo. Hacían falta más amigas como aquellas que te decían lo que no querías oír, pero que era necesario para hacerte abrir los ojos.

—Joder...

Hubo un largo silencio.

—Bueno y tú ¿qué tal con el tío ese de internet?

—Buah, brutal. Es guapo, alto y fuerte pero no hinchado. Me lo tiré tres veces, y qué veces. Aún quedan tíos que saben follar.

Y tanto.

—¿Vas a volver a quedar con él?

—Pues claro, no renuncio yo a esos polvos ni de broma.

—¿Tú no tienes pensado sentar la cabeza nunca?

—La tengo muy bien sentada. Sé muy bien lo que quiero ahora y es tirarme a ese tío. Lo del compromiso, la boda y los niños me pillan muy lejos todavía.

Cogí el móvil y escribí a Ana: «¿Qué hace mi chica favorita?». Aproveché y mandé un mensaje a Héctor: «Hola pequeño. Estoy en Barcelona, en unas horas entraremos en Francia. ¿Cómo estás?». Me contestó enseguida con una foto de una fuente llena de pescaito frito y al fondo La Malagueta: «En la gloria, pequeña. Comilona en Tierra Santa». Me reí y le mandé una foto de mis vistas: «Allí en el horizonte, tras esa marabunta de gente, aunque no lo parezca, está el mar, jajajaja». «Mmmm no cambio mi playa por la tuya ni por mil millones, sí cambio la compañía. Nacho está intentando hacerse a la camarera...», escribió. «Algunas cosas no cambian nunca. Te escribo esta noche. Besos». «Besos mil, pequeña. Disfruta», contestó.

Suspiré y miré a Peter que respiraba tranquila y profundamente. Irradiaba seguridad hasta dormido, era admirable. En ese momento llegaba la contestación de Ana: «La maleta. Va hasta arriba, ropa de verano y de invierno». «¿De invierno?», le escribí extrañada. «Claro, tía, en Alemania hace frío y si subimos a ver alguno de esos paisajes fríos, o en el teleférico o yo qué sé qué». «Ana, por dios, ¡que es verano! Vete a alguna tienda de deportes y cómprate unos pantalones desmontables. Yo tengo unos, si los quieres llama a mi hermano, subís a casa y los coges. Están en el armario del despacho, debajo de los de esquí», le contesté. «Ostras, pues no había pensado en eso. Voy a escribir a tu hermano ya», respondió. Me reí porque sabía que en ese momento estaba escribiendo a Javi como una posesa. Mi Ana impetuosa. Volvió a escribirme: «Y tú, pequeña adolescente enamorada, ¿por dónde andas?». «Ando en una nube volando por el cielo», una sonrisa enamorada y unos ojos brillantes acompañaban el mensaje de forma involuntaria. «¿Y cuántas Bolas de Dragón tienes ya en tu poder?». Estallé en una carcajada sonora y vi cómo Peter se movía. Me tapé la boca y escribí a Ana: «Dos están seguras». «Mira que eres cerda, luego dices de mí. ¿Por dónde andáis? ¿Ya estáis en La France?». Le dije dónde estábamos y el plan para el día siguiente. Me mostró su envidia sana y me despachó rápido cuando mi hermano la contestó mostrando su disponibilidad en media hora.

Peter ya se había despertado, no sabía cuánto tiempo llevaba mirándome, pero lo hacía de aquella forma que me volvía loca. Me acerqué y nuestros ojos se buscaron, miré sus labios y me lancé a ellos con delicadeza mientras él sonreía. Besé su labio de abajo. Cuando él quiso responderlo me retiré. Frunció el ceño divertido. Pasó su brazo por mi cintura y me pegó a él acortando tanto las distancias que mi nariz acariciaba sus mejillas. Pasé una pierna por encima de él y su mano se instaló con soltura en mi culo. Cerró los ojos y puso morritos pidiendo un beso. Coloqué mi mano con delicadeza en su cara, repasé con la yema de mis dedos el contorno de sus labios y los besé con amor.

A las nueve llegábamos a Montpellier tras haber parado una hora en Sète, un pueblecito costero con un gran canal de mar en el centro que reflejaba en sus aguas el colorido de las casas que lo rodeaban.

Paró el coche en la puerta de un hotel. La fachada estaba acristalada y con el brillo de las luces parecían espejos en los que se reflejaban los edificios de alrededor. Dos arcos cuadrados blancos custodiaban su entrada.

Peter, ante mi asombro, bajó del coche con una sonrisa de oreja a oreja. Abrió el maletero y sacó las maletas y las mochilas. Bajé del coche. Un hombre se acercó, habló con Peter en francés y este le dio las llaves del coche. Abrí tanto la boca que se me desencajó la mandíbula. Aquel hombre montó en el coche, arrancó y desapareció con él. Peter rio a carcajadas. Lo miré sin cerrar la boca y señalando el coche. Encogió los hombros riendo.

—Yo alucino —dije con rencor.

Otro hombre se acercó para coger nuestras maletas y meterlas dentro, le seguimos.

—¿Te gusta? —se acercó y me besó en la cabeza—. Ya verás la piscina.

—No, me refiero a... sí, esto es precioso —no me había fijado en la entrada del hotel, espaciosa, iluminada, limpia—, me refería a lo del coche. A mí no me lo dejás, pero a un desconocido sí —dije poniendo morritos de enfadada, aunque realmente no lo estaba.

—Él es un profesional, no te ofendas, pero tú no.

Se acercó al mostrador, me pidió el DNI y realizó el *check-in*. Subimos a la habitación. Desprendía lujo, una gran cama blanca reinaba en la habitación con un cabecero muy grande en color dorado. Las cortinas combinaban con el cabecero. Debajo de la ventana y junto al escritorio había dos butacones morados haciendo conjunto con dos cojines del mismo color que había sobre la cama.

—El morado sobra, tiene un toque de hortera —dijo Peter tumbándose en la cama poniendo su cabeza sobre los brazos.

—Es mi color favorito, así que ni se te ocurra realizar ningún comentario negativo al respecto. A mí me sobra el dorado.

Le tiré un cojín morado, lo cogió entre sus brazos y lo abrazó simulando enamoramiento. Lo señalé con el dedo frunciendo el ceño. Abrí la maleta y saqué el neceser. Lo llevé al baño. Allí se respiraba elegancia y lujo. La madera en vengué contrastaba con el blanco de la porcelana y las toallas. Había un espejo cuadrado con luz interna en el borde. Me miré y vi que aquella luz me rejuvenecía. Así se sentía la gente con dinero en aquellos sitios, joven. Cogí las zapatillas de rizo con el nombre del hotel que había en un estante y me las puse. Volví a la habitación.

—No me acostumbro yo a estos lujos —señalé las zapatillas.

—Solo son unas zapatillas, Sara —dijo divertido.

—Con el nombre del hotel... No me acostumbro a todo este derroche de lujo —señalé la habitación con los brazos—. No me siento cómoda.

Se levantó, me abrazó y me empujó hacia la cama. Me acurrucó en él.

—Y ahora ¿estás cómoda?

—En la más deliciosa gloria.

—Entonces olvídate de todo lo demás.

Y, como siempre, tenía razón. Se levantó bruscamente y bajó de la cama.

—Vamos a cenar. El restaurante está en la azotea, junto a la piscina, tiene unas vistas increíbles.

Alargamos la velada en unos sillones de la terraza junto a unos cócteles de la carta del restaurante. Disfrutamos de las vistas. La piscina distaba mucho de las comunes forradas del típico gresite azul. En esta había unos azulejos, plaquetas, no sé cómo definirlos, grandes y oscuros, como las que se suelen poner en las terrazas. Además, la iluminación aportaba un toque de sofisticación. Cuando volvíamos a la habitación me percaté de que en el pasillo había una mesa con cuencos llenos de brochetas de frutas y dos jarras, una con agua de limón y otra con agua de naranja, con las frutas dentro. Me sentí tan abrumada que aparté la vista, cerré los ojos y cogí aire. ¿Iban a ser así todos los hoteles que visitáramos durante el viaje?

Los días y las noches fueron pasando. El hotel de Niza era aún más lujoso que el anterior y temí que fuera ese el camino que había tomado el viaje. A Niza llegamos de noche después de cinco horas de viaje por la retención que había provocado un accidente. Tras ver la ciudad al día siguiente, antes de salir hacia Menton para comer allí, concluimos que Niza tenía más encanto de noche.

Al llegar a Menton Peter estaba exultante y me extrañó.

—Te va a encantar.

Me cogió de la mano tras cerrar el coche y tiró de mí para rodearme después con su brazo por la cintura. Llevábamos varios días juntos sin hacer el amor y cada vez que me tocaba me volvía loca, pero ya quedaba poco para volver a sentirlo dentro. Me mordí por dentro de la boca y cerré los ojos un instante imaginando el momento.

Llegamos al puerto y me pidió que solo mirara al frente. Allí había un hombre esperándonos, Peter habló con él en francés, aunque este parecía tener acento italiano. Lo seguimos hasta un barco. Barco, o barca, o lancha o yo qué sé qué era eso.

—Es una lancha fueraborda —dijo ayudándome a entrar—. Ahora te voy a vendar los ojos.

—La última vez que tuve los ojos vendados acabé en la cama con un tipo tremendamente atractivo que me hizo llegar al séptimo cielo y que me tiene loca perdida.

—Siempre podemos echar a Gianluca o pedirle que se tape los ojos —rio con lascivia.

—No prometas cosas que no puedas cumplir, llevo muchos días sin tocarte y soy capaz de cualquier cosa, aun con Gianluca mirando —dije señalando al hombre que estaba al timón.

—Ah, no, eso no. Tú eres solo para mí y solo te veo yo. No quiero que otros te coman con los ojos.

Levanté una ceja y con su dedo índice la bajó sonriendo. Aquel fuego que me abrasaba me recorrió entera y se quedó en mi entrepierna. Qué ganas le tenía.

Me tapó los ojos con un pequeño pañuelo rojo que reconocí, era una de las cintas que me había traído para sujetarme el pelo en la playa.

El motor se encendió y la lancha empezó a moverse. Di un gritito y abrí los brazos buscando a Peter que se reía. Cuando me agarró por la cintura adiviné dónde se encontraba y le di un manotazo.

—Imbécil. No te vuelvas a reír de mí.

—O ¿qué?

—Deja de decir o ¿qué?

—O ¿qué?

—Cojo la maleta y me voy.

Rompió en una carcajada sonora y frunció el ceño.

—No voy a dejar que te vayas de mi lado —me susurró al oído.

El fuego se hizo más fuerte y tuve que apretar los muslos para intentar controlarlo.

Al poco noté sus manos en mi cabeza, me estaba quitando la venda. Abrí los ojos poco a poco y lo que vi fue precioso.

—Guau... —dije bajito.

—Precioso, ¿verdad?

—Precioso... Parece de las Cinque Terre, ¿no estábamos en Francia?

El barco se había parado sobre un agua cristalina transparente. Se veían a la perfección las rocas, las plantas, la arena y los pececillos de colores como si fuera una piscina. En el horizonte reinaba la playa coronada por un puente con arcos que dividía el paisaje. Al fondo se pintaban unos edificios de diversos colores: amarillos, blancos, rosas, naranjas y rojos, que se colocaban uno tras otro como si todos quisieran tener visión directa al Mediterráneo.

—Estos franceses nos tienen que copiar todo —dijo Gianluca con ironía en italiano y reí.

Me levanté y me acerqué al otro lado del barco. Me senté en el suelo con las piernas cruzadas y apoyé los brazos en el asiento de la lancha. Sujeté con mis manos mi cabeza y me dediqué, en silencio, a observar minuciosamente cada uno de los elementos que conformaban aquel paisaje: la playa, los bañistas, el puente y todos sus arcos, dieciséis conté, los edificios, todos diferentes en tamaño y color, sus ventanas abatibles de madera eran de un verde descolorido por el sol.

Peter se sentó detrás de mí y me abrazó con una mano mientras con la otra me tendía una cerveza alemana fresquita. Él llevaba una botella de tinto de verano.

—Hoy comemos aquí. Gianluca se ha encargado de traer unos sándwiches.

Asentí. Los dos nos quedamos allí un rato contemplando el paisaje.

—Gracias.

—A ti por estar a mi lado.

Me di la vuelta y lo besé despacio, suave, saboreándolo, estudiando cada uno de los movimientos de nuestras lenguas. Mi respiración se hizo más profunda y lenta, aspirando su aroma. Era una combinación perfecta de la que no me cansaría nunca.

Cuando nos separamos se levantó a por su inseparable cámara y empezó la eterna canción del disparador infinito. Me reí. Si había algo que recordaría de todos los viajes que hiciera con Peter sería aquello, el clic, clic, clic de todas y cada una de las fotos que guardarían en una instantánea nuestros recuerdos.



Cuando llegamos al hotel en Niza me sentía como en una nube. Reí al recordar el mensaje de Ana. Peter me miró y me preguntó de qué me reía, le expliqué que de un recuerdo y no dijo más. Era tan discreto que en ocasiones me asustaba. ¿Cuánto escondería? ¿Cuántos secretos guardaría?

Peter fue directo a ducharse. Me hice la remolona y me tumbé en la cama con el *ebook*. Cuando oí el agua me reí. Me desnudé y fui directa a la ducha, entré y llevé mi mano a su sexo. Peter dio un respingo del susto, se giró con la mirada más lasciva que le había visto hasta el momento, me apretó contra él y me besó con fuerza.

—¿Ya te puedo hacer llegar al séptimo cielo?

—Si puede ser posible que sea al octavo, que llevo muchos días sin llegar.

—At your service.

—Uff, como me pone que me hables en inglés.

Siguió diciéndome cosas en inglés, yo no entendía nada, pero estaba tan encendida que me dio igual. Metió su mano en mi entrepierna mientras me susurraba algo al oído. Me estaba costando mantenerme en pie cuando me acordé de respirar. Estar con él era como entrar en trance. Dirigí mi mano a su erección y nos masturbamos sin prisa. Nuestras respiraciones se alteraron acompasadas con nuestros jadeos. Entonces Peter me apoyó en los azulejos y levantó mi pierna derecha. Mientras me besaba se introdujo en mi haciéndome gemir. Entraba y salía lento haciéndome temblar. Cuando vio que yo estaba a punto del orgasmo salió de mí.

—¡No! ¿Por qué? No te he dicho que pararas.

—Tampoco me has dicho que siguiera —dijo con media sonrisa.

Gruñí. Me dio la vuelta con maestría y me presionó la espalda para que me inclinara. Abrió mis piernas con sus pies y volvió a introducirse en mí. Gemí.

—No pares... —dije entre jadeos.

—No lo haré, preciosa.

El agua tibia caía entre nuestros cuerpos y el golpeteo de las gotas en mi espalda aceleraba mi excitación. Me agarró con fuerza de las caderas y aceleró el ritmo. Noté cómo se tensionaba. Gimió con fuerza mientras se iba dentro de mí. Una fuerte descarga salió de mi entrepierna y me recorrió entera tapando su gemido bajo el mío. Me temblaban tanto las piernas que me costaba mantenerme en pie. Me abrazó con fuerza hundiendo su nariz en mi cuello.

—Me haces sentir como si no hubiera nada más en el mundo —balbuceé mientras cogía aire.

—Eres lo único de mi mundo.

—¿Cuándo hemos llegado a esto?

Me miró extrañado.

—Me refiero a lo que sentimos, a lo compenetrados que estamos como si lleváramos una vida juntos y solo llevamos dos meses.

—Porque estamos hechos el uno para el otro. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Tengo la sensación de haber perdido el tiempo y lo estoy intentando recuperar —peinó mi pelo mojado con su mano.

Sus ojos miraban fijamente a los míos, primero a uno y luego a otro.

—Te quiero.

Mis ojos le respondieron que yo también le quería, pero aún no era capaz de que esas dos palabras salieran por mi boca raspando la lengua en el paladar sin dejar heridas. Apoyé mi cabeza en su hombro. Hacía mucho que no me lo decía y fue un tsunami de tranquilidad.

## 49

El día que llegamos a Montecarlo, Peter me pidió que metiera ropa de vestir para la noche.

—¿Quieres entrar a algún casino?

—Está claro, no vamos a ir a Montecarlo y no entrar.

—¿Sabes que los chinos entran en el de Torrelodones con deportivas?

—¿Has estado en el casino?

—Claro, ¿qué te pensabas? Soy una máquina en la ruleta y, si se puede, esta noche te voy a sorprender.

—Estoy ansioso.

Visitamos la ciudad muy por encima y relajados, puesto que el viaje empezaba ya a pesar. Habíamos pateado varias ciudades y llevábamos a nuestras espaldas muchos kilómetros de coche. Y si Peter no hubiera sido tan cabezota o posesivo, habríamos podido repartir las horas de conducción.

Sobre las ocho nos cambiamos en el asiento trasero del coche que tenía los cristales tintados. Me puse el vestido negro ajustado que llegaba por las rodillas, las sandalias de vestir negras y cambié lo más importante a un bolso pequeño rojo. Mirándome en la cámara del móvil me pinté los labios de rojo, me ahuequé el pelo para darle un poco de volumen y me eché perfume de un frasquito pequeño que me habían dado de muestra.

Peter, ay Peter, estaba simplemente increíble. Había elegido unos pantalones negros de vestir y una camisa blanca ajustada. Se dejó los primeros botones abiertos. Me dieron ganas de tirar de la camisa y hacer saltar los botones para después besar todo su torso con dedicación. Pero debía comportarme, aunque a juzgar por cómo me miraba, él estaba pensando lo mismo que yo. Nos reímos al adivinar nuestras intenciones y salimos del coche.

Había reservado mesa en un restaurante de esos que quitan el hipo, lujo, ostentación, vestidos de etiqueta y dorado y oro, mucho oro por todas partes. Y yo, agarrada bien fuerte de su mano, iba encogiéndome con cada paso que daba. Como si de unos dibujos animados se trataran, Peter, el camarero y las paredes se fueron alargando ante mí, yo me sentía bajita, pequeña, a ras de suelo. Peter soltó mi mano y me pasó el brazo por la cintura.

—Tranquila, estás conmigo. Aquí no te van a juzgar o, al menos, por lo que he pagado, no deberían—me susurró al oído mientras mi cuerpo reaccionaba a su cercanía.

—Vaya, gracias, ahora me siento como una suave brisa de verano—dije con sarcasmo y la boca torcida.

Nos señalaron una mesa en un pequeño rincón alejado de las miradas de los demás.

—Sitio estratégico, ¿más tranquila?

—Puede...

Sí, más tranquila, pero no lo iba a reconocer, una tenía su pizquita de orgullo.

Los platos fueron pasando con los tiempos muy marcados. Teníamos un camarero para nosotros solos que se encargaba de rellenar el vino cada dos sorbos, como si hubiera una línea imaginaria que marcara el límite de vaciado. Era uno de esos sitios en los que te explicaban lo que te ibas a comer. Me sentí aliviada cuando oí hablar al camarero en francés, me di cuenta de que podía desconectar rápido al no entender absolutamente nada. La comida estaba deliciosa, de aquello no había ningún tipo de queja y, si tanto le había costado a Peter, era lo esperable. No quise imaginar el movimiento que esa cena supondría en su tarjeta de crédito.

—Hasta hoy —Peter me cogió de la mano—, estas son las mejores vacaciones de mi vida. El tiempo a tu lado pasa rápido, pero estoy saboreando cada uno de los segundos contigo —me miró fijamente a los ojos—. No logro entender cómo nuestros caminos se cruzaron, bendigo aquel día.

—¿Por qué viniste a Guadalajara ese día?

—Estaban todos de fin de semana romántico y ni Manu ni yo teníamos plan, David lo sabía y no podíamos escaquearnos. Básicamente, fui por compromiso, pero no me arrepiento de haberlo hecho —bebió de la copa de vino que él había escogido con conocimiento—. ¿Cómo puede ser que estuvieras sola? Sin pareja, me refiero... ¿Quién ha sido el tonto o los tontos que te han dejado escapar? A parte de Álvaro...

Me reí, pero no contesté, todavía no era el momento de hablar de Sergio. Y mejor no nombrar a todos los hombres, que, sin compromiso, habían pasado por mi cama y yo por las suyas.

—¿Y tú? Guapo, atractivo, sexy, cordial, amable, atento, con pasta.

Puse los ojos en blanco, para mí era lo menos importante, pero sabía que era lo primero en lo que se fijaban muchas.

—Te estaba esperando.

Sonrió orgulloso y temblé. Quizá el destino había movido sus hilos. «Déjalos como están, no toques ahora nada, me gusta como lo has dejado», le dije mentalmente a un destino caprichoso.

—Sabes que en algún momento nuestros caminos se habrían cruzado, en alguna celebración de David, en su boda o demás eventos sociales. ¿Crees que habría surgido la misma conexión que en febrero?

—Estoy seguro de ello. Hay quien dice que el amor sentimental, de corazón y esas ñoñerías, está sobrevalorado, que es un mecanismo de cobertura que realiza la parte sensible del ser humano. Esos aseguran que el amor se da por una conjunción química. Cada persona desprende unas sustancias químicas que buscan otras con las que ser compatibles. Y eso es lo que creo que nos ha pasado a nosotros. Por lo que habríamos tenido esa conexión en cualquier momento.

—¿Una teoría basada en las feromonas? Puede ser..., tu olor me saca de mi estado natural y pierdo el sentido.

Acerqué su mano a mi nariz e inspiré con delicadeza. Allí estaba aquel aroma que tanto me alteraba. Sonrió y me lanzó un beso coqueto.

—Me gusta tu cuerpo —me sorprendió mirándome fijamente—, tus labios, tus pechos, tu vientre, tus piernas y lo que hay entre ellas.

—Peter... —miré alrededor.

—Nadie nos oye —rio—. Me gusta tu forma de reír. Me encanta el olor de tu pelo. Me gusta cuando cantas, y cuando bailas. Me gusta cuando me miras de esa manera tan excitante, como ahora.

Reí y aparté la mirada, pero el movió la cabeza volviendo a conectar nuestros ojos.

—Me gusta tu seguridad en la cama y cómo te entregas a mí.

—¡Peter! —me sonrojé.

—Vale... Me gusta tu lado infantil, te hace auténtica y única. Me gusta cuando te sonrojas y avergüenzas por cosas que no controlas. Me gusta cómo te abrazas a mí y cómo me hueles discretamente —me guiñó un ojo y sonreí—. Me gusta saber que con solo mirarte sé lo que piensas.

Levanté una ceja curiosa.

—Vale... Pues a mí de ti me gusta... todo. Absolutamente, todo —me sonrojé y pasó su mano por mi mejilla derecha—. Me gusta cómo hueles, me vuelve loca. Me gusta cómo me tocas, me siento segura y protegida. Me gusta cuando me dices cosas románticas. Me gusta que me hagas el amor, despacio y fuerte —mi respiración empezó a agitarse recordando momentos juntos—. Me derrite tu sonrisa. No me gusta que no me dejes conducir tu coche —hice una pausa mientras él se reía—. Envidio tu seguridad y odio mi inseguridad. Admiro tu valentía y aborrezco mis miedos.

Me quedé seria y me callé, estaba dando demasiados datos de mí que él no debería saber para que no saliera corriendo.

Sonrió con sorna bajando la mirada. Después rio con ganas.

—¿Te resulto graciosa? —pregunté seria.

—No, es solo que contigo me propongo pequeños retos y ahora se me acaba de ocurrir uno, aunque creo que este es un gran reto, pero puede funcionar.

—¿Yo soy un reto, como un juego? —pregunté molesta.

—No, preciosa. Has empezado diciendo lo que te gusta de mí y has terminado diciendo lo que no te gusta, lo que envidias y aborreces, y, lo que es peor, de ti misma. Me he marcado como objetivo que te deshagas de esa negatividad.

—Pues ya puedes ir esperando, lo llevo intentando años y ha sido imposible.

—No te mientas, no lo has intentado, simplemente has dejado que esté ahí y, a veces, la utilizas para torturarte. Te metes en tus pensamientos y te evades de la realidad y, aunque me encanta abrazarte en esos momentos y protegerte de lo que sea que pasa por tu cabeza, eso va a cambiar, porque te voy a castigar cada vez que digas alguna palabra negativa.

Vaya, en dos meses me conocía mejor que yo a mí misma.

—¿Como a un niño pequeño? Somos mayorcitos para castigos, ¿no? Y me vas a castigar sin sexo, como en las películas románticas.

—Uy no, eso no, sería un castigo para mí también. Te voy a castigar con mi indiferencia o privándote de algo que te guste.

En ese momento llegaron dos copas enormes de nata y nueces caramelizadas con algo más que no supe adivinar qué era.

—No vas a conseguirlo, a cabezota no me gana nadie... soy indomable.

La mano de Peter se cerró sobre mi copa y la acercó a la suya.

—Noto demasiada negatividad en esas palabras.

—¿Estás de broma? —dije enfadada. Negó con la cabeza—. Devuélveme la copa, por favor.

—Positividad... —puse los ojos en blanco—. Eso no ayuda.

Cogí aire y pensé.

—Es posible que, con esfuerzo, pueda... intentar... ser más positiva...

Peter me devolvió la copa riendo y comí varias cucharadas rápidamente antes de que me la volviera a quitar.

—Respira, que quiero poner mis labios en los tuyos, pero no para hacerte el boca a boca —dijo riendo.

Le sonreí con ironía. Él se estaba divirtiendo con la situación, pero yo me estaba agobiando por tener que pensar todo lo que decía.

—Entonces no te gusta que no te deje conducir el coche.

—Es que eres muy cabezota, te estás haciendo miles de kilómetros tú solo innecesariamente.

Cogió de nuevo mi postre y me quedé con la cuchara en la mano y cara de tonta.

—¿Y ahora qué he dicho?

—Has dicho innecesariamente, eso es negación, y me has llamado cabezota, ¿te parece poco?

—No puedes estar hablando en serio... —dije rendida.

—¡Otra negación! —dijo haciéndose el sorprendido.

Respiré hondo porque aquel reto me parecía de lo más infantil y me estaba empezando a cabrear.

—Y así va a ser todo el tiempo, supongo... Si digo cosas negativas me quitas algo que me guste —dije mirando irónicamente al postre—. Pues el idioma español está cargadito de palabras negativas...

No contestó, ni me miró. Apoyé mi cabeza sobre la mano y volví a respirar. Ahí estaba su indiferencia.

Pasó el camarero a preguntar si se podía llevar el postre, Peter ya había acabado el suyo y asintió, lo miré sorprendida con la boca abierta. Me miró encogiéndose de hombros y le devolví la mirada con los ojos entrecerrados. Esa me la iba a pagar.

Se levantó sin decirme nada y no me quedó más remedio que seguirlo. Lo cogí de la mano, pero no apreté la mía. Vaya tontería más grande, por favor. Le enganché dos dedos con mi mano, no le iba a ser tan indiferente. Anduvimos hasta llegar al casino de Montecarlo.

Para entrar nos pidieron los DNI, se lo tendí serio, pero no era capaz de estar así mucho más tiempo.

—Vale, Peter —le dije mientras guardaban nuestros carnés en la taquilla—, tienes razón. Soy muy negativa y, aunque este juegucito tuyo ha conseguido que el disfrute de mi postre haya sido suficiente, me habría gustado saborear esa exquisita nata durante más tiempo —una sonrisa graciosa se dibujó en su cara y me reí—. Hablar sin palabras negativas está requiriendo de un esfuerzo, positivo, mayúsculo, de mi memoria lingüística. Si el caballero tiene a bien darme una tregua, se lo agradecería. Prometo seguir esforzándome en un futuro, si fuera posible.

Rompió en una carcajada tan sonora que todos los que estaban en la entrada nos miraron con descaro, aunque a él le dio igual.

—Te quiero —dijo acercándose a él por la cintura—, te quiero en todas tus vertientes. Tú no lo sabes, pero resultas de lo más divertida cuando te cabreas.

—Venga, que te quiero sorprender —tiré de él hacia dentro.

—¿No me das un beso? Ya te he perdonado un castigo.

—Tú prefieres los castigos y yo los refuerzos positivos —remarqué la última palabra—, cuando el caballero se los ganó, los tendrá.

Di un golpe de melena que rozó su cara. De reojo vi cómo se estremecía y me sentí poderosa.

## 50

—¿Has estado alguna vez en un Casino? —asintió con la cabeza—. ¿Has apostado a algo o solo has ido a cenar y mirar?

—Lo segundo.

Sonreí con prepotencia. En ese terreno yo sabía más que él, por fin una cosa que yo controlaba y él no. Me dirigí a la taquilla a cambiar cien euros en fichas. Él me tendió un billete de cien, pero no le hice caso. Pagué con la tarjeta. A esa invitaba yo.

—Toma. Hay tres fichas de diez, las de color celeste, y el resto de cinco, las rojas, para que podamos jugar un poco si no, se acaban rápido —le tendí cincuenta euros en fichas—. Vamos a la ruleta.

El lugar parecía un palacio antiguo por el que no hubiera pasado el tiempo, estaba segura de que las mesas de ruletas llevaban allí toda la vida. Busqué una tirando de Peter de la mano. Le pregunté a un hombre dónde estaban las mesas de ruleta inglesa y con el dedo señaló un grupo de gente. Le agradecí la indicación y me dirigí a la mesa que había señalado.

—Vale, esto es sencillo. Pones la ficha donde quieras. Puedes poner varias fichas en números, en color, en par o impar y en columna. Yo lo que suelo hacer es esperar unas cuantas rondas mirando lo que ha salido y al resto de jugadores. No en todas las mesas juegan igual, en algunas las apuestas son realmente escandalosas —asintió—. Ah, una vez que la bola toca la ruleta no se pueden hacer más apuestas y, cuando el *crupier* te da las ganancias retíralas rápido, si te despistas y se quedan en mesa, las apuestas de nuevo sin poder tocarlas.

Tras ver tres rondas en las que habían salido el 22 negro, el 17 negro y el 31 también negro, decidí apostar.

—Yo apuesto en esta ya.

Puse una ficha de diez en color negro, una de cinco en la segunda columna y otra de cinco en el número cinco, rojo.

—Si ha salido tres veces el negro —dijo Peter alarmado.

Me encogí de hombros. De eso se trataba el azar.

—No va más —dijo el *crupier*.

La bolita dio vueltas y vueltas por la ruleta hasta que se paró en el número 35 negro, de la segunda columna.

—¡Toma!

Peter me miró asombrado. Recogí la apuesta, había apostado veinte y había recogido treinta y cinco.

—Poquito a poquito, como las hormiguitas.

Peter se animó a apostar en la siguiente ronda. Volví a apostar veinte, pero las repartí de otra manera. El 21 rojo fue el siguiente, los dos doblamos la apuesta realizada y Peter empezó a animarse.

—Cuidado, que por eso esto engancha, el truco está en ir guardando lo que ganas y seguir jugando con lo que te habías marcado al principio.

Tras media hora, a Peter ya no le quedaban fichas, a mí me quedan dos de cinco de los cincuenta iniciales y el bolso repleto de un montón de ellas que no había contado.

—Toma. Nuestra última apuesta —le di una ficha de cinco.

—El 12, el día que te besé por primera vez.

—El 2, los meses que llevamos juntos.

Nos miramos, pusimos las fichas y nos abrazamos. Salió el 12. Peter gritó y la gente lo miró raro al ver que la apuesta era simplemente de cinco euros. Yo reí al verlo tan emocionado.

—Bueno, recuento.

Me acerqué a una mesa y di la vuelta al bolso, algunas fichas rodaron y cayeron al suelo, Peter las recogió.

—¡Joder!

—¿Cuánto?

—¡Trescientos!

Me miró con los ojos de par en par y yo sonreí con orgullo. Ahora venía la sorpresa.

—Vamos, aún queda algo.

Me acerqué a un hombre vestido con traje, chaleco y pajarita y le pregunté por mi objetivo. Me indicó como pudo en un italiano muy chapucero y me fui directa allí.

—¿Vas a jugar al póker?

—¡Claro! Texas Hold'em, para ser más exactos —dije sonriente.

—La apuesta mínima son veinte euros —dijo un chico español que nos había oído.

—Gracias por la información. ¿Hay que esperar mucho?

—Yo creo que en dos manos le hace polvo, lo está sangrando poco a poco —señaló a uno de los jugadores de la mesa.

—Y ¿han estado mucho tiempo?

—No, media hora, ya se han ido dos.

Asentí y observé a los dos jugadores, estrategias, movimientos de las manos y de los ojos. Uno de ellos, el que más fichas tenía se rascaba la nariz cada vez que hablaba. En dos manos dejaba al contrincante sin fichas.

—Nos toca —dijo el chico del que no sabía el nombre.

—Allá voy.

Aposté cien euros, el español otros cien. Al poco se ocuparon el resto de sillas que apostaron la misma cantidad que nosotros. Bueno, seiscientos euros de bote no estaban nada mal. Abrí el bolso y saqué las gafas de sol. Miré a Peter de reojo que no apartaba su vista de mí.

En las tres primeras manos me retiré a la primera, aunque en una de ellas llevaba dos reyes, iba a jugar con mi estrategia, allí nadie me conocía y no sabía mis trucos.

Cuatro manos después, ya había ganado una con una escalera real y otra con color. Entre el otro español y yo habíamos echado a uno. Los otros jugadores, todos hombres, se revolvieron con la última jugada que, como no la enseñé, no sabían si había sido color o farol. El español no paraba de mirarme para adivinar mis movimientos.

Gané dos manos seguidas, una con escalera y otra con full de reyes y sietes. Esa última sí la



enseñé porque fue reñida entre otro jugador y yo. Y uno menos en mesa. Quedábamos cuatro. En la siguiente mano me vinieron dos ases y en mesa había otros dos. Póker. Me empezó a latir el corazón con fuerza y se me subieron los colores. Vale que no era la jugada más alta, pero tener un póker de ases eran palabras mayores. Vi que Peter me miraba respirando despacio, musitó un «relájate» sin pronunciarlo y entendí que había notado el rubor en las mejillas o algún otro gesto de mi cara. Respiré hondo tres veces sin que se me notara mientras jugaba con las fichas apiladas en columnas. El español jugó fuerte. Entendí que alguno llevaría un full combinado con los dos ases de la mesa. Barajé las posibilidades de una jugada mayor, era posible, pero qué leches, yo tenía póker de ases, con eso hasta la muerte.

—*All in* —dijo uno de los jugadores, parecía inglés.

—*All in* —dije seria.

El español me miró con los ojos bien abiertos.

—Me retiro...

El otro también se retiró. Levantamos cartas. Mía, la jugada era mía.

El inglés maldijo y blasfemó de tal forma que Peter se puso de pie y lo miró con furia. Un calor me subió de repente al ver a Peter en aquella situación. Uff, ¡qué excitación! Pasé mi pierna derecha por encima de la izquierda y apreté los muslos.

Tragué saliva y escruté mi recolección de fichas, casi había triplicado lo que tenía antes de esa última jugada. Si las cosas seguían así, sería pan comido. Quedábamos tres en mesa y yo tenía más fichas que los demás con diferencia.

Tres manos después el español se había suicidado con un *all in* por una jugada de color. El otro jugador, parecía ruso, le remataba con un full de ases y reyes. La partida seguía, solo quedábamos el ruso y yo.

—Como me ponen las tías que dominan este juego —me dijo el español levantándose de su silla—. Si decides tomarte un respiro —movió la cabeza señalando a Peter—, te espero para un *strip poker* —me guiñó un ojo y le sonreí inconscientemente.

Peter lo miró con furia, después me miró a mí inquisitivamente. Otra vez ese calor. Joder. Aparté la mirada y me centré en la partida.

Las dos siguientes manos fueron de tanteo con pequeñas apuestas que alternamos. Yo seguía teniendo más fichas que él por lo que jugaba con ventaja. En la siguiente mano me llegaron un rey y un diez de corazones. Seguí la jugada concedora de mi ventaja en fichas. En mesa salieron la dama de corazones, la jota de picas y el rey de diamantes. Una corazonada me invitó a seguir aunque llevaba, hasta el momento, una simple pareja de reyes. El ruso subió la apuesta, un farol, seguro. Se la seguí sin subirla. Otra carta en mesa, jota de corazones. Aquello pintaba bien, pero me arriesgaba demasiado a jugar todo a la última carta en mesa, si salía un as de corazones tendría escalera real de color, la máxima jugada. Un nudo se me clavó en el estómago. El ruso hizo un *all in* y lo miré sorprendida. Supuse que su jugada se basaba en el color, corazones. Miré a Peter mientras le decía al ruso que le seguía la jugada. El *crupier* contó mis fichas, aún me quedaban algunas, al menos para arriesgarme en otra baza si esta no salía bien. Peter me miró con el ceño fruncido, lo tenía totalmente descolocado.

El *crupier* nos pidió levantar las cartas en el centro de la mesa. El ruso llevaba dos reyes. Vaya, jugaba ya con un full. Toda la suerte dependía de la última carta. Él miró sus cartas, después las mías y rio con burla. El joven con chaleco sacó la última carta que levantó muy lentamente, o así me pareció a mí. Un as de corazones le quitó al ruso la sonrisa de la cara de un plumazo.

—¡Toma! ¡Y por la puerta grande!

Peter se levantó con la boca abierta hasta el suelo.

El ruso me dio la mano murmurando algo que no entendí, pero no era una felicitación. Peter se acercó y me besó con orgullo.

—Pues sí que ha sido una sorpresa... Me has puesto cachondo, qué poder, qué seguridad — susurró en mi oído y reí como una tonta.

No le dije que me había excitado su carácter protector y celoso para no acabar revolcados en el baño del casino.

Había ganado, así, de golpe y porrazo, seiscientos euros, más los doscientos que quedaban de lo ganado en la ruleta. Los dedicaría a gastármelo en algo para Peter.

Los días de descanso que habíamos programado en Saint-Tropez los disfrutamos entre playas y calas. Podíamos pasar las horas muertas en la arena bajo alguna tumbona con sombrilla alquilada o algún árbol solitario de alguna cala escondida. Buscamos en internet y dimos con una playa, la de l'Estagnol, que no tenía nada que envidiar a las playas de El Caribe. La cubría una arena blanca que conseguía que el agua fuera prácticamente transparente. En el horizonte se mezclaba el agua cristalina con el azul turquesa más bonito que había visto en mi vida y el azul de un mar más profundo. Ni qué decir tiene que aquella gama de colores, junto con el azul del cielo y la vegetación verde que rodeaba la playa, hicieron las delicias del fotógrafo por el que me volvía loca.

Fue en esos días cuando Peter me contó que su padre se dedicaba a los negocios inmobiliarios y que había dado unos cuantos pelotazos. Había trabajado, hasta que se vinieron a España, en la City londinense. Más tarde siguió ligado a la misma empresa, pero en la distancia, hasta que se hizo autónomo. Al parecer la familia de su padre tenía dinero, mucho dinero, gracias a unos negocios que les salieron rentables al acabar la Segunda Guerra Mundial. Su madre había sido ama de casa hasta que su padre se creó su propia empresa en la que ella jugó un papel muy importante en los negocios. Se encargaba de ir a las reuniones más importantes.

—Mi madre tiene un garbo especial. Es muy castellana, muy dicharachera, pero cuando se pone seria tiene una apariencia de mujer de negocios dura de roer, que asusta incluso a los banqueros. Sabe desenvolverse en ese mundo que tan lejano te parece a ti —sonrió—. No sé, es única. Mi padre ha sabido ver esa faceta y lo han aprovechado en su beneficio —se encogió de hombros.

Le hablé de mi familia, de mi madre, de mi hermano y de mi padre. No dijo el «lo siento» habitual y se lo agradecí. Simplemente me escuchó atento. Y cuando el bello recuerdo de mi padre me inundó y las lágrimas empezaron a rodar por mi cara, me abrazó y me besó el hombro. Aquello me reconfortó tanto que una chispita de miedo cruzó rápido por mi cabeza. Para mí él lo era todo, había entrado arrasando haciéndose un gran hueco en mi corazón, pero ¿sería yo todo lo que él necesitaba?

El segundo día de playas y descanso lo pasamos en Le Lavandou, un pueblo costero que guardaba celosamente sus playas. El agua azul clara se mezclaba con la oscura provocada por las rocas del fondo. Hicimos *snorkel*, habría sido una pérdida no aprovechar la ocasión. Me sentí tan hechizada que me costó irme de allí. Me quedé absorta con la combinación de colores y entendí, aunque solo un poquito, la obsesión que tenía Peter por captarlos con su cámara.

Los días que pasamos en Marsella estuvieron pasados por agua, al parecer una especie de gota fría o de tormentas de verano, como decía mi abuelo, habían decidido parar durante tres días en la

zona en la que estábamos. Así que aprovechamos para hacer maratones de películas y devorar libros. Yo estaba enganchada a uno que me había recomendado Ana, uno romántico con tintes eróticos festivos en el que se narraba, de una manera muy fresca la vida de una chica de casi treinta, Valeria, y la de sus amigas.

También dedicamos mucho tiempo, y más, a amarnos de todas las formas posibles y en todos los rincones que conformaban aquella lujosa habitación francesa de hotel. La cama fue la más afortunada, pero nuestros cuerpos pasaron por la ducha, por el suelo, el sofá, la silla del escritorio y la pared. No es que fuéramos unos obsesos sexuales, el motivo de tanto desenfreno era el deseo que creaban nuestros cuerpos con el simple hecho de rozarse, y eso, en una habitación de hotel, por muy grande y lujosa que fuera, se daba muchas veces a lo largo del día.

Esos días Peter recibió muchas llamadas que no cogió, para mi sorpresa. Miraba la pantalla y colgaba. No alcancé a ver el nombre, aunque, por mi salud mental, hice el esfuerzo de mantener lejos la tentación de mirar.

El día que estuvimos en Carcasona resultó mágico. En primer lugar, porque ya nos empezaba a entrar la depresión postvacacional al ser nuestro último día en Francia. En segundo lugar, porque aquella ciudad amurallada congelada en el tiempo desprendía una energía especial. Estaba segura de que, si me hubiera sentado en una de sus calles, sin turistas, sin ruido y sin Peter cerca, habría podido sentir algún cosquilleo por el cuerpo que manara de la magia de la ciudad, de sus piedras, de sus calles, de la historia que se había impregnado en ella durante siglos. Y, en último lugar, porque el día en Carcasona se despidió con un crepúsculo impresionante que nos dejó sin palabras. Solo pudimos apoyarnos en su muralla y observar embelesados aquella combinación de colores. Era indescriptible, no sabría decir qué color reinaba ni diferenciar todas las tonalidades cálidas que se extendían entre el cielo y el horizonte. Peter se quedó tan maravillado que no hizo uso de la cámara, como me tenía acostumbrada.

—Cielo, ¿no vas a hacer fotos a esto? Quiero un cuadro de este atardecer...

—¡Sí! Vóy... —dijo con lentitud mientras sacaba la cámara de la funda.

Colocó el trípode y la cámara encima. Empezó a mover el objetivo y a disparar. Volvió a mover el objetivo y disparaba de nuevo. Realizó esos movimientos en repetidas ocasiones hasta que simplemente se dedicó a disparar. Después dirigió su objetivo a mí y comenzó a fotografiarme. Lo que al principio me molestaba, ahora hasta me gustaba porque en sus fotos nunca salía desfavorecida. Me colocó a placer en varias ocasiones para seguir sacando fotos. Finalmente, le quité la cámara e hice varias fotos de nosotros dos juntos, sonriendo, serios, poniendo caritas, él dándome un beso, yo reclamando sus labios...

—¿Cuántos atardeceres hemos visto juntos? —pregunté bobalicona.

—Podría contarlos, pero me quedo con los especiales.

—¿Cuáles?

—El primero y más especial, el de nuestra primera noche juntos —me abrazó por la cintura sin apartar su mirada del horizonte—, el segundo, el de Roma, el de la famosa foto —sonrió hundiendo su cara en mi cuello produciéndome aquellas dulces cosquillas—, el de hace unos días en Saint-Tropez y este.

Se colocó a mi espalda y me rodeó con sus brazos apretándome contra él. Cerré los ojos y me perdí en las sensaciones que despertaba en mí, en aquella protección que me mantenía alejada de lo peor de mí misma permitiéndome ser feliz.

El último día lo pasamos por Barcelona, recorriendo sus calles principales y perdiéndonos en el barrio gótico. Comimos en un restaurante que Peter conocía de otras veces. Allí el lujo no era como el de Francia, el lugar era glamuroso, aunque minimalista. Estaba segura de que el precio del menú era igual de astronómico. Cuando Peter fue al baño su móvil empezó a vibrar, hacía días que le había quitado el sonido. Miré la pantalla donde aparecía un número muy largo sin nombre, me pareció ver que empezaba por 44. Peter llegó y colgó la llamada antes de que pudiera ver más.

—Perdona, Peter, a lo mejor no me debo meter y no es asunto mío, pero ¿quién te llama tanto? Puede ser importante, deberías cogerlo.

—Tienes razón, no te debes meter y no es asunto tuyo.

Aquello fue como un bofetón con la mano abierta y mojada. Su voz había sido más grave y se había endurecido. Un nudo se me clavó en la boca del estómago y no eran las famosas maripositas agolpadas, no, era un monstruo negro deseando salir y expandirse. «Sara, contrólate y respira, respira». Bajé la cabeza y escarbé en el plato con el tenedor.

Acabamos los postres y pedimos un café para él y mi té infusionado en leche. Llevábamos demasiado tiempo sin mirarnos ni hablar. Peter vació el sobrecito de azúcar en el café una vez lo hubo dejado el camarero y removiéndolo serio.

—Perdona Sara.

No contesté. Ni lo miré.

—Perdona —cogió mi mano—, no tenía que haberte hablado así.

Buscó mis ojos, pero no los encontró. Con la otra mano me cogió de la barbilla y me obligó a mirarlo.

—No es importante.

—Tu contestación y tu actitud no me dicen lo mismo.

Resopló y bajó la cabeza. Tardó en contestar. Supuse que estaba sopesando la posibilidad de contarme algo que en realidad no quería.

—No hace falta que lo cuentes, no necesito saberlo —mentira, cada vez tenía más ganas de saber quién era el o la que llamaba con tanta insistencia.

Asintió con la cabeza sin mirarme.

—No es nada ni nadie importante, es solo que me agobia que llame tanto.

—Es un número largo, ¿Inglaterra? —pregunté arrepentida al momento.

Pensé en Helena, ella me habría dicho que no le diera vueltas a ese asunto, que si debía saberlo algún día tendría la información y, si nunca llegaba ese momento, es que no debía saberlo.

—Perdona, no tienes por qué decírmelo —intenté rectificar rápido.

—Sí, de Inglaterra, pero nada importante.

Alzó la mirada y sus ojos preocupados se cruzaron con los míos que estaban cargados de incertidumbre.

De camino a casa paramos en Zaragoza. Durante todo el trayecto el ambiente había sido tirante. No habíamos hablado apenas, tan solo escuchábamos las canciones de grupos ingleses que Peter había elegido.

Aparcó en un subterráneo y subimos a la calle.

—Sara, hemos pasado unas vacaciones únicas, maravillosas e irrepetibles, no podemos estropearlas en el último momento. ¿Podemos olvidarnos de lo de antes?

¿Podía? La Sara de antes no se habría olvidado de eso, ni siquiera se lo habría planteado. Quizá la nueva Sara o la Sara de Peter sí podría. ¿Qué tenía que perder?

Tardé en contestar y Peter usó sus armas para acabar con aquello. Acercó sus labios a los míos despacio. Cuando se rozaron nos dio un chispazo de carga estática. Sus labios se abrieron buscando mi lengua y rememoré nuestro primer beso. Aquel beso profundo, agitado, que revolucionó mi corazón y desató mis nervios. Aquel beso como todos los que me daba y que me dejaban en trance. ¿Podía olvidarme? Por supuesto. ¿Qué importaba todo lo demás si él me seguía queriendo así, tocando así y besando así?

Según entré por la puerta de casa sentí un enorme vacío en mi interior. Me apoyé en la pared e hice un breve recorrido por los momentos vividos en las vacaciones. Quince días, quince magníficos días con Peter, veinticuatro horas al día juntos. Me llevé los dedos a los labios recordando sus caricias. Ahora tocaba volver a la rutina y pasar los días esperando ansiosa un mensaje de Peter en el que me dijera cosas románticas o subidas de tono. Hacía apenas cinco minutos que me había dejado en la puerta de casa y ya lo echaba de menos.

Suspiré nerviosa. Me había dado de lleno y estaba enamorada perdida. Tal vez, esa vez, fuera la definitiva, quizá esa vez nadie saliera huyendo y acabara con un «y vivieron felices y comieron perdices», pero los cuentos de hadas no forman parte del plano de la realidad. Me dejé caer al suelo y me senté con la espalda apoyada en la puerta. Metí la cabeza entre mis brazos y cerré los ojos. Dejé la mente en blanco durante unos minutos en los que mi respiración y mi pulso se ralentizaron hasta aportarme la sensación de descanso y paz deseada.

Saqué el móvil para avisar a Héctor de que había llegado. También escribí en el grupo que tenía con Ana y Helena. A mi madre preferí llamarla.

—¡Hola hija! Ya era hora de acordarte de tu madre. Llevas cuatro días sin dar señales de vida.

—Hola mamá. Lo siento, estuvimos de acá para allá y cuando pensaba en escribirte me resultaba ya muy tarde. ¿Dónde andas?

—Estoy en el pueblo. Está aquí tu prima preguntando si vas a venir este año.

—No lo sé, no tenía pensado ir. ¿Qué tal el abuelo?

—Bien, hija. Aquí rejuvenece. Hay que salir a buscarlo a la hora de comer porque se va a ver a los amigos y se le olvida la hora, como un chaval.

—Me alegro, así no pierdes tus facultades de controladora nata. ¿Qué sabes de Javi? ¿No ha ido?

—Está en Castellón con Marta y unos amigos, ha sido algo de última hora, a mí me lo dijo cuando iban de camino. Y venir, pues dice que a la vuelta de Castellón se pasan por aquí para estar un par de días.

—Vaya, últimamente vive al día. No me ha escrito para decirme nada.

—Vente tú también, Sara. Así estaremos juntos unos días ¿hasta cuándo tienes vacaciones?

—Hasta el lunes —sopesé la propuesta—. No lo sé mamá, me lo pensaré, ¿vale?

—Vale, te veo el viernes.

—Ya veremos —puse los ojos en blanco—. Un beso, mamá. Adiós.

Colgué sin darle tiempo a más y escribí a Javi: «Andas por ahí de pingos y ¿no te molestas en decirme nada?». No contestó.

Ana, Helena y yo quedamos al día siguiente en casa de Helena. Ana pedía todos los detalles del viaje directa e indirectamente. Le di un poco de carnaza para que callara un rato contándole alguno de nuestros encuentros sexuales, pero sin mucho detalle.

—¿En el suelo, tía? Con la de mierda que hay... —puso cara de asco.

—¡Sal de ahí, mamá!

Helena rio escandalosamente señalando a Ana.

—Eso es envidia, Ana —dijo.

—Fuimos al casino de Montecarlo, alucinante. A Raúl le habría encantado.

Raúl era el culpable de que hubiéramos visitado el de Torreldones y el que me introdujo en el póker.

—Gané seiscientos euros al póker. Le dejé loco.

—Seguro que se puso cachondo, a los tíos les mola que seamos buenas en algo y, aunque no lo reconozcan, les pone que sepamos hacer algo que ellos no pueden. Y no te digo nada si somos unas fieras en algo que ellos consideran para chicos —escupió Ana.

—Ana, ¿y qué cosas son de chicos? Ahora todos podemos hacer todo.

—Sí, pero acuérdate de lo cachondo que se puso Sergio cuando vio como conduces.

Puse los ojos en blanco.

—A mí me pone cachonda Peter conduciendo, no es nada del otro mundo.

—A ti Peter te pone cachonda siempre —puntualizó Ana.

Asentí orgullosa.

—Hay algo que no nos cuentas... —adivinó Helena.

—Pues claro que hay cosas que no os cuento, han sido quince días, no os puedo contar todo, además, no debo contaros todo, pertenece a mi plano personal.

—Nosotras no tenemos planos personales —dijo Ana.

—Lo que tú digas —dijimos al unísono Helena y yo.

—Bueno, entonces lo tuyo con el pijo va en serio, ¿no? ¿O estás reticente?

Se levantó para ir a la cocina a por otra cerveza.

—Se va a tener que quitar la manía de llamarlos pijos —le dije a Helena en susurros. Asintió—. No lo sé Ana, supongo que sí que va en serio, prefiero no pensar en ello. Héctor me dijo que me dejara llevar y lo estoy haciendo. Si pienso puedo ser un peligro —dije cuando Ana volvió—. Ya me conocéis...

Pero ya lo había pensado y sabía de sobra que sí, que iba en serio, pero no quería decirlo en voz alta por si no podía controlar lo que pudiera venir después.

—¿Qué más pasó? —insistió Helena.

Suspiré. ¿Se lo contaba? El silencio me estaba atrapando entre la espada y la pared, no tenía más remedio que decirlo.

—Peter ha estado recibiendo llamadas los últimos días. Él colgaba la llamada sin cogerlo y le quitó el sonido al móvil.

—Mal rollo —me cortó Ana.

Hice un mohín y seguí.

—El caso es que el último día pude ver un número largo en la pantalla, él estaba en el baño —aclaré—, y empezaba por 44. Le dije que quizá debería cogerlo y no me contestó bien. Me dijo que no era de mi incumbencia, se puso irascible y le cambió la cara. Vamos, que la tensión se podía cortar con tijeras de podar...

—Alguna ex. Solo hace unos meses que lo conoces, quién sabe lo que esconde su pasado.



—No sé, eso se dice, ¿no? —deduje.

—Si te llamara Sergio repetidamente ¿se lo dirías? ¿Le contarías quién es Sergio? O ¿te callarías como una puta? —aguijoneo Ana.

—No sé, es posible que sí.

—No te engañes Sara, callarías o mentirías.

Negué con la cabeza, mentir no, no mentiría.

—El número es inglés —dijo Helena soltando el móvil—, acabo de buscarlo en Google. Quizá sea un familiar o un amigo lejano del que no quiere saber nada. Incluso pueden ser sus padres.

—Él adora a sus padres, habla de ellos con brillo en los ojos, no habría reaccionado así.

—Quién sabe, hace unos quince años que vino a España. Aunque fuera una novia, ¿qué tipo de novia sería? El típico amor de adolescentes... —Ana y yo nos miramos con complicidad—, nada de lo que preocuparse. Además, a Peter se le ve un tío majo, sincero, si quiere contártelo dale tiempo y si no quiere no le agobies. No pienses en ello.

—Sabía que dirías eso.

Le di un abrazo cariñoso. Ella era la que equilibraba la balanza. Ana estaba en un lado, sin miedos, sin complejos, decidida y segura hasta llegar a ser una kamikaze y en el otro, yo con mis miedos, mis inseguridades, mis experiencias negativas pesando tanto que no me dejaban dar un paso al frente. En el centro Helena ponía orden y sensatez. Aquella mujer eternamente madura, siempre había sido la cabeza ordenada y coherente del grupo.

—El sábado organizamos barbacoa aquí en casa.

—Perfecto, qué ganas tengo de comerme un bocadillo de panceta. ¿Quién viene? —dijo Ana.

—Todos. Nosotros y los amigos de David. Los que quieran venir.

—Uhhh los pijos, ¿todos y todas? —preguntó Ana exaltada y Helena asintió.

Genial, Mónica. Eso ella no se lo perdería ni loca, tendría conversación sobre nosotros por meses.

—Esto no le va a gustar nada a mi madre... Quería que fuera este fin de semana al pueblo —expliqué.

—Buah, ya irás otro. ¿Va a venir tu pijo? —dijo Ana.

Me encogí de hombros.

—Escríbele. Queremos ver lo morenito que se ha puesto. ¿Vendrá con una de esas camisas que tanto te ponen?

—¡Ana!

—¿Qué? Si lo dices tú...

—No tengo mucha experiencia con ellos, Helena sabe más, pero controla tu impulsividad delante de ellos. Digamos que son más recatados, más...

—¡Estirados! Más pijos. Vale, vale —dijo al ver que la atravesábamos con la mirada—, me contendré. Joer, que sí, confiad en mí —insistió al ver que negábamos con la cabeza—. Venga, pregúntale si viene.

Saqué el móvil y escribí a Peter: «Hola cielo. Estoy con las chicas. Helena dice que el sábado hacen una barbacoa. Ana insiste en que te pregunte si vienes». Tardó cinco segundos en contestar: «¿Ana insiste? ¿Tú no quieres que vaya?», «Nos lo acaba de decir David». Resoplé, ¿en serio le había dicho «Ana insiste»? «Me refería a que si tenías otro plan preparado para nosotros... podría escabullirme de la barbacoa y besar cada poro de tu piel». «¿Qué más podrías...?», escribió enseguida. «Podría recorrer tu cuerpo con las yemas de mis dedos, podría morder tus

orejas, tu labio, tu cuello... Podría hacerte el amor de mil maneras distintas haciéndote estremecer hasta que me suplicaras parar», contesté.

—Sara, relaja tía —dijo Ana.

La miré y me indicó con la mirada mis labios. Me los estaba mordiendo sin darme cuenta y me reí. Mi corazón había disparado las pulsaciones.

«Pufff, me gusta ese plan más que ninguno otro», «Decidido, no vamos». Reí y Helena me miró con el ceño fruncido, Ana se reía conmigo porque imaginaba de qué iba el tema. «No podemos hacer eso», le dije. «Vale, no podemos hacerle eso a David. Vamos a la barbacoa y después nos vamos a mi casa para que me hagas todo eso que me podrías hacer», «O mejor, te recojo ahora y lo ponemos en práctica». Mi respiración se agitó al pensar en su piel. Le contesté rápido: «No, ahora no, yo estoy con Ana y Helena y tú estás en Madrid, no vas a venir aposta». Aparté el móvil en la mesa para no seguir contestándole y preguntarle a Ana por sus vacaciones.

—Y tus vacaciones...

—Bien, gracias.

—¿Y ya?

—A ver, normales. No sé decirlos. Rutas turísticas, pies cansados, hinchados y doloridos. Polvo de rigor, dormir, desayunar y ruta de nuevo. Así varios días. Bueno, tuvimos tardes de libertad, así las bautizamos, en las que bebimos cervezas como si no hubiera un mañana. Ah, y salchichas, comimos muchas salchichas.

—De lo que se come se cría, dicen —dije riéndome.

Helena rompió en una carcajada.

—De mi vida privada no hablo.

Metí la cabeza entre mis brazos sin poder creerme lo que acaba de decir.

—¿Qué fue del profesor de pilates? —preguntó Helena.

—Ni idea. Estamos de vacaciones y no lo he visto en todo el verano y, espero y deseo que cuando vuelva en septiembre, no esté.

—Al menos estás alejada de la tentación.

Helena recibió un mensaje, lo miró y se rio. Nos enseñó la pantalla. David le había enviado una foto en la que salía Peter con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho, su cara estaba contraída con el ceño fruncido y los morritos sacados. Esos morritos que me habría comido si no hubiera sido el móvil de Helena. En el mensaje ponía: «Dile a Sara que mire el móvil».

Peter llevaba unos pantalones cortos negros y una camiseta gris que le marchaba el torso. Madre mía, qué hombre.

—Van todos vestidos de pijos.

Helena y yo miramos a Ana exigiendo explicaciones.

—Miradlos, mirad qué ropa, vuestros hombres llevan ropa de marca y van vestidos de pijos. ¿Desde cuándo te pones esas sandalias con esos pantalones?

Llevaban unas Havaianas negras. Los dos llevaban las mismas.

—¿Y qué problema hay, Ana? Solo son unas chanclas —contestó Helena molesta.

—Vale, vale. Está visto que ya no se puede criticar a los pijos.

Miré el móvil, un mensaje de Peter: «Por ti voy al fin del mundo», «Te quierooo». Sonreí y contesté: «Por hoy, tú en Madrid y yo en Guadalajara».

—¡Sara! —gritó Ana—. Hace tiempo que no nos montamos una coreo —dijo excitada—. Podíamos ensayar una para el sábado y dejar a las pijas locas.

—Vale —reí—. ¿Qué habías pensado?

—Una de reguetón, ya tengo la coreo montada, solo tienes que aprendértela, pasos sencillos y repetitivos. Helena, es tu oportunidad para dejarlas con la boca abierta.

—No, no, yo paso, que tendré que seguir viéndolas y no me apetece ser el centro de atención.

—¿Y a mí sí?

El silencio fue sepulcral.

—Crees que no duraré mucho con Peter... —adiviné.

—No Sara, no he dicho eso, pero yo ya vivo con David, llevamos trece años juntos, vosotros solo dos meses.

—Vale, visto así.

Me pareció ver que Helena resoplaba discretamente, pero preferí no darle importancia.

Mi hermano me llamó dos días después de que le mandara el mensaje diciéndome que salía de casa sin el móvil y que cuando llegaba le daba pereza contestarme. Le conté lo de la barbacoa y dijo que se encargaría de explicárselo a nuestra madre, pero a cambio debía de ir el domingo. Acepté de buena gana si al menos me cubría el sábado. No tuve en cuenta que la barbacoa podía alargarse hasta altas horas de la madrugada.

Dormí el viernes en casa de Peter. Y quien dice dormir, dice hacer uso de la cama. De la cama, de la ducha...

Desperté desnuda cubierta por la sábana, algo que empezaba a ser habitual. Estaba convencida de que Peter me había arropado. Él dormía. Me levanté, tanteé la ropa buscando mi tanga. Cogí su camiseta, inspiré su olor y me la puse bajando las escaleras.

Preparé café para él y un té para mí. Saqué el paquete de galletas. Al rato me fijé en que me había comido medio paquete sin darme cuenta. ¿Cuántas galletas eran medio paquete? Ese verano estaba comiendo demasiado, cuando me fuera a poner los pantalones largos en septiembre me costaría entrar con facilidad. Había ganado peso desde junio, y eso que lo que comía lo desgastaba con Peter. El calor no me dejaba salir a correr, las mañanas eran calurosas y no me gustaba correr por las noches porque después me desvelaba y no cogía el sueño. En septiembre tocaría operación bufanda.

Eran casi las doce y media y Peter seguía durmiendo. Habíamos quedado a la una. Subí a despertarlo. Desde el quicio de la puerta lo miré, era simplemente perfecto. Aún seguía sin entender cómo había tenido yo la suerte, no solo de conocerlo, sino también de que estuviera conmigo.

Una vez cambiada y peinada, me lancé sobre él sin cuidado. Gritó.

—¡Joder, Sara! ¡Me has clavado el codo! ¿Dónde han quedado esos despertares suaves, románticos y deliciosos? ¿Te has convertido en una participante de la lucha libre?

—Perdón, perdón —mentí—. ¿Dónde te he dado? ¿Aquí? —señalé su pectoral.

—Sí —dijo con mala cara y lo besé donde había señalado.

—Y... ¿aquí? —señalé su tripa y él levantó una ceja y la besé—. ¿Aquí? —acerqué mi boca donde empezaba su vello—. ¿Aquí también?

Besé su erección y jadeó. Su respiración se agitó. Seguí besándolo mientras lo miraba a los ojos. Metí su erección en mi boca. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Sonreí y me sentí poderosa. Jugué con mi lengua mientras sus jadeos se intensificaban. La saqué de mi boca y me levanté.

—Vamos, llegamos tarde.

—¿Qué? ¡Noo! —sonreí—. Sara, joder, no me puedes dejar así.

—Uy, créeme que sí, ¿no lo ves? —saqué unos calzoncillos negros de su cajón y se los tiré a la cara—. ¿Dónde ha quedado eso de la puntualidad británica?

—Que la jodan a la puntualidad británica. Mi prioridad eres tú.

—Esa boca...

Me miró con picardía y se levantó deprisa. Salí corriendo y él detrás de mí. Bajé las escaleras riéndome. Bajó trotando, me agarró del brazo en el último escalón y riendo se abalanzó sobre mí atrapándome en sus brazos.

—Esta me la vas a pagar, preciosa —me susurró al oído—. Esa provocación te va a salir cara.

—¿Y por qué no acabas lo que he empezado? —le mordí el hombro y gimió.

—Porque la maldita puntualidad británica la tengo grabada a fuego —dijo con los ojos cerrados intentando concentrarse en no desnudarme.

—¿Y cuándo voy a estar grabada a fuego yo?

—Preciosa, tú no estás grabada, tú estás dentro ya, arrasando todo —se separó de mí dejándome con las ganas—, excepto las costumbres horarias.

Subió las escaleras corriendo.

—Tienes café recién hecho —grité desde el salón.

Era la una menos cuarto, llegábamos tarde. Me reí.

Dos minutos después bajó con unos pantalones cortos azul marino, una camiseta azul claro y unas sandalias azules abiertas. El pelo lo llevaba revuelto, pero peinado. Me lo habría comido con ansiedad al momento. Fue directo a la cocina sin mirarme. Estaba sentada en el sofá, me di la vuelta y apoyé la cabeza en el respaldo. Vi cómo se movía por la cocina. Se tomó el café rápido, metió la taza en el lavavajillas y salió buscándome. Rio al verme.

—¿Jugando al escondite?

—Bueno, tengo miedo, como la voy a pagar cara... —escondí la cabeza.

Me pareció un juego de lo más infantil, pero sabía que eso le gustaba. Apareció por detrás echando mi cabeza para atrás y besándome con ternura.

—Me encanta que me beses así. En esta posición —aclaré.

Sonrió y con su lengua recorrió mi nariz y después mis labios. Su lengua entró en mi boca buscando la mía. Agarré su cara con mis manos dirigiendo el beso. Levanté las caderas y él se retiró.

—Llegamos tarde ¿no?

—*Touché* —dije resignada.

Cuando subimos al coche era la una. Peter puso mala cara y me reí.

—Por un día que lleguemos tarde, no pasa nada. Además, vas conmigo y te sirvo como excusa, todos saben que siempre llego tarde. Te dejo echarme la culpa.

No contestó. Apretó los labios.

Al llegar vimos un Porsche aparcado en la puerta.

—¡Cochazo! ¿De Félix?

Peter rio y negó con la cabeza. Me miró y rio a carcajadas. Abrí los ojos adivinando de quién era.

—No... ¿de Álvaro? —asintió.

Me tapé la boca con las manos. Sí que había cambiado Álvaro en esos años. ¡Qué cochazo tenía!

—¡Maldito pijo!

Peter me miró asombrado y entonces me di cuenta.

—Lo he dicho en voz alta, ¿verdad?

Él asintió y yo hice un mohín. Tanto pedirle a Ana que se controlara y al final la que iba a meter la pata iba a ser yo, para variar. No le di más importancia y bajé del coche.

Helena no tardó en abrir y decirnos que estaban en el patio y que solo faltaban Ana y Rubén por llegar.

—¡Cómo no! Sara llegando pronto —dijo Nacho con ironía.

—Lo raro es que Peter llegue tarde —dijo Álvaro mientras chocaba la mano y abrazaba a su amigo.

—A mí no me miréis. Por raro que parezca es culpa suya, ya sé que no es creíble —dije al ver la cara de Héctor—, pero se ha levantado casi a las doce y media —dije señalando a Peter que me miraba con cara de pocos amigos.

Le lancé un beso y le guiñé un ojo. Entornó los ojos. Mal rollo. Ya me encargaría después de que me perdonara aquello, pero me sentía tan bien de, por una vez en la vida, poder escurrir la culpa de llegar tarde.

En el patio se podían ver tres grupos bien diferenciados. Nacho y Raúl estaban sentados entre la mesa y la piscina con unas cervezas en la mano. Félix, Manu y Borja estaban con David en la barbacoa y las chicas en una esquina con unos tintos de verano en la mano. En el centro de aquello, haciendo de enlace estaban Héctor y Álvaro hablando de fútbol, como siempre habían hecho. Tenía la esperanza de que Mónica no hubiera ido, pero no fue así, allí estaba. Me acerqué a saludarlas dándoles dos besos a cada una.

—Hola ¿ya conocéis a todos?

—Sí, nos ha presentado David —dijo Mireia.

—Qué morena estás, te queda muy bien —le dije.

—Es roña, de tanto festival lleno de gentuza —dijo Mónica con maldad.

—Si tú lo dices —contestó Mireia poniendo los ojos en blanco.

—¡Sara! —gritó Raúl.

«Salvada por la campana».

—Te hemos reservado una Paulaner de trigo bien fresquita, como a ti te gustan.

—Ohhh, que Dios te lo pague con una novia —dije dirigiéndome a él.

Raúl abrió la botella y me la ofreció con una sonrisa de oreja a oreja. Le di un trago que me supo a gloria. Aquel elixir alemán bajaba por mi garganta y mi esófago cayendo en mi estómago creando placer. Gemí, puse los ojos en blanco y me mordí el labio.

—¿Peter no te satisface lo suficiente? —dijo Nacho entre carcajadas.

Raúl se unió a sus risas de forma escandalosa.

—Es inglés, no alemán —dije bajito.

Rompieron a reír. No supe si lo que había dicho tenía tanta gracia o es que ya estaban achispados.

—Hacedme un hueco.

Se echaron a un lado y, con maestría, Nacho acercó una silla que colocó en el medio. Puso una banquetita delante para poner los pies. Los subí y me recosté dando otro trago a la Paulaner.

—No te quejarás de que no te cuidamos.

—No, no. Muy bien todo, no tengo queja.

Desde allí, bajo las gafas de sol, tenía visión directa con todas las escenas que se producían en el patio. Peter se había unido a la conversación que tenían Álvaro y Héctor. Bajaron el tono de voz y se juntaron para hablar. Peter me miró y supuse que hablaban de mí. Me era absolutamente indiferente, por raro que pareciera, lo que pudieran estar diciendo de mí. Ninguno podía decir nada negativo y, si por algún casual salía algo que no debía, allí estaba Héctor para salvarme el culo.

Ana hizo una entrada triunfal. Rubén entró discreto y fue directo adonde estaba David. Ana era Ana, toda ella era Ana.

—¡Qué pasa que no suena esa música! Vaya carcas estáis hechos.

Visionó el patio con curiosidad, vio el grupo de chicas y las sonrió, volvió su cabeza para mirarme y sonreírme con ironía mientras movía los ojos.

—David, ¿no presentas?

—¿Tú no querías pancetas? Pues dos cosas a la vez no puedo hacer.

—Hombres unitarea... —se acercó a Mireia y comenzó a presentarse—. Soy Ana, amiga de Helena, David y Sara.

Ellas fueron dándole dos besos mientras pronunciaban sus nombres. Mónica la miró de arriba abajo. Nadia la preguntó algo y Ana contestó moviendo la cabeza. Se acercó a Héctor y le dio un abrazo, a Peter dos besos tras escanearlo. «Ana, es mío, no mires tanto», pensé.

—Este es Álvaro —presentó Héctor.

Pero las miradas de Ana y Álvaro ya habían chocado segundos antes. La de Ana reflejaba seguridad y lealtad hacia mí, la de Álvaro era tímida e insegura.

—Encantada, soy Ana —se puso de puntillas para darle dos besos.

Siguieron manteniendo las miradas por unos segundos y se formó una tensión que pudimos sentir Héctor y yo como nuestras. Peter me miró con curiosidad, con la mirada me pedía confirmar lo que imaginaba. Asentí. Los miró de nuevo. Ana cortó la comunicación visual y se fue a ayudar a Helena.

Álvaro bajó la cabeza. Sabía que si tenía que temer a alguien después de a mí era a Ana. Héctor no iba a pedirle explicaciones, además, hablar con Héctor resultaba fácil, pero Ana no. Confiaba en que ella no le delataría delante de todos, pero si en algún momento se quedaban a solas estaba convencida de que le tocaría aguantar las embestidas de Ana. La conocía muy bien y sabía que me defendería hasta la muerte. Ella estuvo a mi lado después de que se fuera y fue una de las que tuvo que llevar, como amiga, toda la carga de mi sufrimiento. Álvaro me miró y levanté los hombros. Yo no iba a controlar o parar a Ana, lo que ella tuviera que hacer o decir al respecto era algo que deberían solucionar entre los dos. Por mi parte, el tema Álvaro había quedado zanjado el día de su cumpleaños.

A las cinco Nacho se terminaba su último bocadillo de chorizo.

—¿Crees que me hago a alguna?

—Con el aliento a chorizo que se te va a quedar, no lo creo. Pero, puedes intentarlo. Mireia es maja, es la que está al lado de la morena que es Mónica, huye de ella, veneno puro. Lorena también es maja.

—Pues ahora la que me gusta es Mónica. La pongo a cuatro patas y la saco el veneno a base de...

—¡Para! —le dije levantando la mano—. No me interesa lo que hagas, con quién lo hagas ni cómo lo hagas.

Peter se acercó a mí, me pidió levantarme tendiéndome la mano. Se sentó en mi silla y me sentó en sus rodillas.

—Estás muy callada —dijo hundiéndome la nariz en el cuello y haciendo que todo mi cuerpo se erizara.

—Tengo sueño. Resulta que esta noche, un chico me ha mantenido entretenida en otros menesteres y me ha restado horas de descanso. Eso, el calor, la comilona y las cervezas... —susurré.

—¡Eh! ¡Idos a un hotel! —gritó Raúl.

—Hay habitaciones de sobra en esta casa —le dije con recochineo.

Se hizo el escandalizado, se levantó y se fue. Al poco su silla fue ocupada por Héctor. Peter entendió que sobraba, se levantó, me plantó uno de sus besos y se fue. Y yo me quedé con todo el calentón. Pensé de nuevo en la cantidad de habitaciones que había de sobra en aquella casa.

—Me tienes abandonado —dijo Héctor serio.

—Tienes razón y lo siento —me llevé la mano al cuello—. Esta semana quedamos tú y yo, solos.

—De acuerdo —hizo una pausa—. Parece que lo vuestro marcha. Estoy orgulloso de ti.

Sonreí.

—¿Has visto el momentazo Ana-Álvaro? Creo que Álvaro ha llegado a sentir terror.

—Es que Ana es mucha Ana —asintió—. ¿Cómo fueron las fiestas de Málaga?

—Brutales, mucha fiesta. Por otro lado, Nacho estuvo cada día con una y Raúl se comió los mocos.

—¿Y tú?

Se puso colorado y bebió de la lata de cerveza que llevaba en la mano.

—Algo hubo —hizo una pausa en la que le pedí más con la mano—. Me lie con la prima de Fani.

Abrí los ojos de par en par y me eché las manos a la boca.

—¡No me fastidies, Héctor!

—Punto uno, no tienen nada que ver, porque ellas dicen que son primas que, si no, no habría forma de saberlo. Punto dos, no piensan igual. Punto tres, Rocío no soporta a su prima y, punto cuatro, y no menos importante, está buenísima, besa de muerte y folla como los ángeles.

Lo miré escandalizada. Héctor no acostumbraba a contar así las cosas, era gentil y discreto.

—Es posible que venga para las fiestas de Guadalajara, como mis padres se bajan a Málaga se quedaría en mi casa.

—En tu cama —especifiqué.

Rio con gusto. Se le veía ilusionado.

—Me alegro. Se te ve una chispita de emoción en la mirada, ya era hora de que te permitieras ese lujo. Rocío no sabe qué hombre tiene entre sus manos.

—O entre sus piernas —Ana llegó como un huracán.

Hacía rato que la música sonaba y Ana venía contoneándose.

—¿Las pijas no bailan? —preguntó con un movimiento de cabeza.

—Yo voy a hacer bailar a una esta noche —dijo Nacho.

—A lo mejor te hace bailar ella a ti, machomen —dije con sarcasmo—. O a lo mejor bailas solo.



El resto rio y Nacho se resignó, se levantó y cogió una lata de cerveza de la nevera con hielos.

—Ohhhh, ¡nuestra canción! Vamos.

Ana tiró de mí cuando empezaba a sonar la canción que habíamos preparado.

Helena se rio y les dijo a los demás que miraran. Se pusieron delante y empezamos con la coreografía. La letra de la canción era un poco subida de tono, y la coreografía la acompañaba.

Todos miraban embobados. Me fijé en que Mónica me miraba con cara de asco. Peter y su mirada lasciva me llenaron de seguridad y me dejé llevar sin vergüenza por el baile. A mitad de canción rapeaba un cantante, Ana y yo tiramos de Nacho y lo pusimos entre nosotras bailando de forma provocativa. Nacho, disfrutando, bailaba mostrándose a las pijas.

Cuando acabó la canción todos aplaudieron y Nacho pidió más. Las canciones de reguetón fueron sonando una tras otra. Rubén se animó a bailar. Al rato Raúl y Álvaro empezaron a moverse como si fueran expertos bailarines. Álvaro disfrutaba presumiendo de su forma de bailar. Me acerqué a Peter para bailar con él. En ese momento tropecé y tiré parte de la cerveza que acababa de coger encima de Ana.

—Lo siento. Te juro que lo siento, no ha sido aposta —dije al ver la cara de Ana—, me he tropezado.

Ana cuando se enfadaba daba miedo y, aunque estábamos de cachondeo, a Ana no le gustaban las cosas que no podía controlar. Así que hizo una de las suyas y me tiró su tinto de verano encima.

—Ahh...

Todos exclamaron de asombro. Por el rabillo del ojo vi que Mónica se reía. Asquerosa. Me reí con orgullo y maldad a partes iguales.

—Jojojo.

—Has despertado a la bestia, Ana —dijo Héctor carcajeándose.

Helena pasó por todos pidiéndoles los móviles para meterlos en la casa porque se imaginaba lo que podía pasar.

Me acerqué a la manguera que estaba en una esquina, activé el grifo y giré la manguera, empezó a salir un chorrito pequeño. Miré a Ana y sonreí con malicia.

—No, Sara, ha sido de broma, tía —suplicó.

—Y lo mío también será una broma —reí mientras giraba la parte de plástico duro de la manguera a la vez que apuntaba a Ana.

El agua salió disparada empapándola de arriba abajo sin dejar ninguna parte de su cuerpo seca. Ana levantó los brazos y dio un salto hacia atrás.

—La madre que la parió —dijo riendo.

Héctor, Nacho y Rubén rieron con ganas y, con el poder que me invadía con la manguera en la mano, los enchufé a ellos también.

Las pijas se echaron hacia atrás con miedo de ser las siguientes, pero no, a ellas no las iba a mojar, eso sí que tendría consecuencias que no quería vivir. Álvaro y Peter estaban a mi derecha, callados, observando la escena. Peter me sonrió confiado de que el agua no tocaría su cuerpo. «Ay, mi Peter querido, con lo que me enciendes cuando estás mojado» y dirigí la manguera hacia él.

Fui hasta el grifo y cerré la llave del agua. Miré a Peter. Tenía el pelo empapado, se pasaba las manos por la cabeza para escurrir algo de agua. Tenía la camiseta pegada al cuerpo, me mordí el labio por dentro. Sus ojos se cruzaron con los míos. Un reflejo de maldad pasó por los suyos, su ceño fruncido no auguraba buenas noticias, pero me dio igual, lo miré con deseo.

—Tú estás loca —no lo dijo muy alto, pero el silencio que se había creado al mojarlo, permitió que todos lo escucharan.

—Por ti —le dije olvidando que todos nos miraban.

—Esto es demasiado —dijo serio—, esta sí que la vas a pagar muy cara —se pasó las manos por la camiseta y le sonreí, se dio cuenta—. ¿A qué ha venido esto?

Encogí los hombros despreocupada. Yo era la única que sonreía. Todos, serios, estaban expectantes.

Sus ojos volvieron a clavarse en los míos y entonces vi cómo me comía con ellos. Solo nosotros éramos capaces de hablarnos sin abrir la boca. Vino hacia a mí, Álvaro intentó pararlo, pero Peter le retiró el brazo. Fui retrocediendo despacito, como huyendo sin huir. Me puse seria mostrando miedo. Llegó a mí, acercó su cara a la mía y nuestras respiraciones se agitaron, mi corazón hacía rato que estaba desbocado. Se rio con maldad.

—Eso ha estado muy mal, Sara.

Volví a encogerme de hombros. Me cargó por la espalda y las piernas y me alzó. Conmigo en brazos se dirigió hacia la piscina.

—¡No! Eso no. Peter que solo ha sido un poco de agua.

—De hoy me debes varias.

—No, no, ¡no! —grité justo antes de caer al agua.

Cuando salí a la superficie lo salpiqué y rio.

—¡Fiesta del agua! —gritó Nacho saltando a la piscina tras una voltereta en el aire.

El siguiente en saltar fue Raúl tras quitarse la camiseta y el pantalón.

—¡Vaaaamos!

Vi que Álvaro ya estaba sin camiseta y se quedaba en calzoncillos. Me acerqué al borde y le pedí a Peter que se acercara.

—Cielo, aquí hay demasiados hombres, en ropa interior —aclaré—, y ninguno eres tú.

Como si de una orden se hubiera tratado se quitó la ropa y se tiró a bomba. Se acercó a mí.

—Chica mala.

—Chica traviesa.

Le mordí el labio inferior y su lengua buscó con avidez la mía. Enrollé mis piernas en su cintura y pasé mis manos por su cuello y su cabeza hasta agarrarme en su pelo mojado. Noté su erección contra mi entrepierna y gemí en su boca. Sonrió y mis labios tocaron sus dientes. Busqué su lengua de nuevo para jugar con ella con deseo. Nuestras respiraciones empezaron a agitarse. Una de sus manos se colocó en mi entrepierna por encima del pantalón y presionó. Eché la cabeza para atrás intentando coger aire. Él puso una mano en mi cuello y me obligó a mirarlo.

—Nena, no estamos solos, contrólate.

Tragué saliva muerta de vergüenza. Noté que me ardían las mejillas. Peter acercó sus dientes a la rojez y los arrastró.

—Ufff —dejé escapar.

—Podéis subir a la habitación que está a la derecha de la escalera.

Nos giramos y vimos que David nos hablaba discretamente a nuestro lado con una sonrisa de oreja a oreja. Peter y yo nos miramos y asentimos a la vez. Me solté y fuimos hacia la escalera.

—Gracias —le susurré a David.

Cuando salimos del agua Helena nos tendió una toalla. Había sacado varias. La Helena previsora y madura. Nos secamos los pies y luego el cuerpo por encima. Cogí a Peter de la mano y tiré de él por las escaleras.

—Estamos empapados, no vamos a mojarles las sábanas y el colchón.

—Pues al baño —dije con premura.

Noté que sonreía.

Entramos en el baño. Cerré la puerta y eché el pestillo. Lo empujé contra la puerta y volví a besarlo como en la piscina. Sus manos fueron a mi cintura para ir levantando mi camiseta por mi cuerpo hasta sacarla por mi cabeza. Levanté los brazos para ayudarlo. La tiró al suelo sin miramientos. Sus dedos volvieron a mi cintura para bajar despacio hasta mis caderas. Recorrieron el contorno hasta llegar al botón del pantalón. Lo desabrochó, bajó la cremallera y yo gemí de la excitación. Empujó del pantalón hacia abajo con dificultad porque estaba pegado a mi piel. Levanté un pie para salir de él y con el otro lo lancé lejos.

Me miró a los ojos y sonrió, me apartó y su mirada fue recorriendo mi cuerpo, mi vientre se encogió y sonrió. Bajó hasta donde estaba mi tanga y lo agarró con los dientes descendiendo por mis piernas. Gemí mientras lo miraba. Estaba tan caliente que podría haber entrado en combustión en ese mismo momento. Levanté una pierna para que lo sacara, después la otra. Lo lanzó con el resto de mi ropa. Me levantó una pierna y la apoyó en la tapa del váter. Con su lengua empezó a recorrer mi pierna desde el tobillo, lento, demasiado lento. Pensé que tendría un orgasmo solo de la excitación. Su boca se perdió entre mis piernas haciéndome gemir demasiado fuerte. Me miró y sonrió. Con su lengua jugueteó haciendo que mis piernas temblaran. Abrí los brazos buscando apoyo. Con una mano me sujeté en la pared, con la otra en un armarito blanco. Volví a gemir. No tardaría en correrme si seguía así. En ese instante se levantó y, ante mi asombro, me mordió el labio. ¿Me iba a dejar así?

—Esa por la de esta mañana —su lengua entró con fuerza en mi boca y gimió—. Me debes una mamada, pero estoy tan caliente que lo puedo pasar por alto, por hoy —dijo mientras se quitaba la ropa interior.

Me alzó y le rodeé la cintura con las piernas. Noté su sexo contra el mío y cogí aire mientras cerraba los ojos. Su aliento se pegaba en mi cuello alterando todos mis nervios. Me empujó contra las baldosas frías y grité de la impresión, pero no le dio importancia. Con sus dedos buscó mi entrada.

—Dios, Sara. Me vuelves loco.

Noté que introducía dos dedos y contraí las piernas de placer.

—Peter...

Sacó los dedos para introducir su sexo con fuerza.

Grité de la impresión. No acostumbraba a esa fiebre. Me miró preocupado.

—¿Bien?

—Fantástico —dije entre dientes mientras movía mi cadera.

Se curvó ligeramente hacia atrás disfrutando de mis movimientos. Sus jadeos se aceleraron.

—No pares —dijo entre dientes.

—Gírate —lo hizo de modo que su espalda quedó contra la pared—, muévete hacia la izquierda.

Apoyé mis pies en el radiador. Con la mano izquierda me agarré fuerte a su espalda y coloqué la otra mano en el armarito blanco.

—No te muevas, déjame a mí —le dije al oído.

Jadeó de la excitación.

Haciendo fuerza con las piernas empecé a entrar y salir, primero lento, muy lento. Cerré los ojos y apreté la mandíbula. Me curvó hacia atrás de placer y él colocó una de sus manos en mi

espalda mientras la otra me agarraba por la cintura ayudando mis movimientos. Aceleré el ritmo. No aguantaría mucho más tiempo.

—Mírame —dijo de pronto.

Lo miré a los ojos. Mis piernas empezaron a temblar del esfuerzo físico y del orgasmo que empezaba a recorrer mi cuerpo de una forma brutal. Peter apretó los dientes y noté como me agarraba con más fuerza. Seguí con movimientos rápidos. En pleno orgasmo sacudiendo mi cuerpo eché la cabeza para atrás.

—Mírame.

Me costó horrores enderezar la cabeza y mantener los ojos abiertos. Grité, grité alto en el momento en el que él gemía y se iba dentro de mí. Sus ojos me miraban fijamente con pasión y deseo.

Sus manos me agarraron por debajo de los muslos y volví a enroscar mis piernas temblorosas en su cintura. Colgué mis brazos en su cuello y reposé mi cabeza en su hombro mientras él se reía satisfecho en mi cuello.

—Nena, eres una diosa. Me encanta que me mires cuando te corres.

Le di un beso en el hombro.

—Estarás cansada. Vamos a la habitación y buscamos ropa de Helena y David.

—¿Cómo vamos a cogerles ropa? Y sin su permiso...

—Preciosa, si lo prefieres bajo de esta guisa y delante de todos les pido permiso.

—Ah, no, eso no. Así solo te puedo ver yo.

Lo miré a los ojos, aquellos preciosos y brillantes ojos marrones. Salimos en busca de la habitación de matrimonio. Una vez allí me dejó en el suelo. Tenía las piernas tan débiles que me tuve que apoyar en la cama. Definitivamente necesitaba volver a correr. Abrió el armario y cogió unos pantalones cortos de deporte de color negro y una camiseta roja de algodón. Después abrió el otro lado del armario y buscó pantalones y camisetas.

—Helena guarda las camisetas y los pantalones cortos en cajones.

Me miró levantando una ceja y abrió los cajones de la cómoda de la habitación. Del segundo sacó una camiseta amarilla y del tercero unos pantalones de deporte blancos y me los lanzó.

—Cogerles ropa interior es demasiado.

—Que yo vaya sin ropa interior, vale, pero que tú lleves ese pantalón finito y amplio resulta peligroso. Puede que alguien vea algo que solo me corresponde mirar a mí. ¿No crees?

Me contestó con un «cierto» y volvió a abrir el armario de David. Sacó unos bermudas azul marino.

—¿Todos los pijos tenéis los mismos pantalones?

—¿Todos los qué? —negué con la cabeza—. ¿Has dicho pijos?

Me mordí la lengua sabiendo la metedura de pata que acaba de cometer, segunda en la misma tarde. Me miraba fijamente de forma curiosa esperando a que hablara. Los segundos me parecían interminables.

—A ver... cómo te explico yo... Desde hace años, yo no te conocía —mientras me escuchaba se iba poniendo la ropa—, a los amigos de David los llamamos «los pijos» —encogí el cuello acercando la cabeza a los hombros como muestra de arrepentimiento.

—¿Y yo soy un pijo, según tú? Además de Álvaro...

—No. A ver, yo ya no te llamo pijo, eres mi novio —asintió complacido—. Pero al resto sí, Álvaro al primero —hice un mohín con la boca y se rio a carcajadas—. No me puedes negar que un poco pijos sí que sois... Mira Álvaro el pedazo de coche que tiene, los lugares a los que nos

invita a cenar, la ropa de marca que lleva. Y qué decir de ellas... que si Channel, Dior, Dolce, Carolina Herrera... —me miró sorprendido—. Solo os salváis David y tú.

—Ah ¿sí?

—David porque es mi amigo desde hace siglos y sé cómo es, lo tenemos asumido. Y tú, ya te lo he dicho, porque eres mi novio.

—Entonces yo no soy pijo...

—Sí lo eres —me miró con sorpresa, que quise entender como fingida—. Peter, eres pijo. Ropa de marca, restaurantes de categoría, móvil caro, complementos caros, caprichos de difícil adquisición, hoteles de lujo y no hablemos de «tu pequeño».

—El único capricho que yo tengo eres tú —dijo riendo.

Se acercó a mí, me tumbó en la cama pegando sus labios a los míos.

—Venga, vístete ¿o tienes pensado bajar así? —dijo mientras se levantaba.

A nadie le sorprendió que bajáramos con otra ropa. Helena ya había colgado la de Peter al sol. Recordé que había dejado la mía en el baño, pero Helena se había encargado también de eso.

La fiesta terminó a las tres de la mañana y yo llegué al ático bastante perjudicada de tanto darme a los mojitos en el último momento. Con todo el chispazo le hablé a Peter de mi visita al pueblo al día siguiente. No recuerdo que contestó.

A las doce me despertaba con besos. Me hice la remolona para recibir más.

—Preciosa, despierta. Nos tenemos que ir a tu pueblo, comemos allí.

Me pellizqué para cerciorarme de que no estaba soñando y, no, no estaba soñando.

—Por cierto, deberías pensar en traer algo de ropa a casa. He tenido que pasar por la tuya. Te he dejado un té abajo.

Me senté en la cama y vi mi ropa encima del sillón de la esquina. Me peiné el pelo con los dedos mientras repasaba lo que acababa de pasar. Peter había estado en mi casa cogiendo ropa. Se me subieron los colores de la vergüenza. Me levanté para ir cambiándome, ¿tendría tiempo de ducharme? Cuando ya estaba medio vestida me contesté que sí. Me miré y puse los ojos en blanco maldiciéndome. Pues ya no me iba a cambiar de nuevo. Madre mía, que resaca... ¿Peter había dicho que comíamos en mi pueblo? ¿Comíamos? En plural... Bajé a la cocina.

—¿Qué es eso de que comemos en mi pueblo? —dije señalándonos.

—Sí. He hablado con tu hermano —abrí los ojos, también había hablado con mi hermano. Uy que rápido iba todo—, y me ha dicho que a las dos allí como muy tarde —se acercó para besarme y cerré los ojos para disfrutar de sus labios—. Y como tú no estás para conducir ahora hasta tu pueblo, me voy contigo.

Volví a abrir los ojos, pero Peter con un beso en cada uno me obligó a cerrarlos.

Cogí la taza de té infusionado en leche en silencio. Presentación oficial a la familia, eso es lo que suponía que viniera al pueblo. Y no estaba preparada, ¿cómo iba a estar preparada? Esas cosas se piensan antes, me tenía que hacer a la idea. Pero con Peter, desde el principio, había sido todo diferente. Primer beso y primera noche juntos el mismo día, así, sin pensar. Viaje, con vuelo incluido, de tres días, así, sin pensar. Novios a la semana de darnos el primer beso, eso sí, qué semana, pero novios, así, sin pensar. Conocer a sus amigos y reencontrarme con Álvaro, así, sin pensar. Presentación oficial a mi madre de sorpresa en mi casa, sin pensar. Y ahora, así, sin pensar, presentación oficial a toda la familia de mi madre, porque estarían todos allí al ser las fiestas patronales. Solté la taza y me llevé las manos a la cabeza, me froté la cara con las manos intentando despejarme.

Peter me miraba sin decir nada. Se acercó y me abrazó recogiendo todo mi cuerpo entre sus brazos. Y allí estaba el motivo de por qué todo pasaba sin pensar y todo, hasta el momento, había salido bien. Él. Él conseguía apaciguar mis miedos y calmaba mi conciencia hasta el punto de olvidarme de ellos.

—Y ¿en qué has quedado con mi hermano?

Me dio un beso en la cabeza y abrió el frigorífico.

—En que nos veíamos allí. Dice que si llegamos antes de las dos lo avisemos y nos vemos en el bar.

Chico listo mi hermano, para que no me enfrentara yo sola ante la presentación, él y Marta nos harían de apoyo. Asentí.

Peter puso delante de mí un vaso lleno de gazpacho. Lo miré con el ceño fruncido.

—Una vez, una chica me dijo que el gazpacho ayudaba a sobrellevar una resaca. Sonreí y me lo bebí sin respirar.

Llegamos al pueblo sobre la una y media. Javi y Marta nos esperaban en el bar.

—Vaya ojeras hermanita —dijo mi hermano mientras me abrazaba.

Marta nos dio dos besos y mi hermano y Peter se saludaron con un abrazo.

—¿Preparado para la presentación oficial?

—Expectante —contestó sonriente.

—La que no está preparada soy yo —le dije a Marta bajito para que mi hermano no me oyera e hiciera alguna broma.

—Tranquila, os cubrimos —me dijo riendo bajito.

—Por cierto... vosotros —dijo señalando a Javi y a Peter—, ¿cuándo os habéis conocido? Porque yo no os he presentado...

—Por teléfono esta mañana —dijo Peter.

—Y por las redes sociales —dijo Javi sonriendo.

Me pasé la mano por la cara intentando centrarme.

—¿Me dejáis que os presente como debería haberlo hecho? No me siento cómoda con tanta... ¿casualidad?

Los tres asintieron. Cogí aire.

—Peter, este es mi hermano Javi y su novia Marta. Él es Peter, mi novio.

Ellos se saludaron como si fuera la primera vez que se veían, y en realidad lo era.

—Encantado —dijo Peter.

—Bienvenido a la familia, cuñado —dijo mi hermano.

Marta reía contagiada por la situación.

—¿Estás conforme o tengo que echar la charla típica de «como le hagas daño a mi hermana lo pagarás caro, bla, bla, bla»?

—Está bien así.

Peter me agarró por la cintura y acercó sus labios a mi frente.

Fuimos a casa. Entramos por la puerta de atrás que estaba abierta. En el escalón de la puerta estaba sentado mi tío y a su lado su perro, un bulldog francés que no paraba de roncar. Mi hermano se entretuvo hablando con él mientras Marta entraba a avisar a mi madre de que habíamos llegado y de que yo no llegaba sola.

Mi madre no tardó ni un minuto en salir y con una cara de felicidad inmensa saludó primero a Peter con dos besos, después me dio a mí otros dos y presentó a Peter.

—Mira, este es Peter, el novio de Sara.

Mi tío saludó con cordialidad y mi madre nos pidió que entráramos. En el patio estaban sentados mi abuelo en su silla blanca de siempre, dos de mis tías y mi prima Claudia. Al parecer mis primos, los adolescentes, estaban en la peña con sus amigos. Mi madre, presumiendo, presentó a Peter mientras yo le daba dos besos a mi abuelo.

—¿Qué tal abuelo?

—Bien, hija, bien. Muy contento de teneros aquí a todos. ¿Te quedas toda la semana, hija?

—No puedo abuelo, mañana trabajo ya.

Peter se acercó a mí y me cogió la mano.

—Abuelo, este es Peter. Peter, mi abuelo Marcos.

Soltó mi mano, se acercó y le apretó la mano.

—Aprietas la mano en su justa medida, eso es buena señal —me miró—. La forma de apretar la mano de un hombre dice mucho de él —y sonrió.

Y yo sonreí con él y le di un abrazo. Peter me volvió a coger la mano.

—Sara, ayúdame a preparar la comida —ordenó mi madre.

Miré a Peter y le hice una mueca.

—Me quedo con tu abuelo, que me ha caído bien.

Me guiñó un ojo y me soltó la mano.

Entré en la cocina que estaba llena de fuentes y cacerolas.

—Mamá, haces comida para un regimiento... ¿por qué no vienen las tías a ayudarte?

—Porque te he dicho que vengas tú. Estoy muy contenta de que hayas decidido traer a Peter, estoy encantada, pero me podías haber avisado y había preparado otra comida, me había puesto otra ropa. Vamos, más presentable.

Puse los ojos en blanco y cogí aire tres veces.

—No hace falta que te pongas otra ropa, eso a él le da igual. Y en cuanto a la comida —me asomé a las cacerolas que había en el fuego, macarrones y albóndigas en salsa—, es perfecta. Es comida normal.

—¿Qué cara ha puesto tu prima al ver a Peter! ¿Y has visto la cara de tu tía?

—No, no la he visto y me da igual. Peter ha venido de casualidad, de haber sido de otra forma no habría venido.

—¿Y cómo es que ha venido, entonces?

—Ayer estuvimos en la barbacoa que preparaban Helena y David y, bueno, se nos hizo tarde. Habíamos llegado allí con su coche y ya me quedé a dormir en su casa —mi madre se giró y me miró sonriente pidiendo información—. Y esta mañana yo no estaba en condiciones de conducir.

—Ya eres mayorcita para saber beber.

Cogí aire y lo solté con desgana. Abrí el cajón de los cubiertos, saqué el pelador y me puse manos a la obra con las patatas.

—¿Cuántas?

—Por lo menos diez, pero grandecitas, que tus primos comen por ocho.

Durante la comida mi madre se dedicó a preguntarme por el viaje a Francia y a Peter por su trabajo y su vida. Yo le apretaba la mano bajo la mesa cada vez que una pregunta me parecía innecesaria, pero él, con su saber hacer, las capeaba con maestría.

Tras la comida nos subimos al piso de arriba para echarnos la siesta. Me recosté en la cama pequeña y le pedí a Peter que se tumbara a mi lado. Me abrazó por detrás quedando su espalda contra la pared. Me giré para tenerlo de frente. Lo miré a los ojos que le brillaban. Noté que sonreía. Me besó la nariz y los ojos. Cerré los párpados y me quedé dormida en su regazo.



No había nada parecido a la felicidad que sentía cuando despertaba a su lado, fuera la hora que fuera. Me sentía segura, como si una burbuja impenetrable me mantuviera a salvo del mundo exterior y de mí misma. No era capaz de escuchar mi mente llena de dudas y contrariedades, planteándose situaciones inverosímiles y presuponiendo historias improbables. Con él me sentía fuera de todos esos peligros mentales en los que yo sola me metía. Respiraba paz, tranquilidad y mi corazón latía acompasado con mi respiración, con su respiración. Se alteraba cuando se acercaba, cuando me besaba, cuando encendía el fuego que nos consumía.

—Estamos tomando la mala costumbre de dormir a deshoras —dijo envolviéndome en sus brazos y besándome el pelo.

—Venga, pareces mi madre —me acurruqué en sus brazos y perdí mi cara en su pecho respirando su aroma—. ¿Qué problema hay en descansar después de hacer tanto ejercicio? —reí pícaro.

Hacía rato que había empezado a anochecer, sí, dormíamos a deshoras, pero no me importaba mantenerme toda la noche en vela al lado de mi chico. Sonó una alarma en el móvil de Peter.

—¡Ostras! ¡Se me había olvidado! —se levantó de un salto y se empezó a vestir—. Hemos quedado en Madrid para cenar y salir con estos —me miró fijamente— en una hora. Vamos, que no llegamos.

—¿Cómo que hemos quedado? No me habías dicho nada...

—Bueno, me has despistado un poco con tus besos —se acercó y me besó lentamente—. Vamos.

—Yo... No voy a ir, Peter —dije mientras me iba poniendo la ropa.

—¿Por qué no? —preguntó extrañado—. Cuentan con que vayamos los dos.

—Lo siento, pero no me he preparado. Ya sabes que no me siento cómoda en esos lugares a los que vais y me tengo que preparar mentalmente. Lo siento pero no voy, díles que estoy mala, del estómago, eso siempre es una buena excusa.

—Cielo, no pasa nada. Ya nos conoces a todos y estoy seguro de que entre David, Álvaro y yo te podemos hacer la noche más fácil —vino y me rodeó con sus brazos mientras olía mi pelo.

—No, no me he mentalizado, además estará Mónica y no me apetece ahora mismo verle la cara.

—Vale, pues aquí te quedas. Seguro que encuentras algo para cenar en la cocina, o pide algo si te parece mejor.

—¿Cómo que me quedo aquí? ¿Es que no me llevas a casa? —dije extrañada.

—No. Te dije que iba a despertarme todos los días de este fin de semana contigo y si no te quedas aquí no podré cumplir con mi promesa. No voy a ir a tu casa cuando vuelva y despertarte a las cuatro o cinco de la mañana.

Se metió en el baño y oí que se echaba su fragancia, mi fragancia favorita.

—Pero esta es tu casa, no me puedo quedar aquí sola —dije incrédula.

—¿Y quién mejor que tú para quedarse en mi casa? —empezó a bajar las escaleras deprisa.

—Llévame a casa antes de irte a Madrid —le supliqué.

—No, no me da tiempo. Si quieres irte a casa vete tú andando.

—¡Pero esto es un secuestro! —él rio con ganas—. No me gusta esta actitud tuya tan autoritaria —le seguí escaleras abajo.

—¿Autoritaria? —dijo interesante—. Preciosa, eres libre de irte a casa, simplemente no te puedo llevar porque no llego a Madrid, puntualidad británica, ¿recuerdas? Aunque prefiero que te quedes para poder despertarme a tu lado —me colocó el pelo tras la oreja mientras me derretía con la mirada. Ya está, ya había caído en su trampa—. Eres libre de ir y venir cuando quieras, ¿quieres unas llaves? —preguntó sonriendo mientras se ponía la chaqueta.

—¿Qué? ¡No! Ni en broma —dije llena de pánico.

Eso sería demasiado, demasiado serio y demasiado peligroso. Él se rio.

—No cierro con llave, entonces.

—No. ¿Y si viene un ladrón? Entraría con facilidad y yo voy a estar asustada hasta que llegues.

—Vale, pues cierro con llave.

—No. ¿Y si hay un incendio o algo y tengo que salir y no puedo?

Se volvió con paciencia y una sonrisa en la cara mientras cogía las llaves del coche.

—Hay un juego de llaves en el cajón —señaló el mueble de la entrada.

—No bebas... si tienes pensado volver... —dije rendida, puesto que no había forma de convencerle de que se quedara—. Y te vas así, ¿sin duchar? —era mi último recurso.

—No voy a beber. Ya te he dicho que quiero despertar a tu lado —se acercó y me rodeó con sus brazos—. ¿Huelo mal? —dijo mientras acercaba su cuello a mi cara.

—Mmmm, no, aunque hueles a sexo —dije mientras le daba un mordisquito.

—Genial, así iré marcando territorio, irás marcando territorio —me besó—. Tampoco llegaré tarde, haré acto de presencia, cenaré, los acompañaré a tomar algo y vendré pronto. Pero no me esperes despierta —me besó y mis sentidos se volvieron a rendir a él—. Te voy a echar de menos, te quiero.

—No corras, no pasa nada porque un día llegues tarde —dije preocupada.

Había quedado en poco más de media hora.

—No voy a correr. Te quiero.

Me lancé a él y lo besé como última oportunidad para retenerlo, pero no funcionó.

—Adiós, preciosa, ¿te he dicho que te quiero?

—Tres veces en menos de diez segundos.

—Es para que no se te olvide.

Abrió la puerta, me lanzó un beso y se fue. Oí dos vueltas de cerradura.

Allí estaba, encerrada con llave en el piso de mi novio, sola, en silencio. ¿Secuestrada? Y encantada. Me paseé por el salón, tan ordenado y limpio como siempre. Fui hacia la enorme librería que ocupaba toda una pared del salón, repleta de libros. Empecé por la derecha buscando algún libro que empezar a leer. Había una balda con libros de Pérez-Reverte, otra con libros de Manfredi entre los que se encontraba *Alexandros*<sup>5</sup>, me encantó ese libro cuando lo leí hacía casi diez años; en otra balda estaban los libros de la saga de *Harry Potter*<sup>6</sup>, los siete originales y unos cuantos más, al parecer de la saga también. Había varias baldas dedicadas a literatura inglesa en inglés; otra más a literatura universal entre los que estaba *Madame Bovary*<sup>7</sup>; varios estantes

pertenecían a la literatura clásica española con obras desde *Celestina*<sup>8</sup>, *Lazarillo*<sup>9</sup> o *El Quijote*<sup>10</sup> hasta *Los Santos Inocentes*<sup>11</sup>, *La familia Pascual Duarte*<sup>12</sup> o el *Romancero gitano*<sup>13</sup>. Tenía una biblioteca muy completa. En el otro extremo de la estantería había una balda ocupada por diccionarios de inglés-español y viceversa, de francés, alemán, japonés y español. Otras tantas, bastantes, las ocupaban libros de fotografía y álbumes de fotos. No cogí ninguno, me parecía un ataque a su intimidad, prefería esperar a que él me los enseñara. Decidí coger un libro para leer un rato. Era difícil elegir entre tantos, además solo iba a leer durante un rato. Al final me decanté por *Cuentos de intriga y terror*<sup>14</sup> de Edgar Allan Poe. Me volví al sofá blanco, me quité las zapatillas y me senté con las piernas cruzadas. Busqué el cuento de *El corazón delator* que había leído tropecientos mil veces y así no pasaría mal rato hasta que llegara Peter.

Mi móvil vibró con un mensaje suyo: «Ya he llegado, preciosa. Ya te echo de menos». Le contesté: «¿Ya? Has ido demasiado rápido. Yo también te echo de menos». «Lo justo, no había circulación», «Álvaro no se ha tragado lo de que estás mala, el resto sí», me contestó.

Sonó el móvil, era Álvaro.

—¿Sí?

—Con que mala, del estómago... Qué poco original. Esta te la guardo —rio—. ¿Dónde andas? ¿Tenías un plan mejor?

—Estoy en casa, no tenía ningún plan —no quería decirle más porque confirmaría mi mentira.

—Ya, claro. No me lo creo.

—En serio, estoy en casa, ¿oyes algo? No, porque estoy en casa.

—Vale, vale. Pues descansa entonces. Ten cuidado con las escaleras —se carcajeó.

Vaya, sabía que no estaba en mi casa, seguro que se lo había dicho Peter.

—Descuida, miraré bien a cada paso que dé.

—Total, que no estás tan mala si te quedas en casa del novio, con lo que tú eres... —volvió a reír—. Se te echará de menos, unos más y otras menos. Sé buena.

—Ok. Disfrutad. Ciao —colgué.

Imaginé que hablaba de Mónica cuando dijo que otras no me echarían de menos. Debía de estar exultante al no haberme visto y tener a Peter cerca para comerle la cabeza. «Mierda, tenía que haber ido». Respiré hondo, confiaba en Peter y en su personalidad, no le daría importancia a lo que le dijera Mónica, sus palabras recorrerían su cerebro de un extremo a otro sin hacer siquiera eco.

Leí un par de cuentos más y puse la televisión. Estuve zapeando un rato buscando alguna película interesante para ver. No hubo suerte. Finalmente lo dejé en un canal que emitía la primera película de la saga *Crepúsculo*<sup>15</sup>. Ya estaba muy vista, pero era la mejor opción. En ella se cuenta la historia de una chica que se enamora de un vampiro, sí muy fantasiosa, pero la parte romántica, que siempre había considerado imposible en la realidad, una ficción típica de novelas, series o películas, ahora se me antojaba real, muy real. Yo sentía ese amor por Peter, esa cadena que nos unía. Lo necesitaba como a una droga. Peter era mi necesidad, mi respirar, la razón de mi existir, como decía la protagonista del libro. La película no reflejaba de forma fiable la narración de los sentimientos que nacían y crecían entre ellos que se hacía en los libros, pero me puse a verla con el estómago lleno de mariposas y el corazón encogido.

Al rato estaba deseando ver a Peter y lanzarme a él como si se fuera a acabar el mundo. Necesitaba el roce de sus labios con los míos, pero me tuve que conformar con rellenar las imágenes de la película con los sentimientos narrados en el libro y sentir lo que la protagonista describía como si fueran míos. Escribí a Peter: «Echo de menos tus labios», muy cursi, pero real.

Con él había perdido parte de la vergüenza que sentía al expresar mis sentimientos, eran tan reales, tan potentes, tan compartidos, que no me importaba verbalizarlos, aunque mantenía unas limitaciones, por si algún día lo fastidiaba todo. No tardó en contestar: «Acabas de rebajar el tiempo de tu secuestro, serás liberada antes de lo que pensabas», acompañó el mensaje con un icono sonriente. «Cuando llegue voy a mantener una seria conversación con los tuyos», volvió a escribir. Una sonrisa apareció en mi cara, una sonrisa tonta, inocente, adolescente. Las mariposas subieron y bajaron por todo mi cuerpo. Me tumbé en el sofá, cerré los ojos mientras veía la película para recordar todos los momentos que había vivido con Peter. No tenía nada que envidiar del vampiro de la película.

Me desperté horas después tiritando de frío. Me había quedado dormida y no me había echado la manta por encima. Me rugió el estómago y me acordé de que no había cenado. Qué desastre. En la televisión emitían ya una serie repetida a diario. La apagué y me fui a la cocina. Me preparé un tazón de leche muy caliente y unas tostadas. Coloqué las manos alrededor de la taza para calentarlas. Bebí y noté que me quemaba la boca, la garganta y esófago. Al llegar al estómago me dio un escalofrío por el contraste de mi cuerpo frío y el líquido caliente. Volví a repetirlo hasta que noté que empezaba a caldearme. Tras acabarme la leche mi cuerpo parecía algo más templado. Terminé mi tentempié improvisado y me metí en la cama aún algo destemplada. Busqué unos calcetines limpios en la mochila, pero no los encontré. Abrí el cajón de Peter y cogí un par de calcetines suyos. Me hice un cuatro bajo el nórdico y me moví con pequeños espasmos para entrar en calor. Toda la cama olía él, a mí, a nosotros. Cerré los ojos aspirando nuestro aroma y me dormí.

Noté su calor envolviéndome y un «buenas noches, preciosa» al oído, pero estaba tan dormida que no sabía distinguir si estaba en un dulce sueño o en una maravillosa realidad. Me dejé cubrir por el calor y reviví ese sueño repetidamente.

—Sara, cielo —oí que me susurraba—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Mmmm

—Cielo, estás tiritando.

—Mmmm. Abrázame...

—Voy a por el termómetro.

Sentí cómo se levantaba de la cama y entonces noté la tiritera.

Estaba temblando de arriba abajo y no podía controlarlo. Me castañeaban los dientes de forma violenta. Conseguí mover una mano y ponérmela en la frente, pero no estaba especialmente caliente. Intenté estarme quieta, respiré hondo dos veces e intenté parar el temblor pero fue inútil, mi cuerpo funcionaba por sí mismo sin hacer caso de las órdenes que le mandaba.

—Ya estoy. Levanta el brazo.

Me levantó él el brazo porque yo no podía, estaba agarrotada por el tembleque. Me puso el termómetro y colocó el brazo de forma que mi mano tocaba el otro hombro. En ese momento me di cuenta de que la persiana estaba bajada y la lamparilla del lado de Peter encendida. Se acercó y me besó en la cabeza.

—No... puedo... dejar... de... temblar... —dije mientras chocaban mis dientes—. ¿Qué... hora... es...?

—Son las diez. No te preocupes preciosa, será fiebre.

En ese momento pitó el termómetro y él lo sacó con sumo cuidado.

—37,2. Te está subiendo la fiebre.

—Lo... paso... muy... mal... con... la... subida...

—Shhh, no hables. Voy a por un paracetamol. No te tapes tanto que no es bueno para la fiebre.

Al poco subió con un paracetamol y un vaso de agua. Me levanté con su ayuda como pude y me lo tomé. Ya temblaba menos y notaba el ardor en la frente. Me reí.

—¿De qué te ríes? —preguntó curioso.

—Al final era verdad que estaba mala —reí y él rio conmigo.

—Eres testaruda hasta para eso, si dices que estás mala eres capaz de ponerte mala —le di un manotazo que no esquivó, se acercó y me besó en la frente—. Estás ardiendo. Al menos ya no tiembles.

—¿A qué hora llegaste?

—Sobre las cuatro.

—Entonces no has dormido nada. Échate un rato y duerme, total yo ahora no me puedo poner a bailar —reí.

—Tienes una sonrisa preciosa aun estando enferma. Me encanta levantarme a tu lado.

Me tumbé y me arropé. Él me desarropó y yo me hice un ovillo. Me abrazó por la espalda, me concentré en su respiración y volví a dormirme.

Me levanté a las horas. Peter había subido un poco la persiana y entraba bastante luz. Busqué el móvil y miré la hora. Las dos y media. Había dormido una barbaridad. Me notaba descansada. Bajé las escaleras y oí a Peter trastear en la cocina.

—Buenas tardes —le dije sonriendo.

Dejó de remover lo que tuviera en la cacerola y vino a mí sonriendo.

—¿Cómo está mi enfermita favorita?

Me rodeó con los brazos y me besó en la boca.

—¡Que te lo voy a pegar! —lo retiré con un pequeño empujón—. Mejor, tengo al mejor enfermero al lado. Creo que ya no tengo fiebre.

—No te fies de mí como enfermero porque no sé ni tomar la tensión —dijo riendo—. ¿Estás mala y te bajas descalza?

—No voy descalza, llevo tus calcetines —hice una pausa—. Este fin de semana estás diciendo cosas muy parecidas a las que dice mi madre. ¡Sal de ahí, mamá! Libera a mi novio, deja de estar en todos lados —carcajeé.

—¿En serio? Voy a tener que empezar a preocuparme.

Se giró y removi6 lo que había en la cazuela. Me llegó un olor a carne, tomate y especias.

—Mmmm, que bien huele.

—A lo mejor esto también lo hace tu madre —me guiñó un ojo—. Pasta a la boloñesa.

—¿Y tú desde cuándo sabes cocinar? ¿La boloñesa es hecha o comprada? —intenté picarle.

—Hecha. Hace años que existe internet, te lo digo por si llevas mucho tiempo dormida y no sabes que ya estamos en el año tres mil. Ya hay tutoriales hasta de cómo enroscar una tuerca en un tornillo. Estamos de avanzados en este milenio... Ahora, cuando te asomes a la ventana, es posible que veas coches volando, por fin lo hemos conseguido. Tendrás que tomarte un lorazepam cada vez que quieras salir de casa, ya no está de moda lo de andar o correr —hizo una pausa y me reí. Le dejé seguir, me parecía divertida su fantasía—. Nosotros nos congelamos después de tu última fiebre, superabas los 42 grados y tenías una enfermedad incurable. Invertí todo mi dinero para congelarnos a los dos y que nos despertaran en el año en el que consiguieran una cura para ti.

—Vaya, eso es sacrificarse mucho. Podías haberme dejado morir.

—Ni loco. Mi vida ya no tendría sentido sin ti —me miró con ternura—. Total, que hace unos

meses nos despertaron, pero tú has seguido con fiebres mientras te administraban los fármacos, con inyecciones —especificó—. Hoy es el primer día del resto de tu vida, de nuestras vidas —se acercó a mi rodeando la isla central y me besó.

No podía negar que eso formaba parte de una vida muy diferente a la que tenía. Se retiró pero no le dejé, puse mis manos en su cabeza y le sujeté con fuerza, le mordí el labio inferior y volví a besarlo.

—Se nos va a quemar la comida si me pongo a hacerte el amor aquí y ahora —dijo con sus labios entre los míos—. Además, me lo vas a pegar.

Le solté y nos reímos.

—Cierto, y yo no tengo tanto dinero para poder congelarnos durante otro milenio, morirías y yo después, porque no podría vivir sin ti... en este milenio —me reí y me senté en un taburete—. Por cierto, no hemos avanzado tanto, pensé que para esta época ya nos habrían implantado algo en el cerebro, un chip o un hueco donde meter tarjetas con información. O un sistema *bluetooth* y que te llegaran las recetas al cerebro directamente. Eso sí, ¿no habían inventado ya los robots que cocinaban?

Los dos nos reímos. Me quedé mirando cómo preparaba la comida. Me levanté a por dos platos para ponerlos en la isla de la cocina.

—No, no. Tú sentadita a descansar. Estás mala, así que no vas a mover ni un dedo.

—¡A sus órdenes! Tú eres el secuestrador.

Echó los espaguetis en la salsa y removió suavemente. Tenía maña, aunque no mucha soltura. Cogió el cucharón para servirlos, sacó dos platos y los llenó. Sacó dos vasos, uno lo llenó de agua y otro de vino. Colocó dos salvamanteles y los platos encima, las copas en un lateral y sacó los cubiertos. El tenedor lo puso en el lado izquierdo del plato y el cuchillo a la derecha.

—¿Cuchillos? ¿Vas a cortar los espaguetis como cuando éramos pequeños?

—No, es para que quede más bonito —se rio pero lo dijo en serio.

En ocasiones se me olvidaba el mundo del que venía, del estatus, posición social, dinero y pijerías varias, y en momentos así me lo recordaba y me daba cuenta de que aún estaba fuera de ese mundo lejano e inaccesible para mí, al que nunca podría acostumbrarme, al que nunca podría pertenecer y en el que nunca estaría cómoda. Y me asustaba pensar en qué pasaría el día que tuviera que entrar de lleno en él, no quería pensar en el futuro, pero no tenía ninguna intención de separarme de mi hombre y, como la corriente sigue su curso, debería conocer a sus padres algún día, lo que me aterraba sobre manera.

—¿Qué piensas?

—Nada.

—Sara... que hablas con los ojos...

—En que tengo una suerte tremenda de tenerte en mi vida y sigo sin explicarme por qué —dije sin mirarlo mientras enrollaba los espaguetis en el tenedor—. Esto está delicioso.

—Gracias —me guiñó un ojo—. El que tiene suerte soy yo. A ti es fácil quererte, amarte, adorarte y desearte. Pero ¿qué es lo que te llamó la atención de mí para que acabaras conmigo y me volvieras loco?

—Sin duda tus artes culinarias —reí.

Esperaba una declaración, pero no la iba a tener, eso era mucho pedir.

—Por cierto, quedan dos semanas para mi cumpleaños. ¿Estás preparada?

—¿Yo? ¿Preparada para qué? Si el que cumple años eres tú.

—Nos vamos de viaje —hizo una pausa, bebió de la copa de vino—, largo.

—¿Largo? ¿De viaje? ¿Cómo de largo? ¿Por qué de viaje? ¿En avión? —dije alarmada.

Era su cumpleaños, era él el que debería esperar sorpresas, no regalarme cosas a mí, y menos viajes. Nunca podría acostumbrarme a eso.

—De viaje porque te invito por mi cumpleaños. Lo suficientemente largo para coger un avión. Un vuelo que durará entre ocho y nueve horas —me miraba expectante.

—¿Ocho horas? —dije levantando la voz. Solté el tenedor y me agarré la cabeza con las manos —. Tú me quieres matar. Primero me metes en un avión a Roma, así, sin avisar y sin llevar juntos más de una semana. Después me presentas a tus amigos y, oh, sorpresa, mi ex. Y qué decir de tu intensa amiga, que consume a cualquiera. Luego me secuestras en tu casa bajo llave. Y ahora, ¡me metes en un avión durante ocho horas! Tú lo que quieres es matarme de un disgusto, de un susto, de nervios o de un ataque al corazón —lo dije levantada moviendo los brazos de forma exagerada e hiperventilando.

¿Ocho horas en un avión?

Peter no dijo nada, siguió comiendo sin quitarme ojo. Pude adivinar una sonrisa escondida, lo que me hizo sosegarme. Respiré hondo y volví a sentarme. Bebí agua y seguí comiendo. Ninguno dijo nada.

—Por eso me pediste que me cogiera vacaciones del 27 de noviembre al 10 de diciembre... — dije pensando en voz alta.

—Y cuando te lo pedí no te negaste, ni preguntaste ni supusiste nada.

Puse los ojos en blanco al reconocer mi poca picardía.

—Ocho horas de viaje tiene varias posibilidades: Emiratos Árabes, Finlandia, algunos países de África y Estados Unidos. ¿Me he acercado?

—Te has acercado, pero has dicho sitios tan dispares...

—Vale, pero esta vez podré hacer yo la maleta, ¿no? —asintió—. Entonces tendré que saber si hace calor o frío, porque hay una diferencia considerable entre el calor de Emiratos Árabes y el frío de Finlandia, por ejemplo —dije vencedora.

—Frío. Y no te pienso decir más. ¿Tienes el pasaporte al día o hay que renovarlo?

—Al día. Caduca en dos años.

—Pues que no se te olvide por si acaso —dijo sonriendo.

—No me gusta esto... —levanté los brazos indignada— que tú haces. Me abochorna demasiado. Compras billetes de avión carísimos, pagas habitaciones de hotel a unos precios estratosféricos y al alcance de muy pocos, no escatimas en gastos y eso me pone muy nerviosa — agudicé la voz—. No quiero que te gastes ese dinero en mí, no lo necesito. Aquí —señalé las cuatro paredes de la cocina— soy feliz. No necesito que me lleves lejos ni a sitios caros. Con estar contigo me basta, el escenario me da igual.

—Pero quiero yo y puedo hacerlo, y lo hago.

Su sonrisa me traspasaba y por eso no era capaz de cabrearme con él. Y lo peor era que él lo sabía, me rendía a esa sonrisa y a esos ojos brillantes que me miraban seguros.

Suspiré. No había nada que pudiera hacer.

—¿Me das otro paracetamol?

—Sí, lo tenía preparado —se levantó y se acercó a la encimera, cogió el blíster y sacó uno que me dio enseguida—. ¿Sesión de pelis, sofá y manta?

Asentí. Le ayudé a recoger los platos. Me fui al sofá mientras él terminaba de recoger la cocina. Coloqué en la estantería el libro que había dejado encima del sofá la noche anterior. Cogí una manta y me recosté. Al poco llegó y se acurrucó a mi lado. Acercó su cara a la mía y me acarició

con la nariz. Su olor me invadió y se me desbocó el corazón. Me besó los labios lentamente saboreando cada roce entre nosotros.

—Tengo una conversación pendiente con tus labios desde anoche.

—Pues habla —dije con los ojos cerrados y los labios dispuestos.

Me besó lento, noté su olor, su aliento, su sabor. Mi mente se despejó y las mariposas subieron y bajaron por todo el cuerpo. El fuego se encendía arrasando con todo a su paso.

—Anoche te eché de menos —puso su mano en mi cara y yo me perdí en sus dedos—. Mónica estaba insoportable —¿me iba a hablar de Mónica?—. Me hubiera encantado taparla la boca comiéndome la tuya.

—Bien reconducido —reí.

---

<sup>5</sup> Manfredi, A. V. (2005): *Alexandros I*. El hijo del sueño. Barcelona. España. Debolsillo

<sup>6</sup> Rowling, J. K. (1997): *Harry Potter*. Reino Unido. Bloomsbury Publishing.

<sup>7</sup> Flaubert, G. 1821-1880. (2007): *Madame Bovary*. Madrid. España. Akal.

<sup>8</sup> Rojas, F. de 1455-1541. (2006): *La Celestina*. Madrid. España. Grupo Anaya, colección Cátedra.

<sup>9</sup> Anónimo 1554. (2006): *El Lazarillo de Tormes*. Madrid. España. Grupo Anaya, colección Cátedra.

<sup>10</sup> Cervantes, M. de 1547-1616. (2004): *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Barcelona. España. S. L. U. Espasa Libros.

<sup>11</sup> Delibes, M (1981): *Los Santos Inocentes*. Barcelona. España. Editorial Planeta.

<sup>12</sup> Cela, C. J. (1942): *La familia Pascual Duarte*. Burgos. España. Aldecoa.

<sup>13</sup> García Lorca, F. 1928. (2000): *Romancero gitano*. España. Barcelona. S. L. U. Espasa Libros.

<sup>14</sup> Poe, E. A. (1999): *El corazón delator*. Cuentos de intriga y terror. Madrid. España. Mestas Ediciones.

<sup>15</sup> Mooradian, G., Morgan, M., Godfrey, W. y Hardwicke, C. (2008): *Crepúsculo*. Estados Unidos: Temple Hill Entertainment, Maverick Films, Imprint Entertainment.



La semana pasó como las anteriores, aunque ya empezaba a sentir la angustia del largo vuelo que tomaríamos en unos días. Intenté mantenerme ocupada el tiempo que no estaba trabajando para no pensar demasiado en eso. Ese viernes quedé con Héctor y el resto para salir por Guadalajara, Peter se quedó en Madrid en casa de Álvaro. Aún no habían alquilado la habitación y se aprovechaba de ello.

Esa noche se nos hizo más larga de lo que habíamos pensado en un primer momento. Llegamos a casa a las siete de la mañana después de habernos dado un atracón a churros. Al principio salimos a un bar y nos tomamos unas cervezas, allí se nos fueron uniendo conocidos que llevábamos tiempo sin ver. A las tres ya estábamos bailando como adolescentes en la discoteca más abarrotada que podía haber en la ciudad. De allí nos echaron, nos encendieron las luces y tuvimos que buscarnos otra que nos acogiera. Acabamos donde todos, en la única que quedaba abierta hasta las seis.

—¿Te acuerdas de cuando veníamos y llamábamos a esto la escombrera? ¿Te acuerdas de que nos reíamos de los mayores? —le chillé a Héctor al oído para que me pudiera oír.

—Ahora los mayores somos nosotros y somos escombros —dijo mientras alzaba la copa al ritmo de la música—. Hacía tiempo que no durábamos tanto. Mañana vamos a estar para el arrastre.

—Pues ya me puedo recomponer porque mañana tengo el cumpleaños de Peter en Madrid —resoplé sabiendo lo que me esperaba al día siguiente.

De allí también nos echaron y mientras algunos gritaban y cantaban a pleno pulmón por las calles de la ciudad otros buscábamos algo para calentarnos. Ana propuso ir a una chocolatería y la idea gustó. No tenía precio la cara del camarero cuando vio entrar a quince personas hambrientas y borrachas. Su expresión era una mezcla entre «voy a hacer el agosto» y «me van a liar alguna». Tras el chocolate nos empezó a entrar el sopor a la mayoría y algunos fuimos llamando a los taxis para irnos a casa, otros, con su borrachera, cogieron el coche. No hubo forma de hacerlos entrar en razón por mucho que Ana, David y Helena insistieron, así que nos fuimos antes que ellos para evitar problemas. Como nadie vivía por mi zona me fui sola en el taxi. Me cobró 14 €. Un robo en una ciudad tan pequeña. Cuando ya estaba en la cama escribí a Peter: «Sana y salva», y un icono con un beso. Puse el móvil en modo avión y me dormí.

Desperté cuatro horas después. Eso significaba que por la tarde iba a estar demasiado cansada como para superar la cena y la posterior fiesta de Peter. Eso sin contar con aguantar a Mónica que me iba a pillar en horas bajas. Encendí el móvil. Llegó un mensaje de Peter: «Veo que lo has pasado bien», «Paso a buscarte esta tarde, ¿a las cinco?». Notaba miles de martillos golpeándome el cerebro. Me levanté a por un ibuprofeno, no comí nada antes, no creía que mi estómago lo

pudiera tolerar. Me fui al sofá y le contesté: «¿A las cinco? Es muy pronto, me voy a echar la siesta». Pensé y volví a escribirle: «¿Vas a venir a posta a buscarme? No te preocupes, ya voy yo en tren o en bus». El teléfono empezó a sonar y mi cabeza lo lamentó.

—¿Sí?

—¿Ya estás despierta? Pero si no has dormido nada —dijo Peter preocupado.

—Bueno, ya sabes, cuando bebo duermo poco. Pero eso no es lo peor, me va a explotar el cerebro en cualquier momento —oí cómo se reía.

—Mucho garrafón, preciosa —hizo una pausa—. Claro que paso a buscarte, ¿te piensas que voy a aparecer en mi cumpleaños sin mi chica?

—No, vas a aparecer conmigo, pero no hace falta que te hagas dos viajes de forma innecesaria.

—Lo dudo, tú siempre llegas tarde y, además, me tengo que cambiar, estoy con la ropa de ayer.

—Ay, sí, claro, perdón, que te tienes que poner algo que esté acorde con el restaurante al que vamos —dije poniendo los ojos en blanco.

En esa ocasión iríamos a otro de los restaurantes más caros de Madrid con menú degustación y modales aristocráticos. Llevaba toda la semana imaginando situaciones de todo tipo para encontrar una actitud digna para cada caso. Incluso había estado ensayando la cara de sonrisa permanente impávida que ponerle a Mónica.

—Efectivamente. ¿Paso más tarde entonces? ¿A las seis y media?

—Vale, pero subes, no estaré lista para esa hora, ni siquiera te puedo asegurar que pueda tenerme en pie o esté entera, lo mismo mi cerebro ya ha pasado a mejor vida.

—No seas exagerada. Tómate un ibuprofeno y vuelve a la cama. Luego te veo, preciosa. Te echo de menos.

—Y yo a ti. Un beso —colgué.

Me tumbé en el sofá y puse la tele con el volumen muy bajo. Pero no conseguí dormirme.

Hice pasta para comer y me volví a tumbar en el sofá.

Me desperté con el sonido del telefonillo. ¡Mierda! Peter. Abrí la puerta y me fui corriendo al baño para recogerme una coleta algo decente. Me miré al espejo, aquello iba a ser difícil de arreglar. Las ojeras habían colonizado todo lo que estaba a su alcance, los ojos seguían llenos de rímel, no recordaba haberme desmaquillado, y tenía la cara más blanca que el yeso.

—¿Cómo está mi bella durmiente? —me sobresaltó Peter al cerrar la puerta.

—Como la novia cadáver...

Me acerqué y lo besé.

—¿Pero todavía estás así? Parece que no hubieras salido de la hibernación —dijo riendo.

—Estaba dormida en el sofá. No sé ni qué hora es.

—Casi las siete. He venido más tarde sabiendo que no estarías lista. Vamos, que no tenemos mucho tiempo.

Llevaba un traje chaqueta en color negro y una camisa blanca sin corbata con el primer botón desabrochado. El traje le quedaba ceñido, parecía un modelo. Me mordí el labio de abajo por no lanzarme a él sin censura. Arqueó las cejas pícaro sabiendo lo que me ponía con camisa.

—Vale, vale. Ya voy.

Encorvé la espalda mostrando cansancio y fui a la habitación a cambiarme. Elegí el vestido rojo ajustado, unas medias transparentes, una americana negra, el abrigo rojo, los zapatos de tacón negro con la suela roja y un bolso negro pequeño con cadena. Después me maquillé encima de lo que tenía, me puse colorete para dar algo de color a aquella pálida cara y me pinté los labios de

rojo. Metí el pintalabios en el bolso. Me eché perfume. Saqué la plancha del pelo y la pasé por las zonas en las que se había quedado la marca de la goma. Miré el resultado final y no era nada decepcionante. Había conseguido arreglarlo.

—¡Guau! —dijo excitado Peter. Se acercó y me besó—. No me importaría llegar hoy tarde.

Su beso se volvió más fuerte y pasional y otra vez se encendió el fuego que solo él conseguía apagar. Me empujó contra la pared, cogió mis muñecas entre sus manos y las levantó apoyándolas en la pared. Su lengua me atravesaba con fuerza.

Se separó y cogió aire.

—No. Hoy no podemos llegar tarde. Ya habrá tiempo de que recorra todo tu cuerpo después. Me pido quitarte ese vestido —me volvió a besar y soltó mis muñecas—. Te he preparado un café para que te despejes un poco.

—Eres un amor, pero te pueden las formas.

Me estiré el vestido y cogí aire resignada. Me bebí el café, pero ya solo podía pensar en el momento en el que me iba a quitar el vestido y se me pusieron los pelos de punta.

Llegamos al restaurante los primeros, por lo que esperamos en una salita de espera con una barra.

—Odio esperar —dije molesta.

—Lo tuyo es impresionante. No te gusta esperar, pero tú siempre llegas tarde. A ti te tiene que esperar todo el mundo —dijo cariñoso mientras me rodeaba por la cintura.

—Por eso mismo, como no estoy acostumbrada a esperar, no me gusta —reí.

Los primeros en llegar fueron Manu, Félix y Mónica, que me miró de arriba abajo con una cara demasiado sonriente. Estaba claro que el vestido no le había gustado nada, seguramente me quedaba demasiado bien para su gusto. Ella llevaba una falda negra con vuelo por encima de las rodillas y una blusa rosa palo. Me saludó con dos besos rápidos, y a Peter con dos besos más lentos y un abrazo. Después me miró de reojo, pero con el suficiente descaro para que me diera cuenta. En ese momento entraron todos los demás con Álvaro a la cabeza.

—¡Vaya! Estáis guapísimos, aunque no sabría decir cuál de los dos está más atractivo esta noche —dijo mirándome descaradamente mientras se reía. Me dio dos besos— y todas las noches — me susurró al oído.

¿Desde cuándo Álvaro era tan zalamero? No era ese el recuerdo que guardaba de él.

Le dio un abrazo a Peter y le dijo algo al oído que no conseguí escuchar. David me saludó con un abrazo cariñoso, al oído me dijo que si alguien me preguntaba por Helena dijera que estaba con su abuela, que había sido hospitalizada. ¡Mierda! Tenía que haberla convencido de venir y que no me hubiera dejado sola ante el peligro.

Le mandé un mensaje: «Zorra, me has abandonado...». Su contestación no tardó en llegar: «Tía, perdóname, pero estoy hecha polvo de anoche. Te recompensaré». Bufé en mi interior.

Entramos todos dentro a la mesa reservada. Mi sitio estaría entre Álvaro y Peter. Aunque intentaron arrojarme entre los dos, Mónica fue más avispada y se sentó enfrente de mí. Estaba tan cansada que no era capaz de pensar, ni bien ni mal.

La cena pasó lenta, o eso me pareció, pero debía de ser mi percepción. Álvaro me entretenía con conversaciones banales e insustanciales, y Peter me cogía de la mano siempre que podía y me dedicaba caricias clandestinas bajo la mesa mientras me miraba a los ojos. Mónica torcía el gesto cada vez que adivinaba alguna de nuestras muestras de amor y se le iba torciendo la cara con amargura.

Antes de salir de allí fui al baño. El servicio estaba decorado con una elegancia exquisita. Recubierto de mármol blanco adornado con una cenefa negra. Los lavabos jugaban con el mismo contraste que las paredes en blancos y negros bien dispuestos. En los laterales había unos jarrones de cristal con tulipanes naranjas.

Al salir al lavabo para lavarme las manos apareció Mónica, cómo no. Mi cuerpo se tensó, pero el agotamiento físico no me dejaba estar alerta.

—¿Qué tal todo? No hemos tenido oportunidad de hablar. Te echamos de menos el fin de semana pasado —puse media sonrisa, pero no dije nada—. Ya nos dijo Peter que te habías quedado en su casa. Tú sola —asentí—. Vaya, eso es un paso importante, ¿no? Vivir con él... digo.

—No sé a qué te refieres Mónica. Estaba enferma y Peter prefirió que me quedara allí para poder cuidarme cuando llegara —dije tranquila y agotada.

No tenía por qué darle explicaciones de lo que hacía o dejaba de hacer.

—Ya. Pues no era esa la sensación que nos dio. Parecía que Peter estaba encantado con el hecho de que vivieras en su casa. Vais muy rápido, ¿no crees? —dijo mientras yo me secaba las manos. No parecía que ella fuera a entrar al baño.

—No lo creo. No hemos hablado de ese tema y creo que es una opción bastante lejana.

—No creas que está tan lejana. Tienes a Peter sumido en tu locura y haría lo que fuera por ti. Ya te ves lo incómoda que estás en estos sitios, y con nosotros. Y eso que solo eres su novia, cuando seas su pareja, la que vive con él, ¿cómo crees que te sentirás? —hizo una pausa esperando mi respuesta, pero no dije nada—. ¿Qué harás cuando te pida que te vayas a vivir con él? Deberás conocer a sus padres, ir a las comidas familiares, tendrás que formar parte de todo esto —dijo moviendo las manos—. Y los gastos, ¿cómo vas a hacer para estar a su nivel? ¿Para afrontar sus gustos, su vida, sus caprichos? ¿Os vais a alimentar de lo más barato? ¿O te vas a dejar mantener? Esa es la opción más fácil, aunque él insiste en que no eres de esas, está claro que estás con él por el dinero porque tú no perteneces a este mundo y nunca lo harás. Nunca estarás a la altura. ¿Y sabes cuánto te va a aguantar en su casa? Pues cuatro días contados, porque se dará cuenta de cómo eres, de quién eres. Cuando se haya cansado del sexo diario te verá como te veo yo, una niña pobre de barrio, mediocre y aprovechada.

Se giró sobre sus talones y salió por donde había entrado. No fui capaz ni de mirar mi cara en el espejo, pero por la satisfacción con la que salió Mónica debía de haberle confirmado su liderazgo. Todas sus palabras empezaron a rebotar de lado a lado en mi cerebro. Volví a oírlas con la misma claridad que la primera vez y me entró miedo, Mónica llevaba razón, era uno de mis miedos desde hacía semanas, no estaba preparada para eso ni para afrontar todos los cambios. Sería una lacra y una vergüenza para él. Me entraron ganas de vomitar y corrí hacia el váter. Estaba tan cansada que no me había dado tiempo de ponerme el escudo y sus palabras habían entrado como cuchillos hiriéndome en lo más hondo.

Volví al lavabo y me enjuagué, bebí agua para intentar apartar aquel horrendo sabor de mi boca, recordé que llevaba un chicle en el bolso, lo busqué con prisa y lo mastiqué con fuerza, lo tiré antes de salir. Por un momento pensé que el vómito había arrastrado las palabras de Mónica, pero no, seguían allí retumbando cada vez más alto. Me miré e intenté recomponer mi cara.

—¿Todo bien, preciosa? Tardabas mucho —me preguntó Peter preocupado cuando salí del baño.

Asentí. Me agarró por la cintura mientras salíamos del restaurante. Me volví a sentir segura en sus brazos y aunque las palabras de Mónica seguían resonando, lo hacían con menos fuerza. El

aroma de Peter lo calmaba todo como si fuera una anestesia. Decidí no separarme de él en toda la noche.

Fuimos a un pub y después a una discoteca. En el pub pedí cerveza y mientras el resto bailaba yo me abrazaba a Peter. Mónica me miraba con una sonrisa falsa de oreja a oreja que me hundía el puñal más dentro si cabía. Se la veía satisfecha y yo estaba dejando que ese sentimiento creciera en ella. Sonaron salsas, bachatas y reguetones, pero no me moví más de lo que Peter se movió. Pegada a él bailábamos tímidos. Me perdía en su pecho y él se perdía en mi pelo. No podía alejar del todo esos miedos que me acechaban y empezaban a abrir una grieta en mi seguridad. Ya en la discoteca decidí beber mojitos. Total, un poco más de resaca no me iba a matar. Así, a lo mejor, conseguía mitigar las palabras de Mónica.

Álvaro aprovechó que Peter se fue al baño para acercarse.

—Hoy no bailas...

—Estoy cansada, ayer llegué a las siete a casa y no he dormido mucho —dije con cansancio.

—Pues con el modelito que llevas hoy estaría bien que te lucieras un poco, eso seguro que le encantaría a Peter —me guiñó un ojo.

—Y a alguno más —le di un codazo.

Llegó Peter con su sonrisa preciosa iluminando lo que le rodeaba. De reojo vi cómo lo miraba Mónica, se lo comía con la mirada y me empezó a hervir la sangre.

—Le digo a tu chica que hoy no baila con lo guapísima que ha venido —le dijo Álvaro a Peter.

Este abrió la boca para decir algo, seguramente excusarme, pero no le di tiempo.

—Sí que voy a bailar. Claro que voy a bailar, vamos Peter.

Tiré de él hacia el centro de la discoteca. En ese momento sonaba un reguetón. Peter abrió los ojos sorprendido, pero no dijo nada. Respiré hondo y me vestí con la armadura de la sensualidad y la provocación. «Quieres motivos para odiarme, pues te los voy a dar», pensé mientras miraba a Mónica que nos observaba con cara de asco. Dejé la mente en blanco y me dejé llevar por la música, el ritmo, la letra y mi sexualidad bailando, para qué negarlo. Peter reía tímido, pero gustoso.

—Preciosa, como sigas así no llegamos a casa y el baño no está muy limpio.

Le planté un beso con lengua que lo descolocó aún más.

Al rato se unieron Álvaro con Mireia y Nadia con Borja. David se había parapetado en la barra. Mónica seguía mirando desde lejos con el ceño fruncido. «Esto no te lo esperabas, no cuadraba en tu artimaña», le dije con la mirada y una ceja levantada, además de una pose de diva ganadora. Intuí que me había entendido porque se dio media vuelta con malas ganas camino de la barra. «Já», pensé triunfadora. Álvaro debió de percatarse porque me miró con cara de sospecha. Le contesté con una sonrisa picarona.

A las seis de la mañana dijeron de irnos a casa. Tuvimos que ir a casa de Álvaro y el resto porque ni Peter ni yo estábamos en situación de conducir hasta Guadalajara. Peter le quitó un pijama a Álvaro y a mí, Mireia, me dejó un chándal que tenía de sobra en la habitación de Álvaro.

—Pero entonces, ¿estos dos van en serio? —le pregunté a Peter en susurros.

—Al parecer sí. A ver cuánto les dura.

Lo besé con fuerza pidiéndole sexo.

—Cielo, estás hecha polvo, ¿no puedes esperar a mañana?

—No, eso es precisamente lo que necesito, un polvo.

Me miró sorprendido por la vulgaridad de mis palabras que pareció aceptar con gusto. En realidad, las palabras de Mónica seguían martilleándome y lo necesitaba a él en todas sus

variantes para intentar guardarlas en lo más hondo de mi memoria.

Lo desnudé con violencia y lo empujé en la cama. No hubo preliminares. Me senté a horcajadas encima de él, coloqué mis manos en su pecho. Él dirigió su erección hacia mí y entró con un golpe de cadera.

Empecé a subir y bajar rápido y sin cuidado. Comenzamos a jadear, y aunque notaba que las piernas me flojeaban, no paré.

—Fuerte, Peter. Lo necesito fuerte.

Lo miré a los ojos con fogosidad y me respondió con un plus de excitación. Me agarró por las caderas y empezó a moverme a la vez que las suyas me golpeaban con fuerza. ¡Joder! Aquello era realmente placentero. Mis jadeos se convirtieron en gemidos, gemidos fuertes. Peter estaba más comedido.

—No seas tan escandalosa, nena, que nos van a oír —me dijo avergonzado.

—Que nos oigan —dije entre gemidos.

En otra de las habitaciones estaba Mónica, que había decidido que su mejor opción para dormir ese día era la casa de los chicos. «Que se muera de envidia», pensé.

—Vale —su mirada se endureció.

Paró y me tumbó encima de él. Giró sobre mí y quedó encima. Puso sus manos sobre mis rodillas dobladas y las empujó hacia los laterales dejándome muy abierta para él. Salió y entró dos veces con fuerza. Gemí loca de placer. Su mirada irradiaba excitación y deseo. Reanudó sus movimientos con fuerza, sus embestidas empezaron a ser más rápidas y profundas, muy profundas. Cerró los ojos y gimió. Volvió a abrirlos y me agarró por encima de los hombros para hacer más fuerza. Su mirada se fijó en la mía. Entre las embestidas, la profundidad de su sexo y su mirada mis piernas empezaron a temblar previniendo la explosión. Cerré los ojos sintiendo esa deliciosa descarga.

—Mírame.

Abrí los ojos. Los suyos buscaban los míos. Terminé mi orgasmo mirando sus preciosos ojos y un gemido de lo más escandaloso. Peter apretó la mandíbula y gimió cuando llegó al orgasmo. Su mirada se volvió tierna, llena de amor. Me besó con delicadeza y se tumbó a mi lado.

—Esto ha sido muy bueno —dijo cogiendo aire.

Mi pecho subía y bajaba exageradamente mientras mis pulmones se llenaban de oxígeno.

—Ha sido fantástico...

¿Ahora me iba a gustar el sexo más fuerte?

Él se durmió rápido, pero a mí la culpa me escocía en el alma. Lo había utilizado para calmar mis miedos y fastidiar a Mónica. ¡Ay! Pero por qué había hecho eso... Dormía tranquilo, con una respiración profunda y pausada que hipnotizaba, lo miré fijamente, pero de lejos, lo más lejos que me permitía esa cama de '90. Era tan perfecto y yo tan imperfecta que me parecía imposible nuestra unión. Los miedos y la angustia volvieron a invadirme como lo hacían antes de estar con él en cuerpo y alma. Me asusté aún más de mí misma, cuando entraba en esa espiral las cosas siempre salían mal. Derramé toda esa tensión con cada una de las lágrimas que caían sin control. Respiré hondo varias veces. «Déjate llevar, no pienses, por favor, no pienses», me dije para convencerme. En poco más de una semana estaríamos de viaje y no podía fastidiarlo todo ahora. Intenté centrarme en el vuelo de ocho horas y en los miedos, diferentes, que me surgían con eso. Caí rendida al rato.

La semana pasó más rápido de lo que me hubiera gustado. El miércoles quedé con Ana para ponerla al día de lo sucedido en Madrid. Ella opinaba que Mónica estaba enamorada de Peter y no soportaba que yo fuera su novia, y mucho menos soportaba la relación que teníamos, que envidiaba la forma en que nos mirábamos y nos tocábamos, y la complicidad y el amor que habíamos creado en tan poco tiempo. Que ella llevaba años en la retaguardia y no asimilaba que ni en esa posición ni en primera línea conseguiría nunca a Peter. Eso mismo pensaba yo, pero sonaba muy osado decirlo. Ana no les dio importancia a sus cuchilladas, dijo que lo hacía con premeditación y alevosía, y que me lo dijo ese fin de semana porque fue cuando me vio, que si me hubiera visto el anterior lo hubiera hecho igual. Ana me conocía bien y sabía perfectamente lo que pensaba, muchas de sus palabras intentaban mitigar mis miedos sabiendo que podía ser peligrosa. Me aseguró que «esa chica» había descubierto mi punto débil y se iba a cebar con él. Me recomendó estar preparada para los siguientes embistes, pero yo sabía que no sabría torearlos, vendrían de lleno al centro de la diana esparciendo el veneno con el que estaban cargados.

Como los últimos días de esa semana me dediqué a hacer la maleta y a mentalizarme de las horas que iba a pasar en un avión. Héctor prefirió pasarse por casa el viernes, hacer sesión de películas y ayudarme a rebajar tensiones. Era el primer fin de semana desde hacía meses que no pasaba el viernes con Peter. Me pareció justo dedicárselo a Héctor, pues no iba a verlo en semanas.

—¿Y no te vas a tomar un lorazepam? Aunque vayas a su lado, te va a ser muy complicado controlar tus nervios, son muchas horas, Sara —dijo mientras me ayudaba a hacer la maleta.

—No, esos vaqueros no. Se supone que hace frío y esos tienen rotos —le pasé dos jerséis gordos y una sudadera—. Supongo que tienes razón, tendré que tomarme uno, al menos para ir dormida en el avión, ¿no? —asintió.

—Pues quitando la ropa íntima, creo que ya está todo dentro —dijo satisfecho.

—¡Guau! ¿Dónde has aprendido a meter así la ropa? ¡Si sobra muchísimo espacio! —había doblado la ropa en rulos, no ocupaba ni la mitad de lo que hubiera ocupado si la hubiera hecho yo—. El problema es cómo voy a meterlo yo cuando tenga que volverme.

—Internet, Sara, internet —dijo con aires de vencedor.

Reímos con ganas mientras guardaba la ropa íntima en la maleta. Cogí ropa cómoda, pero también sensual, aunque a decir verdad me duraba poco tiempo puesta cuando estaba con él, así que no era algo que me preocupara demasiado.

—Yo me voy mientras guardas eso. No me interesa saber lo que te pones debajo de la ropa normal.

—¡Qué exagerado! Cosas peores habrás visto... Pon mientras una pizza en el horno, elige la que quieras.

Mientras nos comíamos la pizza vimos una comedia española, nunca fallaban. La segunda fue una de ciencia ficción que habíamos visto varias veces: *Interstellar*<sup>16</sup>, cada vez que la poníamos la entendíamos mejor y descubríamos datos nuevos. Héctor recurría a Google para confirmar si estábamos en lo cierto o no.

—¿Qué opinas entonces de lo que me dijo Mónica?

—Pues que es una mala, malísima persona. No le des importancia.

—Pero ¿crees que Peter quiere que me vaya a vivir con él? ¿No es muy pronto?

—No sería descabellado, estáis todos los fines de semana juntos, e incluso varios días entre semana. Y en lo que respecta a lo vuestro, nada sería demasiado pronto. ¿En alguna de tus relaciones has estado así de estable y feliz con tan solo unos meses? —negué con la cabeza— Y en ese caso ¿qué problema habría?

—Bueno pues está claro, hola, soy Sara, ¿no lo recuerdas? —me hizo un gesto con la mano como queriendo decir «¿y?»—. Pues eso, soy especialista en liarlo todo, fastidiarlo todo. Sinceramente, no me veo viviendo con nadie ahora mismo y menos con él. Tendría que adaptarme a su estilo de vida, a su nivel económico, y ya sabes que no me va ese mundo; y, bueno, qué decir de conocer a su familia, tengo pavor. Además, no voy a saber estar a la altura. Tengo la sensación de que él en esas situaciones me protege, no como pareja sino al estilo padre.

—¡Qué chorradas dices! No te protege como padre, te adora y no quiere que sufras, simplemente. Lo de la familia, vale, podría resultar embarazoso si dices que pertenecen a ese mundo, pero si algo te caracteriza es tu saber estar y tu educación. Al menos el tiempo que estés con ellos sabrás salvarlo. No vas a estar con su familia veinticuatro horas.

—No sé, puede que tengas razón. Pero siento como una angustia por aquí dentro —señalé mi pecho con la mano.

—No empieces con tus paranoias, Sara. Eso nunca te ha hecho bien. No pienses y déjate llevar. Además, deja de pensar ahora en eso, tienes un largo viaje por delante y deberías estar ilusionada. Conociéndolo, seguro que vais por todo lo alto.

Puse los ojos en blanco mientras él se reía de mí.

Se fue a las tres de la mañana. Casi durmiéndome por el pasillo conseguí llegar a la cama y acurrucarme. Le mandé un mensaje a Peter: «Voy a soñar contigo» y un corazón. No tardó en contestar, lo que me extrañó, era muy tarde para que estuviera despierto: «Yo no paro de hacerlo contigo, ni de noche ni de día. Te quiero, preciosa». Me quedé dormida con el móvil entre las manos.

Eran las once cuando sonó el móvil y me desperté asustada. Había dormido del tirón y me encontraba descansada. Me levanté y vi la maleta en el suelo, se me aceleró el corazón de forma irracional. En veinticuatro horas estaría camino del aeropuerto. En ese momento me acordé del pasaporte, me levanté corriendo a cogerlo de la mesilla y meterlo en la maleta, abrí el bolsillo de fuera, lo metí y cerré la cremallera. Inconscientemente di dos golpecitos en el bolsillo y me llevé la mano al pecho. Me volví a tumbar en la cama y leí el mensaje que me había despertado: «Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? Que extraño es levantarme un sábado sin tenerte a mi lado». Era tan tierno, una sonrisa recorrió mi cara, me volvía loca a todas horas de todas las formas posibles. «Te invito a comer en casa, si quieres te puedes traer la maleta ya, si es que la



tienes preparada». «Es más, ¿por qué no duermes esta noche conmigo? Mi cama te echa de menos, yo más». ¿Cómo le iba a decir que no? Volvía a tener el cuerpo lleno de mariposas que me movían hacia él. Le contesté: «Así da gusto despertarse. Sí a todo».

Me levanté a prepararme el desayuno. Llegó otro mensaje: «¿Te acabas de despertar? ¿Te he despertado yo? Perdona, sueles madrugar más. Te paso a buscar en una hora y media». Le contesté con un «Sí a todo» y una cara sonriente. Contestó enseguida: «Cuidado con decir sí a todo que tengo muchas preguntas que hacerte...». Me atraganté con el té. ¿Qué quería decir con eso? Sería broma, seguro. Aunque no conseguí convencerme de ello.

A la hora ya estaba esperándome en el coche, tan puntual como siempre. Terminé de meter las cosas en el neceser. Repasé la lista de la maleta, revisé el bolso, la mochila y cogí la maleta. Cogí las llaves de casa, salí y cerré. Suspiré.

Cuando llegué abajo estaba fuera apoyado en el coche, sonriéndome, con sus gafas de sol y su sonrisa. Se me alteraron los nervios. Era guapo, atractivo y simplemente perfecto. Qué suerte tenía de que hubiera aparecido en mi vida. Se acercó, me quitó la maleta de la mano y me besó. El corazón empezó a latir libremente sin un ritmo definido.

—Hoy no has tardado tanto —dijo mientras me besaba otra vez.

—Puntualidad británica —dije en sus labios.

Me rodeó por la cintura con el brazo que le quedaba libre.

—Mañana a estas horas estaremos a punto de embarcarnos en un viaje precioso —dijo ilusionado.

Se dio media vuelta para meter la maleta en el coche y me quedé como una estatua observando a aquel hombre perfecto, sin miedos, sin paranoias, sin mochilas llenas de piedras ni fallos. Ya tenía yo de todo eso por los dos. Me acerqué al maletero para meter la mochila y me senté en el lado del copiloto. Se le notaba especialmente contento, supuse que sería por el viaje.

Cuando llegamos a su casa, abrió la puerta con cuidado y me percaté de que no había echado la llave. Al entrar vi a un hombre y una mujer sentados en uno de los sofás del salón. Me quedé paralizaba y con los ojos como platos mientras Peter metía la maleta y la mochila.

—Papá, mamá, esta es Sara —dijo señalándome.

¡Ay, Dios! Lo miré con cara de sorpresa pidiéndole explicaciones. Aquello era una encerrona preparada con premeditación y alevosía. Él me agarró por la cintura a la vez que me empujaba hacia sus padres, que ya se habían levantado.

—Sara, mi padre Peter.

Era un hombre alto con las espaldas muy anchas, atractivo. Era rubio y tenía los ojos azules. Llevaba gafas de metal, pequeñas. Se me acercó y me dio dos besos. Vaya. Olía realmente bien.

—Encantado de conocerte por fin —dijo con acento inglés.

—Sara, mi madre María.

Ella era una mujer algo ancha, con el pelo rubio peinado de peluquería, con mucho volumen. No era muy alta, poco más que yo. Tenía una sonrisa de oreja a oreja. Me fijé en que llevaba unos pendientes dorados y una cadena colgando, supuse que sería de alguna Virgen. Se acercó y me dio un fuerte abrazo, cálido.

—Hija, que ganas tenía de conocerte. Estoy tan contenta —parecía sincera—. Llámame Mari, nadie me llama María, ni si quiera el del banco —rió con ganas.

Parecía simpática. Su marido sonreía a su lado, la pasó un brazo por encima de sus hombros. Resultaban realmente entrañables.

—Igualmente —alcancé a decir.

—Como el día 27 estamos de viaje se han empeñado en celebrarlo hoy con una comida aquí — dijo Peter.

Me abracé por la cintura, me sentía tan vulnerable que me podía caer en cualquier momento. Agarré la mano que Peter tenía en mi cintura y la apreté. Mi mensaje era una mezcla de «no me sueltes» y «te voy a matar, no sé cuándo ni dónde, pero te voy a matar». Debió de adivinarlo porque me susurró al oído.

—Era la única forma de que los conocieras sin que dieras largas o te negaras.

Sonreí sin ganas. Su madre me cogió de una mano y me llevó al sofá, me invitó a sentarme y se sentó a mi lado. Peter, el padre, se sentó a su lado. Miré a Peter pidiéndole ayuda, pero me contestó levantando los hombros.

—Bueno, y cuéntame, Sara ¿cómo os conocisteis? —preguntó Mari.

—Fue en una comida.

—¿Un flechazo? Es cierto que eso existe —miró a su marido.

—Mamá, relaja, más despacio, os acabáis de conocer —le llamó la atención Peter.

—No sé, supongo que sí. Aunque eso fue meses antes de empezáramos de forma oficial —dije abrumada.

—¡Qué bonito! Me alegro tanto de conocerte. No sé cómo lo has hecho, pero mi hijo es más feliz que nunca desde que está contigo, así que tengo que agradecértelo —hizo una pausa—. Bueno, y ¿qué haces? ¿En qué trabajas? ¿Y tus padres?

¿Iba a ser así todo el tiempo que estuviéramos juntos? ¿Un interrogatorio? Volví a mirar a Peter, que observaba divertido.

—Bueno, soy correctora en una empresa de Madrid que lleva varias editoriales. Pero teletrabajo, voy poco por la oficina. Mi madre es profesora de física y química en un instituto de Guadalajara. Mi padre murió hace años de una afección cardíaca.

—Ay, perdona. Peter no nos había dicho nada, lo siento.

Miró a su hijo de forma inquisitorial. Me cogió de la mano y la envolvió con las suyas.

—Y ¿eres hija única? Supongo que ya sabrás que Peter es adoptado.

—Sí, sí lo sé. No, tengo un hermano, tres años más pequeño que yo. Es un amor, lo quiero con locura —dije con ternura.

Mari me miraba con cariño y con un brillo especial en los ojos. Peter se escudaba detrás de ella, pero era un hombre sonriente y tranquilo, más tranquilo que su mujer. Empecé a relajarme, parecían simpáticos. No me dio la impresión de que fueran los típicos pijos estirados que te miran por encima del hombro. Parecían cercanos y agradables, y mostraban el amor que le tenían a su hijo con miradas intermitentes entre él y yo.

—Si no es mucho preguntar, Mari, no pareces inglesa.

Era una información que ya conocía, pero así hablaría ella. Esa era una de las pequeñas cosas que había aprendido de Peter. Él me miró con los ojos entornados sin quitarse la sonrisa de la cara.

—Yo soy de aquí, de Guadalajara. De un barrio de toda la vida. Cuando era joven mis padres se mudaron a Madrid. Y un buen día apareció por allí Peter con su familia a pasar un par de años — me soltó la mano y cogió la de su marido—. A los seis meses ya estábamos comprometidos. Nos casamos en Madrid antes de que me fuera con su familia a Inglaterra. A Peter lo adoptamos años después en Madrid. Veníamos muy a menudo. Hace ya un tiempo nos instalamos en España de nuevo —volvió a cogerme la mano—. No te dejes engañar, como en España no se vive en ningún lado —miró a su hijo tras decir esto.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.  
—Bueno, ¿comemos o qué? —preguntó Peter.  
Sus padres asintieron.  
—Hijo, ya voy yo. Vosotros id poniendo la mesa.  
—Cuidado con mi madre, le gusta saberlo todo de todos. Y cuanto más sepa mejor —me besó.  
Noté cómo su padre nos miraba y sonreía. Su madre también se volvió a ver nuestro beso. Me ruboricé de la vergüenza y Peter me recogió entre sus brazos.  
—Te voy a matar —le dije escondida en su pecho.  
—Lo sé —me besó el pelo.  
La comida fue tranquila y relajada. No estaba tan tensa como me había imaginado. Mari era una mujer muy cercana, muy campechana, y Peter era un hombre callado pero muy risueño.  
—Sara, ¿te puedes creer que me enteré de lo vuestro por Álvaro?  
Estaba bebiendo agua en ese momento y me atraganté. Solo esperaba que no supiera quién era yo para Álvaro. Alcancé a poner un gesto de sorpresa y mirar a Peter inquisitivamente.  
—El caso es que yo notaba a Peter diferente, más alegre, más contento. Decidió venirse a vivir a Guadalajara y dejar Madrid. Y un día hablando con Álvaro le pregunté qué le pasaba a Peter. Qué alegría me dio cuando me lo dijo —sonreía con sinceridad.  
—Un día, dice. Si hablan varias veces por semana. Hablas más con él que conmigo, mamá —dijo Peter.  
—Hijo, si no me llamas...  
Todos reímos al ver a Peter poner los ojos en blanco.  
Se fueron tras una pequeña sobremesa dándonos un abrazo a cada uno. Prometieron no tardar en volver a vernos.  
—No ha sido tan traumático ¿no? —me dijo Peter mientras me rodeaba con sus brazos y buscaba mis labios.  
—No, son bastante agradables. Pero no me ha gustado la encerrona que me has preparado —dije intentando parecer enfada, aunque realmente no lo estaba.  
Se rio y me besó.  
Pasamos la tarde viendo películas en inglés. Realmente las veía él, porque yo no me enteraba de nada.

---

<sup>16</sup> Tomas, E., Nola, C., Obst, L. y Nola, C. (2014): *Interstellar*. Estados Unidos: Legendary Pictures, Syncopy Films, Lynda Obst Productions.

Aquella noche dormí apenas tres horas. Intenté relajarme con la respiración cautivadora de Peter, pero mis pensamientos estaban divididos entre las ocho horas de vuelo, la impresión que les habría causado a sus padres y las envenenadas palabras de Mónica. Tras dar mil vueltas en la cama, Peter me agarró fuerte y me pegó contra él. Hundió su nariz en mi cuello. Su cercanía me relajó y conseguí descansar un poco.

A las siete sonó la alarma del móvil de Peter, se giró para apagarla y volvió a abrazarme. Me puse muy nerviosa, empecé a respirar muy rápido y mi corazón disparó el ritmo cardíaco. Peter puso su mano en mi pecho. Me besó el cuello y lo que el pijama dejaba libre de la espalda. Me tranquilizó y, aunque mi corazón aún latía con fuerza y rápido, consiguió llevar un ritmo constante. Me giré para mirarlo, para admirarlo. Él era mi medicina, mi anestesia y mi droga. Y él lo sabía.

—¿Preparada para nuestro viaje?

No le contesté y seguí mirándolo mientras me derretía por dentro y mi corazón latía más rápido intentando adivinar el destino.

—Preciosa, no va a pasar nada —me besó la frente.

Sonreí.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad.

—Te quiero.

Abrió los ojos y sonrió. Lo había dicho sin pensar. Mi corazón estaba a punto de la taquicardia.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero —dije sonriendo y ruborizada.

—Otra... —susurró.

—Te quiero, te quiero, te quiero.

Se colocó encima de mí con rapidez y empezó a desnudarse. Después me fue quitando la ropa mientras me reía. Todas mis sombras se habían esfumado. Cuando me estaba muriendo por las cosquillas que me hacía mientras me besaba la tripa, hundí mis dedos en su pelo y tiré de él hacia mi cara. Sus ojos estaban cargados de deseo.

—Te amo —solté arrastrando las palabras.

Puso una sonrisa pícaro y levantó una ceja. Me besó con tanta pasión que pensé que llegaba al clímax. Recorrió mi cuerpo con su lengua hasta llevar a mi entrepierna donde se perdió unos minutos haciéndome llegar a un orgasmo delicioso. Me miró sonriente y feliz. Se colocó encima de mí y rodeé su espalda con mis piernas. De una embestida certera entró en mí haciéndome curvar la espalda de placer. Pasó uno de sus brazos por debajo de mi cuerpo llevando su mano al lado contrario, recogíendome en él mientras sus movimientos eran excitantemente lentos. Llevé

mis manos a su espalda y presioné los dedos con cada golpe de cadera. Los jadeos empezaron a ser más profundos. Su cuerpo rozaba con el mío con cada entrada pidiendo más.

Con sus brazos me levantó y me sentó encima de él. Me sujetó por las caderas y comenzó a moverme de arriba abajo. Mi cuerpo se unía a sus movimientos subiendo y bajando mientras su boca entreabierta recorría mi cuello, mi garganta, mi barbilla y mi boca con cada movimiento. Sus jadeos se intensificaron y con mi boca busqué la suya. Mi pelo rodeaba nuestras caras guardando nuestros alientos solo para nosotros. Un gemido suyo me avisaba de que estaba cerca de correrse y aumenté mis movimientos para irme con él. Otro gemido suyo me excitó de tal forma que me fui poco después. No separé mi boca de la suya. Aquel orgasmo era mío, solo mío.

—¡Te amo, Sara! —grito antes de que nos desplomáramos en la cama.

Me reí y me giré acurrucándome en su pecho.

—El mejor regalo de cumpleaños que me han hecho nunca.

—Pero si aún quedan horas para que sea tu cumpleaños —reí mientras le hacía círculos alrededor de su ombligo con mi dedo.

—Venga, vamos a ducharnos que llegamos tarde.

Se levantó y tiró de mi hacia el baño.

A la hora ya estábamos camino del aeropuerto. Llegamos a las diez a la terminal donde nos recogieron el coche los mismos chicos que la vez anterior. Peter sacó las maletas. Cogí la mía y nos dirigimos a la entrada. Me pasó un brazo por encima del hombro y me pegó a él. Estaba sonriente, exultante, excitado. Yo respiraba con dificultad. Nos dirigimos a la zona de facturación. Peter se paró detrás de una fila de gente en una ventanilla de American Airlines.

—¿Me vas a decir ya dónde vamos? Me voy a enterar en cuanto alguno de los que tenemos alrededor diga algo.

Me miró sonriente, pero pensativo.

—New York.

Abrí los ojos y la boca de la sorpresa y la emoción.

—¿Nueva York?! —grité mientras pataleaba en el suelo por no pegar un grito de excitación.

Peter se reía con ganas. La gente nos miraba, pero nos daba igual, estábamos en nuestra burbuja impenetrable.

—Me encanta, me encanta, me encanta —salté sobre Peter que me cogió sin problemas.

Lo besé una y otra vez mientras él reía. Estaba tan contenta que se me había olvidado que tendríamos que pasar ocho horas en un avión antes de aterrizar allí.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! Siempre he querido ir allí —hice una pausa—. Además, por las fechas que son estará adornada con luces y música, el árbol de Navidad, las pistas de hielo. ¡Es genial!

Peter me soltó y me abrazó.

—Un día perfecto el de hoy. Quiero cambiar el día de mi cumpleaños desde ya, que sea el 26 y no el 27.

Saqué el móvil para mandarle mensajes a mi madre, a mi hermano, a Héctor y a las chicas diciéndoles cuál era el destino del viaje. La primera en contestar fue Ana: «Que envidia más asquerosa me das. Disfruta, disfruta mucho», Helena no tardó: «Yo ya lo sabíiiiiiaaaa. Queremos fotos». Después mi madre: «Vaya joya de novio te has echado. Avisa cuando llegues». Héctor contestó con un: «¡Uala! ¡Qué suerte! Disfruta ;;;No pienses!!!». Mi hermano le mandó el mensaje

a Peter: «Cuñado, contigo es difícil competir. Que no se entere mi novia. Cuida de mi hermana». Nos echamos a reír.

Después de facturar fuimos al control de seguridad. Luego pasamos por unas garitas con policías dentro que nos miraban el pasaporte uno por uno. Bajamos por unas escaleras mecánicas y llegamos a un andén donde una especie de metro nos recogía y nos llevaba a otro sitio. Me tomé el lorazepam nada más salir del vagón. Al llegar a la puerta de embarque empecé a notar su efecto. Me agarré a Peter por si me fallaban las piernas. Cuando nos sentamos en el avión, ya estaba relajada y adormilada.

—Pues sí que te hace efecto un lorazepam.

—No estoy acostumbrada, soy pequeña y supongo que me dejó llevar por la sugestión.

Me quedé dormida antes de despegar. Me despertó Peter a las horas cuando nos traían algo para comer. Volví a quedarme dormida después, esa vez me acurruqué en Peter y me dejé envolver por su olor y sus besos. Desperté por un movimiento brusco.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con los ojos de par en par.

—Nada, solo ha sido una pequeña turbulencia. Vuelve a dormirte. No tardarán en traer la cena.

—¿La cena? ¿Qué hora es?

—Las ocho. Queda poco más de una hora para aterrizar.

Me recostó sobre él e intenté dormirme, pero me quedé en un duerme vela incómodo.

Oía al resto de pasajeros hablar mientras Peter me decía cosas, yo intentaba contestarle, pero no era capaz de abrir la boca. Tenía los ojos entreabiertos, pero tampoco podía abrirlos. Escuchaba cómo la gente gritaba después de un fuerte golpe y vi sangre en el rostro de Peter, fui incapaz de moverme. Intenté gritar, pero me era imposible emitir ningún sonido. ¡Maldita sea! Intenté mover los brazos para zarandear a Peter que parecía inconsciente en su asiento. ¡Peter! Grité, no se oyó mi voz. El corazón me iba a mil y por más que gritaba nadie me oía. Alguien tiró de mi con fuerza, no podía sacarme. Me desabrochó el cinturón y me sacó de allí. Estiré los brazos para agarrarme a Peter. Un nudo se me fijó en el estómago y sentí mucho miedo. «¡No! ¡Suéltame! ¡Peter! ¡Sacadlo!».

—Sara —oí que Peter me susurraba.

¿Cómo podía ser que me llamara si lo había visto inconsciente? No conseguía verlo, quería abrir los ojos, pero no respondían a mis órdenes.

—Sara —volví oírlo.

Pensé que mi cerebro se había vuelto loco y oía voces. ¡Ayuda! Grité.

—Sara, cielo —noté que me zarandeaban—. Despierta. ¡Sara!

De repente mis ojos se abrieron y lo vieron. Estaba delante de mi angustiado, me agarraba fuerte por los hombros.

—¿Qué?! ¿Qué?! —grité sin darme cuenta.

Me tiré a él y me abracé con fuerza, mi corazón seguía latiendo a mil y una presión en el pecho no me dejaba respirar con normalidad. Él respondió a mi abrazo con fuerza.

—Estabas soñando, no parabas de dar patadas al aire, respirabas muy deprisa y los ojos se te movían muy rápido. ¿Qué soñabas?

Ay, qué alivio. Solo era una pesadilla. Miré al suelo y luego al techo. Eché un vistazo a todo el avión. Todo estaba en orden, igual que antes de dormirme. Suspiré.

—Una pesadilla...

—¿Quieres agua? —asentí—. ¿Qué soñabas? —preguntó intrigado.

Le resumí el sueño con angustia y me abrazó calmando mi estado. En ese momento llegó la cena,

lasaña, ensalada y un yogur cremoso. De beber pedí agua y un café para no volver a dormirme y bajar más despejada del avión.

El aterrizaje fue rápido y suave y, supongo que, por los restos del tranquilizante en mi cuerpo, no me alteré casi nada. No cambié la hora del móvil para que la alarma que me recordaba que tenía que tomarme la píldora siguiera sonando a la hora de siempre.

Entre recoger las maletas de la cinta y pasar por el control de inmigración, en el que nos tomaron huellas de todos los dedos y de la palma de la mano al completo, tardamos más de una hora en salir. Cuando cogimos el taxi ya estaba anocheciendo. Yo miraba embobada por la ventanilla. No quería perderme nada, quería empapar mi cerebro con todas las imágenes posibles. Oí a Peter haciendo fotos.

—No vas a soltar la cámara en todo el viaje, ¿verdad?

—¡No! —dijo entusiasmado.

Reí y me vi reflejada en el cristal del taxi, era feliz. Este pasó cerca de Central Park y se metió de lleno por la Quinta Avenida. Peter me cogía de la mano.

—¡No llevo dólares! —recordé en ese momento.

—Ya los llevo yo —dijo vencedor.

Puse los ojos en blanco.

Ya era casi noche cerrada y se veían las luces navideñas colgadas en todas las tiendas. Era impresionante. Pasábamos cerca de Times Square cuando el taxi se paró, Peter pagó y nos bajamos. Cogimos las maletas y me cogió de la mano. Entramos en un hotel hiperminimalista y ultramoderno. La entrada era muy amplia, blanca y con luces de neón de colores iluminando las puertas y las ventanas, en un lateral había una mesa llena de pantallas.

—¡Vaya! —dije impresionada.

Peter sonrió mientras iba a hacer el *check-in* en unas máquinas, no había mostrador. Sentí como si de repente hubiera entrado en otra dimensión o en un mundo futuro. Todavía con la boca abierta Peter tiró de mí para ir a los ascensores. Paramos en el piso veinticinco. Buscó la habitación como si ya hubiera estado allí. Abrió la puerta.

—Pasa —me invitó sonriendo.

Quedé paralizada nada más pasar el umbral. Abrí los ojos y la boca a la vez intentando asimilar aquello. Delante tenía una cama grande, exquisitamente blanca, con varias almohadas apiladas, las únicas luces encendidas rodeaban el cabecero en forma de rectángulo. Pero lo que me había dejado en aquel estado eran las cristaleras de techo a suelo a través de las que se veían los rascacielos de Nueva York, iluminados ya en noche cerrada. Las vistas eran espectaculares, dignas de cualquier película.

—¿Te gusta? —preguntó mientras me rodeaba la cintura por la espalda y apoyaba su mentón en mi hombro.

No pude contestar, aún intentaba asimilar dónde estaba. Asentí. Aquello tenía que haber costado una barbaridad. Esas vistas se debían de pagar caras.

—Me encanta dejarte sin palabras —dijo riendo.

Me soltó y metió las maletas en la habitación.

—Bueno, el plan es salir ahora a visitar la zona y si quieres podemos pasar por Macy's. Mañana por la mañana haremos un tour que se llama «Alto y bajo Manhattan», por la tarde el de «Contrastes». Pasado mañana iremos por la noche a un tour por las luces de Navidad de las casas de Brooklyn. Todavía no sé qué día, el que tú quieras, iremos al outlet de New Jersey y para el día seis tenemos un viaje a Washington.

Él seguía hablando pero hacía rato que no le escuchaba. Me acerqué a la cristalera y observé el Nueva York que se extendía a mis pies. No alcanzaba a ver el final de la ciudad. Rascacielos, luces, coches y gente sin fin. Aquello hipnotizaba.

—En un rato tenemos contratado un viaje en helicóptero.

—¿Cómo? —me volví de golpe.

—¡Por fin, he recuperado a mi novia! Pensé que te habías ido y solo habías dejado el cuerpo —dijo desde la cama.

Dio un golpecito con la mano indicándome que fuera a su lado.

—No me cambies de tema ¿qué has dicho de un helicóptero? Sabes que no me voy a subir a esos trozos de metal voladores...

—Era una broma. Era para saber si me estabas escuchando. Ven, anda.

—No me he enterado de nada de lo que decías. Me parece bien todo, menos lo del helicóptero. Tú pagas, tú mandas. Esto ha tenido que costarte una barbaridad —me acosté a su lado.

Puso los ojos en blanco. Me reí a carcajadas en un ataque de risa repentino.

—¿Qué pasa? ¿Qué he hecho? —dijo riendo contagiado cogiendo un mechón de mi pelo y pasándolo por detrás de la oreja.

—No, nada. Que estaba pensando... —reí de nuevo y busqué sus ojos—, que cuando hagamos el amor... ¡nos va a ver todo el mundo! ¡Y me da igual!

—¿Sí? ¿Te da igual? Pues veamos qué tiene que decir Nueva York a esto.

Me besó y encendió el fuego que nos quemaba. Se puso de rodillas y se quitó el jersey junto a la camiseta dejando a la vista su torso que recorrí con mi lengua desde el ombligo hasta el lóbulo de la oreja. Suspiró y cerró los ojos. Su respiración comenzó a ser más profunda. Abrió los ojos cargados de deseo y me desnudó despacio a la vez que besaba cada parte de piel que se iba quedando al descubierto tras el paso de sus manos.

Me rendí, me rendí entera y verdadera a sus manos, a su boca y a su cuerpo. Mi pecho empezó a inflarse y mi corazón comenzó a bombear sangre más rápido. Sus manos se cernieron a mis pechos con suavidad mientras nuestros labios jugaban con nuestras lenguas.

Bajó de la cama y terminó de desnudarse. Me agarró por las caderas y me arrastró por la cama haciéndome gritar por la sorpresa. Me quedé tumbada boca abajo con el culo a la altura de su sexo. Me bajó los pantalones y me sacó una pierna con cuidado tras quitarme la zapatilla y el calcetín. Abrió mis piernas todo lo que pudo y con sus dedos buscó mi entrada mientras respiraba fuerte. Gemí al notar sus manos en mi piel. Sus manos se cernieron a la parte superior de mis muslos y noté como entraba en mí despacio a la vez que los dos gemíamos. Entró dos veces más con aquella lentitud que tanto me gustaba.

—¡Ohh, Dios! —grité.

Aquella posición le hacía llegar a algún sitio donde antes no había llegado, un nuevo placer recorría mi entrepierna.

Peter rio y apretó sus dedos en mi carne. Aceleró sus movimientos y el placer empezó a invadirme. Mis gemidos apagaban sus jadeos. Cerré los ojos y apreté la mandíbula intentando retrasar el orgasmo. Cuando estaba a punto de llegar, paró. Salió y entró varias veces haciéndome temblar entre sus manos.

—¡Por favor! —grité.

—Por favor, ¿qué? Dilo, nena —dijo con voz grave.

—¡No pares! ¡Dios! ¡No pares! —exigí entre gemidos.

Volvió a acelerar el ritmo y con cada uno de sus movimientos se me empezó a nublar la vista,



cerré los ojos y me dejé llevar. Me temblaron las piernas y mi cuerpo convulsionó durante minutos en los que Peter se dejó ir dentro de mí. Cuando acabó, llevó su mano a mi entrepierna y con dos golpecitos remató el orgasmo más largo de mi vida.

No pude moverme, estaba extenuada. Peter me abrazó por detrás.

—Preciosa, no dejamos de mejorar en esto. Se nos da realmente bien.

—Mmm —alcancé a decir.

Su boca recorrió mi espalda repartiendo dulces besos en cada poro de mi piel con Nueva York como testigo.

—En España son casi las doce. ¿Te puedo dar ya tu regalo? Me da vergüenza, mi regalo no es comparable con todo esto —dije señalando la habitación.

—No necesito ningún regalo más que el que me has dado esta mañana y el que estés aquí.

—Pues hay tres —dije tímida.

Abrió los ojos como platos mientras yo me levantaba hacia la maleta para cogerlos.

—Primero este.

Le di un sobre rojo. Lo abrió despacio y sacó el papel que había dentro.

—¿Clases de ritmos latinos? ¡Me encanta! Así podré bailar contigo —dijo acercándose a besarme mientras recorría mi cuerpo con la mano que le quedaba libre.

—Eso es. Es un regalo *boomerang* porque yo voy a disfrutar de él cuando aprendas —dije riendo. Me miró con los ojos entornados—. Este es el segundo.

Le entregué un paquete envuelto en papel azul marino muriéndome de vergüenza. Notaba pequeños temblores por mi cuerpo.

—Pesa...

Lo cogió con cuidado, lo desenvolvió mientras me miraba de reojo sonriendo y se quedó mirándolo con la boca abierta.

—Pero... ¡esto es una pasada! Un objetivo sigma gran angular 17,50 mm... esto cuesta una pasta cielo.

—En serio ¿eso es lo que te preocupa? —puse los ojos en blanco.

—¡No lo tenía!

—Me dijeron que era especial para captar los colores, así podrás utilizarlo para los amaneceres y atardeceres —le guiñé un ojo.

—Mi nuevo juguete, ¡qué pasada! —dijo emocionado.

Se acercó y me besó rápido para seguir admirando «su juguete».

—Y el tercero, supongo, que mañana lo dejará Álvaro en tu casa. No podía traerlo, así que tendrás que esperar a que lleguemos.

Se lanzó sobre mí para hacerme cosquillas en el cuello. Reí y pataleé intentando librarme.

—Ah, y ¡te quiero! —grité.

En los siguientes días hicimos todos los tours existentes en la ciudad, Peter había contratado una empresa de hispanohablantes que nos llevaban en furgoneta. Paseamos por Manhattan una y mil veces. Recorrimos la Quinta Avenida de noche y de día. Vimos sus escaparates varias veces. Peter veía la ciudad a través de las lentes de la cámara. Había hecho unas cincuenta fotos de las vistas de la habitación, me había hecho posar otras cincuenta con las cristaleras de la habitación de fondo en el amanecer, en el atardecer. «Para captar todos los colores con mi nuevo juguete», decía. Comimos en restaurantes caros por insistencia de Peter, pero atracamos los puestos de perritos de la ciudad por gusto mío. El jueves fuimos a Nueva Jersey a comprar ropa en un outlet. Tuvimos que comprar una maleta de mano para poder llevarlo todo. Compré pantalones de marca, ropa íntima y camisetas y sudaderas para mi hermano.

Un día lo dedicamos solo para recorrer Central Park. Cogimos comida para llevar en un restaurante oriental y comimos en un trocito de césped aprovechando que hacía sol y podíamos calentarnos un poco. Otro día lo dedicamos a recorrer el «Nueva York de película» como lo había bautizado Peter. Se había preparado un tour por Manhattan donde visitamos los lugares más llamativos e importantes de las películas más famosas con vídeos y explicaciones que llevaba apuntadas en el móvil. Empezamos por Tiffany & Co, seguimos por el Empire State, la Biblioteca Nacional, el Museo de Ciencias Naturales, Gran Central, Broadway, etc. Acabamos el día exhaustos y aún no habíamos terminado el tour, por lo que decidimos seguir al día siguiente. La tarde del domingo la pasamos relajados en la habitación. Vimos películas, leímos y dimos rienda suelta a nuestros deseos. Las cristaleras, y medio Nueva York, fueron testigos de ello.

—¿Sabes que te cambia el tono de voz cuando hablas en inglés? —dije recostada en la cama mientras me deleitaba con las vistas de esa habitación.

—¡Qué va! Es solo que no estás acostumbrada a oírme —estaba leyendo en el *ebook*.

—De verdad, te cambia el tono o el timbre, no entiendo mucho de eso. Pero si me llamas por teléfono y hablaras en inglés no sé si te reconocería.

Me giré para mirarlo. Pasé una de mis piernas entre las suyas y me mordí el labio.

—¿Y es mejor o peor? —se volvió a mirarme.

—No sé, a mí... me pone —dije pícaro.

—Entonces te voy a hablar en inglés desde ya.

Se acercó a mordirme el labio. Me abracé a él y le dejé seguir leyendo mientras yo intentaba retener en mi memoria las imágenes que entraban por mis ojos.

La semana siguiente nos la tomamos con tranquilidad. Dedicamos los días a pasear por la ciudad, los centros comerciales, las tiendas y algunos museos. Un día hicimos un tour que nos llevaba por el distrito de Brooklyn para ver las casas decoradas con las luces de Navidad. El derroche de electricidad era inimaginable. Adornos, luces, colores y villancicos inundaban el ambiente desde que anochece. Una de las casas retransmitía por radio canciones con las que estaban sincronizadas las luces que rodeaban la fachada. Recorrimos calles y calles, andando y en coche y creíamos estar en una película americana típica navideña. Teníamos la sensación de que en cualquier momento saldría de una de esas casas un actor famoso o habría montado un set de rodaje a la vuelta de cualquier esquina. Me dio tal pereza pensar en recoger aquel espectáculo que me convencí de que ese año no adornaría la casa.

El siguiente día tuvimos la suerte de ver el encendido del árbol de Rockefeller Center sin haberlo planeado. Paseábamos por la Quinta Avenida, abarrotada de gente, cuando empezaron a gritar, al girarnos vimos el momento en el que el árbol se encendía. Desde allí proyectaban un juego de luces con música en la fachada que teníamos al lado. Así que nos quedamos entre la gente sin llamar la atención. La cámara de Peter seguía captando todos aquellos momentos que luego recordaríamos durante años.

Al día siguiente sonó la alarma del móvil demasiado pronto. Me di la vuelta y me acurruqué.

—Vamos, preciosa. Nos tenemos que ir.

—Pero ir ¿a dónde? Si no ha amanecido aún —dije señalando las cristaleras.

—A Washington.

—¿A Washington? Eso está lejos. ¿En avión? —me giré alterada.

—No, y precisamente por eso nos tenemos que levantar ya. Vamos en bus. Cuatro horas de trayecto —dijo con rencor.

Le tiré la almohada y me volví a girar. Me cogió en brazos y me puso de pie.

—Vamos. Ya dormirás en el autobús.

Cuando salimos del hotel eran las seis de la mañana y aún no había amanecido. Era noche cerrada y hacía un frío horrible que se calaba por todo el cuerpo. No tuvimos que esperar mucho para subir al autobús. Peter sacó su *ebook* y yo volví a dormirme. A las dos horas me desperté y saqué los cascos. El resto del trayecto lo hice escuchando a Tiziano Ferro y a Pablo Alborán. Mis sentimientos, alterados por el maravilloso hombre que estaba sentado a mi lado, se veían reflejados en muchas de sus canciones.

Llegamos sobre las diez a la estación de Washington. Desayunamos en un bar de allí, cómo echaba de menos los bares de España. El café estadounidense estaba diluido en demasiada agua. Era lo que mi madre habría denominado como «aguachirri». Empezamos a recorrer la ciudad a pie. Las distancias engañaban, había que andar mucho entre un monumento y otro. Mientras Peter se entretenía en hacer fotos a todo y jugar con los reflejos en el agua del monumento a Lincoln, me senté en el suelo a entretenerme con las ardillas que se acercaban pidiendo comida. Cuando me quise dar cuenta tenía cuatro ardillas a mi alrededor. Me levanté para buscar a Peter y las cuatro me siguieron.

—Pareces el flautista de Hamelin, pero con las *Squirrels* —dijo a carcajadas.

—No tiene gracia, empieza a asustarme. Sé que no me van a atacar, pero da un poco de respeto —dije con dudas.

Llegaron unos niños con galletas y las ardillas se fueron corriendo hacia ellos.

—¡Pero bueno! Y ahora, así, sin avisar me abandonan. Me voy a poner celosa —las grité.

Peter se reía a carcajadas, ciertamente, la situación era bastante ridícula y cómica.

—Bueno, vamos al hotel a hacer el *check-in* que ya es la una.

—¿Hotel? Si no he cogido ropa, ni nada.

—Ya lo he cogido yo —dijo sonriente.

—¿Me habías dicho algo y no te había prestado atención o es una sorpresa?

—Te lo dije el día que llegamos. Al parecer no me escuchas siempre que te hablo.

Me agarró por la cintura y me besó con cariño.

El hotel era de cuatro estrellas con una decoración clásica. La habitación era amplia y luminosa adornada en tonos dorados y pastel. El baño tenía una bañera enorme con sistema de hidromasaje. Tenía tanto frío que me hubiera metido en ese momento con agua ardiendo sin tiempo definido, pero teníamos que buscar un sitio para comer. La zona estaba llena de restaurantes italianos, por lo que no nos llevó mucho decidirnos.

Peter se había empeñado en recorrer todos los museos de la ciudad que, además, eran gratuitos. Aunque me había puesto las zapatillas de trekking tenía los pies hechos polvo. Aquella ciudad era demasiado grande y Peter tenía demasiadas fotografías que hacer.

—Ya empieza a anochecer, tenemos que volver al monumento Lincoln para hacer fotos del reflejo en el agua.

Asentí y le seguí. El espectáculo de colores en el horizonte era digno de admirar. Ninguna cámara, ni ningún objetivo, por caro o profesional que fuera, podría captar y valorar lo que el ojo humano percibía. Peter se afanó en colocar el trípode de diferentes maneras, en una parte del estanque, en la otra, buscaba reflejos que yo ni siquiera imaginaba. Me senté en la escalinata, apoyé los brazos en el siguiente escalón y dejé caer mi cabeza hacia atrás.

Unos niños jugaban y corrían alrededor del monumento. Su madre les gritaba algo en un idioma que no conocía. Ellos, sin inmutarse por las palabras de la madre, jugaban al escondite entre las columnas. El resto de visitantes miraban a los niños con mala cara y se volvían hacia la madre de forma inquisitiva. Suspiré y volví a centrarme en el arduo trabajo de Peter que ahora se escondía detrás de un árbol en la zona opuesta a donde yo me encontraba. Hasta que se pusiera el sol del todo quedaba al menos media hora y el frío empezaba a apoderarse de mí. Me hice un ovillo, cubrí mi nariz con la bufanda y bajé el gorro hasta las cejas. Intenté que mi aliento calentara, al menos, parte de mi cara.

Cuando ya era noche cerrada Peter desistió de seguir fotografiando el lugar y volvimos al hotel que estaba a media hora andando. Estaba tan congelada que me costaba moverme, ya ni siquiera me castañeaban los dientes. Sin pensármelo llené la bañera con agua caliente y jabón y me metí dentro antes de que se terminara de llenar. Al rato llegó Peter y se metió sin pedir permiso. En un primer momento me sentó mal que invadiera mi zona de confort, pero cuando terminé recostada sobre él y envuelta entre sus brazos mi ánimo cambió considerablemente.

Al día siguiente decidimos acercarnos a la Casa Blanca. Todo su perímetro estaba rodeado de máquinas quitanieves. Hacía frío, eso era innegable, pero no había atisbo alguno de que fuera a nevar.

—Es una medida de seguridad —dijo Peter al ver que yo miraba al cielo en busca de nubes. — Hoy es el encendido del árbol, por lo que extreman las precauciones.

—¿Por qué tú siempre lo sabes todo? Me siento idiota a tu lado.

—Fácil, porque yo he preparado el viaje y sabía qué se celebraba hoy aquí. Lo de saber la función de las quitanieves es pura lógica —dijo divertido.

—Pura lógica...

En la calle de la fachada principal de la Casa Blanca había un escenario y unas gradas de madera en los laterales. La gente se apelotonaba en la valla negra por la que se podía ver el césped, la entrada al edificio y unos cuantos miembros del equipo de seguridad. Peter, cámara en mano fotografió todo lo que tenía a su alrededor. Saqué el móvil y nos hicimos una foto los dos con la casa de fondo. La subí a las redes sociales al momento. Vimos que la gente iba corriendo y gritando hacia un lado de la valla. Una fila de todoterrenos entraba en ese instante. La comitiva constaba de siete coches. Supusimos que en el cuarto coche iría algún familiar del presidente o, incluso él mismo, porque era distinto al resto.

Recogimos las pocas cosas que teníamos en el hotel antes de comer. Comimos en un restaurante asiático y seguimos visitando lugares. Esa vez le tocó al cementerio Nacional de Arlington que está al otro lado del río Potomac. Era un lugar con mucha carga energética. Una enorme pradera verde se extendía ante nuestros ojos con pequeños monolitos blancos que guardaban la misma distancia entre unos y otros. Varios coches se paraban cerca de alguna de las tumbas, se bajaban andando y se acercaban a depositar flores. Era un cementerio muy diferente a lo que estaba acostumbrada a ver en España.

No tardamos en volver al hotel a coger las cosas de la consigna. Hicimos el camino andando, más de una hora de caminata. Lo único que me esperaba era llegar al autobús y descansar las cuatro horas de vuelta.

El día antes de volver a España, y cuando ya la nostalgia por irnos empezaba a pesarme, cayó una nevada que cortó el tráfico en la ciudad. Todo se tiñó de blanco en poco más de dos horas. El infernal ruido de las calles cesó y se llenaron de turistas que gustosos jugaban con la nieve y se hacían fotos. Cumplimos con nuestro papel de turistas a la perfección.

Cuánto me gusta la nieve y qué poco caía en Guadalajara. Salí corriendo tanto como las zapatillas me dejaron sin escurrirme. Redondeé varias bolas de nieve y las lancé una tras otra contra Peter que no se las esperaba.

—¡Vas a dar a la cámara! —gritó desesperado mientras intentaba ponérsela en la espalda.

—Pues no la dejes a la vista, eres un claro objetivo —le tiré otra que no pudo esquivar.

—¿De dónde sacas esa puntería?

Entrecerró los ojos y se dispuso a coger munición. Hice el gesto de llevar una pistola en la mano y cercar mi objetivo, reí mientras le vacilaba.

Acabamos blancos y tirados en el suelo. En ese momento unos chavales empezaron a tirarnos bolas, nosotros indignados contraatacamos. Parecíamos auténticos niños pequeños totalmente desinhibidos.

—¡Para! Que son españoles —gritó uno—. Tenemos que luchar contra otros, no contra los nuestros. Uníos a nosotros.

Times Square parecía un campo de batalla. Al parecer, de forma involuntaria, se habían juntado por países combatiendo entre ellos a golpe de bolas blancas. Nos miramos y nos unimos a ellos. Uno del grupo llevaba una GoPro colocada en la cabeza.

—Luego me dais un email y os mando la guerra de bolas que estamos grabando.

Y así lo hicimos casi hora y media después cuando, ya cansados, volvimos al hotel. El grupo de chavales era de Segovia y estaban más que acostumbrados a la nieve. Habían ido a pasar unos días con un amigo que trabajaba en una empresa de la zona financiera.

Al entrar en la habitación el calor nos hizo olvidar las gélidas calles. Una luz anaranjada inundaba la habitación. En el cielo se aferraban los colores que la nieve refractaba. Un cielo naranja amenazaba con más nieve.

—Ha estado muy divertido. Parecíamos críos de diez años —dije tumbándome en la cama.

Él asintió sonriente.

—¿Qué te parece si ahora recuperamos la treintena?

Me miró ojos lascivos. Me mordí el labio y negué con la cabeza.

—Estoy muy cansada, Peter —dije arrastrando su nombre.

Su mirada pedía guerra y su cuerpo se erguía presumido.

—¿Estás segura de que estás cansada?

—Mucho —dije poniendo morritos y tocándome el pelo sensualmente.

—¿Y por qué tu cuerpo me dice otra cosa?

—Porque mi cuerpo va por libre, además, es muy caprichoso.

—¿Y qué capricho tiene?

Se acercó a la cama por el lado contrario en el que yo estaba tumbada. Me enseñó los dientes como si estuviera gruñendo.

—Tú. Tú eres su capricho —arrastró sus dientes por mi brazo—, pero yo estoy muy cansada...

Saltó con energía y rapidez a la cama y se sentó a horcajadas encima de mí. Di un gritito fingiendo impresión.

—Pues yo le voy a conceder ese capricho a tu cuerpo.

Introdujo sus dedos por debajo de la sudadera para quitármela junto a la camiseta, pero me resistí. Encogí los brazos para no dejarle hacer lo que quería e intenté hacerme un ovillo. Se levantó y fue directo al armario, cogió un calcetín y volvió a ponerse encima de mí. Lo miré con los ojos abiertos reflejando un falso miedo y se rio. Dejó el calcetín a un lado y repitió la operación de quitarme la sudadera, pero volví a resistirme mientras me reía. Cogió el calcetín y lo agarró con los dientes. Apreté la mandíbula, me daba dentera morder tela. Me despisté en ese pensamiento y él aprovechó para cogerme de las muñecas, me resistí, pero acercó su boca a la mía exhalando su aliento mientras con su lengua repasaba mis labios y flojeé, momento que aprovechó para atarme las muñecas con el calcetín.

—Ahora sí que no te escapas —dijo mientras me subía la ropa dejando mi sujetador de encaje negro a la vista—. Uff.

Vi como crecía su erección.

—Aún puedo defenderme con las piernas.

—¿Me vas a hacer atártelas también?

Reí asintiendo, pero me ignoró. Hundió su cabeza en mis pechos y mordió mis pezones por encima del encaje. Grité de pura excitación. Rio echando su aliento en mis pezones algo húmedos y me hizo estremecer. Bajó dándome besos hasta que llegó a mi vientre donde se dedicó a hacerme cosquillas y a reírse viendo cómo me intentaba defender. Sus manos jugaron con mi pantalón y cuando me quise dar cuenta ya me lo había quitado.

Se irguió para sacar la sudadera por mi cabeza y dejarla a la altura de las muñecas unidas por el calcetín. Se quedó de rodillas a la altura de las mías. Pasó su dedo índice por el culote negro de encaje que iba a juego con el sujetador. Suspiró.

—No te haces a la idea de las maravillosas vistas que tengo desde aquí.

Se mordió el labio mientras su mirada recorría mi cuerpo.

Más allá de sentirme insegura o vergonzosa, me sentía poderosa por causar ese efecto en él.

Se quitó el jersey y la camiseta y se acercó al culote para besar sus límites con mi piel. Curvé la espalda y levanté las caderas pidiéndole más.

—¿No estabas cansada?

—No tendrás pensando dejarme así, ¿verdad?

—Claro que no, preciosa. No me voy a privar de este cuerpo —recorrió con su lengua mi vientre y volví a levantar las caderas—, pero seré yo quien lleve el ritmo, así que no pidas, ni exijas.

—A sus órdenes —susurré en inglés.

—Ufff, nena...

Se terminó de desnudar y volvió a subirse a la cama. Pasó sus dedos delicadamente por la goma del culote y empezó a bajarlo muy lentamente mientras me miraba de vez en cuando.

Por mi boca, ya entreabierta, salían golpes de aire que expulsaban mis pulmones arrítmicos. Levanté las caderas para ayudarle a quitármelo. Lo cogió con dos dedos, lo miró y bufó. Lo dejó en un lado de la cama y con sus dedos fue recorriendo mis piernas desde el tobillo hacia arriba muy lentamente. Cuando llegó a la ingle, abrí las piernas instintivamente. Rio.

—Te he dicho que no puedes pedir nada.

—Si no he abierto la boca...

—Pero sí otra cosa —dijo riendo.

Suspiré. Qué tortura lenta iba a sufrir.

Realizó el mismo recorrido con sus labios entreabiertos. Abrió mis piernas con delicadeza y cuando ya pensé que notaría su lengua en el punto máximo de placer, siguió su recorrido hasta mi ombligo.

Exhalé resignada y rio satisfecho. Por fin sus labios se acercaron más y sacó su lengua, pero se quedó quieto.

—¡Oh, por favor! Estoy más caliente que una perra en celo...

Rio a carcajadas orgulloso de sus actos y puse morritos de enfado. Se acercó a mi cara y recogió mis labios entre los suyos. Se separó y volvió a mirarme. Volví a poner morros. En ese momento introdujo dos dedos dentro de mí haciéndome abrir la boca por la que salió un gemido que recogió entre sus labios. Levanté la cadera y curvé la espalda instintivamente. Me miró y sonrió.

—Eso es, preciosa, disfruta.

Yo gemía bajo el efecto de sus dedos jugando de una forma magistral. Su cara, cerca de la mía, me regalaba su aliento y, con cada bocana de aire que yo cogía, entraba en mi cuerpo elevando la excitación. No tardé en notar el temblor de piernas y la descarga de aquel orgasmo que Peter se encargó de saborear en mi boca.

—Solo mío.

—Solo tuyo —dije entre jadeos intentando recuperar el aire.

Me cogió fuerte de las caderas y me dio la vuelta. Grité de la sorpresa. Puso sus manos en mi culo y empezó a besarme despacio. Me reí por las cosquillas.

—¿Aquí también tienes cosquillas?

—Y más sitios que aún no conoces —lo reté.

Inspiró con fuerza. Me abrió las piernas y se introdujo en mí. Una vez más aquel nuevo placer hacía acto de presencia. Desde ya, esa era mi postura favorita, solo me pesaba no poder verle la cara. Puso los antebrazos cerca de mis hombros mientras entraba y salía de mí. Acercó su boca a mi oído y empezó a jadear. Todo mi cuerpo se erizó y gemí. Nuestros jadeos fueron aumentando. Nuestros cuerpos se rozaban con cada movimiento de cadera. Pasó sus manos por debajo de mi pecho y me levantó para acabar sentada encima de él. Empecé a moverme, pero me paró poniendo sus manos con fuerza en mis costillas. Entonces me elevó un poco, me sujetó por las caderas y aceleró sus movimientos con brusquedad.

—¡Sí! —grité entre jadeos—. No pares...

—No pidas... —dijo entre dientes.

Aceleró el ritmo. Oí como se le agolpaba el aire en la garganta y entonces exploté en un orgasmo brutal. Gimió con fuerza cuando sintió mi orgasmo bajo sus manos. Paró en seco y, con él aún



dentro, me abrazó apretándome a él. Eché la cabeza hacia atrás apoyándola en su hombro. Su boca encontró la mía y me besó el labio de abajo casi sin aire.

Estaba siendo un viaje fantástico y había tenido todo lo que Nueva York te puede ofrecer en esas fechas. Luces, colores, ambiente navideño, consumismo, frío y nieve. Y amor, mucho amor. No tenía ganas de volver a la realidad, al trabajo, a la tranquila Guadalajara, que era totalmente opuesta a la ciudad de la que me acaba de enamorar.

Estaba escribiendo a Héctor, contándole las diferentes actividades a las que me veía felizmente sometida a llevar a cabo, cuando me llegó un email urgente.

—Vaya, el día 11 tengo que ir a la oficina. Al parecer, alguien ha cometido un grave error en una traducción y nos reúnen a todos. ¿Tendré mucho *jet lag*? —pregunté a Peter.

—Por la hora en la que volvemos el lunes, no, no tendrías por qué sufrirlo. Posiblemente dolor de cabeza —hizo una pausa—. He quedado ese día para tomar algo con Álvaro y alguno más después del trabajo. Ya que estás por Madrid, ¿te vienes?

—Sí, por qué no.

Así tendría algún motivo para ir más contenta al trabajo.

El último día dejamos recogidas las maletas en un lado de la habitación, dos grandes y dos de mano. Me paré un rato a contemplar las vistas de la habitación, difícilmente veía posible repetir aquel viaje. Suspiré llena de tristeza. Depresión posvacacional sin haberlas terminado.

Peter se empeñó en patinar en la pista de hielo de Central Park después de comer. Me negué en rotundo, sabía que si lo intentaba podría romperme hasta huesos que ni siquiera existían. Aun así, me obligó a ponerme los patines y abrazarme a él.

—Venga, no dejaré que te caigas —dijo riendo.

—No me fio. ¿Y qué pasa si no cumples?

—Pues entonces dejaré que me tires.

Me gustó el trato y accedí. Me caí solo tres veces. Ya imaginaba los moratones que me iban a salir. Agarrada en el lateral de la pista, Peter me sujetaba por la espalda.

—Dobla un poco las rodillas. No las estires del todo. Busca tu punto de equilibrio en el ombligo. No eches la cadera hacia delante porque te desequilibrarás. Ayúdate de los brazos para mantener el equilibrio. No hace falta que te muevas, te voy a soltar y te mantienes firme. Tobillos firmes, pero relajados.

—¿Qué era lo primero que habías dicho? —dije asustada.

Me soltó y conseguí mantenerme.

—¿Ves? No es tan difícil. Ahora, manteniendo la postura, adelanta una pierna.

Me entró la risa nerviosa y perdí el equilibrio aunque no llegué a caerme.

Tras un rato intentándolo apareció una torpeza que no sabía ni que tenía.

—¡Paso! ¡Me retiro! Patina tú, yo me quedo aquí esperándote.

Decidí quedarme en la valla observando cómo Peter daba vueltas y vueltas a la pista. Doblaba las rodillas y los brazos, coordinaba los movimientos y cogía velocidad. Cuando se acercaba a mi frenaba antes y venía recto, alto, guapo y mostrando todo su atractivo. Esa noche recordaría esa imagen antes de irme a dormir. En ese momento caí en la cuenta de que en pocas horas cogeríamos el avión de vuelta y me vine abajo.

Tras devolver los patines y sentirme a salvo sobre las zapatillas de trekking dimos un paseo por Central Park. Ya empezaba a anochecer cuando subimos a un pequeño puente desde el que se veía la pista de hielo y el *skyline* de rascacielos con un cielo en tonos rosas y azules.

—No me apetece irme. ¿A qué hora tenemos que estar en el aeropuerto?

—En un par de horas. A mí tampoco me apetece volver. Han sido unas vacaciones maravillosas. Me abrazaba por detrás mientras contemplábamos la postal con la que nos despedía la ciudad.

—Sara...

Me soltó y se echó mano al bolsillo. Sacó un sobre pequeño abultado. Me volví extrañada y el corazón se me puso a mil. Algo iba a pasar y no me iba a gustar nada.

—Quería darte esto...

Me tendió el sobre cauteloso. Lo cogí con miedo. Había vuelto esa sensación que no había sentido desde que llegamos a Nueva York. Las sombras, los miedos y las paranoias volvían a rondar en mi cabeza, me dio un escalofrío. Lo abrí despacio y volqué lo que había dentro en una de mis manos. Una llave.

No dije nada y lo miré perpleja.

—Es simbólica —dijo casi en un susurro.

—Y es la llave de tu corazón... Tu corazón ya lo tengo y no necesito ninguna llave para entrar —dije casi sin pensar.

Sonrió.

—No... sería la llave de mi casa —dijo cogiéndome de la mano—. Me gustaría que te vinieras a vivir conmigo.

El corazón se me paró en seco y las palabras de Mónica, casi olvidadas, volvieron a resonar como si me las estuviera diciendo en ese momento.

—No tiene por qué ser ya. Te lo puedes pensar, no hay prisa. Es solo... que no soy capaz de no despertarme a tu lado cada día. Quiero compartir todo mi tiempo contigo, cada segundo, cada hora. Toda mi vida —dijo tímido al ver que yo no decía nada.

Seguí en silencio por un rato mientras el pánico recorría todo mi cuerpo. Vaya forma de rematar el viaje.

—Yo... Peter... déjame pensarlo, ¿vale?

No lo miré para intentar disimular mis sentimientos y no asustarlo. Esa era una batalla que tendría que librar con mis miedos yo sola.

—Claro. Ya te he dicho que no hay prisa —dijo sonriendo más tranquilo.

Me besó y me abrazó, pero yo estaba paralizada.

Llegué al aeropuerto como un autómatas. El avión salía a las nueve de la noche y llegaría a Madrid sobre las diez de la mañana por lo que la noche la pasaríamos en el avión. Me tomé el lorazepam después de facturar y lo dejé actuar. Necesitaba rebajar mi estado de nervios antes de subir al avión o terminarían ganando al tranquilizante.

El avión despegó en hora y, casi al momento, nos sirvieron la cena. El lorazepam ya estaba haciendo efecto por lo que me tomé la comida medio adormilada, casi sin estar allí. Me dormí enseguida aunque no por mucho rato. Me hice la dormida durante horas mientras revivía el momento de Central Park. Un gesto precioso, por otro lado, el sitio perfecto y con el ambiente adecuado. Se me alteraron los nervios, notaba que el corazón se me aceleraba y me daban ganas de llorar, pero tenía que reprimirme para que Peter no se diera cuenta. Dormía plácidamente con una sonrisa permanente que no se había quitado desde que me dio la llave. Él tenía la esperanza de recibir una respuesta positiva, pero no sabía que ni siquiera yo era capaz de saber lo que pasaría. De lo único de lo que estaba convencida, era de que mi seguridad en los últimos días se había resquebrajado dejando pasar a todos mis miedos sin contención y esto último les había abierto la puerta de par en par.

Madrid nos recibió con una ola de frío poco habitual. Nos dieron el coche en la parte de salidas de la terminal.

—¿Te vienes a casa ahora?

—No, déjame en la mía. Si mañana tengo que venir a Madrid, tendré que poner lavadoras hoy —dije mientras miraba el móvil.

—¿Estás bien? Estás muy seria —preguntó preocupado.

—Sí, es solo que estoy atontada y me duele un poco la cabeza —mentí.

Le sonreí tímidamente y pareció bastarle.

Al entrar en casa otra losa me cayó encima. No iba a ser capaz de vivir con Peter y que la experiencia fuera positiva. Entré en un estado de preocupación, desazón y desmotivación. Me tiré en el sofá sin deshacer la maleta. Avisé a mi madre y a Héctor de que había llegado. Mi madre se empeñó en venir a casa por la tarde, pero conseguí convencerla de que con el *jet lag* necesitaba descansar. Puse la televisión y dejé que pasara el día, lento, muy lento.

Al poco, Peter me mandó un mensaje con una foto. «Es precioso, como tú. Ahora gobierna mi salón. Te quiero». Me había olvidado del regalo que Álvaro le había dejado en casa. El tercer regalo era un lienzo de la foto que me hizo en Roma con el Coliseo de fondo. En la foto que me mandaba se veía que ya lo había colgado y presidía parte del salón. Todo el que entrara en esa casa lo vería aun sin querer buscarlo. Se me encogió el corazón y noté presión en el pecho.

La noche no fue mucho mejor, pero me distraía el tener que preparar las cosas para ir a la oficina. No me solía maquillar cuando iba allí, pero tenía la cara tan cansada que decidí ponerme un poco de crema con color, rizar las pestañas y pintarme los labios.

En la oficina había mucha negatividad concentrada. El error debía de haber sido demasiado grave. A la hora del café pregunté qué había pasado, pero todos insistían en que ya lo dirían en la reunión y que no me preocupara porque a nuestro departamento no le iba a afectar. La reunión estaba programada a las tres y media, por lo que salimos pronto a comer.

Cuando volvíamos a la oficina me encontré a Mónica en la puerta. Lo que me faltaba.

—¿Qué haces aquí?

—Ya está, ya te ha pedido iros a vivir juntos —dijo riendo—. ¿Has pensado en lo que te dije?

—Vaya, no te andas con rodeos —dije irónica—. Mira, Mónica, no me interesa lo que me digas. Tengo que trabajar. Adiós.

La dejé plantada y cuando iba a traspasar la puerta empezó a gritarme.

—¡Eres una interesada! Ya lo sabía, nadie me cree, pero tu actitud me lo acaba de confirmar. ¿Te ha gustado el viaje? A todo tren ¿verdad? ¿Has pagado siquiera un café? —se calló y yo me quedé paralizada—. Te ha encantado esa sensación de ir de trofeo, porque otra cosa no puedes ser. Nunca vas a ser su novia, su igual, porque nunca vas a llegar a ser lo que él es. Nunca vas a satisfacer lo que él necesita. Vas con esa carita de mosquita muerta, de no haber roto un plato en tu vida, pero eres una falsa que sabe muy bien lo que quiere y busca —noté que se acercaba a mí y me volví a mirarla—. Sara, deja de engañarte. Vas a acabar mal, muy mal. ¿Ya le has dado una respuesta?

Nos quedamos mirándonos sin decir nada.

—Esto es aún mejor —rio con ganas—. No estás segura de qué decirle —rio más fuerte—. Si le dices que sí sabes que no tienes nada que hacer. Y si le dices que no sabes que entre vosotros ya no hay ningún compromiso que os mantenga unidos como pareja.

Mis ojos se anegaron de lágrimas sin llegar a caer.

—¡Genial! —rio a carcajadas—. Ha sido un placer hablar contigo —me miró de arriba abajo con cara de triunfadora—. Nos vemos luego.

Se dio la vuelta con un golpe de melena.

El aire polar congelaba las lágrimas acumuladas en mis ojos. Mónica había verbalizado mis miedos en tres pequeñas frases.

—Sara, venga, que nos llaman ya desde la sala de reuniones —me avisó una compañera desde la puerta.

Cerré los ojos, respiré hondo y tragué saliva para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta.

No me enteré de nada de lo que se decía en la reunión. Por mi cabeza solo circulaban mis miedos y mi vergüenza de haberle dado motivos a Mónica de irse satisfecha. Yo era la única que podía poner remedio a esa situación. La reunión fue larga. Alcancé a oír que iba a haber despidos y que ya no se podía solucionar el error, que el prestigio de nuestra empresa se podía ver afectado y tendrían que responder con contundencia. Poco me importaba lo que allí se dijera. Tenía mi cerebro abotargado pensando e intentando tomar una decisión. Pensando demasiado.

«Hola, preciosa. Salgo del trabajo, voy donde hemos quedado. Te mando localización. Te quiero», me escribió Peter. Mi corazón empezó a latir con fuerza y una lágrima escapó de mis ojos: «Yo también salgo, voy para allá».

No tardé en llegar, estaba cerca de una parada de metro que tenía línea directa con la parada que había al lado de mi oficina. Al entrar lo vi sentado en una mesa mirando el móvil. Mi corazón dio un vuelco y se me puso un nudo en la garganta.

—Hola preciosa —dijo sonriendo mientras se levantaba a darme un beso que no respondí.

—Hola...

—¿Hola...? ¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo?

Sus ojos reflejaban angustia e intriga. Pasó su mano por detrás de mi oreja recogíendome el pelo. Nos sentamos.

Suspiré. Respiré hondo. No dejaba de mirarme fijamente y me agarró una mano con fuerza. La quité despacio y la junté con la otra haciendo círculos entre unos dedos y otros.

—Yo... Lo siento, pero no puedo —el silencio era aterrador—. No va a poder ser —dije mirando al suelo.

—¿Qué estás diciendo Sara? ¿Qué no va a poder ser? —tragó saliva.

—Que... que no podemos seguir juntos —lo miré por última vez a los ojos. Unos ojos llenos de

miedo, de terror—. No encajo en tu mundo, no consigo asimilar tu forma de vida, ni a todas las personas que forman parte de ella, yo no encajo —no dejaba de mirarme con los ojos como platos—. Aunque me cueste estar lejos de ti... Esto no va a funcionar, no puedo seguir, y menos irme a vivir contigo, nos vamos a hacer daño.

Se me encogía el corazón mientras lo miraba.

Él aún no había sido capaz de articular palabra. Había abierto la boca varias veces buscando qué decir, pero parecía no encontrar las palabras adecuadas. Casi mejor, porque no habría sabido qué responderle. Lo estaba intentando asimilar, analizar o no... Me tenía que ir de allí, estaba a punto de empezar a llorar y no quería derrumbarme delante de él.

—Te quiero.

Le rocé la mano y me fui. Aún no había dicho nada y no sabía si eso era bueno o malo. A lo lejos oí mi nombre. Eché a correr y decidí no volverme. ¿Por qué había renunciado a él? ¿Por qué no había pensado más esa decisión? Había dejado que mis miedos y mi inseguridad se apoderaran completamente de mí. Estaba totalmente destrozada, notaba presión en el pecho y lo había causado yo, yo era la responsable. Oí otra voz familiar que me llamaba y apreté la carrera. Entré en la boca del metro, pasé los tornos y corrí al andén más cercano. En ese momento pasaba un tren y me subí en el vagón más lejano a la escalera. Ya solo oía mi respiración y mi corazón a punto de salirse del pecho.

Ni siquiera sabía en qué línea de metro estaba, me costó centrarme. Por suerte me había metido en el metro correcto que me llevaba directo a la estación de Avenida América donde cogería el autobús de Guadalajara.

Salí corriendo del metro hasta el andén donde paraba el autobús. En ese momento subían los últimos pasajeros. Demasiada suerte estaba teniendo precisamente aquel día.

El móvil no paraba de sonar, Peter y Álvaro no dejaban de llamarme y escribirme. No cogí ninguna llamada ni leí ningún mensaje. Entré en las redes sociales como pude, porque me temblaban tanto las manos que no atinaba a dar en los iconos. Eliminé a Álvaro como amigo en todas. Después a Peter. Apagué el móvil. Suspiré y lloré, lloré mucho. La gente me miraba. No sabía si conocería a algún otro pasajero, seguramente, aunque tenía la esperanza de que no fuera así. Me encogí en mi asiento y me tapé con el abrigo mientras dejaba vía libre a mis lágrimas. Ya no había vuelta atrás. Acababa de arrasar mi vida, acababa de desterrar de mi vida lo único que le daba sentido, lo que más amaba y por lo que sonreía todos los días.

Cuando el autobús llegó a Guadalajara me limpié las lágrimas, me puse el abrigo y bajé con la cabeza agachada para que nadie me reconociera.

—¡Sara! —gritó una voz conocida.

Salí corriendo hacia él y me escondí en su abrazo. Y lloré, lloré como una niña pequeña sin consuelo.

—Me ha llamado Peter y se me ha ocurrido que terminarías pasando por aquí. Me daba igual esperar dos horas que dos días

Y allí estaba Héctor, recogéndome del abismo como tantas otras veces había hecho. Mi tabla de salvamento.

—Sara... llama a Peter —dijo sacando el móvil del bolsillo.

Negué con la cabeza. Suspiró. No insistió.

—¿Te llevo a casa?

Negué con la cabeza.

—Vale... ¿Vamos a mi casa?

Asentí.

Me rodeo con el brazo y me llevó hasta el coche. En poco más de cinco minutos estábamos en su casa.

—Sube a mi habitación. Voy a hablar con mi madre.

Y así lo hice. Entré en su habitación y me tumbé en su cama echa un ovillo. Ya no lloraba, no sé si me había quedado sin lágrimas o simplemente mi cuerpo estaba cogiendo fuerzas para otro arranque de lloros. No podía cerrar los ojos. Por mi mente pasaba una y otra vez la cara de Peter. Mi memoria me recordaba su voz pronunciando mi nombre. ¿Qué había hecho? En ese momento entró Héctor y sentó a mi lado, me levanté y me apoyé en él. Estuvimos un rato en silencio.

—Sara ¿por qué? —me encogí de hombros—. No lo vas a llamar, ¿verdad? —negué con la cabeza—. ¿No hay vuelta atrás? —volví a negar—. Sara, por favor, llámalo, lo puedes arreglar. Él no entiende nada y, para serte sincero, yo tampoco. No comprendo la decisión que has tomado.

Volví a llorar.

Sonó el móvil de Héctor y este lo colgó, pero mandó un mensaje. Pensé en que podía ser Peter y me estremecí.

—Mi madre va a hacer tortilla de patata, la que te gusta. Te va a subir un trozo.

—No tengo hambre.

No sabía qué hora era, pero no tenía ganas de nada.

—Al menos ya he conseguido que digas algo.

Aquella noche nos quedamos abrazados en su cama. No sé si dormí algo o no. Al principio solo podía rememorar el momento. Tras unas horas la nada se instaló en mi mente. Nada.

Cuando nos levantamos bajamos a la cocina a comer algo.

—¿Qué tal habéis dormido? Os estoy preparando el desayuno —Pepa se volvió a mirarme—. Sara, hija, cuánto tiempo sin verte. ¿Quieres tostadas?

Tan gentil como siempre. No preguntó, ya sabía lo que pasaba y sabía cómo tratarlo. Me abrazó.

—Mi marido está metiendo las maletas en el coche, supongo que ahora subirá a verte.

—No hace falta, Pepa. ¿Os vais?

—Sí. Nos bajamos a Málaga a ver a Sergio y ya nos quedamos hasta año nuevo.

En otro momento oír ese nombre me habría escocido, pero ahora me provocaba una sonrisa tierna. Me senté en la mesa y me tomé un vaso de leche caliente con cacao. Volví a subir a la habitación y me tumbé de lado. Oí a Pepa despedirse de Héctor.

—Cúdala, hijo —la oí decir.

Al poco subió, se sentó en la silla del escritorio, se giró y me miró.

—Ha llamado tu madre, que tienes el móvil apagado. Quiere hablar contigo.

—Pero yo no quiero hablar con ella. No quiero hablar con nadie.

—Vale, ¿y cuál es el plan ahora?

Me encogí de hombros.

—¿Te llevo a casa?

—No.

No sabía si Peter seguía intentando ponerse en contacto conmigo, pero sabía que podía pasar por mi casa y era el último sitio en el que quería estar.

—¿Podrías pasar a recogerme las cosas? El portátil, ropa, neceser. La maleta está sin deshacer, puedes coger el neceser tan cual está.

Héctor suspiró.

—Pues entonces te quedas aquí —se levantó—. ¿Dónde tienes las llaves de casa?

—En el bolso.

—No solucionas nada quedándote aquí ni con esta actitud. Todo el mundo está preocupado por ti, tu hermano, tu madre, Ana, Álvaro y, evidentemente, Peter. Escondiéndote no vas a ganar nada —le retiré la mirada—. No voy a decir dónde estás. Pero tampoco me voy a callar todo. Esta vez has metido la pata, te has equivocado, sí, la has fastidiado —dijo al ver que lo miraba con miedo—. Voy a estar aquí, no te voy a dejar caer nunca, pero te has tirado desde un acantilado muy alto —hizo una pausa—. No vas a poder estar escondida toda tu vida. Algún día tendrás que dar la cara.

—Pero no será hoy, ni mañana —dije llorando.

Me dio un beso en la frente y me abrazó. Le oí coger mis llaves del bolso e irse.



Pasé una semana más en su casa. Parecía un zombi, casi no comía, no dormía y trabajaba lo que podía. Por suerte no había mucha carga de trabajo y conseguía llevarlo todo al día, pero no estaba concentrada en los textos. Estaba segura de que se me habían pasado cosas por alto.

Las noches las pasaba en la cama de Sergio. Maldito giro del destino. Años deseando dormir allí y, ahora que no quería, era su cama la que me daba cobijo por las noches. Héctor me cuidaba cuando volvía de trabajar. No volvimos a hablar del tema. No nombró a Peter. Hablaba con mi madre para tranquilizarla.

—Solo necesita tiempo —oí que le decía—. No está siendo fácil y, aunque no lo dice, no quiere estar sola —hizo una pausa—. No te preocupes Carmen, voy a cuidarla lo mejor que pueda.

Le di el móvil a Héctor y le pedí que lo encendiera y borrara todas las llamadas y mensajes que hubiera, que solo dejara los del trabajo.

Llevaba ya dos días sin llorar. Me había deshidratado por dentro. Me propuse no pensar en nada. Tras una semana me empecé a sentir capaz de volver a casa. Preferí hacerlo sola.

Según entré fui directa a tumbarme a la cama. Me giré hacia el centro y me acurruqué. Su aroma, que seguía allí impregnado, me pegó en la nariz como un bofetón inesperado. Las lágrimas volvieron y no paré de llorar en horas. No cambié las sábanas en días, lavarlas significaría sacarlo de mi vida por siempre y realmente no quería.

Los días siguientes fueron una tortura, cada día Peter me llamaba dos veces, una por la mañana y otra por la noche. No se lo cogía. Después mandaba un mensaje. Se convirtió en una rutina. Yo borraba los mensajes sin leerlos, aunque a veces alcanzaba a leer algún «Te quiero», algún «vuelve, por favor» o «te echo de menos, preciosa». Un día leí en la pantalla «me haces falta para respirar». Estuve a punto de llamarlo y decirle que yo tampoco podía respirar sin él, pero sabía que no sería capaz de articular palabra alguna. No entendía su actitud, tendría que estar odiándome. Le había hecho lo mismo que me hizo Álvaro a mí.

Las Navidades las pasé en casa de mi madre con mis abuelos y tíos. No vi a mi madre hasta el mismo día veinticuatro. Me abrazó.

—¡Qué delgada estás! ¿Comes, hija? —preguntó preocupada.

—Lo suficiente —contesté desganada.

Mi estado seguía siendo el de un zombi que respiraba porque no quedaba más remedio, comía por tradición y trabajaba por necesidad.

Estando en la cocina, ayudando a preparar la cena, se sobrevino lo que ya me esperaba.

—¿Qué has hecho, Sara? Si no tengo mal entendido estabais bien.

—No me apetece hablar de eso —contesté sin mirarla.

—No si a ti cuando no te conviene no te apetece hablar nunca. ¿Se puede saber qué motivos tenías? Tienes la capacidad de echarlo todo a perder.

Me eché a llorar porque tenía razón, pero viniendo de ella me dolía más.

—No llores y afronta las consecuencias de lo que has hecho. Ten un poco de valentía para dar la cara —hizo una pausa—. No dudo que estés sufriendo, solo hay que verte, pareces un fantasma, pero el que peor lo tiene que estar pasando es él. ¿Has pensado en cómo se iba a sentir él en algún momento? ¿Te he enseñado yo eso en la vida? ¿Te he enseñado a ir haciendo daño a los demás sin tener en cuenta los sentimientos de otros o las consecuencias de tus decisiones? ¿Eh? ¿Recuerdas lo de «no hagas a los demás lo que no te gustaría que te hicieran a ti»?

Lo peor era que ya me lo habían hecho a mí y sabía cómo se sentiría Peter, y eso me hundía más. Solo tenía la esperanza de que empezara a odiarme lo antes posible.

—Que me contestes, ¿te he enseñado yo eso? —insistió.

—No...

—¿Entonces? ¿En qué pensabas cuando saliste corriendo? ¿No crees que fuiste un poco egoísta?

—Mamá, ¿podrías tener un poco de delicadeza? No lo estoy pasando bien, precisamente. Además, es mi vida y mis decisiones —dije secándome las lágrimas con la mano—. No tengo quince años para que sigas diciéndome lo que tengo que hacer.

—El problema, Sara, es que tus decisiones arrastran detrás a más personas, y no solo a Peter, tienes a Héctor anclado a ti desde ese día. ¿Con qué derecho? —hizo una pausa mientras sacaba algo del frigorífico—. Ya sé que no tienes quince años, pero te comportas como uno de ellos.

Dejé todo encima de la mesa y me fui a mi habitación a llorar. Me tumbé en mi cama de adolescente, me agarré las rodillas y lloré como uno de ellos. Me sentí igual de vacía, angustiada y dolida que los días que sufrí por Álvaro, solo que ahora era yo la culpable y responsable.

La cena transcurrió normal y tranquila, aunque de vez en cuando mi hermano y mi tío se arrancaban con algún villancico.

—Mamá, ¿me puedo quedar a dormir esta noche?

—Claro que sí, cielo.

—Nosotros también nos quedamos —dijo mi hermano con la boca llena de polvorones—. ¡Qué! ¿Un bingo? Necesito pasta para el cotillón de Nochevieja.

Todos le rieron la gracia. Yo no pude mover un músculo.

—Venga, un bingo y me preparo, que he quedado —dijo mi madre tímida.

Nos volvimos hacia ella sorprendidos.

—¿Con quién has quedado mamá? ¿Con tus alumnos? —preguntó mi hermano riendo.

—Con unos compañeros. Con un compañero —especificó.

—Uuuuhhhh ¡notición! ¿Te has echado novio, mamá?

—No, es un compañero. No tenía plan para hoy y hemos quedado.

La miré a los ojos y sin decirle nada, ya le estaba diciendo todo. Me alegraba que saliera y buscara su propia forma de ser feliz. Lo cogí la mano y le di un apretón. Me sonrió con ternura.

Pasé lo que quedaba de diciembre entre el trabajo, que me mantenía la cabeza ocupada, y la familia. Intenté despejar mi mente corriendo, pero terminaba a medio camino llorando porque solo podía pensar en aquel maldito 11 de diciembre.

Peter siguió llamando y escribiendo dos veces al día hasta el día 1 de enero, cuando ya no recibí más noticias de él. Lo poco que quedaba en pie se derrumbó aquel día. El hecho de que me llamara, aunque no se lo cogiera o no le contestara, era como un seguro de saber que aún estaba allí. Héctor, Ana y Helena venían casi de diario a casa y hablaban y charlaban de temas banales, reían e incluso cantaban. Yo sabía que intentaban animarme, pero no lo conseguían. Y en parte era por mi culpa, porque era yo la que me hundía más y más cada día. No me apetecía salir de ese agujero, porque, aunque fuera horrible, me sentía segura, sabía que peor no iba a estar y que allí metida no había posibilidad de que me dañara nada.

# Agradecimientos

Fue hace muchos años cuando se me ocurrió esta bendita locura. Años en los que la idea principal ha dado tantas vueltas que no es la misma, pero no ha perdido la esencia que buscaba. Lo que en un principio se pensó como un libro, ha terminado siendo una trilogía que cierra la historia en sus últimas páginas.

Parece fácil buscar las palabras adecuadas para dar las gracias a todos aquellos que habéis orbitado en la creación de este libro, pero no. He buscado esas canciones que se titulan *Gracias*, y ninguna llega a recoger las palabras y sentimientos que os merecéis. Esas canciones que tanto me han inspirado para escribir una línea tras otra casi sin pensar las palabras que ponía, ahora me abandonan en esta parte tan importante.

En primer lugar, tengo que agradecerles a Cristóbal y a Luis el haberme cedido su historia. Un día loco, hace muchísimos años, le pedí a Cristóbal que me dejara utilizar su vida para escribir un libro, no lo dudó ni un segundo. Evidentemente, Luis no me falló en esto y también aceptó con gusto. Luis, gracias por haber sido durante muchos años mi Héctor particular. Creo haber hecho un buen uso de los recuerdos de nuestras horas de conversaciones y de los minutos y minutos que tengo grabados como notas de voz en mi móvil. Han sido muchos los mensajes que os exigían información durante estos años. Oro puro. Espero que me perdonéis las licencias que me he tomado.

Gracias Lety por ser mi primera lectora cero, por decirme esos fallos y errores que consideraste oportunos. Todo cambió tras tu primera lectura. En parte eres culpable y responsable del cambio que dio el libro. Gracias por ello.

Gracias a mi otra primera lectora, Esther, gracias por tus emocionantes audios en los que relatabas cómo te sentías identificada con muchas situaciones. Han sido fantásticas esas larguísimas conversaciones de risas y locuras que muchas podríamos resumir en «los años de oposición son los mejores para hacer de todo menos estudiar». Tu reseña tras ponerle «fin» a la historia me dio aliento en un momento de rara euforia.

Gracias a todos a los que os he «obligado» a leer algún cachito o capítulo: Anuca, Geniffer, Pedro, Josemi, Esteban, Marga, Emilio, Óscar, Rocío. Siento la encerrona.

No puedo dejar atrás a Silvia, la única que se ha leído la trilogía entera antes de ser publicada. Tus mensajes comentando las situaciones que ibas descubriendo los guardo celosamente. Que devoraras los dos últimos libros en menos de una semana fue aire fresco, amiga. No se me va a olvidar nunca tu «No te puedo creer», porque era esa la intención que tenía y la reacción que buscaba con ese capítulo. Gracias por emocionarte, por cabrearte, por odiar a cierto personaje, por querer vivir momentos que viven los protagonistas de la historia, por sentirte identificada con

la trama y por pedirme más, ya estoy en ello. Y gracias por aparecer en mi vida de la mano de Cristóbal. Tarde, pero has llegado. Tenemos muchos planes por delante.

Gracias a mi marido por la paciencia, por leer un género que no es de su estilo, por apoyarme, por creer en mí y, sobre todo, por implicarse como lo hace y saber sacar siempre el lado positivo y la motivación necesaria en cada momento. Que buen equipo hacemos.

Gracias a mi familia que me ha apoyado y me ha dado ánimos. A mis hijos, ellos, que me mantuvieron en un vacío de inspiración durante los embarazos y los pospartos, pero que me han dado tanto. Me han enseñado a valorar el tiempo y a saber aprovechar y estirar los minutos que podía dedicarme a mí y a escribir.

Gracias a todos los que sin saberlo formáis parte de esta historia porque habéis inspirado personajes. Algunos de vosotros dais forma completa a alguno de los protagonistas, otros habéis dejado vuestra esencia, que he moldeado a mi gusto, plasmada en algún personaje. No voy a nombraros, cuando terminéis de leerla, si creéis que estáis dentro de la historia, preguntadme, prometo ser sincera.

Gracias a todos los que me habéis proporcionado situaciones e historias que aparecen reflejadas tal cual en el libro. En ocasiones pedí permiso, en otras no, lo siento, espero no ponerlos en un aprieto. Siempre podéis negarlo.

Gracias a todos los que habéis estado pendientes por las redes sociales, los que deseabais tenerlo en vuestras manos. Los que habéis seguido los comentarios sobre la historia, las canciones y los fragmentos que ido publicando. Siento haber sido tan pesada, la ilusión me podía.

Y, por último, y más importante, gracias a ti lector. Gracias por navegar entre las páginas de este libro y bucear en la vida de Sara. Gracias por dedicarle un trocito de tu vida a mi historia, a un trocito de mi vida. Gracias, gracias y mil gracias por elegir, entre los millones de libros que existen, el mío. Nunca podré agradeceréte como se merece.